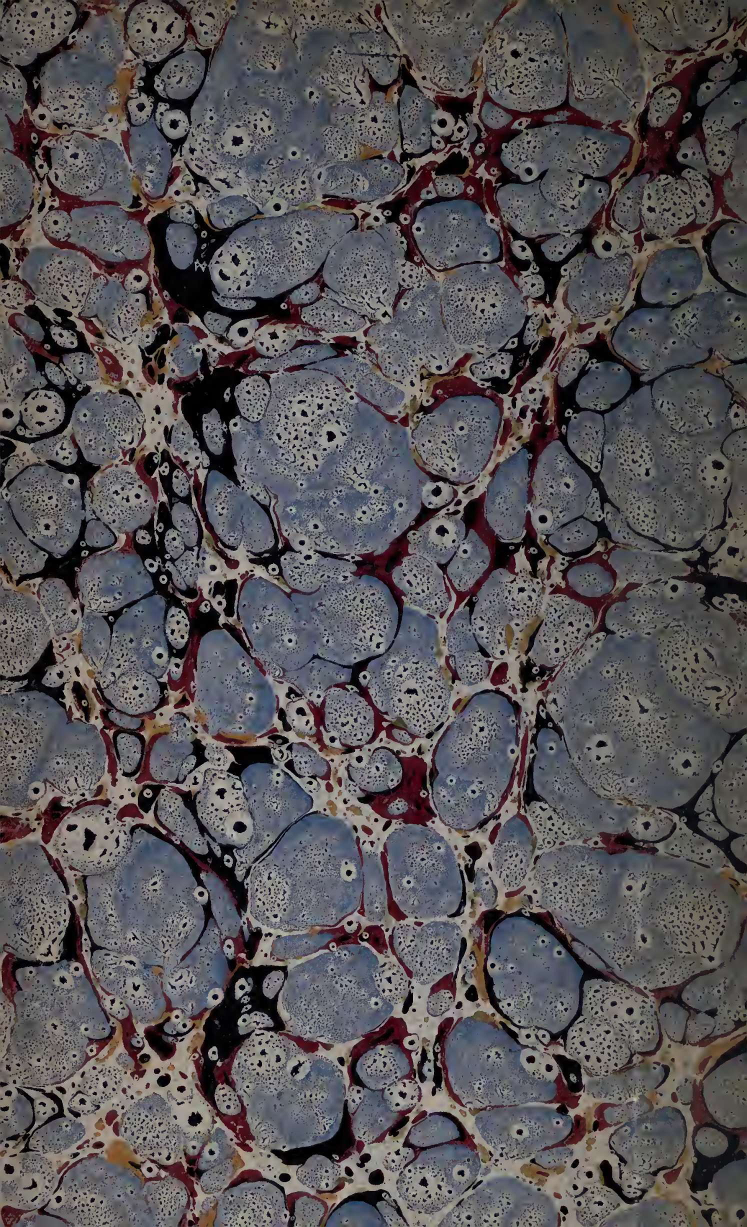
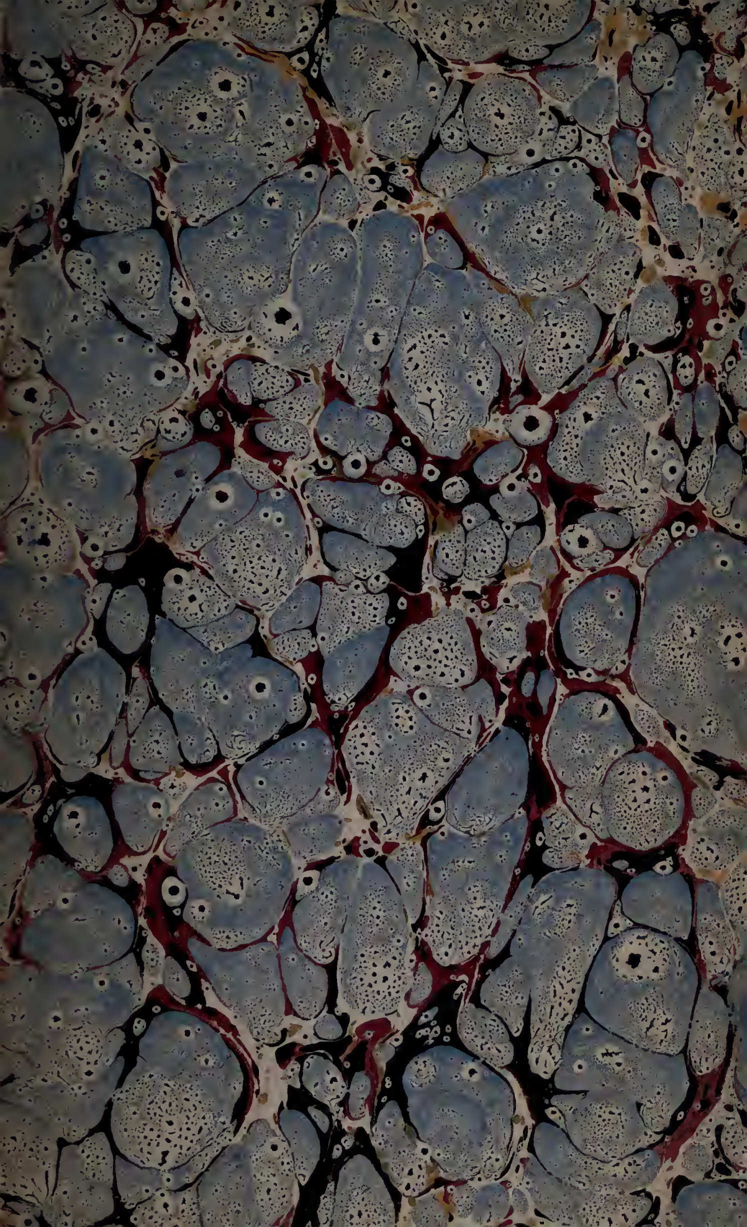




# ORLANDO FURIOSO

---

TOMO TERCERO

# ORLANDO FURIOSO

POEMA HEROICO

de

## LUDOVICO ARIOSTO

traducido en verso castellano

POR EL

CAPITÁN GENERAL

## D. JUAN DE LA PEZUELA y Ceballo

CONDE DE CHESTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

## TOMO TERCERO

QUE CONTIENE LOS CANTOS DÉCIMOTERCERO Y SIGUIENTES,
HASTA EL VIGÉSIMOCUARTO INCLUSIVE.



MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
*Flor Baja*, 22

1883

EJEMPLAR NÚM. 93

# ORLANDO FURIOSO.



ARGUMENTO DEL CANTO VIGÉSIMOQUINTO.

Á Ricardeto, condenado al fuego,
Rugier salva; y por él es relatada
La historia audaz de su amoroso juego,
Que ardió á Marsilio en furia arrebatada.
Por Aldigiero el riesgo sabe luego
Que amenaza á los primos de su amada,
Y van los dos, de la enemiga mano,
Á Malguigio á librar y al buen Viviano.

# ORLANDO FURIOSO

## CANTO VIGÉSIMOQUINTO.

I.

¡Oh en pecho juvenil contraste fiero
De impulsos de la gloria, ó del amor!
¿Cuál de vosotros se dirá el primero,
Si ora el uno, ora el otro es vencedor?
Aquí ni en uno ni otro Caballero
Han valido la gloria, ni el honor:
Para que su socorro el campo viese,
Preciso fué que amor interviniese.

II.

Que, si no de la dama al ruego amante,
El ejército Mauro sucumbiera;
Pues, sin ser uno de los dos triunfante,
No acabaría la palestra fiera:
Y en vano, en sus apuros, Agramante,
Con un socorro tal contar pudiera.
No siempre, pues, Amor en sus dobleces
Encierra el mal, sino el provecho á veces.

III.

Hora uno y otro Príncipe Pagano,
Que han puesto suspensión á su querella,
Caminan á salvar al Africano
Hacia París, con Doralice bella.
Va con ellos también el paje enano
Que persiguió del Tártaro la huella,
Hasta que puso al cabo, frente á frente,
De Mandricardo al Argelino ardiente.

IV.

Al paso hallaron, en verjel repuesto,
Algunos caballeros junto á un pino,
Dos sin armas, y dos el yelmo puesto,
Y una Dama de rostro peregrino.
En mejor ocasión os diré de esto;
Que hora hablar de Rugiero determino:
Del buen Rugier; de quien os dije el gozo
Con que el mágico escudo echó en el pozo.

V.

Cuando de allí una milla está lejano,
Ve venir un correo á la ligera,
De los que manda el hijo de Troyano
Á los guerreros cuyo auxilio espera.
Dél sabe que al ejército Pagano
Tiene Carlos opreso de manera,
Que si le falta ayuda, allí abatida
Verá su honra, ó perderá la vida.

VI.

Sentimientos diversos en el seno
De Rugier á la vez se han agitado:
Pero aquí, la elección de lo más bueno
El tiempo á discernir no es adecuado.
Dejó ir al correo, y torció el freno
Adonde de la ancela era llevado;
Que de tal modo activa le apuraba,
Que ni un instante de aguardar le daba.

VII.

Siguiendo su camino, tarde viene,
Declinando ya el sol, á rica tierra
Que, de Francia en mitad, Marsilio tiene,
Que á Carlos le ha usurpado en esta guerra.
Ni al puente, ni á la puerta se detiene,
Porque el libre pasar nadie les cierra;
Aunque junto al rastrillo, y tras el foso,
Hay escuadrón de guardia numeroso.

VIII.

Como era conocida de la gente
La doncella á quien hace compañía,
Penetrar le dejaron libremente,
Sin nadie preguntar de dó venía.
Llegó á la plaza, y vió que turba ingente
La ocupaba, y que en medio hoguera ardía,
Y al pie de ella un mancebo había atado;
Que era el que estaba á muerte condenado.

IX.

Cuando Rugier la vista en su faz clava,
Que baja, y toda en lágrimas, tenía,
Pensó que á Bradamante viendo estaba [1],
Tanto á ella el doncel se parecía;
Y cuanto más su aspecto contemplaba,
En la perfecta identidad creía,
Entre sí repitiendo: «En este instante
No soy Rugiero, ó esa es Bradamante.

X.

»Por su ardimiento acaso habrá caído,
En la defensa del mancebo, opresa;
Y su ardor, por el número vencido,
Como aparece aquí, vino á ser presa.
¡Ah! ¿Por qué tan veloz habrá venido,
Sin poder yo servirla en esta empresa?
Mas doy gracias al cielo, que, sin duda,
Hora me trae para darla ayuda.»

XI.

Y empuñando la espada, que la lanza
Ya rompió en el castillo, rayo ardiente,
Al vulgo inerme su caballo avanza,
Y á diestra y á siniestra aplasta gente.
El hierro hace girar, y á quien alcanza,
Siega la gola, ó hiere espalda ó frente:
Huye gritando el pueblo, y la presteza
Salva á algunos; mas rota la cabeza.

XII.

Cual bandada de patos, que en un lago
Vuela rastrera y de su pasto entiende,
Si de pronto del cielo halcón aciago
Cae en medio, y á alguno aferra y prende,
Dejando á su pareja huye el estrago
Cada cuál, y á salvarse sólo atiende;
Así verías escaparse aquellos
En cuanto el buen Rugier cayó sobre ellos.

XIII.

La cabeza del cuello les separa
Á varios que en correr son renitentes:
Á infinitos destroza pecho ó cara:
Á muchos hiende el cráneo hasta los dientes.
Concederé que yelmos no encontrara,
Sino de cobre vil cuencos lucientes:
Mas aunque hubieran sido yelmos duros,
No estarían por cierto más seguros.

XIV.

No eran las fuerzas de Rugiero cuales
Se encuentran hoy en campeador moderno:
Ni en oso, ni en león, ni en animales
De nuestro suelo, ni de suelo externo:
El Austro acaso las tuviera tales,
Quizá El Diablo [2]: no digo el del infierno,
Sino el de mi Señor, incombustible,
Que tierra, y aire, y mar cruza invencible.

XV.

Golpe ninguno en vano descargaba;
Y á cada golpe á tierra va un guerrero,
Y dos y tres, y á veces cuatro echaba;
Así que un ciento despachó ligero;
Porque hendía la espada de que usaba,
Cual corta requesón templado acero:
Para dar muerte á Orlando, Falerina
La hizo una vez, de Orgaña en la oficina.

XVI.

Bien la pesó después haberla hecho,
Que con ella arrasar su jardín vido.
Hora ¿qué mal? ¿qué estrago tan deshecho
No hará en manos de un hombre tan temido?
Cuanto valor Rugier tiene en su pecho;
Cuanto más grande su potencia ha sido,
Todo lo emplea, todo luce ahora,
Por libertar á la que el pecho adora.

XVII.

Cual ciervo, de la intrépida jauría,
Las aterradas turbas escaparon:
Muchos murieron; pocos ese día
Entre víctimas tantas se salvaron.
Soltado en tanto la doncella había
Los fuertes lazos con que al mozo ataron;
Y le armó luego lo mejor que pudo,
De una espada, de un yelmo y un escudo.

XVIII.

El joven maltratado ora se goza
En poderse vengar de aquella gente,
Y con tanto vigor hiere y destroza,
Que el título conquista de valiente.
Entraba ya la lúcida carroza
Del sol en la marina de Occidente,
Cuando Rugier, salvado el jovencillo,
Con él salía del fatal castillo.

XIX.

El cual, cuando la planta fuera puso,
Con gratitud, que es prenda de alma fuerte,
Á besarle las manos se dispuso
Al que en defensa suya envió la suerte;
Al que, no conociéndole, se expuso,
Por libertarle, al riesgo de la muerte;
Y le rogó su nombre le dijera,
Por saber á quien tanto le debiera.

XX.

«Miro (Rugier decía) la faz bella,
La gallardía, el aire y el talante;
Pero la voz suavísima no es ella:
No es, no, la de mi tierna Bradamante:
Ni esta oferta de gracias es aquella
Que usar debiera con su fino amante.
Mas si es ella, no es mucho que me asombre
Que tan pronto olvidado haya mi nombre.»

XXI.

Para saber lo cierto claramente,
Díjole así Rugier: «No os desconoce
Mi memoria: que os vi tengo presente:
Dónde, no sé: mas mi alma os reconoce.
Decidme vuestro nombre, y que mi mente
Lo escuche y en oirlo yo me goce,
Y saber pueda á quién he defendido;
Que mi contento así será cumplido.»

XXII.

«Fácil que me hayáis visto ser podría
(Responde aquél); mas no sé dónde ó cuándo:
Que aventuras también, en demasía,
Yo en años juveniles voy buscando.
Quizá habréis visto á cierta hermana mía,
Que armas ciñe, y es célebre lidiando.
Es mi gemela; y somos tan iguales,
Que nos cambian los ojos maternales.

XXIII.

»No el tercero seríais vos, ni el cuarto,
Que entre los dos pudiera equivocarse:
Ni hermanos, padres, ni aun la que de un parto
Nos dió al mundo, nos ven sin engañarse.
Este cabello, cuyo usar comparto
Con mi sexo, sirvió á diferenciarse,
Un tiempo en que la cara hermana mía
El pelo en largas trenzas recogía.

XXIV.

»Pero, después que un día malhadado,
Herida en la cerviz, perdió el sentido,
Y un siervo de Jesús la hubo sanado,
Cortándole el cabello muy cumplido,
Diferencia en nosotros no ha quedado
Mas que el sexo, y el nombre, ó el vestido.
Ricardeto me llamo, hermano amante
De Reinaldo y también de Bradamante.

XXV.

»Y si oirme no os fuera aquí enojoso,
Cosa os contara yo que asombro os diera,
Debida al parecido prodigioso,
Dulce al principio y á la postre fiera.»
Rugiero, que ni canto más gustoso,
Ni más plácida historia oir pudiera,
Que la que á su adorada recordase,
Lo acogió ledo, y le rogó que hablase.

XXVI.

Y él dijo: «Sabe que por estos bellos
Bosques pasando Bradamante un día,
Herida fué por un tropel, que en ellos
La sorprendió, que el yelmo no ceñía.
Preciso fué cortarla los cabellos,
Para curarla de la llaga impía:
Luego, recién curada de la testa,
Vagaba lacia en la caudal foresta.

XXVII.

»Al margen de una fuente llegó en esto;
Y porque cansa y dolorida hallóse,
Se desciñó del yelmo, asaz molesto,
Y sobre el tierno césped adurmióse.
Cual esta historia, que á contar me apresto,
Nunca fábula alguna refirióse.
Flordespina [4] de España en tanto llega,
Que iba cazando por el monte y vega.

XXVIII.

»Y cuando halló á mi hermana en su quebranto
Quitado el yelmo de la rubia frente
(Pues llevaba el arnés en vez del manto),
Encendido de amor el pecho siente
Al contemplar su varonil encanto,
Y á la margen se acerca de la fuente
Y la invita á cazar, y que se esconda
Logra, cazando, entre la espesa fronda.

XXIX.

»Y así que en sitio solitario se halla,
Donde está ya de los demás perdida,
Va poco á poco la interior batalla
Descubriendo, en su espíritu encendida.
La vista ardiente, suspirando, estalla
El deseo de amor que dentro anida.
Ora es fuego su rostro, ora es de nieve:
Duda, tiembla, y un beso á dar se atreve.

XXX.

»Mi hermana, que bastante ha conocido
Que aquella dama por varón la tiene,
Y ella no la ha de dar lo apetecido,
Á grande apuro y compromiso viene.
«Mejor será que de ésta bien sabido
»Sea lo cierto, que á las dos conviene
»(Dice); y ántes gentil mujer mostrarse,
»Que dejar de hombre inútil motejarse.»

XXXI.

»Y decía verdad, que era bajeza,
Solo propia de un hombre hecho de estuco,
Cuando tiene delante una belleza
Llena de virginal ardiente suco,
Con ella estar, mirando su terneza,
Y tener baja el ala como el cuco.
Con breves frases, pues, al punto fijo
Vino, y sin tregua la verdad la dijo.

XXXII.

»Que gloria, cual Hipólita y Camila,
Busca en guerra; y que en África criada,
Cabe la mar de la ciudad de Arcila,
Desde niña en las armas fué enseñada.
No por eso el amor en la pupila
Se apaga de la bella enamorada:
Ese remedio á tanto mal es tardo:
Tan hondo la introdujo Amor su dardo.

XXXIII.

»No por eso su faz menos divina
Le parece; menor su gracia suma;
Ni por eso el fogoso amor domina
Que cada vez más férvido la abruma.
Al verla cual guerrero, se imagina
Lograr que no el deseo la consuma;
Y sólo cuando que es fémina piensa;
Suspira y llora, y es su pena inmensa.

XXXIV.

»Piedad tuviera de su duelo y llanto
El que la hubiera visto en aquel día.
«¿Qué dolor (exclamaba) lo fué tanto,
»Que al rigor llegue de la pena mía?
»Bien de todo otro amor, perverso ó santo,
»El deseo final lograr podría:
»De la espina apartara yo la rosa:
»Esta ansia mía sólo es infructuosa.»

XXXV.

»Lamentábase así, que fácilmente
No se puede aquietar la desdichada;
Se arranca el pelo, hiérese la frente,
Y de sí contra sí se venga airada.
Sumo dolor, piedad extrema siente
Mi hermana, que á sufrir se ve obligada.
Quiere apartarla del deseo insano;
Y cuanto piensa y cuanto dice es vano.

XXXVI.

»Ella, que ayuda busca y no conforto,
Más aumenta su queja lastimera;
El término del día era ya corto:
El sol rojeaba el Occidente, y era
Tiempo de retirarse, á quien el Orto
Nuevo aguardar al raso no quisiera,
Cuando invitó la dama á Bradamante
Al castillo en que mora no distante.

XXXVII.

»Ni contrariarla, ni afligir tampoco
Osó mi hermana; y fué con la mezquina
Al castel en que viste el vivo foco
Que me aprestó la turba Sarracina.
Allí á su amiga festejar no poco
Hizo la enamorada Flordespina;
Pues ya vestida en su femíneo traje,
Mostró á todos su sexo y su linaje.

XXXVIII.

»Porque, de no sacar ningún partido
De aquel viril aspecto, ni provecho,
No quiere que su nombre escarnecido
Sea del vulgo en el criterio estrecho.
Lo hizo también, porque si el un vestido
Gallardo y varonil gran mal la ha hecho,
La realidad el otro revelando,
Quizá el fuego de amor vaya templando.

XXXIX.

»Común fué el lecho que su cuerpo oprime:
Mas no común fué en ellas el reposo:
Que la una duerme y la otra llora y gime,
Y su amor cada día es más fogoso.
Si alguna vez el sueño la comprime,
Es breve, inquieto, y todo imaginoso.
Cré ver que el cielo al fin della apiadado,
El sexo á Bradamante le ha cambiado.

XL.

»Cual enfermo de gran sed poseído,
Si en su ansiedad morbosa se adormenta,
En el sueño febril en que está hundido,
De toda agua que ha visto se da cuenta;
Así á ésta el halago apetecido
Con toda su ilusión se le presenta;
Y al despertar, la realidad le advierte
Que no el consuelo aquel la dió la suerte.

XLI.

»De noche, ¡cuántos ruegos, cuán devotos,
Hace á Macón y á su caterva impía,
Porque con medios fáciles ó ignotos
Mude el sexo de aquélla á quien quería!
Mas vanos son sus ruegos y sus votos,
Y acaso de su mal Macón reía.
Viene la luz, su rostro rubicundo
Saca Febo del mar y alumbra al mundo;

XLII.

»Y al salir juntas de su lecho ocioso,
El fuego Flordespina cambia en nieve;
Que á Bradamante es ya partir forzoso,
Y salir del empacho quiere en breve.
La gentil dama un alazán brioso,
Como don de su amor, quiere que lleve,
Guarnecido de arreos soberanos,
Y una veste tejida por sus manos.

XLIII.

»La acompaña un espacio la ardorosa,
Y luego á su mansión vuelve llorando.
Mi hermana en tanto va tan presurosa,
Que el día en Montalbán la está alumbrando:
Sus hermanos, su madre cariñosa,
Todos vámosla en torno festejando;
Que no sabiendo nada de su suerte,
Duda y temor tuvimos de su muerte.

XLIV.

»Cuando el yelmo quitóse, corto el pelo
Vimos que antes la testa la envolvía:
El fogoso corcel golpeando el suelo,
Y la veste que rica la cubría.
Ella, sensible á nuestro amante celo,
Extenso nos contó, cual ya os decía,
Cómo fué herida, y por salvarse diera
Las trenzas del cabello á la tijera:

XLV.

»Cómo después la linda cazadora
La halló durmiendo al margen de la fuente,
Y su engañoso aspecto la enamora,
Y se la lleva y huye de su gente.
Luego de aquel amor que la devora
Nos dice y de la pena que ella siente,
Y cuanto en el castillo, en fin, la pasa,
Hasta que sana y libre vuelve á casa.

XLVI.

»Yo á Flordespina bien la conocía,
Que ya la vide en Zaragoza y Francia;
Y en sus ojos, su boca y gallardía,
Por flor la tuve de sensual fragancia:
Mas no dejé arraigar la afición mía,
Que amar sin esperar no da ganancia:
Pero al oir narrar de amor tan ciego,
Sentí agitarse mi dormido fuego.

XLVII.

»Y me mostró el Amor cómo hábilmente
Lo que imposible ayer, fácil hoy fuera,
Y ofreció ardid al fuego de mi mente
Para que mi deseo consiguiera.
Bien urdirle podría fácilmente;
Que como á tantos engañado hubiera
Mi semejanza fiel con Bradamante,
Mejor podría á Flordespina amante.

XLVIII.

»Y entre dudas, al fin se me figura
Que es necio huir lo que deleite sea;
Y mi pasión consejo no procura,
Y á nadie revelar quiero mi idea.
Voy de noche do se halla la armadura
Con que la hermana mía ora se arrea:
La tomo, y su corcel, y ya no espero
Á que me alumbre el día venidero.

XLIX.

»Camino por la noche: Amor me induce
Á buscar la Princesa peregrina;
Y llego cuando el alba apénas luce,
Y aún no ha salido el sol de la marina.
Por dichoso se tiene el que conduce
La noticia primero á Flordespina,
Esperando, en merced de su eficacia,
Recibir don, y merecer su gracia.

L.

»Todos por Bradamante me tuvieron,
Cual tú y otros en actos semejantes;
Y mas, que el traje y el corcel me vieron
Con que de allí partiera el día ántes.
Flordespina, no bien se lo dijeron,
Vino á mí con extremos tan amantes,
Con mirar tan fogoso y tan jocundo,
Que mayor regocijo no vió el mundo.

LI.

»Al cuello, con pasión, los brazos me echa,
Y oprime suave, y bésame en la boca.
Ya imaginarte puedes si su flecha
Me clavaría Amor con fuerza poca.
Hacia su estancia llévame, y me estrecha
La mano; y sólo á su ternura toca,
Que del yelmo á la espuela me desarme;
Pues ni á paje ni á nadie quiere darme.

LII.

»Luego un vestido, á su elección, trayendo,
Como solía á su adorada amiga,
Cual si fuera mujer me va vistiendo,
Y el cabello en dorada red me liga.
Yo los ojos modesto recogiendo
Voy, que no habrá quien dama no me diga;
Pues tan bien finjo el eco de la voce,
Que nadie, aunque diversa, la conoce.

LIII.

»Salimos luego á un gran salón abierto,
Do concurrencia noble se encontraba;
Que á saludarnos en gentil concierto
Fueron do la princesa se mostraba.
Allí, de algunos me reí, por cierto,
Que ignorando que el traje aquel guardaba
Un sexo varonil, gallardo, activo,
Me enviaban, dulces, su mirar lascivo.

## LIV.

»Cuando entró ya la noche más entera,
Y una mesa opulenta se ha servido,
Donde abundó cuanto halagar pudiera,
Propio de la estación, vista y sentido,
No la dama esperó que la dijera
Por qué causa tan súbito he venido;
Que me invitó á su estancia y que á su lado
Descanso diera al cuerpo fatigado.

## LV.

»Cuando dueñas y ancelas, con sencilla
Despedida dejaron franco el puesto,
Al fulgor de un blandón que ardiente brilla,
Libres del atavío ya molesto,
Yo comencé: «No te haga maravilla,
»Señora, si tornar me ves tan presto;
»Que estarías ya acaso imaginando
»No ver mi rostro hasta Dios sabe cuándo.

## LVI.

»Tendrás primero de la causa indicio
»De mi partida, y de mi vuelta ahora.
»Si prestar á tu ardor un beneficio
»Podido hubiera yo con mi demora,
»De vivir y morir en tu servicio
»No habría perdonado ni una hora:
»Mas cuando vi que sólo más dolencia
»Te ocasionaba, decreté mi ausencia.

LVII.

»Fortuna me sacó de mi camino
»Á un bosque espeso, de intrincada rama,
»Donde un grito escuché sonar vecino;
»Cual de mujer que por socorro clama.
»Acudo, y, cabe un lago cristalino,
»Á un Fauno vi, que con tejida trama,
»Cogido había á una beldad desnuda;
»Y quería comérsela así cruda.

LVIII.

»Yo corrí contra el bruto espada en mano,
»Que otro amparo no vi ya suficiente,
»Y di la muerte al pescador villano;
»Y ella saltó al estanque raudamente.
»Luego dijo:—«No ayuda has dado en vano.
»Bien premiado has de ser, y prontamente:
»Pide á tu voluntad, que yo soy Ninfa
»Que dentro vivo de esta clara linfa.

LIX.

»Cosas yo alcanzo que el mortal no entiende:
»Con que hago me obedezca la natura.
»Pide hasta cuanto mi poder se extiende,
»Que el darte cuanto sueñes no me apura.
»La luna á mi cantar acá desciende:
»Se hiela el fuego, el aura se hace dura;
»Y á veces, de mi voz sólo al sonido,
»Moví la tierra, el sol he detenido.»

LX.

»No á su oferta la exijo, ni trofeo;
»Ni pueblos dominar, ni ganar tierra,
»Ni esfuerzo tal, que en el marcial empleo
»Me saque vencedor de toda guerra.
»Sólo alcanzar le pido tu deseo
»Por cuantos medios su saber encierra;
»Ni este modo mejor que aquél demando,
»Que ella sabrá mejor irlo amañando.

LXI.

»Apenas mi demanda fuéle expuesta,
»La vi calarse al fondo apresurada,
»Y de nuevo salir, y por respuesta,
»Echarme una porción de agua encantada;
»Y no bien en mi frente tocó de ésta
»La milagrosa súbita rociada,
»Sin poder cuenta de mi asombro darme,
»De mujer en varón sentí cambiarme.»

LXII.

»Como quien la esperanza ya ha perdido
De cosa que su espíritu enajena;
Que, al recuerdo del bien desparecido,
Más se irrita y más crece en él la pena;
Si la encuentra después, el mal vertido
Tiempo lamenta que sembró en arena;
Y del despecho continuado el uso
Le hace de sí dudar, y está confuso;

LXIII.

»Así la dama, realizado siendo
Lo que anheló con frenesí amorosa ;
No acaba de creer lo que está viendo,
Y de si es ó no sueño está dudosa.
Mas el cuento insensato va creyendo,
Que es Mora y la infeliz supersticiosa ;
Y decía : « Si es sueño, haga la suerte
»Que duerma siempre y que jamás despierte.»

LXIV.

»Nuestro amor se mantuvo ocultamente,
Y un mes duró la vida placentera :
Mas aquel trato al fin se hizo patente,
Tanto, que la noticia hasta el Rey fuera.
Vos que me libertasteis de su gente,
Que en la plaza aprestábame la hoguera,
Si me queda veréis triste memoria
Del bien perdido, pues sabéis mi historia.»

LXV.

Ricardeto á Rugier esto narraba,
Alivio dando á la nocturna vía,
Mientras hacia una loma caminaba
La gallarda pareja, y proseguía
Por estrecha cañada, que acababa
En riscoso breñal, de do se vía
El castillo llamado de Agriomonte,
Que guardaba Aldigier de Claramonte.

LXVI.

Este de Buevo [5] hijo bastardo era;
Y de Malguigio y de Vivián hermano:
Quien de Gerardo dice que naciera,
Da testimonio temerario y vano.
Era, en fin, digno, de quien quier que fuera:
Prudente, liberal, cortés, humano;
Y día y noche los fraternos muros
Guardar sabía y conservar seguros.

LXVII.

Acogió el Aldigiero cortésmente,
Cual debía, á su primo Ricardeto,
Porque hermano le llama, y juntamente
Porque le inspira el buen Rugier respeto.
Mas no salió á su encuentro alegremente
Cual solía, y sí triste y obsoleto,
Porque tuvo un aviso en aquel día,
Que el alma le inquietaba y afligía.

LXVIII.

Y dijo á Ricardeto: «Bien venido,
Hermano: mi tristeza hoy ocasiona,
Que por medio ciertísimo he sabido
Que el traidor Bertolagio de Bayona,
Y la infame Lanfusa [6], han convenido,
Que si ricos despojos él la dona,
Ella á nuestros hermanos en su mano
Le pondrá: tu Malguigio y tu Viviano.

LXIX.

»Desde que Ferraud los prendió, aquella
Los ha tenido en soterráneo oscuro,
Hasta que ese contrato inicuo sella
Su perversa ambición de lucro impuro.
Mañana al Magancés los manda ella,
De Bayona al confín, á un alto muro,
Do llevarále el mismo la ganancia
De vender la mejor sangre de Francia.

LXX.

»He avisado á Reinaldo sin demora:
Mas aunque envié correo á muy gran paso,
No pienso que llegar pueda á buen hora,
Que es el camino insuperable acaso.
Gente no tengo aquí que salga ahora:
Mucho es mi afán; mas mi poder escaso.
Temo los haga el pérfido morir;
Y así no sé qué hacer ni qué decir.»

LXXI.

La nueva aflige á Ricardeto, y luego
Á Rugier, porque el joven se lamenta;
Y viendo de una y otra faz el juego,
Y que ninguna luz se les presenta,
Dice con grande ardor: «Cobrad sosiego:
Corre toda la empresa de mi cuenta;
Que por salvar personas tan amadas,
Esta espada valdrá por mil espadas.

LXXII.

»Yo me basto á vencer estos conflitos:
No he menester más gente á mi mandato.
Sepa do se reúnen los malditos,
Que un guía y nada más de llevar trato.
Yo he de hacer que hasta aquí se oigan los gritos
De los presentes al cruel contrato.»
Así dice, y no dice cosa nueva
Al uno, que ya vió la clara prueba.

LXXIII.

El otro apenas á escucharle acierta,
Como á quien habla mucho y poco grave:
Mas le dió Ricardeto cuenta cierta
De lo que hizo por él; y que bien sabe
Que ha de exceder á la grandiosa oferta,
Lo que él de insigne y portentoso acabe.
Oyóle entonces, no cual la vez prima,
Y gran respeto le cobró y estima.

LXXIV.

Y en la mesa le honró, que á su abundancia
El cuerno de Amaltea era pequeño,
Do se habló de alcanzar en breve andancia,
De los hermanos el glorioso empeño.
En tanto á adormecer con su fragancia
Los párpados de todos vino el sueño.
Sólo Rugier inquieto está velando,
Que en el pecho un arpón le está punzando.

LXXV.

De Agramante el apuro, que sabía
Por el correo aquel le da castigo;
Pues la menor tardanza en él sería
De su tibieza y poca fe testigo;
Y su oprobio y baldón aumentaría
Ayudar de su Rey al enemigo.
Si al agua del Bautismo su cabeza
Ora diese, ¡qué pérfida vileza!

LXXVI.

Quizá en otra ocasión fuera creído
Que impulsos religiosos le movieran:
Mas hoy que está Agramante así oprimido,
Hoy que su fuerte ayuda le pidieran,
Antes será de todos entendido
Que cobardes temores le indujeran;
Que achacar suele el mundo á lo injurioso
Lo que entre el bien y el mal está dudoso.

LXXVII.

También este partir le causa enfado,
Sin saberlo su cara peregrina,
Así el triste, entre aquel y este cuidado,
El ánimo alternadamente inclina;
Habiéndose el aviso retrasado,
De hallarla en el castel de Flordespina,
Donde, juntos, debían al efeto
Venir de libertar á Ricardeto.

LXXVIII.

Y recuerda después, que la ha ofrecido
Que en Valleumbrosa habrían de encontrarse,
Pues, según dijo, allí debe haber ido,
Y de no hallarle en él maravillarse.
Mas mensaje mandar puede cumplido
Por quitarla ocasión de lamentarse
De que tan mal sus órdenes cumpliera,
Y sin aviso posterior partiera.

LXXIX.

Luego que así cien cosas discurría,
Á escribirle al instante se previno;
Que aunque no sabe cómo enviar debía
Con fijeza la carta á su destino,
No lo quiere dejar, que bien podría
Mensajero encontrar por el camino.
No espera, y salta con presteza suma
Del lecho, y pide luz, papel y pluma.

LXXX.

Los sirvientes, discretos y advertidos,
Presentan á Rugier lo que comanda.
Él empieza á escribir, y los cumplidos,
Como es costumbre, en el principio manda:
Luego de los mensajes recibidos
Habla, en que el Rey su ayuda le demanda;
Y que, si no es muy pronta su venida,
Es que está preso, ó que perdió la vida.

LXXXI.

Y esforzaba que, en caso tan penoso,
Cuando así el Rey su ayuda le pedía,
Viese cuánto le fuera vergonzoso
Si del todo á negarlo se atrevía;
Y que habiendo de ser al fin su esposo,
Evitar toda mancha debería;
Pues no es bien que se ligue cosa oscura
Con ella, tan espléndida y tan pura.

LXXXII.

Y que si hasta el presente un nombre claro,
Bien obrando, ha logrado conquistarse;
Y, si ya conseguido, le fué caro
De su nombre á la altura conservarse,
Hoy era de su gloria más avaro,
Pues con la suya excelsa va á juntarse,
Y su amor se embellece y acrisola,
En ser dos cuerpos en una alma sola.

LXXXIII.

Y así, cual de palabra ya le dijo,
Y aun por escrito le repite ahora,
Cuando haya remediado el mal prolijo
Que á su Monarca oprime y él deplora,
Se hará de Cristo en los altares hijo,
Como lo es ya, que en su interior le adora;
Y á Reinaldo y sus padres, al instante,
Irá á pedirla por su esposa amante.

## LXXXIV.

«Quiero (añadía) que del cerco odioso
Liberte á mi Señor la espada mía,
Para que calle el vulgo malicioso,
Que, si faltara á ese deber, diría:
Rugier, cuando Agramante fué dichoso
Nunca dél se apartó noche ni día,
Y hora que la fortuna le abandona,
Se va con el feliz á quien corona.

## LXXXV.

»Quiero que quince días de hoy siguientes
Me concedáis no más, con que remedio
Pueda llevar á las paganas gentes,
Y sacar á Agramante de su asedio.
Yo volveré, después de que aparentes
Motivos halle y razonable medio.
Esto sufrid que, por mi honor, os pida:
Vuestro es después el resto de mi vida.»

## LXXXVI.

En términos tan tiernos escribióla,
Y sintió el corazón ya más sereno;
Y feliz con su carta, no acabóla
Hasta que todo el pliego dejó lleno.
Entonces lento la plegó, y besóla,
Y ya cerrada, la guardó en su seno,
Esperando ha de hallar la luz siguiente
Quien á su bien la dé secretamente.

LXXXVII.

Con la carta cerró también los ojos,
Y la quietud halló do fué la pena,
Que el sueño, disipando los enojos,
Le ungió del Lete [8] con la linfa amena:
Y dióle paz hasta que, en velos rojos,
Mostróse el alba, que los campos llena
De lindas flores, y al dorado Oriente
Salió del sol el coche refulgente.

LXXXVIII.

Y así que á saludar al nuevo día
Mueven los pajarillos la enramada,
Aldigiero, que intenta ser el guía
Que los lleve á la pérfida morada,
Do castigue Rugier la felonía
Por el vil Bertolagio preparada,
En pie salta; y los dos que le sintieron,
Las sábanas al punto sacudieron.

LXXXIX.

Ármanse, pues, y al campo van ufanos
Con Rugier los dos primos; que aunque fuera
Por aquél resistido, que á sus manos
Quería que la acción toda se diera,
Ellos, por el amor de sus hermanos,
Y porque descortés no ir ellos era,
Á cuanto aquél para su intento invoca,
Resistieron, más firmes que una roca.

XC.

Llegaron al lugar do se debía
De los presos hacer la entrega innoble:
Era una amplia llanura que yacía,
De viento y sol bajo el azote doble:
Ni mirto ni laurel allí se vía,
Ni fresno, ni ciprés, ni abeto ó roble;
Que es desnudo arenal, donde no entra
Corva reja, y ni abrojo vil se encuentra.

XCI.

Los tres se detuvieron en un claro
Del camino que daba á la llanura,
Y allí de un Caballero hacen reparo,
Que lleva engaste de oro en la armadura,
Y por insignia, en campo verde, el raro
Pájaro á quien la vida un siglo dura.
Señor, no más; que al fin del canto llego,
Y que me concedáis descanso os ruego.

# ORLANDO FURIOSO.

---

## ARGUMENTO DEL CANTO VIGÉSIMOSEXTO.

Explica Malaguigio las figuras
Que esculpidas se ven en una fuente.
Mandricardo aparece, y pruebas duras
Contra el de Argel ensaya bravamente.
También Rugier probar las armaduras
De entrambos quiere, y los provoca ardiente;
Mas Doralice escapa por los prados,
Y todos van tras ella disparados.

---

# ORLANDO FURIOSO

## CANTO VIGÉSIMOSEXTO.

### I.

De antiguas damas la memoria imploro,
Que amaron la virtud, no la riqueza;
Hoy pocas hay que el femenil decoro
No sometan del lucro á la bajeza:
Mas esas pocas, que, al brillar del oro,
Del honor sobreponen la entereza,
Si en vida son ejemplos especiales,
Cuando no viven ya, son inmortales.

### II.

Digna de eterno aplauso es Bradamante,
Que no amó ni dominios, ni dinero,
Sino el fulgor de la virtud triunfante,
Y el generoso aliento de Rugiero;
Y mereció que de ella fuese amante
Un tan noble y tan digno caballero,
Que por instinto propio hacía cosas
Á los futuros siglos milagrosas.

III.

Rugiero, como arriba ya os narraba,
Al buen Malguigio y á Vivián venía
Á salvar de malvados; y llevaba
De ambos primos la grata compañía.
Dije también que de armadura brava
Venir á un caballero visto había,
Que el pájaro ostentaba, eternamente
De su propia ceniza renaciente.

IV.

Cuando aquel divisó la noble terna,
Cual quien á espera de aventura sale,
Mostró tener como impaciencia interna
De ver si á su exterior su esfuerzo iguale.
«Si alguno de los tres, ó en lid alterna,
Probar queréis quién más que todos vale
(Les dijo), á espada ó lanza sea el duelo,
Hasta que caiga el adversario al suelo.»

V.

Y respondió Aldigier: «Yo bien quisiera
Medir contigo espada, ó blandir asta,
Si otra empresa mayor no lo impidiera,
Que puedes pronto ver, y nos contrasta
La ocasión de más lid; pues no da espera;
Que, aun para hablar, el tiempo no nos basta:
Seiscientos ó más hombres esperamos;
Y hora nosotros á embestirlos vamos.

VI.

»Por librar á dos deudos, que en prisiones
Aquí van á traer, á ti no accedo.»
Y le siguió exponiendo las razones
De su piedad indicio y su denuedo.
«Es tan justa la excusa que me opones
(Respondió aquel), que replicar no puedo;
Y de que sois los tres, bien formo juicio,
Bravos, cual pocos del marcial oficio.

VII.

»Con vosotros en lid quise probarme,
Pues vueso cabalgar juzgué maestro:
Mas me basta que así podáis mostrarme,
Con daño de otros, el esfuerzo vuestro.
Sólo os demando con los tres aliarme,
Y aliar la espada y el escudo nuestro;
Que espero demostrar, por más de un signo,
Que de unirme á los tres no soy indigno.»

VIII.

Ya me imagino ver que alguien desea
El nombre conocer del bravo adjunto
Que les pidió una parte en la pelea
Á los campeones del piadoso asunto.
Aquella (que no aquél) sabido os sea
Que era Marfisa: la que trajo á punto
Tan penoso á Zerbino con Gabrina,
Y á obligación tan dura le destina.

IX.

Los dignos Claramontes y Rugiero
Aceptaron con gusto á la extranjera,
Que creían que sólo es un guerrero,
Y no mujer, ni la mujer que era.—
De allí á un momento descubrió Aldigiero,
Y mostró al grupo suyo, una bandera
Cuyos pliegues flotar el aire hacía,
Y tras la cual gran escuadrón seguía.

X.

Y cuando ya estuvieron muy vecinos,
Y pudieron notar el traje moro,
Ven que son, en efecto, Sarracinos,
Y que en medio conducen, sin decoro,
Á los presos ligados, y en rocinos,
Para al vil Magancés darlos por oro.
Y Marfisa á los suyos: «¿Pues qué resta
(Les dijo) ya para emprender la fiesta?»

XI.

Y Rugier respondió: «No están ahora
Todos aquí; que falta una gran parte.
Función se nos prepara seductora;
Y porque mejor sea, usemos arte;
Que ya no han de causarnos gran demora.»
Esto diciendo, ven venir aparte
Á los viles traidores de Maganza;
Y así se aprestan á empezar la danza.

XII.

De un lado entrando ven los Maganceses,
Y con ellos diez mulos, muy cargados
De oro y ropas y espléndidos arneses:
Del otro, en medio de armas y de armados,
Esos que van, cual maniatadas reses,
Por sagaz mercader á ser comprados;
Y con el Moro que la tropa guía,
Á Bertolayo conversar se vía.

XIII.

No el buen hijo de Buevo: no el de Amón,
Al ver al Magancés, esperar quiere:
Cada cuál pone en ristre su lanzón,
Y le va á hacer el daño que pudiere:
Aquél le pasa el vientre y el arzón:
¡Éste del rostro en la mitad le hiere.
Sea, cual fué de Bertolayo infame,
De todo el que traición y engaños trame!

XIV.

Á esa señal, Marfisa con Rugiero
Salen en tremebunda acometida:
Ni ella rompe el fortísimo madero,
Hasta que bota á tres de la embestida;
Y el asta de Rugier tiró el primero
Al caudillo, que allí perdió la vida;
Y á hacerle compañía, con el mismo,
Bajan otros también al hondo abismo.

XV.

Aquí un error asalta á los menguados,
Que les causó la postrimer ruína.
Los Maganceses júzganse engañados
Por traición de la gente Sarracina;
Y á su vez los paganos asaltados,
Á la otra escuadra acusan de asesina;
Y comienzan entre ambas, irritadas,
Lanzas á manejar, arcos y espadas.

XVI.

Salta sobre esta gente ó sobre aquella
Rugier, y á veinte ó treinta al suelo tiende:
Á otros tantos, la impávida doncella,
Á diestra y á siniestra horada ó hiende;
Que yertos caen los que dél ó de ella
Toca la espada, que el terror extiende:
La espada, á la que son los yelmos broncos
Lo que al fuego voraz los secos troncos.

XVII.

Como cuando de abejas un enjambre,
Ya embravecido, en desunión se encuentra;
Que dejando de hilar el dulce estambre,
Sale al aire á pelear; y entre ellas entra
Golondrina, á quien siempre aqueja el hambre,
Y mata aquí y allí, rompe y desvientra;
La doncella y Rugier así igualmente
Hacen destrozos en la Maura gente,

XVIII.

El valiente Aldigiero y su sobrino
No armaban con los otros menos danza;
Porque, dejando el campo Sarracino,
Hacen sólo la guerra al de Maganza.
El hermano del grande Paladino
Tiene insigne valor y gran pujanza;
Y aumentar uno y otra aquí le hacía
El odio atroz que al Magancés tenía.

XIX.

Por el mismo motivo león tremendo
El bastardo mostrábase de Buevo,
Que la espada impertérrito esgrimiendo,
Cada yelmo escachaba como un huevo.
¿Y qué guerrero, de cartón no siendo,
De parecer no habría un Héctor nuevo,
De Marfisa y Rugier en compañía,
Nata y flor de la humana valentía?

XX.

La doncella, á la vez que combatiendo,
La vista á sus amigos les echaba;
Y entre ella y ellos parangón haciendo,
Con maravilla á todos contemplaba;
Si de Rugier el ánimo, estupendo,
Y no igual en el mundo le juzgaba;
Llegando hasta pensar que á aquella parte
Del quinto cielo [1] á estragos bajó Marte.

XXI.

Sus ojos los tremendos golpes vían
Y espantables, no dando nunca en fallo;
Y contra Belisarda, parecían,
No metal duro el hierro, sino callo.
Piernas y brazos á cercén caían;
Y los cuerpos rajaba hasta el caballo,
Y en dos trozos al campo los echaba,
Del lado á cada cuál que le tocaba.

XXII.

Y prosiguiendo el ímprobo trabajo,
Juntos jinetes y caballo hendía:
Las cabezas de un golpe van abajo,
Y el busto de las ancas dividía.
Á cinco, á veces, despachó de un tajo;
Y si no porque alguno dudaría
De verdad, que á mentira se asemeja,
Diría aún más, que de decir se deja.

XXIII.

Turpín, que es escritor siempre sincero,
Si bien creerlo ó no deja igualmente,
Cosas cuenta inauditas de Rugiero,
Que por mendaces las tendrá la gente.
También contra Marfisa no hay guerrero
Que no sea cual hielo al fuego ardiente;
Y no menos de aquel atrae la vista,
Que Rugiero á Marfisa se conquista.

XXIV.

Y si ella antes un Marte le juzgara,
Él la tendría entonces por Belona,
Si que fuese una dama sospechara
Aquella brava varonil persona;
Y aun entre ellos acaso allí brotara
La emulación que el mérito ocasiona,
Alarde, contra aquella gente, haciendo,
De quién cause destrozo más horrendo.

XXV.

Bastó de cuatro el ánimo y vigor
Á hacer añicos una escuadra entera.
Ya sus hombres no ven arma mejor
Que aquella que en los pies tienen ligera.
Feliz quien corcél monta volador,
Que hora no basta sólita carrera;
Y el que está sin caballo, aquí aquilata
Cuán funesto es hacer la guerra á pata.

XXVI.

Quédale al vencedor campo y tesoro,
Y Magancés no queda, ni Pagano:
Huye de aquí el traidor, y de allí el Moro;
Y á soltar á Malguigio y á Viviano
Van, lo primero, sin cuidar del oro,
De gozo henchido el corazón de hermano.
Diligentes después los seis se agrupan,
Y los mulos y carros desocupan.

XXVII.

Á más de grande cantidad de argento,
En diversas vajillas bien labrado,
Y de algún femenino vestimento,
De preciosas labores recamado;
Para imperial estancia un paramento
De seda y oro, en Flandes trabajado,
Hallaron, y otras cosas singulares,
Rancios vinos, conservas y manjares.

XXVIII.

Al quitarse los yelmos, conocido
Fué que les dió su ayuda una doncella;
Pues el cabello de oro prueba ha sido,
Y la faz delicada, suave y bella.
La ruegan que su nombre esclarecido
No les encubra; y la celebran, y ella,
Siempre cortés, y á complacer propicia,
De quién es no se niega á dar noticia.

XXIX.

No se sacian jamás de estar mirando
Á la que tal han visto en la batalla;
Y ella solo á Rugier viendo y hablando
Está, que gusto en lo demás no halla.
Van, en tanto, los siervos preparando
Á los nobles señores la vitualla;
Que aparejan al pie de una gran fuente,
Que agua brota, aunque poca, transparente.

XXX.

Es una de las fuentes de Merlino:
De las cuatro que en Francia ha edificado,
Con taza en derredor de mármol fino,
Como la leche blanco y delicado,
Allí con arte de buril divino
El Mago había imágenes tallado;
Que respiran parece, y si no fuera
Que no hablan, por vivas las tuviera.

XXXI.

Á una bestia salir de una foresta [2]
Allí se ve, de vista odiosa y bruta,
Con las orejas de asno, y con la testa
Y los dientes de lobo, y de hambre enjuta:
De león es su garra, y lo que resta
Es de zorra; y correr parece astuta
Francia, Italia, y la España y la Inglaterra,
Asia, Europa, y, en fin, toda la tierra.

XXXII.

Por doquiera que va mataba, hería,
Ya del pueblo, ó señores principales;
Y que más bien dañaba, parecía,
Á excelsos grandes y á personas reales;
Y en la Romana Corte aún más hacía;
Que á Papas daba muerte y Cardenales,
De Pedro la mansión contaminando,
Y á la Fe Santa escándalos causando.

XXXIII.

Parece que al llegar la bestia horrenda
Caen reparos y muro en cuanto toca;
Y ciudad no se ve que se defienda,
Y no hay castel seguro, ni alta roca;
Y como hasta el divino honor pretenda,
Se ve adorada de la gente loca,
Y de tener abrógase asimismo
Las llaves de los cielos y el abismo.

XXXIV.

Luego, orlada con lauros imperiales
La frente, un caballero se mostraba,
Con tres mancebos, que las lises reales
Cada cuál en sus ropas ostentaba.
Con coronas, también á ellos iguales,
Contra el monstruo un León se adelantaba.
Todos su nombre llevan esculpido
En el yelmo ó la orla del vestido.

XXXV.

Sobre uno de ellos, que en la inmunda panza
Hunde la espada, de la horrible fiera,
*Primer Francisco en Francia*, á leer se alcanza:
Maximiliano de Austria, el otro era;
El César Carlos Quinto, el que la lanza
Al monstruo le clavaba en la gorguera;
Y el que dardo sutil le apunta bravo,
Era el Rey de Inglaterra Enrique Octavo.

XXXVI.

Un *Décimo* el León escrito tiene;
Y está oprimiendo al monstruo de una oreja;
Y tanto le sacude y le retiene,
Que otra gente á ayudarle se apareja.
Parece que la enmienda al mundo viene:
Se aquieta el alma, y el temor se aleja;
Y noble gente, aunque no mucha, acude,
Y hasta matar la belva, la percude.

XXXVII.

Aquí á los bravos caballeros place,
Y á Marfisa, saber los nombres de estos
Por quienes de la fiera se deshace
El poder, que venenos lanzó infestos.
Y cómo ocurre que la piedra yace
Rota, do están sus nombres manifiestos,
Entre sí se rogaban los dijera
Alguno de los seis que los supiera.

XXXVIII.

Á Malguigio, Vivián volvió la vista,
Que en silencio hasta allí se ha conservado,
Y le dijo: «Tu labio nos asista;
Que, á lo que veo, te hallas enterado.
¿Quién son los que del monstruo la conquista
Con dardo, estoque y flecha han acabado?»
Y respondió Malguigio: «No hay historia
Que de esos hasta el día haga memoria.

XXXIX.

»Sabed que los que nombre soberano
Aquí tienen escrito en mármol duro,
No han existido aún : mas del humano
Linaje serán gloria en lo futuro.
Merlín, el sabio encantador Britano,
Lo hizo en tiempo labrar del rey Arturo;
Y allí esculpir lo que ocurrir un día
Tras setecientos años debería.

XL.

»Salió la bestia impura del inmundo
Infierno, do trazáronse sus actos
Por la tierra, y medido lo profundo
Fué del mal, y escribiéronse los pactos.
Mas no corrió al principio todo el mundo :
Quedaron dél países bien intactos :
Y si hoy en nuestro tiempo los disturba,
Sólo ofende á plebeyos y á vil turba.

XLI.

»Desde el principio suyo hasta el presente
Siempre ha crecido y seguirá creciendo;
Y á largo andar, siguiendo así potente,
Será el monstruo del mundo más horrendo.
Aquel Pitón, fierísima serpiente,
Que nos dicen, bestión tan estupendo,
No tal cual éste en lo feroz ha sido,
Ni tanta muerte y daño ha producido.

XLII.

»Hará estrago cruel : no habrá ciudad
Que no perturbe, contamine, infeste :
Cuanto en el mármol veis, no es la mitad
De tan nefanda abominable peste.
Al mundo, ronco de gritar *¡piedad!*,
Esos, á quienes nombre el buril preste,
Que ha de resplandecer más que el diamante,
Le salvarán en su más crudo instante.

XLIII.

»Á la fiera cruel el más funesto
Será el francés Francisco, ya nombrado,
Cuyo Monarca ha de llevar en esto,
Delante, á nadie [3], y pocos á su lado;
Pues ya en el regio honor, y ya en el resto
De las virtudes él habrá eclipsado
Á todos los demás, cual obscurece
Á toda estrella el sol cuando aparece.

XLIV.

»De su reinado el primer año hermoso,
Que aún la corona en él fuerza no alcanza,
El vano empeño dejará infructuoso
Del que á los Alpes á pararle avanza [4].
Lleno de noble orgullo generoso,
No ha de cesar hasta tomar venganza
Del furor que en los campos, hará meses,
Sufrieran los ejércitos franceses.

XLV.

»Él bajará de Lombardía al llano,
La flor de Francia conduciendo en torno;
Y hará en el suizo estrago tal, que en vano
Querrá más encender de guerra el horno.
Con pena de la Iglesia, y del hispano
Campo, y del Florentino con bochorno,
Expugnará el castillo formidable,
Que hasta allí se juzgaba inexpugnable [5].

XLVI.

»Más que otras armas serviràle en esto
La invicta espada con que fuerte aterra
Al fiero monstruo del veneno infesto,
Que dió á los pueblos tan sangrienta guerra.
Delante de ella en fuga él habrá puesto
Todo estandarte ó derribado á tierra:
Ni foso, ni torreón, ni grueso muro
Pueden tener castillo dél seguro.

XLVII.

»Tendrá este excelso Rey cuanta excelencia
Pueda en alma caber de Soberano:
Del gran César la acción, con la prudencia
Del que en Trebia la usó contra el romano [6]:
La suerte de Alejandro; que la ciencia,
Sin ella, su valer gastará en vano;
Y será de tal modo generoso,
Que no habrá nadie en dones tan famoso.»

XLVIII.

Diciendo así, Malguigio les movía
Á saber de los otros el destino,
Que á la bestia rindieron, que rendía
Á tanta y tanta gente en su camino.
«Allí entre los primeros se leía
El nombre de un Bernardo, al que Merlino
Atribuye la gloria de Viviena,
De Florencia inmediata, y de Siena.

XLIX.

»Nadie les gana en fuerte corazón
Á Gismundo, y á Juan, y á Ludovico:
Á un Gonzaga, á un Salviati, á un Aragón,
Que á todos la virtud suprema aplico.
De Francisco Gonzaga allí el blasón
Veo, á quien sigue su hijo Federico,
Que del cuñado y yerno está vecino,
Duque aquél de Ferrara, éste de Urbino.

L.

»El hijo de uno de estos, Guidobaldo,
Á su padre y parientes atrás echa,
Y con Flisco, Otobón y Sinibaldo,
Sigue á la fiera y con vigor la estrecha.
Luís de Gazolo al animal ribaldo
Le ha clavado en el cuello sutil flecha,
Que Febo el arco le donó y su arte,
Cual la espada que gasta es don de Marte.

LI.

»Los Hércules é Hipólitos de Este,
Y otro Hipólito, otro Hércules, nacidos
De Gonzaga y de Médicis, la peste
Persiguen de la belva decididos;
Y Juliano también, y el hijo de éste,
Y Fernando y su hermano van unidos;
Y Francisco de Esforcia, y Andrés Doria
De nadie quieren envidiar la gloria.

LII.

»Siguen dos con la enseña esclarecida
De Ávalos, que imitar la roca ensaya
En que Jove la audacia desmedida
De Tifeo Anquipede [7] puso á raya.
Cual estos dos, de espada tan temida,
No habrá ninguno que adelante vaya:
Uno, *Francisco de Pescara invito;*
Otro, *Alfonso del Vasto* lleva escrito.

LIII.

»Mas ¿adónde á Gonzalo [8] me he dejado,
De España honor, su gloria la primera,
Que de Malguigio fué tan celebrado
Como ninguno de los otros fuera?
Guillermo se ve allí de Monferrado
Con los que muerte dieron á la fiera;
Que pocos son aún, si se comparan,
Con los que entre sus uñas acabaran.»

LIV.

Así Malguigio satisfizo el ruego
Del grupo amigo, que feliz sesteaba
En dulce platicar y alegre juego,
Do el agua de la fuente murmuraba,
Mientras Vivián, por darles más sosiego,
De las armas de todos se cuidaba.
En tanto, llegar vieron, sin compaña,
Á una dama que rápida venía.

LV.

Era la ancela Ipalca, á quien Frontino
Usurpado le fué por Rodomonte.
Diciéndole improperios de contino,
Le siguió todo el día por el monte;
Y sin nada lograr, torció el camino
Para ver á Rugiero en Agriomonte;
Y supo, no sé cómo, por la vía,
Que aquí con Ricardeto le hallaría.

LVI.

Y ella, por saber bien el sitio que era
(Que en él estuvo ya), tomó derecho
Á la fuente; en la cual, de la manera
Que ya os dije, en consorcio le halló estrecho:
Mas, como buena y cauta mensajera,
Que lo que ha de guardar sabe en el pecho,
Cuando al hermano vió de Bradamante,
De no saber quién es fingió el talante.

LVII.

Y á Ricardeto encaminó los ojos,
Cual si viniese á él directamente;
Y él, que la conoció, con pies no flojos
Á ella va, y la pregunta por su gente.
Ipalca, con los párpados aún rojos
Del largo llanto, díjole doliente,
Si bien muy alto, á fin que lo entendiera
Rugier, que cerca del mancebo fuera:

LVIII.

«Yo, adornado de espléndidas mantillas,
Á tu hermana el caballo que más ama
Llevaba, de quien cuentan maravillas
De escuela y brío, que Frontín se llama.
Ya guiado le había treinta millas
Hacia Marsella, adonde ir mi dama
Pronto debía, y donde á mí me dijo
Que la esperase en término prefijo;

LIX.

»Cuando, burlando la creencia mía,
De que no habría audacia tan entera
Que le osase asaltar, si le decía
Que de la insigne Bradamante era,
Á un sarraceno atroz me hallé en la vía,
Que echó al noble corcel la mano fiera,
Sin que el saber de quién Frontino fuese
Á volverle á su dueño le moviese.

LX.

»Todo ayer y hoy helo seguido; y viendo
Que el ruego y la amenaza eran en vano,
Baldonando al infame y maldiciendo,
Le he dejado, de aquí no muy lejano,
Donde queda enzarzàdo en lance horrendo
Con mi Frontino; pues, espada en mano,
Lucha contra un varón de tal pujanza,
Que espero me ha de dar pronta venganza.»

LXI.

Al momento Rugiero se decide,
Y aún apenas el todo pudo oir:
Ya en pie, su vista los espacios mide;
Y luego, en premio de su buen servir,
Á Ricardeto y sus amigos pide,
Con ruego ardiente, que le dejen ir,
Con la dama, á encontrar al malhadado
Que el famoso caballo la ha robado.

LXII.

Una empresa ceder, que le es debida,
Á Ricardeto déjale confuso:
Mas siendo el alma suya agradecida,
Renuncia triste de su fuero al uso.
Rugier, después de tierna despedida,
Con la doncella á caminar se puso,
Dejando en los que quedan estupor,
No maravilla, de su gran valor.

## LXIII.

Cuando repuesta fué de su quebranto,
Ipalca le narró que fué exprofeso
Mandada sólo á él por la que tanto
Tiene en el corazón su nombre impreso.
Y aquí, sin más fingir, le dijo cuánto
Su señora al partir la encargó expreso;
Y que si antes lo dijo diferente,
Fué viendo á Ricardeto allí presente.

## LXIV.

Y que aquél robador, mal caballero,
Dicho la había con soberbio aplomo:
«Porque sé que el caballo es de Rugiero,
Por eso, con más gusto te lo tomo;
Y si le quiere recobrar, le espero,
Y le puedes decir el dónde y cómo;
Y que yo soy el Rodomonte mismo,
Que no teme ni al cielo ni al abismo.»

## LXV.

Eso oyendo Rugier, muestra en su cara
El gran furor que en su ánima contiene;
Ya porque el buen Frontino es prenda rara
Ya porque viene el don de donde viene;
Y así el robarlo en su desprecio para;
Y ve que oprobio y deshonor le aviene,
Si pronto no rescata lo robado,
Al robador dejando castigado.

LXVI.

Sin descanso á Rugiero Ipalca guía,
Ansiando que al Infiel rápido afronte;
Y llega á do el camino en dos se abría;
Y uno va al llano, el otro sube al monte;
Y uno y otro al espacio conducía
Donde quedado había Rodomonte.
El alto es corto asaz, mas duro y grave,
Y largo el otro, aunque derecho y suave.

LXVII.

El deseo de Ipalca de que salga
Pronto Rugier á vindicar su ultraje,
La hace que del camino agrio se valga,
Pues por el otro alargarán el viaje.
Por él, en tanto, el Tártaro cabalga,
Con dama, enano y el de Argel salvaje,
Con quien Rugiero á tropezar no llega,
Porque avanzan bastante por la Vega.

LXVIII.

Que diferida la cuestión de aquéllos
Hasta que salvo el Agramante fuera,
Ya os dije, y digo ahora, y que con ellos
Iba la hermosa que la causa fuera
De tregua tal, por sus encantos bellos;
Y hacia la fuente van que el Mago hiciera,
Donde dejé á Marfisa en ocio blando,
Con los de Claramonte descansando.

LXIX.

Al ruego de éstos la guerrera había
Vestido cual mujer la forma brava,
Con los adornos que á Lanfusa impía
El alevoso Magancés enviaba;
Y aunque del duro arnés en noche ó día
Marfisa rara vez se desnudaba,
En femeniles sedas quiso entonces
Cambiar el fierro y los robustos bronces.

LXX.

Así que vido el Tártaro á Marfisa,
Creyéndose seguro de lograrla,
Juzga que en recompensa le precisa
De Doralice, á Rodomonte darla;
Cual si Amor procediera de esta guisa,
Y vender á sú Dama ó permutarla
Un amante pudiera, y no sintiese
Perder una, porque otra se adquiriese.

LXXI.

Para surtirle, pues, de una doncella
(Que á Doralice para sí designa),
Le parece Marfisa grande y bella,
Y de cualquier guerrero mujer digna;
Y cual si amase á ésta como aquélla,
Fácilmente al de Argel se la consigna;
Y á justar se propone en el instante
Con todos los que tiene allí delante.

LXXII.

Y Viviano y Malguigio, que guardaban
Las armas, vigilantes de aquel puesto,
Moviéronse del sitio en que se hallaban,
Los dos en la batalla á entrar muy presto,
Pues con los otros dos se la pensaban.
Mas el de Argel, que no venía á esto,
No hizo señal, ni movimiento alguno;
Así que fué el combate de uno á uno.

LXXIII.

El primero Vivián parte gallardo,
Baja la lanza y la cabeza erguida,
Y el de las grandes pruebas, Mandricardo,
Entra con más horrísona embestida.
Ni aquél ni éste en dirigir es tardo
El golpe á do mejor juzga la herida.
Del Pagano, Vivián al yelmo toca:
Mas ni mover consigue aquella roca.

LXXIV.

El Tartáro, de lanza muy más dura,
De Vivián el escudo ha destrozado;
Y fuera del arzón, en la blandura
De la hierba y las flores le ha acostado.
Aquí Malguigio emprende la aventura
De vengar á su hermano malparado:
Mas tanto el gusto de servirle avanza,
Que va á darle compaña y no venganza.

LXXV.

El otro hermano pronto se previno
Para la lid, y, ya la diestra armada,
Desafiando á su vez al Sarracino,
Embistióle con fuerza denodada.
Resonó el golpe en medio al yelmo fino
Del Pagano, do empieza la celada:
Voló en pedazos cuatro el asta rota,
Y al enemigo débilmente azota.

LXXVI.

En el izquierdo flanco hirió el Pagano;
Y como dió con harta fortaleza,
Yelmo y escudo son defensa en vano,
Porque se abrieron como vil corteza,
Hiriendo el hombro blanco el hierro insano.
De Aldigier tambalea la cabeza,
Y entre la hierba y flor queda yaciente,
Rojas las armas, pálida la frente.

LXXVII.

Con sumo ardor, tras él, arranca presto
Ricardeto, enristrando una gran lanza,
Mostrando merecer el noble puesto
Que ya de Paladín de Francia alcanza.
Y al Infiel se lo haría manifiesto,
Si el azar no torciera la balanza:
Pero si al suelo fué, no por su fallo;
Pues que cayó, porque cayó el caballo.

LXXVIII.

Como otro caballero no se muestra
Que al fiero Mandricardo le haga frente,
Piensa haber ya acabado su palestra;
Y á Marfisa avanzando, hacia la fuente,
La dijo: «Prenda mía, ya eres nuestra,
Mientras otro por ti no se presente;
No has de negarlo, ni oponer excusa,
Que en buena ley de guerra así se usa.»

LXXIX.

Marfisa, alzando con semblante fiero
La faz, le dijo: «Pues tu juicio yerra.
Te concedo que fuera verdadero,
Y tuya yo por buena ley de guerra,
Si fuese mi Señor ó Caballero
Alguno de esos que tiraste en tierra:
Mas nadie de que suya soy se ufane:
Soy mía, y quien me quiera, que me gane.

LXXX.

»Sé yo también vibrar un tronco rudo,
Y á más de un caballero en tierra he puesto:
Dadme (dijo) mis armas y mi escudo.»
Y sus pajes trajéronselos presto.
Lanzó la veste, y presentó desnudo
Brazo y cuello; y el cuerpo bien dispuesto
En enaguas lució, que en él no hay parte,
Fuera del rostro, en que no iguale á Marte.

LXXXI.

Y el arnés pronto se ciñó y la espada,
Y el caballo montó de un leve salto;
Y á un lado y otro le movió arriscada,
Y aquí y allí botar hízole en alto;
Y á Mandricardo desafiando airada,
Bajó la lanza y comenzó el asalto.
Tal contra Aquiles en marcial pelea
En Troya se mostró Pentesilea [9].

LXXXII.

Hasta el cabo las lanzas se rajáran,
Como vidrio en que párvulo hace brecha;
Mas no los combatientes se doblaran,
Ni un dedo atrás el ímpetu los echa.
Por ver Marfisa si mejor probaran
Sus bríos en batalla más estrecha,
Y que valga mejor contra el Pagano,
Sobre él se arroja con la espada en mano.

LXXXIII.

Contra el cielo y la tierra brama el crudo
Infiel, cuando quedar la ve en la silla;
Y de ella, que romper pensó el escudo,
No menos rabia en las pupilas brilla.
De los dos el acero, ya desnudo,
En las armas fortísimas martilla:
Para un día de lid penosa y dura
Es bastante de entrambos la armadura.

LXXXIV.

Todo golpe el metal doble rebate,
Inquebrantable contra espada ó lanza;
Así que en todo el día no se trate
De ver quién sea el de mayor pujanza.
Mas el de Argel se cruza en el combate,
Y reprende al rival de su tardanza,
Diciéndole : «Si lid quieres cumplida,
Prosigamos la nuestra interrumpida.

LXXXV.

»Tú sabes bien que hicimos firme pacto
Por dar socorro á la Milicia nuestra;
Y dado no nos es, sin vil retracto,
Emprender nuevamente otra palestra.»
Luego á Marfisa, reverente en acto,
Se vuelve, y el Heraldo aquel la muestra
Que, por mandato vino de Agramante,
Á pedirles ayuda, en grave instante.

LXXXVI.

Y la añade : que no sólo reclama,
Y la ruega que aquella lid difiera,
Sino que á ella también su fe la llama
Á seguirlos á empresa más guerrera,
Do más alta volar podrá su fama,
Batallando en favor de África entera,
Que, por lucha de así poco momento,
Siendo á tan gran designio impedimento.

LXXXVII.

Marfisa, que está siempre deseosa
De probar con los Francos su arrogancia,
Y por ellos, y no por otra cosa,
De región tan remota vino á Francia,
Á ver si su pujanza tan famosa
Era verdad ó gálica jactancia,
De seguirlos tomó pronto el partido,
Cuando el riesgo del Rey hubo sabido.

LXXXVIII.

Por la vía del monte ha caminado
Ipalca con Rugiero, vanamente,
Hasta llegar al sitio en que dejado
Fué por ella aquel bárbaro insolente;
Y al pensar que no lejos habrá andado,
Pues recto dirigíase á la fuente,
Detrás á brida suelta van corriendo,
Por las huellas recientes que iban viendo.

LXXXIX.

Quiso Rugier que á Montalbán tornase
Ipalca, pues le tiene allí vecino;
Porque si á la fontana retornase,
Se apartaría asaz de su camino,
Y la dijo que un punto no dudase,
Que recobrar sabría su Frontino;
Y que la nueva de que está en su mano
La tendría muy pronto en Montealbano.

XC.

Y la carta le dió que escrito había
En Agriomonte, que llevaba al seno,
Y mucho de palabra le añadía,
Esperando obtener su perdón pleno.
Todo en su mente Ipalca lo imprimía;
Y despidióse; y vuelto el palafreno,
De buena mensajera haciendo alarde,
Se encontró en Montalbán aquella tarde.

XCI.

Rugier, viendo la huella que ha imprimido,
Al de Argel sigue por la vía llana;
Mas no llega á alcanzarle hasta que unido
Le ve con Mandricardo en la fontana.
Ya durante la marcha hanse ofrecido
Que uno al otro no haría cosa insana,
Hasta que á los que oprime entonces Carlos,
Logren sus fuertes brazos libertarlos.

XCII.

Á Frontino Rugiero, en cuánto avanza
Conoció, y quién le monta considera;
Y la espalda encorvó sobre la lanza,
Y allí con voz le desafió altanera.
Aquel día á vencer á Job alcanza
El de Argel, pues venció su audacia fiera,
Rehusando batallas que, cual dueño,
Él solía imponer con duro empeño.

## XCIII.

La vez primera y última que lucha
El Argelino rechazara es esta:
Mas la voz del honor hoy sólo escucha
Salvando al Rey con obra muy honesta;
Y aunque seguridad tuviera mucha
De vencer á Rugier con lid tan presta,
Como pardo que á liebre acometiere,
Ni á dar dos golpes detenerse quiere.

## XCIV.

Y eso, cuando sabía que es Rugiero,
El que le mueve por Frontín batalla,
Tan famoso, que no hay un caballero
Que se le iguale en los que visten malla;
Y al que probar ya quiso, si guerrero
Tan invencible, como dicen le halla,
Así y todo, su genio ardiente rige:
¡Tanto la suerte de su Rey le aflige!

## XCV.

Él habría mil leguas caminado
Por buscar lid de tanta nombradía;
Mas si hoy le hubiera Aquiles desafiado,
Lo que acaba de hacer, lo mismo haría:
¡Tanto de su furor la llama ha ahogado,
De su deber en la ceniza fría!
Dice á Rugier por qué la lid le niega,
Y hasta su ayuda en la ocasión le ruega;

XCVI.

Pues que haciéndolo, hará lo que hacer debe,
Leal á su Señor, un caballero;
Y cuando el cerco se levante en breve,
Tiempo habrá de probar quién es más fiero.
Y respondió Rugier: «Me será leve
Diferir esta pugna: mas primero
Que salvemos el campo de Agramante,
Has de ponerme mi Frontín delante.

XCVII.

»Si el probarte que hiciste torpe fallo,
Y acción no digna de hombre de tu porte,
En quitarle á una dueña mi caballo,
Quieres que alargue hasta librar la Corte,
He de obtenerle yo donde le hallo.
De otro modo, no pienses que soporte
Que mi vindicta suspendida sea,
Ni dé de tregua un hora á la pelea.»

XCVIII.

Mientras Rugiero al rey de Argel demanda
Ó Frontino ó batalla vengadora,
Y aquél al diablo entrambas cosas manda,
Y ni aun quiere más larga hacer demora,
Mandricardo aparece á la otra banda,
Y otra ocasión de lid presenta ahora;
Porque ve que Rugier la enseña ostenta
Del ave que más alta se sustenta.

### XCIX.

Águila blanca en campo azul tenía,
Que de Héctor bravo fué la insignia bella,
Rugier, porque su origen le venía
Del Troyano inmortal que usaba aquélla.
Mas esto Mandricardo no sabía,
Ni lo quiso sufrir, y se querella
De que otro en su pavés lleve orgulloso
El pájaro real de Héctor famoso.

### C.

Mandricardo también lleva arrogante
Á la que robó en Ida á Ganimedes [10],
Lograda el día en que arruinó triunfante
Del Castel peligroso las paredes.
Creo que recordar debéis bastante [11],
Que el Hada le donó, con más mercedes,
Todas las bellas armas, rica joya
Que dió Vulcano al príncipe de Troya.

### CI.

Otra batalla habían ya trabado
Mandricardo y Rugier sólo por esto;
Y el lance que los hubo separado
Os fué en otro lugar ya manifiesto.
Nunca después habíanse encontrado
Hasta esta vez; y el Tártaro, tan presto
Como el escudo vió, gritó bravío
Contra Rugiero: «Yo te desafío.

CII.

»Tú tomas mi divisa por tu norte,
Y no es la vez primera que te estrecho;
¿Y piensas, loco, que aún te lo soporte,
Porque una vez pendiente quedó el hecho?
Mas ya que, ó bien te amague, ó bien te exhorte,
No te puedo ese afán sacar del pecho,
Te haré ver que mejor te hubiera sido
Haberme sin tardanza obedecido.»

CIII.

Como ya recaliente seco leño
Á leve soplo súbito se enciende,
Así estalla Rugier; y torvo ceño
Su frente arruga en cuanto el reto entiende;
«Y ¿tú piensas (le dice) que tu empeño
Sufriré porque ese otro me contiende?
Pues verás que mi brazo quitar sabe
Á él á Frontino, á ti de Héctor el ave.

CIV.

»Una lucha contigo otra vez tuve
No hace mucho, y ya viste si soy manco:
Si de matarte entonces me retuve,
Fué porque te faltaba espada al flanco:
Borrasca esta va á ser, si esa fué nube:
¡Caro ha de serte el real pájaro blanco!
La antigua enseña ha sido de mi gente:
Tú la usurpas; yo la uso justamente.»

CV.

« Tú eres quien robas hoy le enseña mía ,»
Replica aquél, la espada desnudando:
Aquella que arrojado al campo había,
En su locura, el infelice Orlando.
Rugiero, que su innata cortesía
Nunca apartaba de la mente, cuando
Vió desnudar al Tártaro el acero,
Al camino la lanza echó ligero.

CVI.

Ya dél entorno Belisarda gira,
Su buena espada, y el escudo embraza:
Mas el de Argel en medio entra con ira,
Y Marfisa también los embaraza;
Y ella de éste, y el otro de aquél tira,
Y ambos quieren abrir ante ellos plaza.
Rodomonte se queja de aquel acto
De Mandricardo, que quebranta el pacto.

CVII.

Que por querer ser dueño de Marfisa,
Le dice, quiso armar una palestra;
Y ora por disputar una divisa,
Tener en poco á su Monarca muestra:
«Si has de seguir (añade) de esa guisa,
Decídase antes la querella nuestra:
Más natural, por cierto, y oportuna
Que las que emprendes, sin conciencia alguna.

CVIII.

»Pues sabes de la tregua convenida
La condición, que por ya dicha callo,
Cuando esté nuestra pugna concluída
Responderé yo á aquél por su caballo.
Tú el escudo, si quedas con la vida,
Podrás con él, después, bien disputallo:
Mas tanto te he de dar que hacer, yo espero,
Que ha de quedarle poco á tu Rugiero.»

CIX.

«No quedará tan poco como esperas
(Responde Mandricardo prontamente);
Y yo sé que he de darte más que quieras,
Y hacer que sudes desde el pie á la frente;
Y aun tendré para dar sudas enteras,
Cual agua que da cauce permanente,
Á Rugiero, y los que él lleve consigo,
Y al mundo, si se quiere haber conmigo.»

CX.

Hace el furor que la palabra vuele
Amenazante, de éste y de aquél lado.
Contra Rugier y Rodomonte impele
La ciega rabia á Mandricardo airado.
Rugier, que oprobio soportar no suele,
Ya no atiende á más plazo dilatado;
Y Marfisa, ora aquí, y ora allí avanza;
Mas, sola, su atención á tres no alcanza.

## CXI.

Cual labrador, cuando del riego cunde
Rebosando la linfa, la encamina
Presuroso á evitar que no le inunde
El sembrado y cosecha ya vecina,
Cierra esta vía, y esa, y se confunde,
Y si el agua aquí ataja, allí domina,
Y salta el leve dique, y, borbollante,
Caña, hierba y raíz lleva flotante,

## CXII.

Así, cuando á Rugiero y Mandricardo,
Y al de Argel, quema la infernal zozobra,
Y quiere cada cuál ser más gallardo,
Y el orgullo su ardor todo recobra,
Marfisa en aquietar y dar retardo
Á sus furores pierde tiempo y obra;
Que mientras ase al uno y le retira,
Los otros dos avanzan con más ira.

## CXIII.

Y hacer queriendo á su deber recuerdo:
«Señores (les decía), no es sonrojo
Diferir esta lid; y es noble acuerdo
Librar al Rey del enemigo enojo:
Si en saciar persistís orgullo lerdo,
Yo también contra el Tártaro me arrojo;
Y he de probar si, como ha dicho, es bueno
Para ganarme en el marcial terreno.

CXIV.

»Y si han de darse auxilios á Agramante,
Vamos, y que á otra cosa no se atienda.»
«Por mí no ha de quedar ir adelante
(Dijo Rugier), y acabe la contienda:
Mas déme mi corcel, ó que al instante
Contra mí, sin más charla, lo defienda;
Porque aquí he de morir pòr recobrallo,
Ó en el campo he de entrar en mi caballo.»

CXV.

Rodomonte replica: «Lograr esto
No será cual tu orgullo lo concibe,
Si más fácil aquéllo; y te protesto
Que si algún daño nuestro Rey recibe,
Por tu causa será, pues yo me apresto
Á hacer á tiempo lo que honor prescribe.»
No sufre más Rugiero tal locuela,
Y enfurecido á Belisarda apela.

CXVI.

Al hablador cual jabalí se tira,
Y con escudo y hombro le atormenta,
Y tal le descompone y tuerce y gira,
Que ya en el un estribo el pie no cuenta.
«Para (le grita el Tártaro con ira)
La batalla, ó conmigo la sustenta;»
Y al tiempo que lo dice, el follón fiero,
En el yelmo percude al buen Rugiero.

CXVII.

Rugiero al cuello cae de Frontino,
Y ya alzarse no puede cual quisiera,
Sobre él cayendo, por obrar mezquino,
De Mandricardo la pujanza entera.
Si de temple no fuese diamantino,
Roto el yelmo hasta el rostro el golpe hubiera:
Abre ambas manos, la razón perdida,
Y una suelta la espada, otra la brida.

CXVIII.

Se lo lleva el corcel por la pradera,
Y detrás se le queda Belisarda.
Marfisa, que hoy fué ya su compañera,
No es mucho que de enojo y desdén arda,
Cuando sólo entre dos yacer le viera;
Y como era magnánima y gallarda,
Á Madricardo va con fiero empuje:
Le tunde la cerviz, y el yelmo cruje.

CXIX.

Tras Rugiero el de Argel se precipita,
¡Triste si su Frontino le alcanzara!
Mas Ricardeto al buen Viviano excita
Y á Rodomonte rápido se encara:
Y de su arranque el ímpetu le quita,
Y de Rugier por fuerza le separa:
Al ya un tanto repuesto, va Viviano,
Y fiel su espada pónele en la mano.

CXX.

Y Rugiero no bien cobra el sentido,
Y empuña el fierro, de Vivián presente,
Á vindicar su injuria apercibido
Se tira á Rodomonte, raudamente,
Cual león que en las astas fué cogido
De bravo toro, que el dolor no siente,
Mas sólo el furor ciego, que le lanza,
Le estimula, le arroja á la venganza.

CXXI.

Sobre el Infiel descarga cual tempesta
Rugiero; y si su espada allí tuviese
Que, como he dicho, en ocasión funesta
Le forzó la traición á que perdiese,
Bien creo á fe que á libertar la testa
Del rey de Argel su yelmo mal sirviese:
El que usó el que á Babel rigió y su suelo,
Cuando quiso moverle guerra al cielo.

CXXII.

La Discordia ya viendo no podía
Quedar allí sino contienda y lucha,
Y no más tregua ó paz renacería,
Dijo á su altiva hermana que la escucha,
Que volverse á sus monjes bien sería;
Que allí no ha de faltarles obra mucha.
Mas dejémoslas ir, y aquí volvamos,
Donde maltrecho al rey de Argel dejamos.

CXXIII.

Fué el golpe de Rugier de tal manera,
Que le hizo en la grupa de Frontino
Frotar el yelmo y la indomable cuera,
Con que el lomo cubría el Argelino;
Y á un lado y otro tambalear le hiciera,
Hasta que boca abajo al suelo vino;
Y aun el acero exánime soltara
Si al puño en su cordón no le llevara.

CXXIV.

Nuestra guerrera á Mandricardo, en tanto,
Hizo sudar la frente, el rostro, el pecho,
Y él á la dama la obligó á otro tanto:
Mas de ambos el arnés es tan bien hecho,
Que es imposible en él causar quebranto,
É iguales van en el combate estrecho:
Mas su corcel dió un quite tan de prisa,
Que de Rugier necesitó Marfisa.

CXXV.

Su ligero caballo al revolverse
En breve espacio, estando húmedo el prado,
Se resbaló, y no pudo defenderse,
De no caer del todo al diestro lado;
Que al querer con presteza rehacerse,
De través duramente fué empujado
Por el nada cortés soberbio Moro,
Que encima se le echó con Brilladoro.

CXXVI.

Rugiero á la doncella en mal partido
Viendo caer, acude como es justo,
Ora que se ve libre, y sin sentido
Frontín se lleva al bárbaro robusto;
Y al Tártaro con golpe tal ha herido
En el cuello, que hiciera dél un busto,
Si tuviera Rugier su fuerte espada,
Ó al pérfido cubriera otra celada.

CXXVII.

El rey de Argel, que se recobra en esto,
Los ojos abre: á Ricardeto mira,
Y recuerda que aquel es el molesto
Que á Rugier de las manos le retira.
Váse á él, y en vengarse fuera presto
Del mal servicio, que aún le enciende en ira,
Si Malguigio [12], que entiende arte hechicera,
Un encanto veloz no le opusiera.

CXXVIII.

Malguigio, que la magia conocía
Como el encantador más excelente,
Aunque consigo el libro no tenía
Con que detiene al astro refulgente,
El conjuro eficaz con que solía
Los demonios llamar, tiene en la mente;
Y al palafrén de Doralice ordena
Que uno arremeta, y que le dé gran pena.

CXXIX.

En el manso animal, que siempre ha sido
De la hermosa Princesa granadina,
Hace entrar á un secuaz del Maldecido
Por el hueco que al maslo se avecina;
Y aquel, que nunca se hubo permitido
Con su noble Señora acción mezquina,
Ora, de pronto, al aire tira un salto,
De treinta pies de largo y quince de alto.

CXXX.

Grande por cierto fué: mas no de suerte
Que perdiese el arzón la dama bella.
Cuando se vió subir, dió un grito fuerte,
Y se tuvo por muerta la doncella.
La jaca, en que el Precito se divierte,
Después del salto, escápase con ella,
Que va invocando á Dios y á San Antonio,
Veloz, que no la alcanza otro demonio.

CXXXI.

Rodomonte, al acento lastimoso
De aquella cara voz, la lid suspende,
Y hacia do el palafrén corre furioso
Para darla favor, el corcel tiende.
Mandricardo, no menos amoroso,
Ya ni á Rugiero ni á Marfisa atiende;
Y de tregua ó de paz nada les dice,
Y va tras Rodomonte y Doralice.

CXXXII.

Marfisa aquí se levantó de tierra,
Y ruborosa y encendida en ira,
Piensa en vengarse: pero mucho yerra,
Que ya muy lejos al contrario mira.
Rugiero, que ese fin le ve á la guerra,
Ruge como un león, no que suspira:
Pues ¿cómo sus caballos, en tal lance,
Dan á Frontino y Brilladoro alcance?

CXXXIII.

Quiere el joven seguir, y que indecisa
No quede la cuestión de su caballo:
Ni al Tártaro dejar quiere Marfisa
Que no á satisfacción llegó á proballo;
Y abandonar la lucha de esta guisa
Á entrambos les parece grave fallo.
Acuerdan, pues, Rugiero y la doncella
De quien les ofendió seguir la huella.

CXXXIV.

Si en la vía alcanzarlos ni imaginan,
Lo esperan en el campo Sarracino,
Que, si no van, por ellos hoy se arruinan
Cuantos adoran del Korán el sino:
Así derechamente se encaminan
Do su falta los lleva ó su destino;
Mas antes de partir quiso Rugiero
Despedirse, cual noble compañero.

CXXXV.

Y cortés se dirige donde aparte
Está el hermano de su dama bella;
Y le ofrece le tenga, en cualquier parte,
Por fiel amigo, en buena ó mala estrella;
Y que salude, indícale con arte,
De Claramonte á la simpar doncella;
Lo que supo expresar tan diestramente,
Que nada maliciar pudo la gente.

CXXXVI.

Hizo asimismo afable despedida
Del herido Aldigiero, que aún se queja:
De Malguigio y Vivián, que agradecida
Muestra le dan del bien que en ellos deja.
Sólo Marfisa el despedirse olvida:
¡Ansia de ir á París tanto la aqueja!
Mas corriendo Malguigio y su Viviano
Llegan á saludarla con la mano.

CXXXVII.

Ricardeto va en pos: mas Aldigiero
Queda de no partir con la tristeza.
Dirígese á París el par primero,
Y los otros le siguen con presteza;
Y yo al canto que sigue darte espero
Cuenta de tanta sin igual proeza
Como ha de hacer, Señor, su valentía
En las tropas de Carlos á porfía.

# ORLANDO FURIOSO.

---

## ARGUMENTO DEL CANTO VIGÉSIMOSÉTIMO.

Los tres Paganos y el leal Rugiero
Á Carlos en París han encerrado.
Luego, en el campo infiel todo guerrero
Siente el pecho en rencores abrasado.
Las luchas siguen, el tumulto fiero;
Y el Rey mismo á calmarlos no ha bastado.
Rodomonte después parte infelice,
Desechado por fin de Doralice.

---

# ORLANDO FURIOSO

---

## CANTO VIGÉSIMOSÉTIMO.

I.

En las damas la acción de sus errores,
De no pensar, de imprevisión procede;
Y ese mal es la espina de las flores
Entre tantas que el cielo las concede:
Mas del hombre los daños son mayores
Cuando á la reflexión darse no puede;
Cuando la sangre fría no recobra
Para rumiar despacio cualquier obra.

II.

De Malguigio el intento no fué sano,
Aunque acaso la vida le salvase
Á Ricardeto, en el peligro insano.
Al demonio llamó porque alejase
Al Tártaro y al bárbaro Africano,
Y tras de Doralice los llevase:
Mas no advirtió, que así los encamina
Á causar al cristiano estrago y ruína.

III.

Si espacio de pensar tenido hubiera,
Dado habría á su primo ciertamente
De otro modo el socorro que debiera,
No con el daño de su propia gente;
Pues mandar al Maléfico pudiera
Á tierras de Levante y de Poniente,
Llevando á Doralice á tal distancia,
Que hablar de ella no oyera más la Francia.

IV.

De sus amantes fuera así seguida
Á cualquier parte con arrojo ciego;
Mas hoy los mueve idea inadvertida,
Á llevar al Cristiano bien mal juego;
Pues la infernal criatura maldecida,
Que siempre quiere estrago, sangre, fuego,
La vía de París tomó de fijo,
Porque ninguna le marcó Malguijo.

V.

El palafrén que el diablo tiene al flanco,
Á Doralice se llevó tremante
Sin que le pare río ni barranco,
Bosque, pantano, sima horripilante,
Hasta que, por en medio al Anglo, al Franco
Y á la tendida multitud restante
Que á Jesucristo adora, fué entregada
Á su padre, el Rey moro de Granada.

VI.

Rodomonte y el hijo de Agricán,
Mientras su espalda ven, el primer día
Siguiéndola, de lejos, raudos van,
Y cuando ya de vista se perdía,
Tomaron por la huella, como el can,
Al que su olfato tras la liebre guía;
Y no pararon hasta el campo, en donde
Saben que el manto paternal la esconde.

VII.

¡Guárdate, Carlos, que torrente avieso
Sobre ti va á caer, que no habrá escampo!
De ellos, de Sacripante caerá el peso,
De Gradaso también, sobre tu campo.
Porque la herida sientas hasta el hueso,
Fortuna te ha extinguido el doble lampo
De saber y valor que te asistía,
Y te deja en la niebla más sombría.

VIII.

Son Orlando y Reinaldo de quien curo;
Que el uno en su furor del todo loco,
Sin temor á estación, ni tiempo duro,
Va por los montes entre nieve y foco;
Y el otro le abandona en grave apuro,
No muy señor de su razón tampoco;
Que en París, á su Angélica no hallando,
Se va, sus huellas sin cesar buscando.

IX.

Un viejo encantador con felonía,
Como al principio os expliqué, le hizo
Creer que iba de Orlando en compañía,
Con el auxilio de encantado hechizo;
Lo que encendió en su pecho gelosía
Cual nunca á otro amador dió bebedizo.
Tras ella vino al real: mas prontamente
Fué el socorro á pedir de inglesa gente.

X.

Y cuando ya con él entró en batalla,
Y el honor de encerrar tuvo á Agramante,
Penetra en la ciudad, por ver si la halla;
Y monasterios, casas, anhelante,
Todo lo registró, que no hubo valla
Que contuviese al despechado amante.
Viendo, pues, que no están ni ella, ni Orlando,
Por la tierra en redor los fué buscando.

XI.

Luego pensó si, ya en Anglante ó Brava,
La disfrutase entre deleite y juego,
Y su rabia á esos sitios le arrastraba;
Y cuando, esclavo de amoroso fuego,
Ni en uno ni otro punto los hallaba,
Otra vez á París tornaba ciego,
En el puente con él creyendo hallarse,
Pues no puede su vuelta dilatarse.

XII.

Uno ó dos días en París seguía,
Y viendo que no vienen, nuevamente
Á Anglante, á Brava, á demandar volvía
Noticia de ellos á la ignara gente.
Cabalga por la noche y por el día :
Á el alba fresca y á la tarde ardiente,
Y cien vueltas da en torno, que no una,
Á la luz, ya del sol, ya de la luna.

XIII.

Mas el Contrario antiguo, que hizo á Eva
En el negado fruto poner mano,
La venenosa vista á Carlos lleva,
Un día que Reinaldo está lejano;
Y viendo que podía horrenda prueba
De luto y sangre hacer en el Cristiano,
Cuanto arte y fuerza en las batallas cabe,
De Mahoma en la gente infundir sabe.

XIV.

Al buen Rey Sacripante, al Rey Gradaso
Á quienes sacó juntos del error,
Del castillo de Atlante en el fracaso,
De venir exhortóles al honor
De salvar al Gran Rey del triste caso,
Destrozando al Cristiano Emperador;
Y por vías incógnitas los trujo,
De sus alas de horror bajo el influjo.

XV.

Y á un secuaz suyo encomendó el negocio
De impulsar al de Argel y á Mandricardo,
Por la vía do el otro infernal socio
Á Doralice en arrastrar no es tardo.
Mandó á uno también para que en ocio
No estén Marfisa ni Rugier gallardo;
Si bien no tan veloces caminasen,
Que de los otros á la par llegasen.

XVI.

Que más tarde una hora á su destino
La pareja fortísima acudiese,
Dispuso aquel Espíritu malino,
Porque contra el Cristiano acometiese:
Proveyendo que así lo de Frontino
Renovarse importuno no pudiese;
Que renovado habríase, si junto
Rugier con el de Argel llegase á punto.

XVII.

Vino á juntarse la pareja prima
Do se vía uno y otro campamento,
Del Rey que es oprimido, y del que oprima,
Y sus banderas que azotaba el viento;
Y trás de algún hablar, su juicio estima,
Por término de breve parlamento,
Que para bien del cerco libertarlos,
Entrar deben por fuerza el Real de Carlos.

XVIII.

Estrechos entre sí, toman la vía
Central del acampar de los cristianos,
Gritando *¡España y África!*, á porfía,
Por dar claro á entender que son Paganos.
*¡Al arma al arma!* el campo repetía;
Mas al grito, los tienen ya á las manos;
Y aquí la retaguardia huye en derrota,
Antes de combatir, dispersa y rota.

XIX.

Entra en el franco ejército el tumulto,
Y sin saber qué pasa, se amontona;
Y hay quien lo da por el usual insulto
Á que el Gascón ó el Suizo se abandona.
Mas como el caso á todos está oculto,
Á su nación cada uno se apersona,
Al son de los clarines y tambores,
Que los aires agitan tronadores.

XX.

El Magno Emperador, menos la testa,
Armado, de sus Pares circuído,
Aparece; y «¿Qué insania (dice) es esta
Que á mi ejército todo ha acometido?»
Y á éstos y á aquéllos á enfrenar se apresta;
Y á muchos ve la faz, el pecho herido,
Y á quién cabeza ó cuello ensangrentado,
Trunca la diestra, el brazo destrozado.

XXI.

Llega más adelante, y mira vueltos
Al cielo á muchos, en el rojo lago,
De propia sangre horriblemente envueltos,
Que ya no han menester médico mago;
Y ve bustos, cabezas, brazos sueltos,
Y de otros miembros repugnante estrago;
Y, en fin, de punta á cabo de las tiendas,
Regueras de cadáveres horrendas.

XXII.

Por do tendía el breve grupo el cuello,
Ese grupo, de eterna fama digno,
En la imagen sangrienta mira el sello
De la mano de espíritu maligno.
Carlos va viendo atónito el degüello,
De esfuerzo al mundo memorable signo,
Como aquel á quien rayo entró en su casa
Que toda estancia con afán repasa.

XXIII.

No aquel primer socorro era llegado
Al africano campo circuído,
Cuando la fiel pareja de otro lado,
De Marfisa y Rugier, ha aparecido;
Y así que varias veces ha oteado
El campo bien, y su ámbito medido,
Á combatir por su Señor arranca,
Por la vía mejor y la más franca.

XXIV.

Como cuando se da fuego á una mina,
Del negro sulco va por el sendero
La llama que sutil arde y camina,
Y apenas ir la ven por el reguero,
Cuando ya sienten la espantosa ruína,
Y ven rocas saltar y un muro entero;
Así los dos serenos caminaron,
Y en el campo de súbito estallaron.

XXV.

Muchos que del furor del Argelino
Y los demás, primeros escaparon,
Daban gracias á Dios del temple fino
Que sus ligeras tibias alcanzaron:
Mas cuando, por topar en su camino
Con Marfisa y Rugiero, se engañaron,
Ven que, ni por huir, ni por estarse,
De su sino el mortal puede librarse.

XXVI.

La turba que de un riesgo va salvada,
Da en otro, y paga con su sangre y hueso:
Así suele caer zorra asustada
Con sus crías en boca del sabueso,
Que del cubil antiguo ya arrojada
Por el gran fuego y por el humo espeso,
Va á buscar con su prole otra guarida,
Y allí está el can, que á golpes los trucida.

XXVII.

Llegaron á los fosos sarracinos
La guerrera y Rugiero á salvamento:
Y allí al cielo, los antes tan mezquinos,
Gracias dan por el fausto advenimiento.
Ya no temen á Francos Paladinos;
Que el más ruín Pagano reta á ciento;
Y concluyen que es fuerza que al instante
Embestida al Francés se dé pujante.

XXVIII.

Trompas, cuernos y címbalos morescos
Al cielo envían estridentes sones:
Flotar las sedas por los aires frescos
De banderas se ven y gonfalones.
De la otra banda mueven los carlescos
Las huestes de Italianos y Bretones,
Y de Francia, Alemania, y de Inglaterra,
Y atroz se enciende y sanguinosa guerra.

XXIX.

La fuerza del de Argel armipotente,
La atroz de Mandricardo furibundo,
La de Rugiero, de proezas fuente,
La de Gradaso, célebre en el mundo,
Y de Marfisa el ánimo valiente,
Y el Circaso, que á nadie le es segundo,
Á Carlos á París le van llevando,
Á San Dionisio [1] y á San Juan clamando.

XXX.

Que el ardimiento, el brío, el brazo fuerte
De aquella heroica escuadra imponderable,
En ocasión tan grave fué de suerte,
Que ni decirlo, ni aun pensarlo es dable:
Ni posible contarse tanta muerte
Como causó la entrada formidable
En que, á aquellos guerreros poderosos
Se unieron Ferraud y otros famosos.

XXXI.

No pudo el puente soportar del Sena
Tantos, y al agua míseros cayeron;
Que delante y detrás la muerte suena,
Y de Ícaro [2] las alas no tuvieron.
Menos Ugiero y el marqués de Viena,
Los demás Paladines presos fueron;
Y en el hombro Oliveros salió herido,
Y Ugiero con el cráneo contundido.

XXXII.

Y si como Reinaldo y como Orlando
Dejado hubiera Brandimarte el juego,
Saldría Carlos de París, salvando,
Si lo lograba, el espantoso fuego.
Hizo aquél bravo cuanto pudo, y cuando
No pudo más, cedió de enojo ciego.
Así á Agramante la fortuna vuelve,
Y á Carlos otra vez sitiar resuelve.

XXXIII.

De la viuda, del viejo, del doncel
Los clamores, los ayes más acerbos
Suben al almo espacio, en que á Miguel
Anuncian de los ángeles protervos
La obra funesta, y cómo el pueblo fiel
Pasto queda de lobos y de cuervos,
Esparcidos doquier por la campaña
Los de Francia, Inglaterra y Alemaña.

XXXIV.

Sintió rubor de Dios el Nuncio alado,
Creyendo con descuido haber servido
Á su Fautor, y se creyó engañado
Por la Discordia pérfida, y vendido.
Que encendiera disturbio la ha mandado;
Eso solo, y la orden no ha cumplido;
Y lo contrario á su designio ha hecho,
Á los fieles poniendo en duro estrecho.

XXXV.

Como siervo leal, que más de amores
Que no abundoso de memoria sea,
Siente olvidado haber de sus señores
Aquello que cumplir mejor desea,
Á enmendar se dedica sus errores,
Antes que al amo avergonzado vea,
Así el Ángel á Dios subir no quiere,
Hasta que el daño remediado hubiere.

XXXVI.

Del Monasterio, do á menudo estaba
La Discordia, á pisar fué los umbrales;
Y en Capítulo hallóla, que trataba
De elección para cargos principales,
Y en mirar con deleite se gozaba
Á los frailes tirarse los misales.
El Ángel la aferró por los cabellos,
La golpeó, y la arrancó gran parte de ellos.

XXXVII.

Con la vara de un palio luego atroces
Palos la da, la tunde y la desguaza.
*¡Piedad!* (grita la triste á grandes voces);
Y á las rodillas de Miguel se abraza;
Y él no la suelta hasta que van veloces
Á do el Pagano el nuevo campo emplaza.
Y la dice ya allí: «Más he de darte,
Si osas de aquí un momento separarte.»

XXXVIII.

Como sus huesos quebrantados siente,
La Discordia, y más daño está temiendo,
Si otra vez va á buscarla aquel potente
Brazo de Dios, que hiere tan tremendo,
Su mayor tea enciende prontamente,
Y al fuego que arde ya, pasto añadiendo,
En arder otros nuevos se complace,
Y hogueras de furor estallar hace.

XXXIX.

Y al Tártaro sus fuegos se dirigen,
Y al de Argel y á Rugiero; y les induce
(Ora que á los Paganos ya no afligen
Armas cristianas) á que al Sumo Duce
Le presenten sus quejas, y el origen
Que tan tremenda cólera produce:
Y al juicio de Agramante se someten,
Cual único señor que allí respeten.

XL.

También Marfisa va con su querella,
Y dice que acabar la pugna quiere
Que empezó con el Tártaro, pues ella,
Provocada por él, derecho adquiere,
Con que á las otras luchas debe aquella
Ser primero, y ni un hora la difiere;
Y á Mandricardo exige se demande;
Y su insistencia cual ninguna es grande.

XLI.

Rodomonte no menos amenaza
Que del caballo ha de seguir la empresa
Que el Heraldo suspende y embaraza,
Por lo que al campo vino tan apriesa.
Rugier también su queja saca á plaza,
Y dice que sufrir ya asaz le pesa;
Y que contra el ladrón la sangre le arde,
Porque á Frontino sin temor se guarde.

XLII.

Para más ruído, Mandricardo adviene,
Diciendo que derecho á Rugier niega
De usar el ave que en su escudo tiene;
Y el furor del enojo tal le ciega,
Que grita que por todos tres sostiene
Resolver de una vez cuanto se alega.
Y por ellos alzado fuera el guante,
Si el asenso tuvieran de Agramante.

XLIII.

Cuanto amansarlos puede el Rey recuerda:
Su honor, su ley y el riesgo les señala,
Y cuando ve que tiempo y ruegos pierda,
Y á su rencor su obstinación se iguala,
Estudia cómo al menos los concuerda,
Y á uno tras otro aparte los instala,
Y al fin le ocurre, por mejor salida,
Que los turnos la suerte los decida.

XLIV.

Cuatro tarjas se escriben sin retardo.
Con Mandricardo el Rey de Argel pelea:
Con aquél lidiará Rugier gallardo:
Con Rugier Rodomonte aquí campea,
Y allí dice: Marfisa y Mandricardo.
Luego, al capricho de la instable Dea
Se sortean; y el nombre del guerrero
De Argel, con su rival, sale el primero.

XLV.

Mandricardo y Rugier, dice el segundo:
Rugier con Rodomonte es el siguiente;
Y el Tártaro y Marfisa en lo profundo
Yacen del vaso: arruga ésta la frente,
Y el rostro de Rugier no es más jocundo;
Pues sabe que entre aquel par tan potente
No ha de acabar la lucha de tal guisa,
Que les quede labor á él y á Marfisa.

XLVI.

No lejos de París un sitio se halla,
Que una milla en circuito contaría,
Que rodeado está todo de una valla
De elevada y grandiosa arcadería.
Un castillo hubo allí (la historia calla)
Que incendio ó guerra acaso arruinaría;
Otro ver puede, de la misma laya,
El Parmesano que hacia Borgo vaya.

XLVII.

Para Tela el lugar aquel se adata,
Con breves tablas alredor reclusa,
De arena el piso, en superficie grata,
Provista de dos puertas, cual se usa.
El día en que el Rey quiere se combata,
Hace que á los guerreros sin excusa,
Sean junto á la barra, de ambos lados,
Airosos pabellones levantados.

## XLVIII.

En el que flota al aire de Poniente,
Luce el de Argel su talla de gigante:
Vanle el cuero á ceñir de la serpiente
Ferraud el soberbio y Sacripante.
El Rey Gradaso y Falsirón [4] valiente
El pabellón ocupan de Levante,
Y ponen por su mano armas troyanas,
Al que hereda las tierras Agricanas.

## XLIX.

En tribuna eminente su sublima
De África el Rey: con él son el Hispano
Y Estordilán, y la otra gente opima
Que venera el ejército Pagano.
Feliz es quien de fábrica halla cima,
Ó un árbol que levántele del llano:
La apretura es inmensa: el pueblo ondea,
Y oprime la estacada que rodea.

## L.

Estaban con la Reina de Castilla
Reinas, princesas, damas esplendentes
De Aragón, de Granada, de Sevilla,
Y hasta del suelo de Eritreas gentes:
De Estordilán la hija entre esas brilla,
Con traje de dos faldas diferentes:
Una es verde, la otra un rosa suave,
Que parece que casi en blanco acabe.

LI.

En escueto vestir está Marfisa,
Como conviene á dama y á guerrera.
De cierto Termodonte [5] de esa guisa
Vió á Hipólita en su clásica ribera.
Ya al campo de la lid, con la divisa
De Agramante en la cota, venido era
El Heraldo á fijar de honor las leyes,
Sagradas siempre aun á los mismos Reyes.

LII.

La espesa, inquieta turba está anhelando
Ver la lid, y hasta acusa el salir lento
De los dos bravos Caballeros, cuando
De la tienda del Tártaro un acento
Sube y rumor, que crece y va aumentando.
Y ora sabed, Señor, que el Rey violento
De Sericán y Mandricardo ardiente,
Causan el alto ruído que se siente.

LIII.

Habiendo armado el Rey de Sericana
Al Tártaro del todo, cual debía,
Le iba á ceñir la espada soberana,
Que fué de Orlando, cuando Dios quería,
Cuando escrito en el pomo *Durindana*
Vió, y el blasón que Almonte usar solía:
La que alcanzóse de ese mismo Almonte
Orlando jovencillo en Aspramonte.

LIV.

No duda, al verla, que esa es la cuchilla
Tan afamada del Señor de Anglante.
Con esa, y una escuadra, maravilla
Cual ninguna en los mares de Levante,
Sometió muchos pueblos de Castilla
Y franceses, en tiempo no distante.
Mas discurrir no puede cómo avenga
Que de Tartaria el Rey ora la tenga.

LV.

Y le pregunta, si por pacto ha sido,
Ó por fuerza adquirida, y cómo, y cuándo.
Y respondióle aquél, que ha combatido
Por ella en lid tremenda contra Orlando;
Y que el de Brava loco se ha fingido;
«Así encubrir el miedo imaginando
De estar conmigo en guerra continuada,
En tanto que llevase aquella espada.»

LVI.

Y dice, que imitaba así al castor,
Que se arranca sus globos genitales
Cuando tiene ya encima al cazador,
Que sabe le persigue por los tales.
Mientras habla Gradaso á ese tenor,
«Pues no la tendréis tú, ni tus iguales
(Grita el otro), que es mía, y su decoro
Aumenté con mi gente y con mi oro.

LVII.

»Trata, pues, de otra espada proveerte:
Yo en posesión de la que usurpas entro;
Y si está loco Orlando, ó de otra suerte,
Penetrar no pretendo tan adentro.
Tú de ella, sin testigos, dueño hacerte
Has podido: yo aquí, donde la encuentro;
Y este litigio sostendré en la barra,
Y será mi razón mi cimitarra.

LVIII.

»Ora, pues, á adquirirla te apareja
Antes de usarla aquí con Rodomonte:
Que las armas ganar usanza es vieja
Por el que de la lid el riesgo afronte.»
«No puede eco más dulce herir mi oreja
(Aquel responde): mi corcel se apronte:
Me hace feliz quien á lidiar me invita:
Mas haz que el Argelino nos permita

LIX.

»Que la primera lid contigo se haga,
Y con el Rey de Sarza la segunda;
Y no dudes que á entrambos satisfaga;
Que para todos mi potencia abunda.»
Y aquí Rugier: «No sufro se deshaga
(Dijo) el pacto, ni el orden se confunda:
Ó Rodomonte al campo va el primero,
Ó el segundo combate es de Rugiero.

LX.

»Si el disputar las armas prevalece
Antes de que con ellas se nos arme,
No el Águila llevar te pertenece,
Mientras que tu poder no me desarme;
Y si es lo que la suerte ya establece,
Lo que me dió, ninguno ha de quitarme.
Ó el primero el de Argel sale á la valla,
Ó la suya es después de mi batalla.

LXI.

»Si el orden, á placer, mudáis en parte,
Yo que se mude quiero totalmente;
Pues mi divisa usar no he de dejarte
Si ya no me la ganas prontamente.»
«Si uno y otro de entrambos fueseis Marte
(Repuso Mandricardo, ya impaciente),
No seríais capaces de impedirme
Usar mi escudo real, mi espada firme.»

LXII.

Y á impulso de la cólera lanzóse,
Cerrado el puño, al Rey de Sericana;
Y á su mano de tal manera asióse,
Que le obligó á soltar á Durindana.
Gradaso, no creyendo que aquel ose
Una acción tan audaz y tan insana,
De la espada se vió desposeído.
¡Tan de improviso y pronto fué cogido!

LXIII.

Y entre el despecho y la vergüenza, lanza
Del labio espuma, de los ojos fuego;
Y la ofensa aún mayor á herirle alcanza
Porque ante un pueblo entero ha sido el juego;
Y el cuerpo atrás echando, luego avanza,
Ya cimitarra en mano, de ira ciego.
Mas Mandricardo en sí tanto confía,
Que también á Rugiero desafía.

LXIV.

«Venid los dos (les grita), y Rodomonte
Que venga con vosotros juntamente;
Que este brazo no hay riesgo que no afronte,
Y no habréis de doblarle fácilmente,
Cuando á blandir la espada va de Almonte.»
Así diciendo, el Tártaro valiente,
Con el pavés cubierto, vano y fiero,
Contra Gradaso va y el buen Rugiero.

LXV.

«Déjalo á mí (gritábale Gradaso),
Que yo sabré curar su frenesía.»
Y Rugiero: «No, á fe: mío es el caso:
Mío el escudo, la batalla mía.»
*Tú apártate: tú quita; ¡paso, paso!*,
Entre las armas resonar se oía;
Y entre los tres la lucha se trabara,
Y espantosa tragedia comenzara,

LXVI.

Si no mediase allí gente interpuesta
Á apartarlos, con juicio no muy sano;
Pues aprender podrían lo que cuesta
Poner á otros en paz con propia mano;
Y ni aun lograran la intención propuesta,
Á no venir con el monarca Hispano,
El sumo Rey de todos, cuyo aspeto
Les mueve á reverencia y gran respeto.

LXVII.

Se hizo explicar la causa el Soberano
De ese nuevo litigio tan ardiente;
Y después, con deseo activo y sano,
Instó porque aquel día solamente,
Al Tártaro la espada del Troyano
Concediese Gradaso cortésmente;
Para que hubiese fin la lid tardía
Que ya contra el de Argel movido había.

LXVIII.

Mientras así á templarlos va Agramante,
Y ora con éste ó con aquél razona,
Del otro pabellón surge tronante
Otra cuestión que las demás corona.
El Circaso, cual dije ya adelante,
Del de Argel atendía á la persona
Con Ferraud, y habíale ya, en esto,
El arnés de Nembrod encima puesto;

LXIX.

Y después fuese á do el corcel ligero
Mordiendo el rico freno está espumoso:
Hablo del buen Frontín, por quien Rugiero
Está tan iracundo y tempestuoso.
Sacripante, que armar al caballero
Debe para la lid, vía cuidoso
Si de cinchas seguro y bien herrado
Estaba, y para el trance preparado.

LXX.

Y bajando á observar, más detenido,
Los cascos, las agujas, frente y anca,
Sin la duda menor ha conocido
Que aquel es su caballo Frontiblanca,
Por quien más de una vez lucha ha tenido,
Y cuya ausencia el corazón le arranca;
Pues desque el noble bruto le cogieron,
Por el suelo sus plantas siempre fueron.

LXXI.

Brunel, que de robar la sed no aplaca,
Quitado se lo había, el mismo día
Que á Angélica el anillo, junto á Albraca,
Y á Marfisa la espada la cogía,
Y á Orlando espada y cuerno audaz le saca.
Él, desque á Francia vino le tenía,
Y fué, con Belisarda, á Rugier dado,
Quien Frontino después le ha nominado.

LXXII.

Cuando ve que caer no puede en fallo,
Vuelto al de Argel, le dice Sacripante:
«Señor, te advierto que este es mi caballo,
Que me quitó en Albraca un vil rapante:
Testigos tengo con quien bien probarlo:
Mas porque están en tierra asaz distante,
Si alguien lo niega, sostenerlo quiero
Con la razón de mi tajante acero.

LXXIII.

»Concedo, por la breve compañía
Que de mí en estos días obtuvieras,
Que mi corcel disfrutes todavía,
Pues sin él combatir hoy no pudieras:
Mas á fuer de que el bruto es cosa mía,
Y prestada por mí, conocer quieras.
De otro modo obtener no pienses nada,
Como no me lo ganes con la espada.»

LXXIV.

El de Argel, que más fiero y orgulloso
Varón no existe que de acero se arme,
Y tal, que otro de esfuerzo más brioso
No pueden las historias presentarme,
Respondió: «Si de un modo tan airoso
Otro que tú se decidiera á hablarme,
Bien vería, por más que fuera crudo,
Que le valiera más el nacer mudo.

LXXV.

»Mas por la compañía que, en perfecto
Bien vivir, como dices, nos ha unido,
Me alegro de que quieras circunspecto
El reto suspender que has ofrecido,
Hasta que el primitivo tenga efecto,
Que está con Mandricardo convenido;
Porque, cuando aquél veas, de ello arguyo,
Que es fácil digas: *el caballo es tuyo.*»

LXXVI.

«Ser contigo cortés intento es caro
(Respondió aquel que impávido le escucha).
Sabe, y depongo ya todo reparo,
Que en mi corcel no harás tu primer lucha,
Cual con esta verás, sin otro amparo;
Que aunque así armado tu ventaja es mucha,
Sabré, cuando mejor no pueda hacerlo,
Con uñas y con dientes defenderlo.»

LXXVII.

La acción á las palabras sobreviene,
Y al grito y la amenaza, la batalla;
Que entre los dos más pronto el furor viene,
Que el fuego en encerrado azufre estalla.
Rodomonte sus armas todas tiene:
Sacripante ni arnés viste ni malla;
Pero con arte tal, tan ágil obra,
Que con la espada la igualdad recobra.

LXXVIII.

No del Rey Argelino la fiereza
Era, aunque tanta, el ánima tan cruda,
Que ganara á la ciencia y la destreza
Con que á sus fuerzas Sacripante ayuda.
No molino movió con más presteza
Piedra que la semilla hace menuda,
Que mano ó pie el Circaso listo mueve
Aquí ó allí, do el combatir le lleve.

LXXIX.

Mas Serpentino y Ferraud ardidos,
Espada en mano, entre ellos se metieron,
Del Rey Grandonio y de Isolier seguidos,
Y de otros grandes jefes que acudieron.
Esos, como antes dije, eran los ruídos
Que del opuesto pabellón se oyeron,
Do el Rey quería concertar en vano
Al Tártaro, á Rugier y al Sericano.

LXXX.

Cuando noticia le llegó á Agramante
De la otra disensión allá ocurrida,
Que por mor del caballo, Sacripante
Tiene con Rodomonte asaz reñida,
Confuso ante discordia tan flagrante,
Dijo á Marsilio el Rey: «Tú aquí me cuida
De que entre éstos no siga el escarceo,
Mientras remedio á lo de allá proveo.»

LXXXI.

Rodomonte que al Rey su Señor mira,
Su orgullo enfrena, y echa atrás un paso;
Ni con menor respeto se retira,
Al llegar de Agramante, el Rey Circaso.
La causa aquél demanda de tal ira,
Con regio aspecto, y con hablar escaso;
Y enterado del fondo de ese luto,
Por unirlos trabaja: mas sin fruto.

LXXXII.

Su caballo no quiere el Circasiano
Que tenga Rodomonte un solo día,
Si un tanto no se humilla, y menos vano,
Se lo viene á pedir con cortesía:
Como siempre soberbio, el Africano
Le responde: «Ni tú ni Dios me haría
Que yo á la fuerza cosa alguna hiciera,
Si de mi voluntad no me saliera.»

LXXXIII.

Pregunta el Rey al Circasiano iroso
Dónde y cómo el caballo le han robado;
Y él todo se lo cuenta, ruboroso,
Cuando llega á explicar lo que ha pasado
En aquel punto en que el ladrón mañoso,
Estando él soñoliento y fatigado,
La silla en cuatro palos suspendiendo,
Por debajo el corcel le fué extrayendo.

LXXXIV.

Marfisa, que á los gritos allí vino,
Mientras el hurto del caballo oía,
Toda se perturbó, porque le avino
Perder también su espada en aquel día;
Y conoció el corcel que harto camino
Ella siguió, que un ave parecía:
Y conoció también á Sacripante,
Que visto bien no había hasta ese instante.

LXXXV.

Los que allí se encontraban, que jactarse
Han oído á Brunel de su vil paso,
Empezaron á verle, y á mirarse,
Dando á entender que era él autor del caso.
Marfisa de los mismos fué á informarse,
Por esos signos sospechando acaso;
Y llegó á descubrir que el ladronzuelo
Que le robó la espada, fué Brunelo.

LXXXVI.

Y supo que al felón, que solamente
Merecía un cordel bien ensebado,
En su Getulio reino el Rey potente
Le admitió, con ejemplo inusitado.
Marfisa, renovando la ira ardiente,
Que antes tuvo, dejar quiere vengado
El hurto en el instante, y la osadía
De mil burlas que la hizo por la vía.

LXXXVII.

Pidió á su paje el yelmo la amazona,
Que de las otras armas va vestida,
Pues su usanza marcial nunca abandona;
Y diez veces no creo que en su vida
Dejara sin ceñirlas su persona,
Des que una vez se las probó atrevida.
Puesto ya el yelmo así, subió muy brava
Do, entre Grandes, Brunel sentado estaba.

LXXXVIII.

Y sin pararse en acto más prolijo,
Le alza, echándole mano á la garganta,
Cual con la dura garra, el ojo fijo,
Coge el águila á un pollo y le levanta;
Y allí donde el furor aplaca el hijo
De Troyano, en el suelo se lo planta.
Brunel, que el brío de esos dedos mide,
Gritando va y gimiendo, y perdón pide.

LXXXIX.

Y aunque en el campo resonar se oía
El rumor de las luchas estridente,
Del follón la cobarde gritería
Sobre todo otro estrépito se siente,
Y el lamento y gemir con que venía,
En su redor juntó toda la gente.
Marfisa, cuando al Rey le fué delante,
Le dijo así, con varonil talante:

XC.

«Yo quiero á este ladrón, que es tu vasallo,
Ahorcarle, que mi honor lo necesita;
Porque en el día mismo en que el caballo
Á éste roba, la espada á mí me quita.
Y si hay quien diga aquí que caigo en fallo,
Salga, y que tal palabra se permita;
Que le haré á tu presencia prontamente
Confesar mis derechos, y que él miente.

XCI.

»Mas como se podría ahora imputarme
Que en medio á este disturbio los alego,
Que la discordia entre tus grandes armc,
Y que en momento inoportuno llego,
Tres días para ahorcarlo he de tomarme:
En tanto, es mío, ó salga alguno luego;
Que si no hay quien su cuerpo vil defienda,
Mil pájaros con él tendrán merienda.

XCII.

»Á tres leguas de aquí se extiende un llano
Á la florida margen de un otero,
Donde voy á situarme de antemano,
Con mi ancela no más, y un escudero.
Si osa alguno salir este villano
Á disputarme, vaya: allí le espero.»
Dijo, y al llano y val de la floresta,
Echóse á andar sin aguardar respuesta.

XCIII.

Á Brunelo ante sí lleva la dama
Que aún asido del cuello le tenía;
Y el triste grita, y por su nombre llama
Á los que en su favor tener solía.
Confuso el Rey, de la enredada trama,
En salir de buen modo no confía.
Cómo liberte hora á Brunel no sabe;
Y así dejar llevárselo es muy grave.

XCIV.

No porque dél esté favorecido,
Que antes con repugnancia le ve ahora,
Y hasta de ahorcarle impulsos ha tenido
Desque el anillo por perdido llora;
Mas se ve en su decoro deprimido,
Y de rubor su frente se colora;
Y seguir á la dama altiva quiere,
Y venganza tomar cuanta pudiere.

XCV.

El Rey Sobrino, que hállase presente,
Mucho de aquel intento le disuade,
Diciéndole que juzga inconveniente
Que su regio poder así degrade;
Pues si bien de que logre prontamente
El objeto propuesto se persuade,
Más que honor le hará daño que se diga
Que en vencer á una dama se fatiga.

XCVI.

Que poco el lauro, y grande el riesgo fuera
De cualquier fuerza que con ella usase;
Y que su juicio y su consejo era
Que al ladrón de Brunelo ahorcar dejase;
Y aunque con sólo un ademán que hiciera,
De la soga á quitarle le bastase,
No debería hacerlo, que es nequicia
En un Rey no dar vado á la justicia.

XCVII.

Y añadía: «Tú manda á uno que ruegue
Á Marfisa que juez de esto te haga,
Dando, por condición de que lo entregue,
Que á Brunelo darás su justa paga;
Y aunque obstinada aquélla te lo niegue,
Déjala que su injuria satisfaga;
Y, con tal de que asista á tus pendones,
Que agarrote á Brunel y á cien ladrones.»

XCVIII.

El Rey, al cabo, á la opinión se atuvo
Del sabio y prudentísimo Sobrino;
Y á Marfisa dejó, de quien no obtuvo
Que el ultraje aguantase del mezquino,
Y hasta de enviarla á demandar se abstuvo.
Y eso sufrió ¡Dios sabe cuán mohino!
Para poder zanjar pleitos mayores,
Y su campo salvar de hartos furores.

XCIX.

En tanto á la Discordia nada falta ,
Pues ya acomodo y treguas teme poco.
De su victoria el gran placer la exalta,
Y el campo corre con deleite loco.
Con ella la Soberbia trisca y salta,
Echando leña en el ardiente foco;
Y tanto gritan , que el clamor maligno
Sube al cielo á Miguel, de triunfo en signo.

C.

Tembló París y revolvióse el Sena
Al aullido tremendo que lanzaron :
Recorrió el eco hasta la selva Ardena,
Y las fieras su cueva abandonaron :
Retumbó hasta en los Alpes y el Gebena :
Ruán, Arlés y Blois le escucharon :
Le oyó el Garona, el Son, Adur, el Reno,
Y toda madre el hijo estrechó al seno.

CI.

Cinco son los guerreros convenidos
En pisar por la suerte la estacada,
En la madeja, de hilos tan tejidos,
Que no fuera ni en Delos desatada.
La cuestión que antes vino á sus oídos
Quiere el Rey que antes sea dél tratada :
La que la hija armó de Estordilano,
Entre el escita Rey y el Africano.

CII.

De uno á otro, Agramante diligente,
Va, y les expone su mortal disgusto;
Y con entrambos muéstrase igualmente
Como hermano leal, como Rey justo;
Y cuando los ve sordos totalmente,
Y á uno y otro impertérrito y adusto,
Y sin querer ceder la amada prenda,
Ocasión de su enojo y su contienda,

CIII.

Se acoge al fin, como al mejor partido,
Para acabar disputa tan prolija,
Que de aquella beldad sea marido
El que de Estordilán quiera la hija;
Y que por pacto entre ellos convenido
No ha de hacerse más guerra al que ella elija.
Plúgole á cada cuál el pacto honroso,
Esperando ser él el ganancioso.

CIV.

El Rey de Sarza, que la gracia prima
Obtuvo, antes que aquél, de Doralice,
Habiéndole elevado á la alta cima
Del favor, que el honor no contradice,
Que el electo él será de cierto estima,
Y ya el mortal se juzga más felice:
Ni esta creencia es sólo por su parte,
Sino que el campo entero la comparte.

CV.

Todos sabían cuánto obró su pecho
Por ella en riesgos, en torneo, en guerra,
Y que, aceptando el pacto, mal ha hecho,
Dicen, el de Tartaria, y que lo yerra.
Mas el, que ya otras veces trato estrecho
Gozó, cuando dejaba el sol la tierra,
Con la hermosa que obtuvo de antemano,
Ríe del vulgo y de su juicio vano.

CVI.

Ratificado el pacto, cual cumplía
Entre los dos de fama tan gloriosa,
Á la joven después el Rey los guía,
Y ella bajó los ojos vergonzosa,
Y á Mandricardo dijo prefería:
Lo que fué á todos increíble cosa,
Y al de Argel tan extraña y tan aleve,
Que á levantar la vista ni aun se atreve.

CVII.

Pero la usada audacia en él descuella
No bien el signo del rubor fué extinto,
Y contra la sentencia se atropella,
Y la espada al sacar, que lleva al cinto,
Dice, ante el Rey y Grandes, que es aquella
La que otro fallo dictará distinto
De aquel, que es de mujer, de juicio breve,
Siempre propenso á lo que menos debe.

CVIII.

Mandricardo, á su vez, rompe el concierto,
Diciendo: «Sea: al campo, y á pelear.»
Antes, pues, de que llegue el barco al puerto,
Le quedara harto espacio de alta mar,
Si no opusiera el Rey á tal entuerto
Su autoridad, negándoles lidiar;
Y así al audaz, que al pacto se rebela,
De su furia abatir le hace la vela.

CIX.

Ora el de Argel, á quien el dardo hiere,
Ante concurso tal, con doble afrenta,
Ya de su Rey, que es fuerza que venere,
Ya de la dama, que perdida cuenta,
Permanecer más tiempo allí no quiere;
Y de tantos vasallos que sustenta,
Se lleva los de honor de su persona,
Y las morescas tiendas abandona.

CX.

Como vencido toro se desvía,
Que la novilla al vencedor le cede,
Y la selva á buscar va más sombría,
Lejos del pasto y la ordinaria sede;
Y de mugir no cesa noche y día,
Y su rabia de amor calmar no puede,
Así se aleja, de dolor confuso,
El Argelino de su dama excluso.

CXI.

Á seguir á Frontino decidióse,
Rugiero que por él se encuentra armado,
Pero después del Tártaro acordóse,
Con quien á combatir está obligado;
Y á darle alcance renunció, y volvióse
Al desafío con aquél pactado,
Antes que entrase el rey de Sericana,
Que tiene la otra lid por Durindana.

CXII.

Ver que á Frontín le llevan bien le pesa,
Allí á su vista, sin poder salvarlo;
Si bien, cuando termine la lid esa,
Tiene firme intención de recobrarlo.
Mas Sacripante, que no tiene empresa
Contra Rugier, que pueda perturbarlo,
Tras Durindana se dirige presto,
Pues no puede hacer nada mejor que esto.

CXIII.

Y alcanzado le habría, si no fuera
Porque un suceso le ocurrió en la vía,
Que hasta la noche demorar le hiciera,
Y perder los vestigios que seguía.
Á una dama encontró que en la ribera
Del Sena se cayó, que se ahogaría
Sin su ayuda; y lanzóse, y con trabajo,
Á la orilla nadando se la trajo.

CXIV.

Mas cuando ya al arzón quiso ponerse,
No encontró su caballo el caballero,
Que hasta la noche le obligó á moverse,
Sin dejarse coger tan de ligero.
Cogióle al fin : mas sin saber volverse
Al sitio aquel de do partió primero,
Erró tres millas, entre llano y monte,
Antes que hallar pudiera á Rodomonte.

CXV.

Dónde le hallara, y cómo fuera opreso
Con desventaja suma Sacripante;
Cómo perdió el caballo y quedó preso,
No debo hora decir, porque delante
Tengo al de Argel, de inmensa furia acceso
Contra la Doralice y Agramante;
Y he de narraros cuánto los maldijo,
Y lo que contra el uno y otro dijo.

CXVI.

De suspiros de fuego el aire ardía
Por doquier que el de Sarza iba doliente,
Y desde el hondo val le respondía
Eco de compasión que por él siente:
«¡Oh móvil genio femenil (decía);
Cómo un nuevo capricho fácilmente
Te aparta de la fe que prometiste;
Y el que en ti fía ¡ay mísero! cuán triste!

CXVII.

»¡Ni el muy largo servir, ni el grande amor
De que pruebas te ha dado el pecho mío,
En el tuyo tuvieron el valor
Ni aun de alcanzar olvido más tardío!
No porque á Mandricardo yo menor
Te parezca en honor, poder y brío:
No, no hay otra razón de lo que quieres,
Sino esta sola: que mujer tú eres.

CXVIII.

»Creo que la natura en negro día
¡Sexo alevoso! te ha mandado al mundo,
Por contrapeso y como carga impía
Al hombre que, sin ti, fuera jocundo;
Como á la tierra víboras envía,
Lobos, tigres; y el aire hace fecundo
De avispas, moscas, tábano y araña,
Y entre el grano entromete la zizaña.

CXIX.

»¿Por qué no habrá querido alma natura
Producir sin mujer la especie humana,
Cual la mano del hombre se procura,
Con propio ingerto, el pero y la manzana?
Mas aunque á veces obre con cordura,
Duradera constancia, mente sana,
¿Quién habrá que á esperar de ella se atreva,
Pues nombre de mujer natura lleva?

CXX.

»Mas no ¡mujeres! ostentéis fastuosas
Que el hombre es hijo vuestro: ¡audaz delirio!
También producen las espinas rosas,
Y de fétido tallo brota el lirio.
Vanas son, importunas, orgullosas,
Sin amor, del amor siendo martirio,
Sin fe, crueles, de venganza henchidas,
Y para fuente de dolor nacidas.»

CXXI.

Con estas quejas y otras semejantes
Rodomonte frenético marchabà;
Que ya sonar se oían muy distantes,
Ó bajo, y entre dientes murmullaba.
Y entre aquellos baldones fulminantes,
Sin razón, en verdad, se desataba;
Pues por una mujer que salga aleve,
Que ciento buenas son juzgarse debe.

CXXII.

Y aunque yo, de entre aquellas que he querido,
Una fiel y constante no he logrado,
Que sean así todas no he creído,
Y á mi enemiga suerte helo achacado.
Muchas hoy son, y muchas más han sido
Que al hombre causa de pesar no han dado,
Y es mi sino, que si una hay solo impía,
Esa es la que me arrastra: esa es la mía.

CXXIII.

Mas tanto he de buscar antes que muera,
Ó que del todo mi cabello emblanque,
Que acaso un día la fortuna quiera
Que alguna encuentre [6] que á mi fe no manque.
Si eso logra mi afán, que no lo espera,
No del estro el raudal veréis se estanque
En mi labio; que hacerla tan gloriosa
Lograré, cuanto pueda, en verso y prosa.

# ORLANDO FURIOSO.

---

ARGUMENTO DEL CANTO VIGÉSIMOCTAVO.

Contra las damas oye el Argelino
Cuanto pueda decir lengua mendace :
Ya á emprender de su reino iba el camino,
Cuando otro toma que mejor le place.
De Isabela al encuentro peregrino,
Nuevamente el amor en él renace ;
Y por hacerla suya, con gran saña,
Echa mano al varón que la acompaña.

---

# ORLANDO FURIOSO

---

## CANTO VIGÉSIMOCTAVO.

I.

No sé si orgullo herido nos conduce
Á más furores que el amor burlado;
Ó si puedo áfirmaros que introduce
Más hondo amor su dardo envenenado;
¿Qué no será, Señor, si nos reduce
Á sufrir á los dos adverso el hado?
Si bien, por tanto, aunque tenaz maldice
Con tan ciega pasión á Doralice,

II.

No menor odio el bárbaro tenía
Hora á su Rey que á su enemiga bella;
Y con igual furor le dirigía
Improperios tan duros como á ella.
En su imperio del África quería
Que se apagase su propicia estrella:
Que en desdichas, en sangre se inundase,
Y piedra sobre piedra no quedase,

III.

Y que, perdiendo Estados y tributo,
Viva Agramante mísero y mendigo;
Y que él no más le saque de su luto,
Y le reponga en su esplendor antigo;
Que sólo de su fe tenga ese fruto,
Y le haga ver que verdadero amigo,
Á derechas ó á tuertas, antepuesto
Debe ser á quien quier que se haya opuesto.

IV.

Así, cuando á Agramante y á la Dona
Sus quejas dirigiendo el Sarracino,
Cabalga sin descanso, y no perdona
Ni fatiga ni espuela al buen Frontino,
Á la tarde siguiente sobre el Sona
Encontróse; y tomar de allí camino
Pensó al mar de Provenza, imaginando
Trasladarse á su reino navegando.

V.

De bateles y barcas proveído
Á un lado y otro está del río el seno,
Que en poder de los Moros han caído
Al llevar del fructífero terreno
Vituallas á París comprometido:
Del terreno que lleva al lido ameno
De Acuamorta, y después á la campaña
Que á la mano derecha va hacia España.

VI.

De las naves los víveres sacados,
En cien carros, y á lomo, en fardos y arcas,
Puestos son, y de tropa custodiados,
Para ir do llegar no pueden barcas.
Cubren las crasas reses ambos lados,
Allí traídas de diversas marcas;
Y también en las ribas los factores
Pernoctan bajo techos protectores.

VII.

Al Rey de Argel, á quien la noche vino
Allí, de frío aspecto, oscuro y ciego,
Un paisano hostelero sarracino
Ofrecióle hospedaje desde luego.
Tomó el corcel, y cena le previno
Abundante, y con vino corso y griego;
Que el de Argel siempre bebe á la francesca;
En lo demás, viviendo á la moresca.

VIII.

El patrón, con su vino y faz de risa,
Trata de hacer á Rodomonte honor,
Que juzga, de aquel hombre, por la guisa,
Que lo ha de ser de pro y alto valor.
Mas él, cuya alma está triste y remisa,
Siente esa noche el amoroso ardor;
Y á la causa fatal de su tormento
Le lleva á su pesar el pensamiento.

IX.

El patrón que, por trazas diligentes,
Había en Francia á todos superado,
Pues que de propias ó enemigas gentes
Su posada y sus bienes ha salvado,
Hizo á algunos venir de sus parientes
Aptos para servir al hospedado:
Mas ninguno el hablar se ha permitido,
Viendo al huésped tan fosco y abatido.

X.

De un pensamiento en otro divagando,
Parece que en sí mismo no se hallase
El de Argel, bajo el rostro, ni aun alzando
Los ojos, cual si nadie allí parase:
Después de largo espacio suspirando,
Como quien de gran sueño despertase,
Todo se sacudió, y en los semblantes
Se fijó del patrón y circunstantes.

XI.

Rompió luego el silencio, y con acento
Y rostro en que el enojo ha reprimido,
Grave les demandó desde su asiento,
Si mujer alguien de ellos ha tenido;
Y que todos la tienen al momento
Le fué por el concurso respondido.
Entonces preguntó si alguno fía
En la fe que su esposa le debía.

XII.

Menos el huésped, dieron por respuesta
Que buenas, castas y muy fieles son;
Y sólo el patrón dijo: «Manifiesta
Vuestra simplicidad esa opinión;
Y la creencia que tenéis os cuesta
Que os juzgue á todos faltos de razón;
Y este señor, cual yo, va á seros franco,
Si no quiere hacer negro de lo blanco.

XIII.

»Porque, como es el Fénix única ave,
Que cual ella en el mundo otra no vive,
Así que haya más de uno, no se sabe
Que la traición de la mujer esquive.
Cada uno imagina que á él le cabe
El alto honor de que á esa gloria arribe:
Mas ¿cómo llegar puede cada uno,
Si no es dable en el mundo haber más que uno?

XIV.

»También yo vuestro error he padecido
De que honesta mujer más de una habría,
Hasta que un caballero aquí venido
De Venecia, curó mi tontería;
Pues, con ajeno ejemplo al propio unido,
Ilustrar supo la ignorancia mía.
Juan Francisco Valerio era llamado;
Que su nombre jamás se me ha olvidado.

XV.

»Las trampas que, ora esposas, ora amadas,
Suelen usar, los fraudes de sus bocas,
Todo lo conocía, y con pasadas
Y presentes historias, que son locas
Me hizo ver; y que féminas honradas
No se hallaban, ó hallábanse muy pocas;
Pues si alguna más casta aparecía,
Era porque ocultarlo más sabía.

XVI.

»Y entre muchas historias que me dijo,
Que es difícil de tantas acordarse,
Un cuento de esos me quedó tan fijo,
Como si en bronce hubiera de escultarse;
Y á quien quier que le oyese, no prolijo
Parecerá, más digno de escucharse.»
Dispuesto á oirle el Sarraceno estaba,
Y el cuento le narró, que así empezaba....

XVII.

Mas yo aquí le suspendo; que la historia
No por eso resulta menos clara;
Y aunque Turpín del cuento hace memoria,
Repetirle no quiero; no pensara
Alguno que mi lengua vuestra gloria,
Amable sexo, en extender fué avara.
Mil pruebas os he dado en fácil estro
De que he sido y seré del todo vuestro.

### XVIII.

Así que el hostelero hubo acabado
La historia que el vienés le facilita,
Y el de Argel, sin chistar, oyendo ha estado.
Éste, á quien el pesar el pecho agita,
Dijo al fin : «Verdad es que se ha contado
De engaños de mujer copia infinita,
Que en mil libros escritos no cupieran,
Y guardar cien archivos mal pudieran.»

### XIX.

Un anciano allí había más pausado,
De más saber, de ideas muy juiciosas,
Que sufrir no pudiendo el ver tratado
Al sexo bello en formas tan odiosas,
Se volvió á quien el cuento hubo narrado,
Y le dijo : «Escuchar solemos cosas
Que no tienen en sí verdad ninguna;
Y entre esas, buen patrón, tu cuento es una.

### XX.

»Á quien te le narró no des creencia,
Aunque el mismo San Juan sea en el resto,
Que opinión especial, más que experiencia
De las mujeres, le hace decir esto.
El guardar á una ó dos malevolencia
Le hace á todas odiar más de lo honesto;
Y pasado ese humor que le inficiona,
Le veréis ensalzar lo que hoy baldona.

## XXI.

»Y hallará más motivos, cuando quiera,
Para hablar bien que para mal tenía;
De mil podrá loar virtud austera,
Por una sola en quien morder podría.
No á todas infamar, que dejar fuera
La bondad de infinitas debería
Tu Valerio; y si le oyes diferente,
Lo hace por ira, y no porque lo siente.

## XXII.

»Y decid: ¿De vosotros hay alguno
Que siempre fiel á su mujer le sea?
¿Que resista ir á otra, si oportuno
Halla tiempo y lugar, y él la desea?
¡Ah! No hay así en el mundo hombre ninguno:
Y necio es quien lo dice, y quien lo crea.
¿Habéis hallado alguna que ella os llame,
Como no sea meretriz infame?

## XXIII.

»¿Ó de alguno sabéis que no dejara
Á su mujer, por más que fuese bella,
Para irse tras otra, si esperara
Fácil y pronto amor hallar en ella?
¿Y qué haría, si alguna le llamara
Y le diese alto don, dama ó doncella?
Creo que por servirla, mozo ó viejo,
Bien sabrían dejar hasta el pellejo.

XXIV.

»Las más veces motivos bien sobrados
Tienen las que han dejado á sus esposos.
De sus casas los ven siempre alejados,
Y siempre á las ajenas ir ansiosos.
Debieran, si querían ser amados,
Ser también ellos fieles y amorosos:
Yo daría una ley, si en mí estuviera,
Que ningún hombre rechazar pudiera.

XXV.

»Que habría de morir (la ley diría)
Mujer que en adulterio ha delinquido,
Si probar no pudiese que algún día
Su esposo ese delito ha cometido:
Mas probado, que libre quedaría,
Sin miedo á la justicia ni al marido.
«Lo que no quieras para ti, infelice,
»No hagas á los demás,» Jesús nos dice.

XXVI.

»La incontinencia es mal á que ella cede,
Cierto, y aun no de todas es el polo:
Mas ¡cuánto en eso el hombre las excede,
Pues que no hay sin tal vicio ni uno solo!
Y acusársele de otros muchos puede:
De blasfemia, de robo, usura y dolo,
Y homicidios; de que él es siempre el reo,
Y raras veces en mujeres veo.»

XXVII.

Cuando así la disputa terminóse,
Deja el de Argel la mesa, y va su inmensa
Pena al lecho á llevar, y en él dolióse
Cuanto fuera duró la sombra densa.
Pero la noche el infeliz pasóse
Mas que en dormir en recordar su ofensa;
Y á la primera luz partió, tratando
De continuar su viaje navegando;

XXVIII.

Pues por la ley que siempre le ha tenido
Á todo buen corcel buen caballero,
Le es caro aquel caballo que ha podido
Guardar de Sacripante y de Rugiero:
Y viendo que dos días ha oprimido
Más que debiera á bruto tan ligero,
Para darle descanso, y el camino
Más breve hacer, se embarca con Frontino.

XXIX.

Y hace que deje al punto la ribera
El patrón de la barca, y eminente
(Que lleva escasa carga), va ligera
Remontando del Sona la corriente.
Ni por agua ni tierra, su quimera
Puede el de Argel quitársela del frente,
Pues no hay que á prora ó popa no le salga,
Y á la grupa la lleva si cabalga.

XXX.

Sólo aquel pensamiento en su alma cabe,
Y todo alivio y refacción destierra.
Teme que venza y que su vida acabe,
Dentro el contrario de su propia tierra;
De quién pueda esperar favor no sabe,
Siendo interna y doméstica la guerra;
Que le combate siempre noche y día
El cruel que ayudarle debería.

XXXI.

Por tres soles navega tristemente
El Argelino en lamentable incuria,
Y no puede quitarse de la mente
De su dama y su Rey la grave injuria;
Que en el batel, como á caballo, siente
La misma pena, el mismo enojo y furia,
Sin poder apagar en agua el fuego,
Ni en estarse ó moverse hallar sosiego.

XXXII.

Como enfermo á quien larga calentura
Tiene asaz dolorido y quebrantado,
Que, inquieto, en busca de mejor postura,
Se vuelve al diestro y al izquierdo lado,
Y en vano alivio al malestar procura,
Pues cada vez se siente más cansado,
Así el de Argel, en agua y tierra, anfibio,
Al mal de que está enfermo no halla alivio.

XXXIII.

No puede en el batel tener paciencia,
Y en tierra desembarca Rodomonte.
Pasa León, Viena y ve á Valencia,
Y de Aviñón el puente, al horizonte;
Que estas tierras ya prestan obediencia,
Con las que pisa el Celtibero monte,
Al Africano Rey, y al Rey de España,
Desde que hubo empezado la campaña.

XXXIV.

El de Argel á la diestra se mantuvo
De Acuamorta, á esperar nave adecuada,
Y junto á un río, en una villa estuvo
De Ceres y de Baco muy amada,
Que por desmanes soldadescos tuvo
Su pueblo que dejarla inhabitada.
Allí vió el mar, y ondeando las espigas,
Del labrador sencillo siempre amigas.

XXXV.

Vió luego un templo á próxima distancia
Pequeño y en un alto edificado,
Que desque ardió la guerra contra Francia,
De los siervos de Dios fué abandonado.
Rodomonte tomóle por estancia,
Que por su situación, y hallarse aislado,
Juzga no ha de llegarle allí el ruído
Del mundo, que ya tiene aborrecido;

XXXVI.

Y aun mudó de ir á Sarza el pensamiento,
Tanto la estancia tuvo por famosa.
Corcel, criados, servicio, alojamiento
Toman en la morada silenciosa.
Cerca de Mompeller tiene su asiento,
Y de más de una torre poderosa;
Del Ródano está al lado la ribera,
Y así de proveerse fácil era.

XXXVII.

Estando un día el túmido Argelino,
Cual casi siempre estaba, hosco y sañudo,
Por en medio de un prado esmeraldino,
De un sendero cortado, mirar pudo
Á una joven de aspecto peregrino,
Á quien guiaba un Mónaco barbudo,
Conduciendo detrás cabalgadura
Revestida de negra cobertura.

XXXVIII.

Quién la joven, el Fraile quién sería,
Y lo que llevan os será bien claro:
Era Isabel, que triste conducía
El cuerpo allí de su Zerbino caro.
La dejé cuando al Provenzal venía,
Acompañada del varón preclaro
Que grabó en ella el pensamiento honesto
De dar al claustro de su vida el resto.

XXXIX.

Aunque la joven va descolorida,
Derramadas las trenzas esplendentes,
Y hacen su llanto y pena comprimida
Volcán del pecho, y de los ojos fuentes,
Con otros signos, muestras de su vida,
Tronchada por dolores muy recientes,
Aún Amor y las Gracias han cabido
En su precioso rostro dolorido.

XL.

Así que el Rey de Argel vió la pucela,
Lanzó del alma aquel odio profundo
Grabado en él por la gentil secuela
De aquel sexo, placer y honor del mundo;
Y juzgó que es dignísima Isabela
De que en ella su amor ponga segundo,
Apagando el primero, cual se saca
Clavo con clavo de robusta estaca.

XLI.

La sale al paso; y con el más meloso
Hablar que puede y el mejor semblante,
La inquiere de su estado lastimoso;
Y ella su historia cuenta palpitante,
Y que á dejar va el mundo proceloso,
Y de su vida á Dios dar lo restante.
Ríe el soberbio Rey, que no ha creído
Jamás en Dios, ni ley ha obedecido.

XLII.

Su intento acusa de proyecto injusto,
Y la declara que del todo yerra,
Y que no menos condenarla es justo
Que al avaro, que gran tesoro encierra,
Ó al que útil cosa recibió, y adusto
Se la niega á otros hombres y la encierra;
Que es bien se encierren tigres y serpientes;
Mas no las cosas bellas é inocentes.

XLIII.

El Fraile que á ese canto daba oreja,
Y por librar á la pucela incauta
De volver á los riesgos que ya deja,
No soltaba el timón, cual diestro nauta,
Aquí de espiritual pasto apareja
Porción que sirva de piadosa pauta:
Mas no la sufre, que harto le desplace,
El Rey de Argel, que con mal gusto nace.

XLIV.

Y cuando el Fraile interrumpióle en vano,
Y no pudo lograr que se callase,
Le faltó la paciencia, y casi insano,
Con rabia suma, de las barbas le ase....
Mas ya aquí con las iras del Pagano
Tendríais por demás que continuase,
Y el canto acabaré, siendo mi espejo
Lo que, por mucho hablar, le ocurrió al viejo.

:

# ORLANDO FURIOSO.

---

### ARGUMENTO DEL CANTO VIGÉSIMONONO.

Sumisa ofrece á Rodomonte el cuello
Isabel por salvar casta su frente,
Y al cielo sube espíritu tan bello.
Arrepentido aquél, construye un puente
Y un rico templo, en desagravio de ello,
Donde colgar las armas del que intente
Lidiar con él : mas llega loco Orlando,
Le arroja al agua, y él sale nadando.

---

# ORLANDO FURIOSO.

---

## CANTO VIGÉSIMONONO.

I.

¡Oh, del mortal enferma, instable mente,
Cuánto eres fácil á cambiar de juicio!
Toda idea mudamos fácilmente,
Y más si nace de amoroso vicio.
Yo contra las mujeres tan ardiente
Del Infiel vi primero el maleficio,
Que no pensé que su odio se entibiara,
Cuanto más que á extinguirse al fin llegara.

II.

De lo que dijo aquel en daño vuestro,
¡Bellas damas, estoy tan resentido,
Que mientras con su mal no lo demuestro,
No le perdono el crimen cometido;
Y moveré mi pluma con tal estro,
Que patente he de hacer cómo ha mentido,
Y que más de callarse le valiera,
Ó que la torpe lengua se mordiera.

III.

Y que ella habló de loca y desmandada,
Os lo demuestra clara la experiencia.
Contra todas sacó de antes la espada,
Sin hacer de ninguna diferencia,
Y de Isabel después una mirada
Le hace cambiar de juicio y de conciencia.
La ha visto apenas, y quién es ignora,
Y en vez de su otra dama, ya la adora.

IV.

Y en servicio de amor, que así le anuda,
Con frívolas argucias del momento,
Piensa que el brío debilita y muda
De aquel entero y firme pensamiento.
Mas el buen eremita que la escuda,
Para que no abandone el casto intento,
Con cuanto esfuerzo puede le rebate,
Y con sanas razones le combate.

V.

Después que oyó el Infiel (¡cómo, no sabe!)
Del fraile audaz el discutir experto,
É inútilmente le gritó que acabe,
Y vaya en paz, sin ella, á su desierto;
Y viendo que con él tregua no cabe,
Y que le está dañando, á golpe cierto,
Á las barbas con rabia le echa mano,
Y cuantas le cogió, le arranca insano.

VI.

Y tal se irrita, que su diestra el cuello,
Á modo de tanaza, le acongoja,
Y con dos vueltas córtale el resuello;
Y cual pelota al aire, al mar le arroja.
Ni sé, ni digo lo que fué de aquello:
Que la fama parlera lo recoja.
Contra un escollo dicen que tal queda,
Que no hay facción que distinguirse pueda.

VII.

Cuentan unos que al mar fué el monje grave,
Que de allí millas tres brama lejano,
Y que se ahogó, porque nadar no sabe,
Y preces y oraciones rezó en vano:
Otros, que un Santo le acercó una trabe
Y le sacó á la orilla por su mano.
Lo que de cierto al fraile pasaría,
No ha de decirlo ya la historia mía.

VIII.

Rodomonte cruel, que se ha quitado
Así del medio al gárrulo eremita,
Con rostro se volvió, menos turbado,
Hacia la pobre dama que aún palpita;
Y con aquel acento, siempre usado
Por los amantes, llámala su vida,
Luz y esperanza de sus días bellos,
Y otros nombres que siguen detrás de ellos.

IX.

Y tan suave y cortés muéstrase ahora,
Que la fuerza no asoma su cabeza.
El semblante gentil que le enamora
Apaga en él la sólita fiereza;
Y si el fruto coger puede en buen hora,
No quiere aún pasar de la corteza;
Que no por bueno y plácido lo estima,
Si no lo da la voluntad sin grima.

X.

Preparar á Isabel al juego impuro
De su amor, poco á poco pretendía.
Ella sola, perdida en monte oscuro,
Ratón que coge el gato se creía,
Y prefiriera arder en fuego puro:
Mas en su mente el caso aún revolvía,
Por si un recurso descubrir lograra
Que del trance, sin mancha, la sacara.

XI.

Propónese en el alma el firme intento
De darse por su mano antes la muerte,
Que el Sarraceno vil logre su intento,
Dándole la ocasión de errar tan fuerte
Contra aquel que en sus brazos el aliento
Le apagó, amante, despiadada suerte;
Y al cual le había, con pensar devoto,
Hecho de castidad perenne voto.

XII.

Mira ir creciendo el apetito luego
Del bruto Rey, ni sabe ya qué hacerse:
Bien conoce á cuál acto aspira ciego,
Y que su esfuerzo es pobre á defenderse
De cien cosas; en tanto, en el trasiego,
Halló por fin el medio á que atenerse
Para salvar su castidad: el modo,
Con gloria de su nombre, óiganle todo.

XIII.

Al Pagano, que torpe ya venía,
Con palabras y acciones que atropella,
Depuesta la amorosa cortesía
Que en su primero hablar usó con ella,
«Si hacéis (le dijo) que la fama mía
De nada tema, y me salváis doncella,
Cosa en cambio os daré, que os indemnice
De quitar el honor á una infelice.

XIV.

»Por el placer ligero de un momento,
Que abundante hallaréis tanto en el mundo,
No despreciéis un eternal contento:
Un gozo entre los gozos sin segundo.
Hallaréis quien os dé mujeres ciento,
De lindas formas, de mirar jocundo:
Mas que os pueda lograr este don mío,
Á que halléis uno solo os desafío.

XV.

»Sé de una hierba, asaz desconocida
(Y aquí cerca la he visto en la campaña),
Que con hiedra y con otras bien cocida,
Al fuego de un ciprés de verde caña,
Y por manos de virgen esprimida,
Un jugo da, que á quien con él se baña
Por tres veces, la piel le hace tan dura,
Que contra hierro y fuego le asegura.

XVI.

»Digo que si tres veces se hace untura,
La acción invulnerable un mes se lleva:
Mas como sólo un mes su virtud dura,
Debe por cada luna hacerse nueva.
Yo sé hacerla, y mi labio os asegura
Que hoy mismo, si queréis, tendréis la prueba;
Que juzgo os ha de ser de más agrado
Que haber toda la Europa sojuzgado.

XVII.

»Y en justa recompensa exijo de esto,
Que me juréis, de fe y honor en sino,
Que no á mi honestidad seréis molesto
Con palabra, ademán, acto mezquino.»
Así diciendo, á Rodomonte honesto
Volvió de audaz, que acceso tal le vino
De verse invulnerable, que la ofrece
Cuanto le pide, y más que ella merece.

## XVIII.

Y ha de esperar hasta que pruebe exacto
Del admirable jugo la experiencia,
Esforzándose en tanto á no hacer acto,
Ni aun la más leve muestra de violencia:
Mas piensa en su interior romper el pacto;
Porque no guarda ley, ni reverencia
Á Dios, ni á Santos; y en faltar á todo,
Sigue de África vil el uso y modo.

## XIX.

De no más molestarla, á la doncella
Protestas el Pagano le hace á miles,
Porque apañarle el jugo pueda ella
Que le vuelva invencible como Aquiles.
Montaña y valle oscuro Isabel huella,
Lejos de villa y chozas pastoriles,
Y hartas hierbas recoge. El Argelino
No la abandona, y síguela vecino.

## XX.

Cuando, en diversos sitios, lo bastante
Y adecuado juntaron al consumo,
Volvió tarde á la gruta el par errante;
Donde el modelo aquel de pudor sumo
Ocupó de la noche lo restante
En cocer hierbas y extraer el zumo;
Y el arte y el cuidado que ponía,
El rey de Argel con interés seguía.

XXI.

El cual, con pocos siervos que llevaba,
Velar quiso esa noche, en grato juego;
Porque en la estrecha gruta, que encerraba
Todo el calor del encendido fuego,
Tal sed tenía, que con ansia brava,
Dos barriles bebió llenos del Griego,
Que arrebatado habían días antes
Sus sirvientes á tristes caminantes.

XXII.

No estaba el Rey acostumbrado al vino,
Pues su Alá lo prohibe y lo condena:
Mas no bien lo gustó, maná divino
Le pareció, que calma toda pena;
Y reprendiendo el rito sarracino,
Sendos frascos trasiega, vasos llena;
Con lo que siente andársele en contorno
La cabeza, girando como un torno.

XXIII.

La dama, en esto, aparta la caldera
Del fuego en que las hierbas han cocido,
Y dice á Rodomonte: «Porque entera
Puedas ver la verdad de lo ofrecido,
Y porque aprenda el vulgo, que adultera
El secreto que oyó, no bien sabido,
Hoy en mí misma el ejemplar primero,
Y no en ajenos cuerpos, hacer quiero.

### XXIV.

»Y antes que nadie probaré el reciente
Preparado licor, de virtud lleno,
Porque no llegue á sospechar tu mente
Que te aplico tal vez mortal veneno;
Y dél me bañaré desde la frente,
Por la cabeza, y por el cuello y seno:
Tú luego, con tu fuerza tan probada,
Descarga en mí la cortadora espada.»

### XXV.

Cual dijo se bañó; y el cuello erguido
Al incauto del Rey puso, desnudo:
Incauto, y aun del vino ya vencido,
Contra el que vanos son yelmo y escudo.
Y el bárbaro bestial, que lo ha creído,
Descarga tan feroz el yerro crudo,
Que de aquel tipo insigne de belleza
Hizo torso, segando la cabeza.

### XXVI.

Dió tres saltos, y voz oyóse clara
Que pronunciaba el nombre de *¡Zerbino!*
Por quien ella la vía encontró rara
De escapar al baldón del Argelino.
¡Alma, que en más tuviste la fe cara,
Y el hoy ignoto nombre peregrino [1],
De castidad, que no tu edad tan verde,
No la tierra tu santo ejemplo pierde!

XXVII.

¡Vete en paz, alma pura, casta y bella!
¡Á Dios pluguiera que esta vez mi canto
Tuviese el dulce son, la gracia aquella
Que al sentido decir adorna tanto;
Porque mil y mil años, como estrella,
Brillase en nuestra edad tu nombre santo!
¡Sube al cielo, y ejemplo sin segundo,
Do aprendan las demás, deja en el mundo!

XXVIII.

Al acto de virtud incomparable
Volvió los ojos el fautor del cielo,
Y dijo: «Ésta ha vencido á la implacable
Sierpe que de veneno inunda el suelo;
Y por ella una ley haré durable
Que sea al mundo ejemplo y dé consuelo,
Sin que la turbe porvenir oscuro,
Ni la pueda cambiar siglo futuro.

XXIX.

»Quiero que la que tenga en adelante
El nombre suyo, refulgir se vea,
Y que bella, cortés, discreta, amante,
De honestidad y honor ejemplo sea;
Porque ese dulce nombre hagan brillante
Los mármoles y el bronce en que se lea;
Y las liras estén, en tono blando,
*¡Isabel! ¡Isabel!* siempre sonando [1].»

XXX.

Dice; y el aire se serena en torno,
Y como nunca el mar se ve calmado,
Y al tercer cielo [3] el alma va en retorno,
Á ser feliz de su Zerbino al lado.
Mas lleno de dolor queda y bochorno
Aquel nuevo Breúso [4], despiadado;
Que el efecto no bien pasó del vino,
Su error maldijo y su funesto sino.

XXXI.

Luego pensó cómo aplacar podría
El alma celestial de la doncella,
Y ya que dado muerte al cuerpo había,
Darle otra vida á la memoria de ella;
Y cual medio encontró que lo cumplía,
El convertir la ermita humilde aquella
Donde habitaba, y la mató beodo,
En un sepulcro, y escuchad el modo:

XXXII.

Hace venir de la comarca entera
Alarifes, por miedo y varias trazas,
Y peones seis mil, que, en la cantera
Cercana, corten piedra á hierro y mazas,
Con que un cerco se forme de manera
Que, del frente á los pies, noventa brazas
Mida, y pueda la iglesia encerrar dentro
Que guarde á los amantes en su centro.

XXXIII.

Casi imita á la mole que eminente
Alzó Adriano en la margen Tiberina [5].
Labra junto al sepulcro torre ingente,
Que á vivirla algún tiempo el Rey destina.
De dos brazas no más de anchura, un puente
Sobre el agua, que corre allí vecina,
Arma, que dos caballos, con el pecho,
Llenaran, y es larguísimo, aunque estrecho.

XXXIV.

Dos que, á la par, vinieran sin reparo,
Ó que llegaran de la opuesta vía;
Pretiles no la deja, ni otro amparo,
Y caer de ambos lados se podía;
Pues quiere que aquel paso cueste caro
Al guerrero pagano ó de María;
Que del despojo suyo, armas sin cuento
Promete al funerario monumento.

XXXV.

En diez días no más quedó perfeta,
Y aun algo menos, la labor del puente:
Mas no la del sepulcro se sujeta
Á tal plazo, y la torre está aparente
Sólo paraque ocupe la veleta
Guarda que otee el campo permanente,
Y al primer caballero que trasmonte,
Avise con el cuerno á Rodomonte.

XXXVI.

Éste sus armas viste, y pronto acorre
Á esperarle á la una ú otra vía;
Que si el guerrero andaba hacia la torre,
Al frente opuesto el rey de Argel salía.
Es el puentucho el campo en que se corre,
Y si el corcel un nada se desvía,
Va, de bien alto, al río, que es profundo,
Y peligro mayor no hay en el mundo.

XXXVII.

Se había imaginado el Argelino
Que aunque al río cayera de cabeza,
Beber no le dañaba agua sin tino,
Mas antes, de ese modo, de la alteza
Del yerro, á que le indujo el mucho vino,
La mucha agua purgara la impureza;
Pues que el agua, á su vez, borra ó amengua
Error que el vino obró con mano ó lengua.

XXXVIII.

Pronto ocurrió de muchos la venida;
Que á los unos la recta vía trujo,
Pues siendo la directa está avenida,
Tomar otro camino fuera lujo;
Y el honor, que más aman que la vida,
Á probar su valer á otros condujo;
Y pensando ganar todos la palma,
Suelta alguno el arnés, muchos el alma.

XXXIX.

Del que era de su ley, el Argelino
Con las armas no más se contentaba,
Y, sobrepuesto el nombre del mezquino,
Del recinto en los muros las colgaba;
Mas al que de la Cruz adora el sino,
Guarda preso, si á Argel no le mandaba.
Aún no era todo terminado, cuando
Allí vino á parar el loco Orlando.

XL.

Por azar vino el Paladín violento
De este río á pisar la gran ribera,
En donde Rodomonte, como os cuento,
Aprisa edificaba; y aún no era
Ni con mucho acabado el monumento,
Si bien, ya todo en armas, sin visera,
Estaba el rey de Argel, feroz no poco,
Cuando al río y al puente llegó el loco.

XLI.

Brinca el terrible Conde la estacada,
Que le impulsa el furor, y al puente corre;
Mas Rodomonte, con la faz airada,
Como se hallaba, á pie, junto á la torre,
Desdeñando sacar por él la espada,
Grita, con voz que el ámbito recorre,
«¡Eh! ¡Temerario, imbécil, delirante,
Miserable patán, para al instante!

XLII.

»Para nobles señores este puente
Es, y no para tí, bestia palurda.»
Orlando, que no allí tiene la mente,
Sigue, y pone al Infiel oreja burda.
«Preciso es que castigue á ese demente»
(Dice el pagano): y con la mano zurda
Se avanzaba á arrojarlo ya en la onda,
No pensando encontrar quien le responda.

XLIII.

En tal momento una gentil doncella
Para pasar el puente llega al río,
Ricamente vestida, de faz bella,
Y de hermoso mirar, aunque sombrío.
Era, Señor, si os acordáis, aquella
Que, contrariada por el hado impío,
Á excepción de París, donde se hallaba,
Á Brandimarte por doquier buscaba.

XLIV.

Cuando llegaba Flor-de-lis al puente
(Que así la dama hermosa se decía),
Prensaba Orlando al africano ardiente,
Que arrojarle en el río pretendía.
La joven, que conoce en el demente
Al Conde Orlando, á quien tratado había,
Al verle, en su locura, allí desnudo,
De maravilla en sí volver no pudo.

XLV.

Qué fin tendría, á contemplar se para,
La lucha entre ese par tan poderoso:
Ponen todo su esfuerzo, cara á cara,
Por lanzarse uno á otro al río undoso.
«¿Cómo un loco tendrá fuerza tan rara?»
(Entre dientes murmura el Rey furioso):
Y el pecho hinchado de soberbia ira,
Aquí y allí se vuelve, y tuerce, y gira.

XLVI.

Con una y otra mano va buscando
Dónde pueda más fácil hacer presa:
Ya por dentro ó por fuera le va echando
El pie, que entre los suyos atraviesa.
Parece Rodomonte, contra Orlando,
Osa que al árbol, do cayó sorpresa,
Se arroja imbécil, con inquina triste,
Y al que no tiene culpa odia y embiste.

XLVII.

El Conde que, vagando peregrino
Tiene el ingenio, y sólo fuerza brava
Usa, esa fuerza que el asombro vino
Del mundo á ser, que igual no la contaba,
Del puente se dejó caer supino,
Abrazado al Pagano como estaba.
Caen juntos del río á lo más hondo:
Salta el agua: retiembla el mismo fondo.

XLVIII.

La corriente rompió sus fuertes lazos.
Desnudo Orlando está: como un pez nada;
De aquí los pies, de allí mueve los brazos;
Llega á la orilla: sigue á la estacada,
Y salta, y corre, y no le da embarazos
Que juzguen bien ó mal de su escapada.
Mas el Pagano, armado, en esa brega,
Tarde y con gran trabajo al margen llega.

XLIX.

Seguramente Flor-de-lis, en tanto,
Callada se apartó del puente y ría,
Y entró á reconocer el templo santo,
Por si de Brandimarte armas había,
Y dél no viendo escudo, arnés ni manto,
Piensa que en otra parte le hallaría.—
Mas al Conde volvamos, que se aleja,
Y atrás la torre, el río, el puente deja.

L.

Será tal vez locura que de Orlando
Las locuras os cuente, una por una:
Tantas fueron y tales, que contando
No acabara jamás; pero sí alguna
Insigne, que narrar pueda cantando,
Y que á la historia mía halle oportuna:
No debiendo callar la milagrosa
Que en Pirene ocurrió, junto á Tolosa.

LI.

Arrebatado de su loca mente,
Corre el Conde harta tierra, y nunca para,
Hasta que, al fin, al monte llegó ingente,
Que del Francés al Tarracón separa;
Si bien teniendo aún vuelta la frente
Hacia do esconde el sol su roja cara.
Allí, desde el gran monte, se encamina,
Por senda estrecha, al valle que domina.

LII.

Con él, en esto, á emparejar llegaban
Dos jóvenes labriegos, que delante
Con leña un asno, en gran porción, llevaban;
Y como vieran bien por el talante,
Que la razón y el juicio le faltaban,
Le gritaron, con voz amenazante,
Qüe atrás ó á los costados se volviera,
Y el camino expedito les pusiera.

LIII.

Al simple amenazar del par sencillo,
Orlando no responde; mas, con ira,
Trae á sí de una pata al borriquillo,
Y con la fuerza, que doquier se admira,
Al alto lo echa tal, que un pajarillo
Le parece, volando, al que lo mira,
Y va á dar á la cima de un collado,
Á una milla del valle levantado.

## LIV.

Luego entrar con los jóvenes intenta :
De los cuales el uno, con ventura
Mayor que juicio, arrójase á sesenta
Brazas del suelo: ¡tanta es su pavura!
Mas á mitad del viaje le sustenta
De una mata de rubia, la espesura ,
Que blanda le recibe, y no le daña ,
Sino en el rostro y cuello, que le araña.

## LV.

Asirse de un abeto el otro estima ,
Que entre la roca sale escueto y fuerte ,
Porque espera, si llega hasta su cima ,
Que ese medio del loco le liberte :
Mas éste al que trepaba se aproxima :
Los pies le agarra ; ansía darle muerte ,
Y cuanto puede dilatar los brazos,
Los extiende, y le rasga en dos pedazos.

## LVI.

No de otro modo hacer verás frecuente ,
Con ganso ó pollastrón, con el intento
De sacarle el menudo, así caliente ,
Para satisfacer á Astór hambriento.
¡Ya veis si tuvo suerte el que pendiente
Estuvo de romperse el osamento!
El tal su raro azar contó prolijo,
Y lo escuchó Turpino y nos lo dijo

LVII.

Y esta y otras mil cosas estupendas
Hizo al pasar la célebre montaña,
Donde, tras muchos lances y contiendas,
Y siempre al mediodía, bajó á España;
Y al largo de la mar, llegó por sendas,
Al golfo azul que á Tarragona baña;
Do al impulso del fuego que le abrasa,
Piensa hacerse en la arena albergue y casa.

LVIII.

En ella, pues, del sol el rayo esquiva;
Y ocupaba aquel triste hueco insano,
Cuando aparece Angélica, en la riba,
Por azar, con su bello mauritano;
Que de los montes, como os dije arriba,
Bajaban juntamente al suelo hispano.
La hermosa aquí, que en él no reparaba,
Ya á dos pasos del loco se encontraba.

LIX.

Iba á pasar, pues nada la previene
Que fuese Orlando aquel, su antiguo amante;
Tal, desde entonces su furor le tiene,
Á sombra y sol desnudo caminante.
Aunque naciera en la árida Sirene,
Ó donde á Amón da culto el Garamante,
Ó do el Nilo, al crecer, á Egipto alegra,
No pudiera tener la piel más negra.

LX.

Con el oso su aguda faz confronta:
Sus ojos, como en cueva están profunda:
Híspido pelo la cerviz remonta,
Y espesa y fosca barba el pecho inunda.
No bien ella le observa, vuelve pronta,
De la visión temblando, furibunda:
Gritos al aire desolada envía,
Y socorro y favor pide á su guía.

LXI.

En cuanto Orlando en ella ha reparado,
Á fin de detenerla, en pie se ha erguido,
Y tal le place el rostro delicado,
Que de pronto su antojo le ha venido.
De tanto en su servicio haber pasado,
Todo recuerdo en él era extinguido,
Y echa á correr detrás, de la manera
Que corre el can al perseguir la fiera.

LXII.

El joven que ve al loco ir con presteza,
Tras su dama, el corcel le echa, rabioso,
Y le sigue y percude con rudeza;
Y como le da espaldas el furioso,
Piensa que ha de cortarle la cabeza:
Pero encuentra una piel cual la de un oso;
Y aun más, porque una hada, con su hechizo,
Invulnerable, á su nacer, le hizo.

LXIII.

Cuando Orlando el granizo que en él llueve
Llega á sentir, el puño aprieta cierto,
Y con la fuerza que pensar se debe,
Al caballo, que el moro rige experto,
Da en la cabeza, y como á vidrio leve
Se la rompe, y al bruto deja muerto;
Y tras de la beldad que va delante
Otra vez á correr se echa al instante.

LXIV.

La dama, porque el ímpetu no pierda,
Á la yegua el ijar toca y retoca,
Que en tal aprieto aún le parece lerda,
Aunque sale cual flecha de la coca.
Del anillo que lleva aquí se acuerda,
Para salvarse, y mételo en la boca;
Y con su usado oficio la tumbaga,
Como el soplo á la luz, su vista apaga.

LXV.

Ó fuese el miedo, ó bien que apresuróse
Al sacar el anillo y escondello,
Ó que veloz la yegua revolvióse
(Que no puedo afirmar esto ni aquello),
En el instante que en su boca hundióse
La sortija, celando el rostro bello,
Pierde el arzón, los pies van por el aire,
Y á la arena va á dar con gran donaire.

LXVI.

Sobre el loco á caer fuera sin duda,
Á muy poco que el salto avanzaría:
Bien es que el ángel suyo aquí la acuda,
Porque al choque la vida perdería.
Busque, pues, que otro hurto la dé ayuda [6],
De otro animal, como el que tuvo un día;
Que ya más no ha de ver ese que, al frente
Del Conde, corre por la arena ardiente.

LXVII.

Mas no dudéis que ella sabrá buscarse
Su menester, y vamos ora á Orlando,
En quien no puede el gran furor calmarse
De ver que se va Angélica ocultando.
Sigue en tanto á la alfana sin pararse,
El loco, y más y más se va acercando:
Ya la toca: las crines ya le alcanza;
Luego el freno, y al cabo la afianza.

LXVIII.

La coge el paladín, con el contento
Con que un galán cogiera á una doncella.
Brida y riendas la arregla en un momento,
Y de un ligero salto monta en ella;
Y la impele, y corriendo millas ciento,
Sin parar de esta parte ni de aquella,
No la quita jamás freno ni silla,
Ni la deja comer ni aun hierbecilla.

LXIX.

Con la infeliz tirarse quiere á un foso,
Y se arroja de lo alto de una loma:
No daña al loco el salto peligroso,
Mas la mísera bestia se desloma.
Cómo la ha de sacar no ve el furioso,
Y al fin á cuestas rápido la toma,
Y del barranco sale, y con su carga
Corre sin detenerse legua larga.

LXX.

Viendo luego que el peso le incomoda,
Pónela en tierra y llévala de mano,
Ella le sigue, derrengada toda;
Y él: «Anda, torpe,» le decía en vano;
Y que no trote y corra le incomoda,
Que quisiera eso y más el triste insano.
El ronzal de su cuello al fin desata,
Y por detrás de un pie la enreda y ata.

LXXI.

Y así la arrastra, y la persuade atento,
Que á seguirle mejor con eso acierta.
Del camino en los cantos, ya cruento
Deja el pelo; la piel tiene ya abierta,
Y del cansancio al fin y del tormento,
La mal llevada bestia cae muerta.
Ni lo ve ni lo advierte el Paladino,
Y corriendo prosigue su camino.

## LXXII.

Mas, ni aunque muerta, de arrastrarla deja,
Dirigiendo su marcha al Occidente;
Y con campos y casas empareja,
Si ganas de comer ó beber siente;
Y fruta y carne y pan roba, y aqueja
Con feroz trato y fuerzas á la gente;
Que á este hiere, á ese mata, y para poco,
Y *¡Adelante! ¡adelante!* grita el loco.

## LXXIII.

Si no por el anillo, aquél tan fiero,
Eso y más con su dama cumpliría,
Que encuentra en hacer daño gozo entero,
Y no blanco de negro discernía.
¡Ah! maldito el anillo y el guerrero
Que, tan sin juicio, dado se lo había!
Sin él, vengara el loco, en dos instantes,
Su fe violada y la de cien amantes.

## LXXIV.

Ni á esos solos: mas ¡ojalá que Orlando
Vengar pudiera á cuantos son y han sido!
Que es falsa la mujer, y está probando
Que para ajeno bien nunca ha servido.
Mas antes que las cuerdas yo templando,
Vuelva otra vez la lira á su sonido,
Acallarla será prudencia mucha,
Y dar menos fatiga al que la escucha.

# ORLANDO FURIOSO

---

ARGUMENTO DEL CANTO TRIGÉSIMO.

Por donde Orlando va deja reguero
De locuras diversas abundante.
Á Mandricardo mata el buen Rugiero :
De él se duele y lamenta Bradamante,
Que, mal herido en el combate fiero ,
Cumplir no puede su promesa amante.
Á dar auxilio al César de Romanos
Reinaldo entra en París con sus hermanos.

---

# ORLANDO FURIOSO

---

## CANTO TRIGÉSIMO.

### I.

Cuando al impulso de soberbia ira
La embestida razón mal se defiende,
Y el furor ciego tan allá nos tira,
Que al amigo con mano ó lengua ofende,
Aunque después se llora y se suspira,
¿Será por eso que el error se enmiende?
Yo, ¡ay me!, me aflijo, y duélome de cuanto
Dije por ira al fin del otro canto.

### II.

Y estoy como el enfermo á quien sucede,
Que largo tiempo con sus males brega,
Y cuando ya contra el dolor no puede,
Blasfema en arrebato de ira ciega:
Mas si pasa el dolor, la rabia cede
Conque la lengua á maldecir se entrega:
Se arrepiente, y pesar sufre prolijo;
Pero dicho se queda lo que dijo.

III.

Yo espero de vuestra alta cortesía,
Discretas damas, el perdón que os pido;
Y entended que á tan ciega frenesía
Contra mi voluntad llevado he sido;
Y dad la culpa á la enemiga mía,
Por quien sufro cual nunca he padecido,
Pues decir me hace lo que crimen llamo....
¡Dios sabe cuánto yerra, y cuánto la amo!

IV.

No menos loco estoy que lo está Orlando,
Y no menos del mundo en triste exilio
Que aquel que, por llanura y monte errando,
Corre en gran parte el reino de Marsilio.
Al rocín muchos días fué arrastrando,
Que ya no ha menester de humano auxilio:
Mas al llegar á un río caudaloso,
El cadáver dejar le fué forzoso.

V.

Y como nada más que un rodaballo,
Échase al agua, y sale á la otra riba,
Donde topa á un pastor sobre un caballo,
Al que á dar de beber entonces iba.
Ese, aunque ve que Orlando va á buscallo,
Al verle nudo y solo, no le esquiva:
«Quiero (le dice el loco con lisura)
Que un cambalache hagamos de montura.

VI.

»La mía desde aquí mostrarte puedo,
Que en la orilla de enfrente muerta yace:
Luego la curarás: no tengas miedo:
Solo esa falta en ella me desplace;
Pero que des la ñapa te concedo:
Desmonta: sé cortés, que así me place.»
El pastor ríe, y nada le responde,
Y va al vado, y apártase del Conde.

VII.

«Yo quiero tu caballo: ¿oyes, leproso?»
Añadió Orlando, y con furor lanzóse;
Y el pastor, que un bastón fuerte y nudoso
Llevaba, á bien sentárselo atrevióse.
Pierde aquí los estribos el furioso,
Y cual nunca feroz, á él arrojóse;
Y sobre su cabeza el puño cierra,
Sus huesos rompe, y muerto le echa en tierra.

VIII.

Salta á caballo, y de una en otra estrada
Va vagando, y las casas entra á saco;
Y á muy poco de allí, que ni cebada
Ni otro pienso le da, sucumbe el jaco.
Mas no hará el loco á pie ni una jornada,
Que el ir en pies ajenos es su flaco;
Y no bien ve una bestia en su carrera,
Al dueño mata y de ella se apodera.

IX.

Hasta Málaga fué; y el modo extraño
No dejó de su obrar allí tampoco;
Que, además de causar horrible daño,
Sembrando muertes y terror no poco;
No habrán de resarcirse en más de un año
Cuantos destrozos hizo el fiero loco:
Que incendió, devastó campo y poblado,
Y un tercio del país dejó asolado.

X.

Desde Málaga fuese dando guerra
Á Algicera [1], situada en el bojeo
De Gibralfaro, ó bien de Gibralterra,
Que de ambos modos que la llamen creo;
Donde una barca vió, que desde tierra
Iba llena de gente de recreo,
Solazándose al aura matutina,
Por la bella quietísima marina.

XI.

Y el loco gritó fuerte: «¡Espera, espera!»;
Que pasearse por mar hora pretende.
Mas en vano en gritar se desespera,
Que la barca, ó se burla, ó no le entiende;
Y va sulcando el agua, tan ligera
Cual golondrina que los aires hiende.
Orlando á su rocín da talonazos,
Y á entrar quiere obligarle á chicotazos.

## XII.

Él resiste: mas fuerza es que al mar entre,
Pues tan dura es la mano que le doma.
Ya las rodillas moja, el pecho, el vientre,
Y, al fin, apenas la cabeza asoma.
No hay que de echarse atrás recurso encuentre,
Que el azote y la carga le desloma;
Ni ve más disyuntiva que el ahogarse,
Ó á la orilla africana ir á salvarse.

## XIII.

Ya ni playa, ni barcos mira el Conde,
Pues en el mar del todo se introdujo:
Lejanos quedan, y ora los esconde
De las ondas el alto y móvil flujo;
Y aún quiere que el rocino más se ahonde,
Y al último conflicto le redujo;
Que de agua henchido, y de respiro escaso,
Sumergiéndose al fin salió del paso.

## XIV.

Fuése al fondo, y llevárase la enjalma [1]
Si no luchase el Conde bravamente.
Mueve ambos pies, y la una y otra palma:
Sopla y aparta el agua de su frente.
Sereno estaba el aire, el golfo en calma;
Y bien era preciso ese accidente,
Que á poco que ondulase menos pura,
Fuera la mar del Conde sepultura.

XV.

Mas la fortuna, que á los locos cuida,
Llevóle junto á Ceuta, á una valeta
Que en la riscosa playa está metida,
De la plaza á dos tiros de saeta.
Por la costa algún tiempo fué su vida,
Que el hambre á veces con rigor aprieta;
Hasta que halló, en su curso por el lito,
De negra gente ejército infinito.—

XVI.

Mas dejo al Paladín que errante queda,
Pues ya otra vez le iremos recordando.
Respecto á lo que á Angélica suceda,
Desque al encuentro se esquivó de Orlando,
Y cómo á su país volvióse leda,
Hallando buen navío y tiempo blando,
Y cómo dió á Medoro de India el trono,
Otro cantar podrá con mejor tono.

XVII.

Que yo decir de tanta cosa intento,
Que de aquélla seguir no me conviene;
Y hablaros, sí, del Tártaro violento:
Del que victoria del rival obtiene,
Y aquella gran beldad goza contento
Á la que igual Europa ya no tiene,
Desque la hermosa Angélica ha partido,
Y la casta Isabel al cielo ha ido.

XVIII.

De la sentencia el bárbaro altanero
Con que á su amor la hermosa dama accede,
No á gozar llega el regocijo entero,
Que otros litigios ya dejar no puede.
El uno es el que ha armado al buen Rugiero,
Porque el águila blanca no le cede:
El otro es el del Rey de Sericana,
Que le exige la espada Durindana.

XIX.

Agramante, aunque piense y se aconseje
Con Marsilio, que tiene allí consigo,
Lograr no puede que el orgullo ceje,
Ni que quiera uno de otro ser amigo;
Ni aun que Rugiero á Mandricardo deje
La gran divisa del Troyano antigo,
Ó la espada Gradaso no le exija:
¡Tanto está oscura la cuestión prolija!

XX.

No quiere ver Rugier lid empeñada
Con su escudo; y Gradaso, que delante
De él nadie lidie con la fuerte espada
Que usar solía el Paladín de Anglante.
«Pues decida la suerte la jornada
Y no se hable ya más (dice Agramante):
Veremos de una vez lo que ella ordene,
Y sométase aquel á quien condene.

XXI.

»Y si queréis dar gusto, como espero,
Á vuestro Rey, os pido que hagáis pacto
De que, quien saque el número primero,
De todos el honor dejando intacto,
Haga también la parte del tercero;
Y así, vencido ó vencedor del acto,
Con su suerte ha de hacer que el otro sea
Vencedor ó vencido, sin pelea.

XXII.

»El valor de Gradaso y de Rugiero,
Que casi iguales son, es mi creencia:
Cualquier que dé los dos salga primero,
Mostrará de sus armas la excelencia;
Y así quien saque vencedor su fuero,
Lo dirá la suprema Providencia,
Pues no tendrá el vencido culpa alguna;
Que obra todo será de la fortuna.»

XXIII.

Atentos escucharon á Agramante
El Gradaso y Rugier; que han convenido,
Que el que saliere de los dos delante,
Será campeón también del preterido;
En dos tarjas de forma semejante
Fué el nombre, pues, de entrambos escribido,
Y en una breve urna los pusieron,
Y con fuerza después los revolvieron.

XXIV.

La mano de un rapaz en ella anduvo,
Que una tarja sacó pronto al acaso,
Do el nombre de Rugier patente estuvo,
Quedándose, por tanto, el de Gradaso.
Rugiero un gozo imponderable tuvo
Cuando salir su nombre vió del vaso:
Por el contrario, el Sericán se apena:
Mas fuerza es sufra lo que el cielo ordena.

XXV.

Ya entonces nada á Sacripante anima
Más que del buen Rugiero los aciertos;
Y porque del contrario quede encima,
Le va á explicar los juegos de él expertos,
De ataque, y de defensa, y de alta esgrima:
Qué golpes son falaces, cuáles ciertos:
Cuándo esquivar, cuándo probar fortuna,
Y, en fin, las tretas suyas una á una.

XXVI.

No el resto de aquel día corre ocioso,
Que, aun después de las suertes, algo dura,
Pues cada amigo cumple el uso honroso
De ofrecer á uno ú otro su procura.
Ya de acudir al acto el pueblo ansioso,
Á ocupar la estacada se apresura;
Y alguno por buen sitio tanto anhela,
Que allí pasa la noche toda en vela.

XXVII.

Así la turba loca ansiosa atiende
Á ver á los dos bravos en campaña ;
Que no mira muy lejos, ni aun comprende
Lo que bien aprovecha y lo que daña.
Pero el Hispano Rey, que bien lo entiende,
Y Sobrino, el sagaz, que no se engaña,
Repugnan esa lidia, y que Agramante
Aun insista en llevarla así adelante.

XXVIII.

Le recuerdan los dos, que al Franco exalta
La empresa y daña al pueblo Sarracino ;
Ya que el Tártaro espire en lid tan alta,
Ya Rugier, cual predice su destino;
Y que uno de los dos le hace más falta
Para afrontar al hijo de Pepino,
Que diez mil de los que hoy tiene á su lado,
Donde ni uno ha de hallar muy esforzado.

XXIX.

Bien sabe el Rey que es eso verdadero;
Mas ya, ¿ cómo negar lo que ha ofrecido?
Pero al Tártaro ruega y á Rugiero
Le dispensen del don que ha concedido;
Y que el litigio aquel no importa un cero,
Cuanto más un esfuerzo tan subido;
Ó que si en eso convenir no quieran,
Que el día al menos del lidiar difieran.

XXX.

Que suspendiendo tan fatal certamen,
Cinco ó seis meses, vivirán seguros
De que patria y deber nada reclamen,
Pues de París conquistarán los muros.
Ellos, aunque agradarle entrambos amen,
Del Monarca á los ruegos están duros:
Pues juzgan que el honor no queda entero
De aquel que de los dos ceda el primero.

XXXI.

Pero mejor que el Rey, que expone en vano
Cuanto ablandar al Tártaro pudiere,
La hija bella del noble Estordilano,
Por todo el fino amor que la tuviere,
Le suplica que al Rey ceda Africano,
Y quiera lo que el campo todo quiere;
Y se duele de que uno y otro día
Así la tenga siempre en agonía.

XXXII.

«¡Ay me! (clamaba), que en buscar porfío
Remedio á un mal, que es tal que no le halla,
Si hora este loco empeño, aquel impío,
Siempre os han de llevar á vestir malla.
¿Qué gozo ha de causar al pecho mío
El bien de que ganéis la atroz batalla
(Sólo por mí contra el de Argel tenida),
Si otra ya no menor está encendida?

XXXIII.

«¡Ay, infeliz! ¡que andaba yo altanera
De que un tal Rey, un Paladín tan fuerte,
Contra el más bravo de África quisiera
Por mí correr el riesgo de la muerte!
Y hoy veo que por causa bien ligera
Va igualmente á arrostrar la misma suerte.
¡Ah! no fué amor el móvil de aquel hecho,
Que sólo fué ferocidad del pecho.

XXXIV.

»Mas si es verdad que fué la acción aquella
De amor, y amor el que decís ahora,
Por él os pido, y porque adversa estrella
No haga mayor el riesgo que me azora,
Que despreciéis si con la insignia bella
Ese Rugiero su pavés decora;
Pues que el pájaro lleve ó no le lleve,
No sé qué daño ó bien causaros debe.

XXXV.

»Pérdida asaz; satisfacción ninguna,
En conflicto tan grave se interesa.
No veo que ganéis conquista alguna
Con quitarle á Rugier su blanca empresa:
Mas si os vuelve la espalda la fortuna,
Que no tenéis de los cabellos presa,
Causaisme un mal, que, al solo pensamiento,
Mi corazón despedazarse siento.

XXXVI.

»Si la existencia os es tan mal querida
Que estimáis más un águila pintada,
Por la mía apreciadla, que, extinguida
Sería con la vuestra, muy amada.
No sintiera con vos perder la vida,
Que se encuentra á la vuestra tan ligada,
Mas sí morir con aflicción tan fiera,
Cual moriría si tras vos muriera.»

XXXVII.

Con estas y otras voces semejantes,
De suspiros y llanto entremezcladas,
Ocupan de la noche los instantes:
Ella en seguir con quejas reiteradas,
Y en enjugar con labios él amantes
Las perlas por la hermosa derramadas,
En su aliento de rosas murmullando,
Y así su henchido pecho sosegando:

XXXVIII.

«No os toméis esas penas, amor mío;
No, por Dios Santo, por tan leve cosa.
Si se juntase de África el gentío
Á la cristiana hueste belicosa,
Y me embistieran con potente brío,
No debierais por eso estar llorosa:
¡Bien me mostráis tenerme en poca cuenta,
Cuando solo un Rugier os amedrenta!

XXXIX.

»Aún se recuerda que mi brazo sólo
(Y ni llevaba espada ó cimitarra)
Á gran montón de armados obligólo,
Con un tronzón de lanza, á asir la barra.
Gradaso mismo, y cuéntalo sin dolo
(Pues á quien lo pregunta se lo narra),
Fué en Siria en un torreón mi prisionero,
Y es de otra nombradía que Rugiero.

XL.

»Y también contar puede el Rey Gradaso
(Vuestro Isolier lo sabe el arrogante,
Ni lo ignoran el ínclito Circaso,
Ni Grifón el famoso, ni Aquilante,
Ni otros muchos presentes á aquel caso),
Que hallándose en prisión tiempo adelante
Guerreros del Korán y del Bautismo,
Di á todos libertad un día mismo.

XLI.

»La maravilla suma aún no ha cesado
De la prueba marcial que hice aquel día,
Mayor que si me hubieran atacado
Las huestes de ambos campos á porfía;
¿Y ora un Rugier, mancebo no barbado,
De igual á igual, ante la fuerza mía,
Y cuando tengo de Héctor la armadura
Y á Durindana, os meterá pavura?

XLII.

»¡Ah! ¿Por qué no la prueba hice primero
De ganar vuestro amor de fuerte á fuerte?
Que entonces, al campear mi esfuerzo entero,
Previsto hubierais de Rugier la suerte.
Dejad ¡por Dios! ese eco lastimero,
Y no me hagáis augurios de esa suerte;
Y entended que es honor quien me ha obligado,
Y no el premio de un pájaro pintado.»

XLIII.

Así dijo: mas fué tan bien respuesto
Por la joven, tan triste como bella,
Que no sólo en su pecho (muelle en esto),
Mas hiciera en el mismo bronce mella;
Pues tomó empeño en dominarle presto,
Aunque él guerrero insigne y mujer ella;
Y al fin le hizo decir que la daría
Gusto en ceder, si el Rey se lo pedía.

XLIV.

Y de cierto lo haría, si no fuere
Que, al mostrarse en Oriente la luz nueva,
El valiente Rugier, que mostrar quiere
Que con razón el ave blanca lleva,
Para evitar que el campo todo espere,
Y hacer más corta la terrible prueba,
Donde el vulgo el palenque ha circundado,
Sonando el cuerno, se presenta armado.

XLV.

Así que escucha el Tártaro superbo
Que á la lid el altivo son le invita,
De lo ofrecido olvídase en un verbo:
Arrójase del lecho y *¡Armas!* grita,
Y se muestra en aspecto tan acerbo,
Que Doralice misma, en tanta cuita,
Ya de paz ni de tregua á hablar se atreve,
Y es fuerza que el combate siga en breve.

XLVI.

Sus escuderos le arman al efecto,
Y él, en tanto, imprecando está al Estigio,
Y luego monta aquel corcel selecto
Que del gran Paladín lleva el prestigio;
Y veloz se encamina al sitio electo
Á que acaben sus armas el litigio.
Llegan bien pronto el Rey y la nobleza;
Así que sin tardar el acto empieza.

XLVII.

En las manos el asta les fué puesta,
Y los lúcidos yelmos en las frentes;
La trompa luego la señal dió presta,
Que hizo el color mudar á muchas gentes.
La lanza en ristre cada cuál ya apresta:
Ya juegan las espuelas diligentes;
Y con violencia tal corren á herirse,
Que el aire oyes tronar, la tierra abrirse.

## XLVIII.

De aquí y de allí venir se mira el blanco
Pájaro que es de Jove raudo asiento,
Cual del Tesalio monte se vió al flanco,
Pluma igual en dos campos dar al viento[4].
Según es cada cuál, ardido y franco,
Es su porte y gallardo movimiento:
Ni son más firmes, cuando el fierro choca,
Que torre al viento, que á la mar la roca.

## XLIX.

Hasta el cielo los troncos han subido;
Y aquí dice Turpino que entendiera,
Que aun alguno, al volver, cayó encendido,
Porque al fondo llegó de la ígnea esfera.
Las espadas entonce al aire han ido;
Y cual si el uno al otro no temiera,
Las dirigen entrambos bravamente
Á herir de punta en la enemiga frente.

## L.

El golpe en la visera acierta exacto
Por no querer, para botarse en tierra,
Dar muerte á los corceles, que es vil acto,
Pues que culpa no tienen de la guerra.
Quien piense que los dos hacen tal pacto,
No sabe el uso antiguo, y mucho yerra;
Pues no le han menester, y se tenía
Por gran felón quien al caballo hería.

LI.

Se dan en las viseras reforzadas
Que resisten y sólo centellean.
Tíranse luego horrendas cuchilladas;
Los golpes cual granizos menudean,
Que las ramas desgajan deshojadas,
Y las doradas mieses apedrean.
Si Belisarda y Durindana importan
Bien sabéis, y si en tales manos cortan.

LII.

Mas golpe digno de hombres de tal fuero
Aún no se ha dado; y el primero ha sido
Por Mandricardo al ínclito Rugiero,
Que por poco esta vez no ha sucumbido.
Ese golpe, blasón de tal guerrero,
El escudo por medio le ha partido,
Y el peto por abajo ha destrozado,
Y hasta la carne viva ha penetrado.

LIII.

Se heló la sangre, al formidable aspecto
Del golpe, á los más bravos circunstantes;
Que en muchos, si no en todos, el afecto
Por Rugiero revelan los semblantes;
Y si la suerte allí llevase á efecto
Lo que las gentes desearan antes,
Ya hubiera Mandricardo sucumbido:
Así su golpe á todo el pueblo ha herido.

LIV.

Y creo que algún ángel se interpuso
Para librarle dél al caballero ,
El cual á poco rato se repuso:
Y atroz cual nunca, levantó el acero ,
Y á la frente apuntando, allí le puso:
Mas fué su enojo tan ardiente y fiero ,
Que, aunque bajó más rápido que el rayo ,
En el duro morrión dió de soslayo.

LV.

Si diera Belisarda rectamente ,
El encanto del yelmo fuera vano.
Quedó el Tártaro al golpe tan doliente ,
Que se dejó la brida ir de la mano;
Y por tres vueltas fué, baja la frente ,
Mientras iba, á su arbitrio, por el llano ,
Brilladoro, que siente, entristecido ,
La invicta carga antigua [5] que ha perdido.

LVI.

No víbora pisada se enfurece ,
No, robados sus hijos, la pantera ,
Cuanto el Tártaro, vuelto ya en sus trece
Del golpe que maltrecho le pusiera.
Y según que el soberbio enojo crece ;
Tanto ó más crece en él pujanza fiera ,
Y le hace á Brilladoro dar un salto
Hacia Rugier, la espada puesta en alto.

LVII.

Álzase en los estribos con coraje,
Y al yelmo se dirige; y ciertamente
Le hendiera del gorjal hasta el encaje:
Mas Rugiero á su vez, muy diligente,
Antes que el brazo á traspasarle baje,
La espada, bajo dél, mete pungente,
Y abriéndole en la malla ancha fenestra,
Hirióle á fondo en la cadera diestra.

LVIII.

Con eso, Belisarda hizo, á su pase,
Larga vena brotar tibia y bermeja,
É impidió á Durindana que calase
Con la impetuosa fuerza que apareja,
Pero no que hacia atrás no se doblase
Rugiero, y que juntase ceja á ceja;
Y si el yelmo la Estigia no templara,
Aquel golpe memoria le dejara.

LIX.

Rugier no cesa, y pica su caballo,
Y al Tártaro en el flanco diestro dale.
Allí fornido arnés de férreo callo,
Ó bien templado acero, poco vale
Contra la espada fiel, que no hace un fallo,
Y de las fraguas del encanto sale
Para inútil hacer en la batalla
Fierro encantado y encantada malla.

LX.

Rompió, pues, la armadura, y juntamente,
Cual dije, á Mandricardo hirió en el flanco,
Y él, tal blasfema y tanta rabia siente,
Que no da el mar tan fiero en pétreo banco.
Prepara aquí su esfuerzo más potente:
El escudo del gran pájaro blanco,
Con gran ira y desdén arroja á tierra,
Y á dos manos la insigne espada aferra.

LXI.

Y el joven grita: «Para prueba baste,
De que el pavés tu orgullo mal retiene,
Ver que le arrojas hoy, cual le rajaste
Antes, mostrando bien no te conviene.»
Dice; y en tanto es fuerza que contraste
La furia atroz con que la espada viene,
Y que con gran valor su peso afronte;
Que no, al caer, mayor fuera el de un monte.

LXII.

Le parte por en medio la visera,
Y gracias que del rostro se separa:
Luego da en el arzón, que mal pudiera,
Aunque férreo, evitar que le cortara:
Llega, en fin, al arnés, y como cera
Le rompe con faldón y sobrecara,
En el muslo dejando una ancha herida,
Que le dará que hacer toda la vida.

LXIII.

Ve el campo que del uno y otro riegue
El arnés áureo, que empañando humea
La roja sangre; y duda así, quién lleve
De entrambos lo mejor de la pelea:
Mas tal duda Rugier pronto remueve,
Con la espada que dura á tantos sea;
Y de punta dirige golpe crudo
Á do cubría el arrojado escudo.

LXIV.

De la coraza el lado izquierdo horada,
Y de ir al corazón toma el camino;
Que más de un palmo penetró la espada;
Con lo que es fuerza pierda aquel mezquino
Á Durindana poseer robada,
Y usar de Héctor el pájaro divino;
Y que pierda también la dulce vida,
Que es más que espada y águila mentida.

LXV.

No sin venganza el infeliz muriera;
Que en el momento aquel en que fué herido,
Completó Durindana su carrera;
Y habría el cráneo de Rugiero hendido,
Si el joven el vigor no reprimiera
Con que amagaba el golpe interrumpido;
Cuya fuerza quitarle se propuso,
Cuando por bajo el brazo se interpuso.

LXVI.

Rugiero de la espada sufrió el peso,
Mientras perdía el Tártaro la vida;
Que no le vale el fierro, aunque grueso,
De la celada que dejó partida.
Durindana cortó la piel y el hueso,
Y entró como dos dedos por la herida.
Desvanecióse el joven, y sin tino,
Vertiendo un mar de sangre, al suelo vino.

LXVII.

Rugiero, antes que el otro, cayó á tierra;
Y el otro en su caída fué tan lento,
Que casi se creyó que de la guerra
La prez ganaba el Tártaro violento;
Y su dama, que ríe, ó que se aterra,
Según es de la pugna el movimiento,
Gracias da á Dios, en ademán rendido,
Porque la lid tal término ha tenido.

LXVIII.

Mas al mostrarse, en signos bien palpables,
Vivo el que vivo está, sin vida el muerto,
Rostros adustos cámbianse en amables,
Y en los ledos rompió flébil concierto.
Los Reyes y Barones venerables,
Á Rugier, que de sangre está cubierto,
Á gratularle y abrazarle van,
Y alta gloria y honor sin fin le dan.

LXIX.

Con él se alegra cada cuál, y siente
En el pecho lo mismo que en la boca.
Sólo en sentir Gradaso es diferente,
Y lo que dice, al corazón no toca.
Muestra gozo en la faz, y ocultamente
Á envidia el hecho insigne le provoca;
Y máldice al destino, ó al acaso,
Que el nombre de Rugier sacó del vaso.

LXX.

¿Qué diré del favor, y qué de cuantas
Caricias afectuosas, verdaderas,
Le hizo Agramante por proezas tantas?
Él, que alzar sin Rugiero sus banderas
No quiso, ni mover de allá sus plantas,
Ni se fió, sin él, de huestes fieras,
Hora que el bravo Tártaro es difunto,
Más le aprecia que á todo el orbe junto.

LXXI.

Ni afecto tal los hombres solamente:
Mas las damas también se le tenían
Que, de Agramante con la armada gente,
Al territorio del Francés venían;
Y Doralice misma, aunque al yacente
Mandricardo sus lágrimas cubrían,
Con las demás acaso bando hiciera,
Si el freno del pudor no lo impidiera.

LXXII.

Y digo acaso, pues quizá no acierto,
Y peca mi opinión de ligereza,
Y la atribuyo al mérito bien cierto
Del joven, á su brío y gentileza;
Siendo ella, para mí de sobra experto,
Tan mudable y de tal naturaleza,
Que por no verse sin amor ni un día,
Su cariño en Rugier fijar podría.

LXXIII.

Vivo, tiene por bueno á Mandricardo:
Mas ¿qué le vale el que robó la muerte?
Necesita el amor de algún gallardo
Que sea á sus deseos grato y fuerte.
En tanto en presentarse no fué tardo
Un médico del Rey, que les advierte,
Después que examinó la grande herida,
Que no peligra de Rugier la vida.

LXXIV.

Con diligencia suma hace Agramante
Que lleven al herido á su real tienda,
Para tenerle así siempre delante;
Que tanto le ama y quiere se le atienda.
El escudo del Tártaro arrogante
Manda que junto al lecho se suspenda,
Y el arnés todo, excepto Durindana,
Que darla quiso al Rey de Sericana.

LXXV.

Y además de las armas, á Rugiero
Todo otro bien del mísero le es dado,
Con Brilladoro, el buen corcel ligero
Que Orlando en su furor ha abandonado;
Y al gran Rey se lo dona el buen guerrero,
Por saber que es del Rey muy estimado.—
Y no más de esto; que volver es justo
Á la que es presa de mortal disgusto.

LXXVI.

Os diré del combate que sostiene
Bradamante, esperando de contino.
Ipalca á Montalbán á darla viene
Noticia de su viaje peregrino.
Le cuenta, al empezar, lo que la aviene
Con el de Argel, que le robó á Frontino:
De Rugier luego, á quien halló cuidoso
Junto á la fuente de Merlín famoso.

LXXVII.

Y cómo con sus primos ha salido
Contra el que cerca hallar le parecía,
Para darle el castigo merecido,
Por robarla el corcel que conducía;
Cuyo intento no pudo ser cumplido,
Porque siguieron ellos otra vía;
Y el motivo de no venir le dijo
Á Montalbán Rugier; largo y prolijo.

## LXXVIII.

Y la hizo, por fin, relato pleno
De cuanto expuso el apenado amante.
Y después el papel sacó del seno,
Y se lo dió con tímido talante.
Con rostro más turbado que sereno,
Tomó y leyó la carta Bradamante:
La carta que la fuera bien más cara,
Si en vez de ella, á su amante no aguardara.

## LXXIX.

El haber á Rugier mismo esperado,
No un escrito papel, perder le ha hecho
El carmín de su rostro delicado,
De inquietud, de temor y de despecho.
Besó mil veces el escrito amado,
Teniendo en quien lo escribe puesto el pecho;
É impide de sus lágrimas la fuente,
Que no queme el papel suspiro ardiente.

## LXXX.

Muchas veces leyó la carta aquella,
Y quiso que otras tantas la embajada
La repitiese la leal doncella,
Á quien fué la una y otra encomendada;
Y no cesara en sus suspiros ella,
Ni creo viera su inquietud calmada,
Si la carta no diérala el conforto
De ver á su Rugier en plazo corto.

LXXXI.

De quince ó veinte días le ha fijado
Su caro bien, que á Ipalca dice y jura
Que no tema que falte á lo jurado;
Y ella exclama : «¡ Ay de mí! ¿Quién me asegura
Que no ocurra suceso desgraciado,
Y más en el vaivén de guerra dura,
Que burle mis deseos, y que impida
Que mi noble señor vuelva con vida?

LXXXII.

»¡Ay me, Rugiero, ay me! ¿Quién me dijera
Que en premio á tanto amor esto consiga?
Que ames tú más que á mí gente extranjera,
De nuestro Dios acérrima enemiga;
Y alce tu brazo á quien hundir debiera,
Y á quien servir debiste des fatiga.
No sé qué juicio hacer de esas hazañas,
¡Si en dar premio y castigo así te engañas!

LXXXIII.

»Ni sé si sabes que el feroz Trojano
Á tu padre mató. (¿Quién no lo sabe?)
¡Y tú cuidas que el hijo del tirano
Viva glorioso y su conquista acabe;
Y á los que te vengaron, por tu mano
Quieres herir, y que la acción se alabe!
¿Tal premio guardas al dorado Lirio [6],
Dándome á mí la muerte del martirio?»

LXXXIV.

La dama así le enviaba al caro ausente
Estas y otras palabras sollozando;
Y mientras las repite, suavemente
La va Ipalca amorosa consolando,
Con que la ama Rugiero ardientemente,
Y esperar debe resignada, cuando
Hacer más no la es dado, hasta aquel día
Que Rugier á su vuelta prescribía.

LXXXV.

Los consuelos de Ipalca, y la esperanza,
De los amantes siempre compañera,
Quitan al miedo y al dolor pujanza,
Y van calmando la inquietud primera.
En Montealbano, en la pristina estanza,
La pesarosa Bradamante espera,
Hasta que llegue el término fijado,
Que de Rugiero fué mal observado.

LXXXVI.

Si bien no fué su culpa, si faltaba,
Y en cumplir su promesa no era exacto,
Porque una causa ú otra le apartaba
De dar efecto al prometido pacto;
Pues á estarse en el lecho le obligaba,
Envuelto en vendas, y en inmóvil acto,
Un mes entero su más grave herida,
Que á punto estuvo de acabar su vida.

LXXXVII.

La enamorada joven aguardóle
Durante el plazo, aunque aguardóle en vano,
Que no supo más de él que lo que oyóle
Á Ipalca, y luego confirmó su hermano;
Diciendo que Rugiero libertóle,
Y también á Malguigio y á Viviano;
Y si bien tal noticia oir la agrada,
Es de algún amargor acompañada.

LXXXVIII.

Que de Marfisa, en el discurso, oído
El gran valor y la hermosura había;
Y cómo su Rugiero hubo partido
Junto con ella; y que acudir decía
Adonde, de enemigos oprimido,
Agramante su campo defendía.
Ella compaña tal, de boca lauda,
No que entre sí se alegre, ni la aplauda.

LXXXIX.

Ni es leve la sospecha que la altera;
Que si es Marfisa tal cual es su fama,
Y ya por largo tiempo está á su vera,
No es maravilla si Rugiero la ama.
Mas no lo cré del todo; y teme, espera,
Y porque llegue el plazo ansiado clama;
Y la infeliz aguárdale gimiendo,
Dejar á Montalbano resistiendo.

XC.

Cuando allí estaba el jefe de su Estado,
De sus hermanos Príncipe y Señor
(Que aunque dos son mayores que el nombrado,
Él, sin nacer primero, es el mayor,
Y su brillo á los suyos ha prestado,
Como el sol da á los astros su esplendor);
Reinaldo, en fin, que se mostró en persona,
Con un paje no más, á la hora nona.

XCI.

Causa de su venir fué que de Brava
Reinaldo, hacia París volviendo un día
(Pues como os dije vagabundo andaba,
Y á su querida Angélica seguía),
De Malguigio y Vivián la suerte prava
Supo, y también que dárselos quería
El Bertolagio al Magancés malino;
Por lo que de Agriomón tomó el camino.

XCII.

Mas oyendo después que se han salvado:
Que rota ha sido la enemiga gente;
Que Rugiero y Marfisa han coronado
Aquella heroica empresa bravamente;
Y su primo y hermanos han tornado
Á Montalbán, alegres juntamente,
De abrazar á los suyos anhelante,
Cada hora parécele un instante.

XCIII.

Por eso va á escuchar la buena nueva,
Y á llevarles su abrazo y sus consuelos
Á madre, esposa [7], hermanos, dulce prueba
De su amor; que parece, en sus desvelos,
Golondrina que, hambrienta ha mucho, lleva
La comida en la boca á sus hijuelos:
Y así que un día ó dos pasó en su nido,
Partir con sus hermanos ha querido.

XCIV.

Guichardo, que es de Amón el primer hijo,
Ricardo, y Ricardeto con Alardo,
Y los primos Viviano y Malaguijo,
Siguen detrás del Paladín gallardo.
Bradamante, esperando el día fijo,
Ese día que amor le hace tan tardo,
Dice á Reinaldo aquí que enferma se halla,
Y no puede ayudarlos en batalla.

XCV.

Y al darse por enferma no mentía:
Mas no de fiebre ó corporal dolor:
Era el deseo que en su pecho ardía,
Quien la enfermaba de inquietud de amor.
Reinaldo, en tanto, hacia París seguía,
De su familia con la hermosa flor.
Cuándo llegó, y al Magno Carlos cuánto
Sirvió su ayuda, lo dirá otro canto.

# ORLANDO FURIOSO.

---

ARGUMENTO DEL CANTO TRIGÉSIMOPRIMERO.

Guidón á sus hermanos mueve á guerra:
Mas luego los conoce y pide pace;
Y unido á ellos, con los Moros cierra,
Y el campo del Infiel rompe y deshace.
Á Brandimarte Rodomonte aterra,
Cuando en busca de Orlando esfuerzos hace.
Reinaldo embiste al Rey de Sericana,
Por quitarle á Bayardo y Durindana.

---

# ORLANDO FURIOSO.

---

## CANTO TRIGÉSIMOPRIMERO.

### I.

¿Qué más dulce, qué más jocundo estado
Habría que el que goza un amador?
¿Qué vivir más feliz y bienhadado
Que yacer en los brazos del Amor;
Si no fuese el amante atormentado
De la amarga sospecha, del temor,
De aquel mar de inquietudes y desvelos,
Del frenesí que el hombre llama celos?

### II.

Mas el amargo que entre el dulce cabe
De la amorosa deleitable vida,
Es un aumento, es perfección, que suave
En delicia la inunda más subida.
Mejor el agua por la sed nos sabe:
El hambre hace más grata la comida;
Y quien no sufrió el mal de guerra dura,
De la paz no conoce la dulzura.

III.

En paz se sufre al fin lo que la vista
No ve, y el alma sólo á ver acierta;
El gozo de la vuelta reconquista
La pena de una ausencia larga, incierta:
Yacer en ser virtud, si bien atrista,
Mientras no quede la esperanza muerta,
Se puede soportar; que al fino halago,
Por más que tarde sea, viene el pago.

IV.

La repulsa, el desdén y cuanto acrece
Todo daño de amor, y toda pena,
Causan con su recuerdo, que parece,
Si nos viene una dicha, más amena;
Mas si aquella vil peste se aparece,
Y se ase de la mente y la envenena;
Aunque vengan después fiesta, alegría,
Las rechaza la enferma fantasía.

V.

Que esa es la cruda venenosa llaga
Á que no vale jugo, hierba, emplastro,
Ni hechizo ó negra imprecación aciaga,
Ni el atento observar de móvil astro;
Ni cuanto, en la experiencia de arte maga,
Alcanzar pudo su inventor Zoroastro:
Llaga fatal que, entre el dolor más fuerte,
Conduce al hombre á despechada muerte.

VI.

Llaga incurable, que en el ser entero
Del amador tan súbito se imprime,
Por sospechar lo falso ó verdadero:
Llaga que al hombre tan horrible oprime,
Que cierra á la razón todo sendero,
Y hace que otra alma, otra existencia anime.
¡Oh gelosía vil! Tú á Bradamante
¡Cuánta quietud robaste en breve instante!

VII.

No por lo que, ya Ipalca, ya su hermano,
En el alma con pena la imprimieron,
Sino por un aviso duro, insano,
Que de allí á breves días la trajeron,
Que, al par de éste, aquél fué corto y liviano;
De éste, de que dolores mil surgieron....
Mas me toca narrar primeramente
Del que á París camina con su gente;

VIII.

De Reinaldo, que halló al segundo día,
Llevando á cierta dama, á un Caballero
Que negro escudo y negro arnés ceñía,
Con sólo blanca lista sobre acero;
El cual á Ricardeto desafía,
Á quien por Franco tuvo, y vió primero.
El joven, que jamás retos rechaza,
Revolviendo el caballo, se hizo plaza.

IX.

Y sin otra señal, ni más hablarse,
Con las lanzas en ristre, échanse adentro.
Van los demás á un lado á colocarse,
Y de todos Reinaldo ocupa el centro.
«Éste pronto en el suelo irá á acostarse,
Si en sitio firme á mi placer le encuentro.»
Entre sí Ricardeto iba pensando;
Mas él fué quien halló colchón, no blando.

X.

Que el incógnito al pie de la visera
Le hirió á su vez, con tan potente mano,
Que le alzó de la silla, y le echó fuera,
Á cuatro brazas, del corcel lejano.
Vengarle quiso aquí con saña fiera
Alardo; mas también cayó de plano,
Aturdido del todo; y fué tan crudo
El golpe aquél, que le partió el escudo.

XI.

Guichardo el asta enristra prontamente,
Viendo á los dos rodar de tal manera:
Y aunque Reinaldo grita: «Aguarda, tente,
Que ésta espero ha de ser la lid postrera.»
Pero aún no el yelmo se ciñó á la frente,
Cuando ya aquel rompía la carrera:
Mas mejor que los otros no lo ha hecho,
Y á la arena también fué á dar de pecho.

XII.

Quieren los tres que que dan, más felice
Suerte encontrar, entrando en la palestra;
Mas Reinaldo su intento contradice,
Que en ristre, y ante todos, ya se muestra.
«De ir á París es tiempo (entre sí dice);
Y harta sería la tardanza nuestra,
Si yo esperar quisiera inoportuno
Que cayerais vosotros de uno á uno.»

XIII.

Así dice, sin ser de ellos oído,
Que les diera, si no, pena y bochorno.
Ya el campo los dos bravos han medido,
Y se chocan con fuerza á su retorno.
No esta vez fué Reinaldo despedido,
Que vale por los seis que lleva en torno:
Las lanzas, sí, saltaron: mas no hay miedo
Que ninguno de entrambos ceje un dedo.

XIV.

Y uno y otro corcel tan duramente
Chocaron, que de grupa al suelo fueron.
Levantóse Bayardo prontamente,
Pues sus bríos de siempre le valieron:
Mas el otro cayó tan malamente,
Que sus huesos dorsales se rompieron.
El de lo negro, del caballo falto,
Suelta estribos, y záfase de un salto.

XV.

Y dice al Paladín, que ya traía
Desarmada la diestra: «El corcel muerto
Hora, Señor, por ti, y al cual tenía
En grande estima, si á vengar no acierto,
Ó al menos no lo intento, en mí sería
Y en todo caballero grave entuerto;
Conque ven y haz lo que tu esfuerzo alcance;
Que es ya forzoso entre los dos el lance.

XVI.

Reinaldo le responde: «Si te mueve
Á lidiar sólo el bruto que has perdido,
Serena el pecho. Otro he de darte en breve,
Que no en menos que aquel sea tenido.»
Y él replica: «Tu juicio es harto leve:
No es perder mi corcel lo que he sentido:
Mas ya que no comprendes lo que quiero,
Que hora lo has de entender mejor yo espero.

XVII.

»Quise decir: que en mí fuera gran fallo
Á la lucha contigo no ponerme,
Y no probar si en ti las fuerzas hallo
Que en la otra lid supiste ya oponerme.
Lidia, pues, cual te plazca, á pie, á caballo.
Con tal que no esté así tu mano inerme,
Toda acción y ventaja quiero darte:
¡Tanto ansío á la espada hora probarte!»

XVIII.

No Reinaldo esperar mucho le deja,
Y dice: «Á la batalla voy contigo;
Y por si de estos el temor te aqueja,
Y esté á tu frente escueto tu enemigo,
Verás que una voz mía los aleja;
Y sólo un paje quedará conmigo:
Él me tendrá el corcel.» Así lo manda,
Y su escuadra camina hacia otra banda.

XIX.

La cortesía del Barón cristiano
Causó grata impresión al caballero,
Pues desmonta, y las riendas da á la mano
Del doncel que le sirve de escudero;
Y cuando su Estandarte ve lejano,
Y él queda solo, al frente del guerrero,
Á la fiel Belisarda da salida,
Y á la lid al incógnito convida.

XX.

Y aquí empezó la singular pelea,
Que otra no ha habido de tan cruda vista.
No piensa cada cuál que el otro sea
Hombre que largo tiempo le resista:
Mas, aunque cambian con la lid de idea,
Ni uno ni otro se asusta ni se atrista.
La rabia y el furor dejan aparte,
Y en uso ponen su experiencia y arte.

XXI.

Óyense en torno retumbar los crudos
Feroces golpes con horrible estruendo,
Ora gastando el brillo á los escudos,
Ora mallas y planchas destruyendo.
No tanto han menester herir sañudos,
Cuanto estar fijos á parar, queriendo
Mantenerse al igual; que un error leve,
Irreparable mal costarles debe.

XXII.

Hora y media el combate aquí duraba,
Y ya el sol á Occidente ha descendido,
Y apenas al Ocaso luz rayaba,
Casi dejando el suelo oscurecido.
Ni un punto á descansar de lid tan brava,
Ni un respiro á tomar se han detenido
Estos guerreros, que á tan crudo arrojo
Lanza el honor, no el odio, ni el enojo.

XXIII.

Revuelve en su interior Reinaldo, en tanto,
Quién pueda ser ese adalid tan fuerte,
Que no sólo con él firme está tanto,
Mas que en riesgo le pone de la muerte,
Causándole tal pena y tal quebranto,
Que ve dudosa ya la postrer suerte;
Y aun querría, si honor no lo vedara,
Que el combate emprendido allí acabara.

XXIV.

De la otra parte el extranjero insano,
Aunque no tiene la menor noticia
De que sea el Señor de Montealbano,
De tan famoso nombre en la milicia,
Quien con él contendía, espada en mano,
Tan sin rencor, y con tan gran pericia,
Cierto está de que Francia no presenta
Varón entre sus bravos de más cuenta.

XXV.

Ya no le mueve aquel afán de duelo
Que á vengar le impulsaba su caballo;
Y si salir pudiera, sin recelo
De deshonor, querría aquí dejallo.
En tanto se anublaba tanto el cielo,
Que ya los golpes de ambos hacen fallo,
Y ni herir saben ni oponer paradas;
Pues ni aún ven en sus manos las espadas.

XXVI.

Reinaldo, de ellos el primero, dijo
Que no era lucha noble así en lo oscuro;
Y era bien suspenderla, hasta que fijo
La vuelta diera el perezoso Arturo.
Y con amor le convidó prolijo
Á que viniese á descansar seguro
Á su hospedaje fiel, donde hallaría
Acogida de honor y cortesía.

XXVII.

No de mucho rogar necesitaba
Aquél, y su convite hale admitido;
Y juntos van al sitio que ocupaba
El pabellón de Montalbán erguido.
Aquí Reinaldo á un paje le tomaba
Un corcel ricamente guarnecido,
Hecho á lanza y espada, hermoso y fiero,
Y le ofrecía en don al Caballero.

XXVIII.

Que era aquel el señor de Montealbano
Ya conocido había el peregrino;
Que nombrarle á los otros no oyó en vano,
Mientras iba con él por el camino.
Y como el Paladín era su hermano,
Sintió en su pecho un gozo repentino,
Y penetrarse el alma de dulzura,
Y llorar de alegría y de ternura.

XXIX.

Ese guerrero era Guidón selvaje,
Que con Marfisa y Sansoneto ha andado,
Y con los hijos de Olivier, en viaje,
Por mar y tierra, como os he contado.
De no dar hasta allí con su linaje
Tuvo la culpa Pinabel malvado,
Que á traición le prendió y ocupó luego
De su estatuto pérfido en el juego.

XXX.

Guidón, que de Reinaldo visto había
Que sobre todos era ínclito Duce,
Y en conocerle más afán tenía
Que triste ciego la perdida luce,
Le dijo: «¡Oh mi señor! ¿Qué suerte mía
Á tropezar contigo me conduce;
Contigo, á quien amé y amo de modo
Que prefiero tu afecto al mundo todo?

XXXI.

»Constanza me dió á luz allá en el lido
Del hondo Euxino mar: yo soy Guidón,
De la noble semilla concebido,
Como tú mismo del insigne Amón.
Verte, y ver á la gente mía ha sido
De venir á estas tierras la razón,
Y ve aquí que, anhelando sólo honrarte,
Disgustos é inquietud vengo á causarte.

XXXII.

»Mas mis actos perdona, que provienen
De no serme vosotros conocidos.
Ya á enmendarlos mis ruegos se previenen,
Alzándolos humilde á tus oídos.»
Después que de una parte y otra vienen
Al gozo y los abrazos repetidos,
Reinaldo le responde: «No á tu boca
De la lid disculparte aquí le toca.

## XXXIII.

»Que para bien probarnos que tu eras
De nuestra estirpe antigua fresca rama,
Dar mejor testimonio no pudieras,
Que aquella acción que tu altivez proclama.
Menos te conociera, si vinieras
Con blandura que fácil se derrama;
Que no vida el león del ciervo toma,
Ni el águila de tímida paloma.»

## XXXIV.

No, por hablar, de caminar dejando,
Antes siguiendo plácidos la vía,
Al pabellón llegaron, do contando
Reinaldo á la fraterna compañía
Que aquel era Guidón, el que anhelando
Estaban conocer ha más de un día,
Les llevó el gozo, y vió cuánto les cuadre,
Ver en él el retrato de su padre.

## XXXV.

¿Qué diré del cariño tan sincero
Que Alardo y los Ricardos le mostraron,
Y Viviano y Malguigio y Aldigiero,
Que cual primos ó hermanos le abrazaron
(Honrándole Señor y Caballero),
Y lo que unos á otros se contaron?
Mas concluyo, diciendo finalmente
Que alegre le acogió la Amonia gente.

XXXVI.

Yo pienso que á sus deudos siempre ha sido
Caro Guidón: mas nunca como ahora
Serles pudo tan grato y bien venido,
Varón que prendas tantas atesora.
No bien el pardo velo ha descorrido,
Vertiendo rosicler la rubia aurora,
De la familia la legión guerrera
Echóse á andar, siguiendo su bandera.

XXXVII.

Y tanto un día y otro caminaron,
Que de París la combatida almena
En menos de diez días saludaron,
Desde las anchas márgenes del Sena,
Donde, con harta dicha, se encontraron
Con los dos de la empresa damascena [1]:
Aquilante y Grifón, que en sus primeros
Años tuvo Gismunda de Oliveros.

XXXVIII.

Con ellos conversaba una doncella,
De condición no humilde, por la vista,
Que en sedil blanca túnica descuella,
Orlada en derredor con áurea lista.
Es su persona levantada y bella,
Aunque parece que el dolor la atrista;
Y que hablando de cosa está importante,
Dirías, por su acción y su semblante.

XXXIX.

Conociólos Guidón, y á Guidón ellos,
Que en compañía suya ha poco andaba;
Y díjole á Reinaldo : «¿Ves aquellos?
Pues pareja como esa no hay tan brava,
Que si con nós pudiéramos tenellos,
Á Carlos la victoria se llevaba.»
Reinaldo el dicho de Guidón confirma,
Y que son bravos cual ninguno afirma.

XL.

Que á su vez conocido los había;
Pues en lides y asaltos repetidos,
Según costumbre suya, los veía
Uno en blanco, otro en negro, andar vestidos.
Quiénes son los de la alta compañía
No menos saben ambos; y extinguidos
Viejos odios, alegres saludaron,
Y á Reinaldo, hora amigo, le abrazaron.

XLI.

Un tiempo entre ellos, de rencor sujeto
Hubo, que Trifaldín [2] les enconaba:
Pero, ya entonces, fraternal afeto
Todo enojo en sus pechos apagaba.
Avanzó aquí Reinaldo á Sansoneto,
Que el postrero á llegar se retrasaba,
Y le acogió con el honor que pide
Varón en quien tal mérito reside.

XLII.

Cuando vió la doncella más vecino,
Y conoció á Reinaldo, pues sabía
Quién era cada Franco Paladino,
Una nueva fué á darle, que podría
Útil serle, y le dijo : «El gran sobrino
De Carlo, en quien la Iglesia tanto fía :
Aquel tan sabio y tan famoso Orlando,
Loco está ahora, y por el mundo errando.

XLIII.

»Dónde sufriera el accidente odioso
Que el juicio le turbó, no sé narrarte.
Yo vi esparcidos, con su arnés glorioso,
Su espada y su pavés, honor de Marte ;
Y vi á un guerrero con afán piadoso,
Irlos tomando de una y otra parte ;
Y ya juntas las armas, su deseo
Cumplir, alzando espléndido trofeo.

XLIV.

»Mas sabe que de allí quitó la espada
El hijo de Agricán [3] el día mismo.
Considerar ya puedes si es pesada
Su pérdida á los hijos del Bautismo,
Cuando es la Durindana así robada,
Y en mano está otra vez del Mahometismo ;
Y también Brilladoro ; que el Pagano,
Viendo que suelto andaba, le echó mano.

### XLV.

»Días hace que á Orlando vi desnudo
Ir esparciendo ruínas y despojos :
Causar mil daños, y gritar sañudo:
Loco, en fin, con frenéticos arrojos :
¡ Ah! No el caso creyera acerbo y crudo,
Si visto no le hubieran estos ojos.»
Y aquí contó que vióle en el trabajo,
Con el de Argel, caer del puente abajo.

### XLVI.

Y añadía : «Á quien quier que encuentro amigo
De Orlando, le refiero esta tristura,
Por si de tanta gente á quien la digo,
Alguno va en su busca, y le procura
En París ú otra parte sano abrigo,
En donde su dolencia tenga cura.
Sé que si á Brandimarte va la nueva
En su obsequio ha de hacer no escasa prueba.»

### XLVII.

Era esta dama Flor-de-lis hermosa,
De Brandimarte el dueño soberano,
Y á París por hallarle viene ansiosa.
Ella contó cómo, del caso insano
De la espada, se armó pugna espantosa
Entre el Tártaro Rey y el Sericano;
Y cómo, cuando aquel sufrió la muerte,
Á Gradaso por fin le vino en suerte.

XLVIII.

De tan extraño y mísero accidente
Se conduele Reinaldo y se lamenta;
Y ablandarse entre sí no menos siente
Que suele el hielo al sol que le calienta.
Ya con firme propósito vehemente,
Buscar á Orlando, sin descanso, intenta;
Con la esperanza que ha de en fin hallarlo,
Y de su horrendo frenesí curarlo.

XLIX.

Y ya la unión de todos conseguida,
Por voluntad de Dios, con gran ventura,
Lo primero dejar quiere vencida
Á la Morisma, y á París segura.
Mas diferir propone la embestida;
Que mejor se ha de hacer de noche oscura,
Cuando el cansancio á la vigilia engaña,
Y el agua de Leteo al mundo baña.

L.

En el bosque alojarse hace á su gente,
Y allí oculta la tuvo todo el día;
Y así que el Sol, bajando al Occidente,
En la antigua nutriz [4] entrado había;
Y Amaltea [5], y la Osa y la Serpiente
Y la escuadra de estrellas relucía,
Que eclipsadas tenía mayor lampo,
Movió Reinaldo el taciturno [6] campo.

LI.

Y avanzó con Grifón, con Aquilante,
Con Sansoneto, Alardo, y con Guidón,
Y, en fin, con todos juntos y él delante,
Á lento paso, en silenciosa acción.
Dormida halló la escolta de Agramante,
Y ni uno de la vida hubo perdón.
Á la otra fuerza Mora luego ha ido,
Y ni aún allí fué visto ni sentido.

LII.

Pues cogiendo á la gente descuidada,
Reinaldo, sin ser de ella descubierto,
Dejóla en mayor sueño sepultada;
Que allí todo durmiente cayó muerto.
Rota así la primer fuerte avanzada,
El paso al campamento quedó abierto;
Que mal podría inerme, soñolienta,
Resistir á guerreros de tal cuenta.

LIII.

Para causar después más espaviento,
Hizo Reinaldo, al tiempo de su asalto,
De las trompas los ecos dar al viento,
Y entre gritos su nombre alzar al alto.
Á Bayardo espoleó, que no fué lento
Las moras barras en salvar de un salto;
Y jinetes tiró y holló peones,
Tiendas echando al suelo y pabellones.

LIV.

Que de horror no temblara, entre el pagano
Pueblo, tan valeroso no hubo un hombre,
Al grito de *¡Reinaldo y Montealbano!*
Ni quien de tanto estrago no se asombre.
Sin recoger el campo, el Africano
Huye, al oir el formidable nombre;
Y no quiere esperar el brazo ardiente,
Que aún de haberlo probado está doliente.

LV.

Guidón le sigue, y no inferior campea:
Ni hacen menos los hijos de Oliviero;
Rompe Alardo la bárbara ralea;
Sansoneto, por medio, abre sendero,
Y muestran su ardimiento en la pelea
Ricardeto, Viviano y Aldigiero.
Así, glorioso en una y otra parte,
Brilla de Claramonte el estandarte.

LVI.

De Montalbán y tierras adyacentes
Lleva Reinaldo allí siete escuadrones,
En riesgos y fatigas más valientes
Que de Aquiles los fuertes Mirmidones.
Son todos en el campo tan ardientes,
Que puede cada cuál con cien peones;
Y entre ellos preferir mal se podría;
Que si éste es bueno, aquél de más valía.

LVII.

Si fortuna mostróse un tanto avara
Con Reinaldo, en estados y tesoro,
Los suplía su trato y buena cara;
Y de los que una vez son el decoro
De su estandarte, ni uno le dejara,
Aunque otro le ofreciese montes de oro.
De su Estado á esos bravos nunca mueve,
Como honor á un gran hecho no le lleve:

LVIII.

Cual hoy, que por llevar á Carlo ayuda,
Se deja á Montalbán con guardia escasa.
Esta gente tan brava y tan sañuda,
Cuando entre la Africana hueste pasa,
Hace lo que en la imbele grey lanuda
Hambriento lobo, en la región Galeasa [7],
Ó en la Barbona el tigre cauteloso,
Cabe el Cinipsio [8], bárbaro y selvoso.

LIX.

Carlos que de Reinaldo hora ha sabido
Que estará cerca de París muy presto,
Al campo del Infiel desprevenido
También quiere asaltar; y en armas puesto,
Va de sus Paladines circuído
Fuera de la ciudad; y cuenta en esto
Con el hijo del rico Monodante [9],
De Flor-de-lis adorador constante.

LX.

Ella, que tanto tiempo le seguía,
Y en su busca ha corrido tanta tierra,
Por la enseña marcial, que bien sabía,
En que es aquel su Paladín no yerra;
Y él, que también de lejos ya la vía,
Por el humano amor deja el de guerra;
Y corriendo á juntar entrambos senos,
La besó veces mil, ó pocas menos.

LXI.

Los bravos de sus damas y doncellas,
¡Cuánto en aquella edad no se fiaban!
Vagar dejaban sin custodia á aquellas,
Por monte y llano y selvas que encontraban;
Y á su vuelta, por buenas y por bellas,
Sin la menor sospecha las tomaban:
Aquí la Flor-de-lis contó á su amante
El caso todo del Señor de Anglante.

LXII.

Brandimarte la triste nueva aquella
De nadie habría por verdad tenido;
Mas sí creyóla de su dulce bella,
De quien hubiera aún mucho más creído;
Y no porque lo oyese (le dijo ella),
Sino que por sus ojos visto ha sido;
Y que conoce y ha tratado á Orlando
Le dice, y de qué modo, y cómo y cuándo.

LXIII.

Y le cuenta del puente peligroso,
Que contra armados el de Argel defiende,
Adonde de un sepulcro alto y pomposo
Cuelga veste y arnés de cuantos prende:
Cuenta que al Conde Orlando vió furioso,
Que portentosos actos loco emprende;
Y cómo á Rodomonte arrojó al río,
Y á punto ya de ahogarse vió al impío.

LXIV.

Brandimarte, que al Conde amaba tanto
Cual si hijo fuera, hermano y compañero,
Y á buscarle está pronto, y hacer cuanto
Pueda, porque á su juicio vuelva entero,
Por médica virtud, ó por encanto,
Ó por favor de Dios más verdadero,
Armado y á caballo, cual se hallaba,
El camino tomó con la que amaba.

LXV.

Hacia lo sitios donde visto había
La dama al Conde, el paso enderezaron,
De jornada en jornada, en monte y vía,
Hasta que al puente del de Argel llegaron.
Á Rodomonte aviso dió el vigía,
Y sus pajes al punto le llevaron
Caballo y armas; y se halló presente
Cuando llegaba el Paladino al puente.

LXVI.

Con el tono que es propio á su furor,
Á Brandimarte grita el homicida:
«Quien quier que fueres tú que, por error
Llegas ó por tu gusto, á esta avenida:
Desmonta; da tus armas, y haz honor
Á este sepulcro, ó perderás la vida;
Pues sin que evites tu destino infausto,
Has de dar á estos manes holocausto.»

LXVII.

No quiso Brandimarte al altanero
Otra respuesta dar que con la lanza.
Pica á Batoldo, su corcel ligero,
Y con tal brío contra el Moro avanza,
Que bien muestra igualar su ánimo fiero
Al de quien quier que sea en la balanza;
Y Rodomonte, entrando á la embestida,
Pisa el estrecho puente á toda brida.

LXVIII.

Su bridón, que continuo tiene el uso
De correrle, y obliga á todo andante
De aquí ó allí en el agua á verse infuso,
Avanzaba seguro y arrogante:
Pero, del curso insólito confuso,
Iba el otro caballo vacilante:
Cré que el puente retiembla, y se derrumba,
Y que el río á tener va ya por tumba.

LXIX.

Los dos guerreros, en la lid maestros,
Que llevan lanzas, cual las rudas trabes
Que enteras salen de los bosques nuestros,
Vanse á chocar como enemigas naves;
Y con ser tanto sus caballos diestros,
No pueden resistir golpes tan graves;
Que sobre el puente y á la par rodaron,
Y á sus dueños con ellos arrastraron.

LXX.

Y en el estrecho espacio, en su congoja,
Al querer levantarse pataleando,
Al rigor de la espuela, en sangre roja,
Donde afirmar los cascos no encontrando,
Igual suerte á los dos al agua arroja,
Gran rimbombo hasta el cielo levantando:
¡No mayor en el Po resonó el día
Que el mal auriga [10] en medio dél caía!

LXXI.

Sin salir del arzón, á lo profundo
Los Caballeros van, en su querella,
Á buscar si en el centro hallan jocundo
Oculta alguna blanca ninfa bella.
No es ese el primer brinco ni el segundo,
Que da el Pagano de la puente aquella;
Y aunque ni á él, ni á su corcel le place,
Saben los dos lo que en el fondo yace.

## LXXII.

Y saben dó está duro y dó está blando,
Y dó más baja el agua y dó más alta.
Brandimarte va el pecho levantando,
En lucha con el río que le asalta;
Y al través de su giro va sesgando:
Mas el fango que verde hierba esmalta,
Hunde al corcel: valerse ya no puede,
Y aquí del río á la corriente cede.

## LXXIII.

Sube la linfa que su esfuerzo ilude;
Y á resistir, bajo el corcel, no acierta
El flujo que le impele y le sacude:
Flor-de-lis, desde el puente le ve yerta,
Y al ruego y á las lágrimas acude;
Y «¡Ah! (dice): por aquella que honras muerta,
Rodomonte, no seas hoy tan fiero,
Que así dejes ahogar tal Caballero.

## LXXIV.

»Cortés Señor, si alguna vez amaste,
Ten, de la que ama á aquél, piedad benigna:
Que sea prisionero tuyo baste,
Y su escudo á tu templo le consigna;
Que, de cuantas divisas ya le ornaste,
Otra no habrá tan grande ni tan digna.»
Así exclama tan tierna, que aunque fuera
Aún más crudo el de Argel, se conmoviera.

LXXV.

Y alcanzó que á su amante socorriese,
Que en el río del bruto está oprimido;
Logrando en breve que á salir volviese
Del agua, que sin sed, tanto ha bebido.
Mas no le dió su amparo, sin que hubiese
Antes su espada y yelmo recogido;
Y después que le salva y le socorre,
Con otros muchos guárdale en su torre.

LXXVI.

Todo el placer de Flor-de-lis se ausenta,
Cuando así prisionero le ve ir:
Mas con su suerte odiosa se contenta,
Pues íbale, sin eso, á ver morir.
De sí, que no de nadie se lamenta:
Que fué causa de hacerle allí venir,
Por haberle contado que era en donde
Vió desnudo lidiar al triste Conde.

LXXVII.

Vase luego veloz, con el objeto
De traer á Reinaldo Paladino,
Ó al Selvaje Guidón, ó á Sansoneto,
Ú otro de los del hijo de Pepino,
Por tierra y agua lidiador completo,
Contrario que oponer al Sarracino;
Si no más fuerte, más afortunado
Que lo fué en esta lid su bien amado.

LXXVIII.

Muchos días camina, antes que vea
Un campeador que anuncie en su talante
Que es capaz de igualar en la pelea
Al Rey de Argel y libertar su amante.
Después de ir procurando lo que idea,
Encuentra al fin un caballero andante
Que vestía dalmática extremada,
De ramos de cipreses recamada.—

LXXIX.

Quién fuese aquél después he de explicaros,
Que antes voy á París; y del prodigio
Con que arrollan al fin, he de narraros
Á los moros Reinaldo y Malagüigio.
¿Quién los que huyen allí podrá contaros,
Ni quién los que bajaron al Estigio?
Á Turpino, por más que lo procura,
Se le llevó la cuenta el aura oscura.

LXXX.

Á Agramante despierta un Caballero,
Cuando del primer sueño disfrutaba;
Diciéndole que á ser va prisionero,
Si el riesgo con la fuga no repara.
Mira el Rey en redor; y el caso fiero
Ve de su gente que huye y no da cara.
Quién de aquí, quién de allí corre desnudo,
Que ni ha lugar para coger su escudo.

LXXXI.

Todo confuso, y sin consejo fijo
El Rey, poner se hacía la coraza,
Cuando llegaron Falsirón, su hijo,
Y los demás de su valiente raza;
Y le dicen que, en riesgo tan prolijo,
Muerte ó prisión allí les amenaza;
Y que, aun perdiendo reinos y corona,
Suerte será que salve su persona.

LXXXII.

Dícenle así Marsilio, el buen Sobrino,
Y, en fin, todos repítenle á una voz:
Que ya el crítico instante está vecino,
Pues Reinaldo sobre ellos va veloz;
Y si aguarda que llegue el Paladino,
Y con tantos, y un hombre tan feroz,
Debe, sin vacilar, darse por cierto,
Que no ha de quedar uno sin ser muerto.

LXXXIII.

Que en Arlés recogerse, ó en Narbona,
Puede, con su ya escasa Morería,
Que una larga defensa el sitio abona,
Y desde allí la guerra seguiría;
Y cuando se halle libre su persona
Podrá vengar la afrenta de aquel día;
Rehacer sus perdidos escuadrones,
Y al fin rendir de Carlos los pendones.

LXXXIV.

Á consejo tan sabio el Rey se atiene,
Aunque el huir le fuese acerbo y duro.
Á Arlés va con su gente, que alas tiene,
Por el camino que halla más seguro.
Guías lleva, y aún más favor le viene
De que encubre su marcha el aire oscuro.
Veinte mil hombres de África ó de España,
De Reinaldo escaparon á la saña.

LXXXV.

Los que él mató, mataron sus hermanos,
Y los dos hijos del Señor de Viena [11]:
Los que segar pudieron los insanos
Setecientos de aquella gente buena:
Los que el buen Sansoneto hubo á las manos,
Y los que, huyendo, ahogáronse en el Sena,
Quien supiera decir, contar podría
Cuánta flor por Abril el campo cría.—

LXXXVI.

Dicen algunos que Malguigio parte
Tuvo en esa victoria afortunada:
No por lo que él, entre el rigor de Marte,
Podido hubiera con su misma espada,
Sino que á los demonios, con su arte,
Hizo salir de la infernal morada,
Con tanta lanza y tanta armada tropa,
Que no juntara más toda la Europa.

LXXXVII.

Y que hizo resonar tantos metales,
Y trompas tantas de espantables sones,
Entre tantos relinchos de animales,
Tantos gritos de escuadras y peones,
Que hacían rimbombar montes y vales,
De las más hondas últimas regiones,
Causando al Moro miedo tan profuso,
Que á un ejército entero en fuga puso.

LXXXVIII.

No se olvidó Agramante de Rugiero,
Que de la cruda herida aún se halla grave.
Hízole acomodar, con blando esmero,
En un manso corcel de marcha suave;
Y le llevó por el mejor sendero,
Hasta lograr ponerle en una nave
Que le condujo á Arlés cómodamente,
Do se ordenó juntar toda la gente.

LXXXIX.

Casi cien mil los bárbaros han sido
De Reinaldo y de Carlos hoy despojo.
Por campiña, por monte ó por ejido,
Pensaron escapar del Franco arrojo;
Pero el paso á los más les fué cogido,
Y tornaron el verde suelo en rojo.
No así fué del gran Rey de Sericana,
Que tenía su tienda más lejana.

XC.

Que no bien entendió que el Señor era
De Montalbán aquel que hora le asalta,
Siente en su alma emoción tan placentera,
Que de aquí para allí de gozo salta.
Gracias da á Dios, que al fin le concediera
Aquella empresa, tan gloriosa y alta,
De que esa noche su valor cautive
Á Bayardo, el mejor corcel que hoy vive.

XCI.

Mucho el valiente Rey ha deseado
(Ya os conté su designio predilecto)
Ceñir la fuerte Durindana al lado,
Y montar el caballo aquel perfecto;
Pues de cien mil guerreros vino armado,
Con el Franco á lidiar, sólo á ese efecto;
Y á Reinaldo, por él, retado había,
Para ganarle lo que tanto ansía.

XCII.

Y había de la mar pisado el lido,
Donde la lid debiera terminarse;
Mas Malguigio turbó lo convenido;
Que, mal grado, á su primo hizo alejarse,
Hasta que en un bajel fué recogido....
Pero esta historia es larga de contarse.
Diré, sí, que al de Amón, desde este caso,
Por tímido y por vil tuvo Gradaso.

XCIII.

Y hora que ser Reinaldo aquél entiende ,
Que audaz embiste , anímase y alegra :
Á su alfana y pavés la mano extiende ,
Y va á buscarle entre la sombra negra.
Á cuantos topa al paso, muertos tiende;
Y ya el campo convierte en nuevo Flegra [12],
Que para herir, matar, no ve distancia
De la gente de Libia á la de Francia.

XCIV.

Tanto le va de aquí y allí buscando,
Llamándole á la vez con grito fuerte,
Y siempre á aquella parte declinando,
Donde ve más despojos de la muerte,
Que se encuentran al fin, la diestra armando
Con la espada los dos, pues de igual suerte
Roto habían sus lanzas, que, en la noche,
Saltado habían de la luna al coche [13].

XCV.

Cuando Gradaso al Paladín gallardo
Conoce; y no por verle la divisa,
Sí, por cuanto destroza, y por Bayardo,
Que parece que él solo el campo pisa;
No en demandarle y baldonarle es tardo
Por su acción, que la lid dejó indecisa;
Y en el día y lugar después no se halla,
Do convenida estaba la batalla.

XCVI.

Y le añade : «Quizá te imaginases
Que en el orbe hallarías algún punto
Donde jamás conmigo te encontrases:
¡Loca idea! De ti ya me ves junto.
Sabe que si en la Estigia te ocultases,
Ó al cielo postrimer fueras asunto,
Te seguiría mi tenaz castigo,
Mientras tuvieras el corcel contigo.

XCVII.

»Si con Gradaso estar no te da el pecho,
Y ves que iguales bríos tú no animas,
Puedes bien esquivar el lance estrecho,
Y sin irte á esconder en otros climas:
Cédeme de Bayardo aquí el derecho;
Y vive si la vida en tanto estimas:
Mas vive á pie; que el que hace tan gran fallo
Al honor, no merece más caballo.»

XCVIII.

Á ese decir, hallábase presente,
Con Ricardeto, el buen Guidón Selvaje,
Y alzaron las espadas juntamente,
Para acallar tan bárbaro lenguaje.
Mas Reinaldo avanzóse prontamente,
É impidió que le hicieran tal ultraje,
Diciendo : «¿Mi altivez juzgáis tan baja,
Que á castigar no baste á quien me ultraja?»

XCIX.

Y luego, digno, se volvió al Pagano.
Y dijo: «Oye, Gradaso; á presentarte
Voy, si me escuchas, manifiesto y llano,
Que al designado sitio fui á buscarte.
Después te probaré, con fierro en mano,
Que la verdad sostengo en cualquier parte;
Y que tú mentirás siempre que digas
Que al honor falté nunca en mis fatigas.

C.

Y quiero que antes que en la lid entremos,
Con la más clara luz tu juicio entienda
La justísima excusa que ofrecemos,
Para que no tu audacia me reprenda;
Y también que á Bayardo disputemos
Quiero, siendo pie á tierra la contienda:
De solo á solo, en sitio infrecuentado,
Como fué por ti mismo demandado.»

CI.

El Rey de Sericana cortés era,
Cual toda alma magnánima ser debe,
Y oir quiso la excusa verdadera;
Y como á darla al Paladín le mueve
Deber de honor, con él va á la ribera,
Donde Reinaldo, con discurso breve,
Á la historia del hecho corrió el velo,
Y llamó en testimonio á todo el cielo.

CII.

Hizo venir después de Bevo al hijo,
Que es quien del caso todo está al corriente;
El cual aparte les contó prolijo
El encanto que usar quiso prudente;
Y él: «Lo probado con testigos (dijo),
Con mi espada afirmar sabré igualmente;
Y la muestra tener podrás verace,
Ahora, ó cuando quieras, si te place.»

CIII.

El Rey Gradaso, que dejar no trata
La primer lid por la cuestión postrera,
La excusa de Reinaldo acepta en plata,
Aunque duda si es falsa ó verdadera.
No el campo eligen á la margen grata
De Barcelona, cual la vez primera:
Mas convienen que á la hora matutina
Se vendrán á una fuente allí vecina:

CIV.

Que lleve allá Reinaldo su caballo,
Pactando entre los dos que si al primero
Mata Gradaso, ó le hace su vasallo,
Adquiera del corcel dominio entero:
Mas si el Rey fuese el que cayese en fallo,
Que le arrastre á su término postrero,
Ó de rendirse á la estrecheza triste,
Á Durindana el Paladín conquiste.

CV.

Con maravilla mucha y con más pena
Reinaldo había, como os dije, oído
De Flor-de-lis que su razón, tan buena,
Su primo Orlando mísero ha perdido;
Y también supo la marcial faena
Que después por sus armas ha seguido;
Y, en suma, que Gradaso poseía
La espada que el de Brava invicta hacía.

CVI.

Cuando acordes quedaron, dirigióse
Á su campo el Pagano y á su gente,
Aunque del Paladín rogado vióse,
Á que á sus tiendas fuese cortésmente.
Al ser de día, el Sericano armóse:
También Reinaldo; y ambos bravamente
Se fueron á juntar en la fontana,
Á lidiar por Bayardo y Durindana.

CVII.

De la batalla que tener debía
Cuerpo á cuerpo Reinaldo con Gradaso,
Mucho por sus amigos se temía,
Y dábanse al lamento antes del caso.
Fuerza enorme, saber, gran valentía
Tenía el Sericán; y hoy que el acaso
Pone en sus manos de Milón la espada,
Asusta á todos la fatal jornada.

CVIII.

Y cual nadie el hermano de Viviano
Estaba de la pugna pesaroso;
Y de gran voluntad pondría mano,
Por impedir su efecto desastroso:
Mas teme que el señor de Montealbano
Le retire su afecto generoso;
Que aún por él siente repugnancia grave,
Desque por fuerza le arrastró á la nave.

CIX.

Mientras asalta á todos temor fiero,
Reinaldo sólo va ledo y seguro,
Esperando borrar con el acero
El cargo que anublaba su honor puro;
Así á los de Altafolla y de Pontiero
Hizo quedarse, aunque les es bien duro;
Y él, soberbia la frente, firme el alma,
Camina, cierto de alcanzar la palma.

CX.

Cuando de cada lado aparecidos
Ambos guerreros son cabe la fuente,
Los saludos se rinden más cumplidos,
Con tan serena y amigable frente,
Cual si estuvieran por la sangre unidos
Los dos bravos de Oriente y Occidente:
Mas dejo que otro canto luego trate
Del fin que tuvo tan feroz combate.

CVIII.

Y [illegible]
Quiero [illegible]
Y [illegible]
Por [illegible]
Mas [illegible]
Le [illegible]
Que [illegible]
[illegible]

CIX.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
El [illegible]
Así [illegible]
[illegible]
Y [illegible]
[illegible]

CX.

Cuando de cada lado [illegible]
[illegible]
Los [illegible]
Con [illegible]
Cual [illegible]
Con [illegible]
Mas [illegible]
Mi [illegible] que [illegible]

# ORLANDO FURIOSO

---

### ARGUMENTO DEL CANTO TRIGÉSIMOSEGUNDO.

En vano Bradamante sólo atiende
De Rugiero á la vuelta, y dél se queja;
Pues, por aviso que recibe, entiende
Que el amor de Marfisa es quien le aleja.
Parte á la Roca de Tristán; y emprende
Lid con tres Reyes, que maltrechos deja;
Y á la noche, la pugna fenecida,
De Ulania en la mansión es acogida.

---

# ORLANDO FURIOSO

---

## CANTO TRIGÉSIMOSEGUNDO.

### I.

Recuerdo que narraros yo debía
(Lo prometí ; mas lo olvidó mi mente),
De una sospecha que acogido había
La hermosa amante de Rugier doliente:
Sierpe más que ninguna aleve, impía,
De más agudo y venenoso diente,
Que entró á roerle el corazón, oyendo
Lo que el buen Ricardeto fué diciendo.

### II.

Iba á narrarlo: mas paré al instànte,
Porque Reinaldo á mi memoria vino,
Y Guidón, que me dió que hacer bastante,
Y dejado le había en su camino.
Yendo, pues, de uno á otro, á Bradamante
Olvidé sin razón: mas ya me inclino
Á dejar á Reinaldo y á Gradaso,
Y de la gran guerrera á decir paso.

III.

Pero aún es menester que breve cuente
De Agramante también, que ha reunido
En Arlés las reliquias de la gente
Que el nocturno desastre ha padecido.
Para buscar recursos, aparente
Es el lugar que el Príncipe ha elegido:
África al frente, España está vecina,
Y un río les da paso á la marina.

IV.

En todo el reino hace alistar Marsilio
Hasta á aquellos que el físico no abona:
Apréstase de naves fuerte auxilio,
Por voluntad ó fuerza, en Barcelona;
Día y noche el gran Rey junta concilio,
Y gastos y fatigas no perdona;
Y en tanto, con tributos y exacciones,
Grava de África entera las regiones.

V.

Al de Argel le ha pedido que se apronte
Á venirse con él; y aunque le ofrece
Una su hermosa prima, hija de Almonte,
Con el dote de Orán, no lo apetece;
Que abandonar no quiere Rodomonte
Del puente el paso; donde tanto acrece
La copia de armas de los que ha rendido,
Que ya el templo del todo está vestido.

VI.

Mas Marfisa imitar no quiere el hecho
Del Argelino Rey; y así que entiende
Que Agramante vencido está y deshecho,
Y atribulado, y en temor por ende,
Va á Arlés, sin más aviso; que su pecho
Á la voz de la gloria sólo atiende;
Y ofrece al Rey su haber y su persona,
De su honor en defensa y su corona.

VII.

Y á Brunelo conduce, y se lo entrega
En libre don, al cual no ha maltratado.
Diez días sólo en la doliente brega
Le mantuvo de ser ó no colgado:
Mas cuando vió que nadie á pedir llega,
Ó por fuerza ó con ruegos al cuitado,
Le desató; que en sangre tan menguada,
Manchar no quiere su valiente espada.

VIII.

Perdonando la injuria dél sufrida,
Quiso que el Rey su suerte decidiera.
Figuraros podéis si agradecida
Sería la alta acción de la guerrera.
Aquél, de cuánto aprecia su venida,
Hizo que el malandrín la muestra fuera;
Pues mandó le colgasen de un madero,
Y así cumplió lo que ofreció primero.

IX.

En yerma soledad quedó el bandido,
Pasto á los cuervos y al jacal rabioso.
Á Rugier, que una vez dél se ha servido,
Y le habría soltado generoso,
La justicia de Dios guarda impedido,
Y dar no pudo amparo al alevoso;
Y fué ya tarde cuando el caso supo,
Y su castigo á la maldad le cupo.

X.

En tanto Bradamante iba contando
Los veinte días de su plazo entero,
Á cuyo fijo término era, cuando
Vendría á ella y á su fe, Rugiero.
¡Ay! Al que espera de prisión ó bando
Salir, jamás el tiempo fué ligero;
Y con ardor que crece es siempre ansiada
La alegre vista de la patria amada.

XI.

En su duro esperar, á veces ella
Cojos supone á Eto y á Pireo [1]:
Ó gastada la rueda con que sella
Apolo el cielo en su eternal rodeo:
Ó que su luz se alarga como aquella
En que detuvo al sol el justo Hebreo [2];
Y la noche es mayor que la que, en lides
De amor, vido engendrar al fuerte Alcides [3].

XII.

¡Oh cuánta envidia tiene la afligida
Á las sierpes, lirones y á los osos!
¡Oh si pasar pudiera adormecida
Esos días tan largos y penosos,
Despertando á escuchar de la venida
De Rugiero los ecos amorosos!
Mas eso la infeliz no puede ahora,
Ni aun dormir de la noche ni una hora.

XIII.

En el lecho su injusta pesadumbre
Agita, y un instante no reposa.
Suele abrir la fenestra por costumbre,
Para ver cuando de Titón la esposa [4],
Antes que el claro sol la tierra alumbre,
Vierte sus lirios, y azucena y rosa;
Y después de cumplido el día, aguarda
Con ansia igual la noche siempre tarda.

XIV.

Al faltar unos días solamente
Del término fatal, presume ciega
De hora en hora que viene algún sirviente
Á decirla: *Ve aquí Rugier que llega;*
Y á un muy alto torreón sube frecuente,
Que al bosque espeso y la florida vega
Daba vista, y á parte de la vía,
Que desde Francia á Montalbán subía.

XV.

Si fulgor ve de lejos acerado,
Ó algo que arnés de paladín revela,
Piensa que es su Rugiero suspirado,
Y el ceño deja que su frente vela;
Y si ve caminante desarmado,
Con que es su mensajero se consuela;
Y si aún se engaña en esto, otra esperanza
Viene, y otra después su mente alcanza.

XVI.

Pensando dar con él, de pronto armóse:
Bajó del monte, y caminó hasta el llano;
Y, no hallándole, entonces figuróse
Que iba por otra senda á Montealbano;
Y con el mismo afán con que salióse,
Al castillo otra vez se tornó en vano.
No le encuentra ni aquí ni allí, y en esto,
Del término que anhela pasó el resto.

XVII.

Y pasó dél un día y otro día:
Y veinte más en esperar violento;
Y al no ver ni saber lo que sería
De su esposo, entregóse á tal lamento,
Á dolor tanto, que ablandar podría
Al Tirano del hórrido tormento;
Y de sus gracias maltrató el decoro,
Y el blanco pecho, y los cabellos de oro.

## XVIII.

«¿Conque será (decía) que me avenga
Á buscar al que huye? ¿al que doy grima?
¿Que el que no quiere oir mi ruego obtenga,
Y al que me odia con mi amor le oprima?
¿Que quien no me da nada mi alma tenga?
¿Él, que por tanto su valer estima,
Que ha menester que baje, desde el cielo,
Dea inmortal para encender su hielo?

## XIX.

»Él sabe si tiernísima le amo,
Y no me quiere por mujer ó sierva:
Sabe que por él muero y que le llamo:
¡Su amor quizá á mi muerte me reserva!
Él, por no oir mi lúgubre reclamo,
Que es capaz de ablandar su alma proterva,
Se esconde, y, como el áspid [5], el oído
Cierra al encanto, por no ser vencido.

## XX.

»Detén, ¡oh Amor! la ardiente fantasía
Que á correr tras de aquel no encuentra meta;
Ó vuélveme la paz y la alegría
Que tuve cuando á ti no fui sujeta.
¡Mas cuánto es loca la esperanza mía,
En que de ti clemencia se prometa,
Que sólo vives y deleite sientes
De hacer ¡ay! de los ojos vivas fuentes!

XXI.

»Mas di que debo sólo lamentarme
De mi ardiente deseo irracional;
Que quiso á tanta altura levantarme,
Que sus alas quemó llama fatal;
Y sin poder tan alto sustentarme,
Caer me hizo del cielo; y mayor mal
Fué, que otra vez las renovó el impío,
Y otra, y no tuvo fin el caer mío.

XXII.

»Mas del deseo no: de mí ¡insensata!
Quejarme debo; que le abrí mi seno,
Y la pasión que el juicio me arrebata
Ha tomado de mí dominio pleno.
Ella sola en mí impera, y me maltrata,
Que en mis fuerzas no está ponerla freno;
Y llévame á la muerte de seguro,
Que el esperado mal, es mal más duro.

XXIII.

»Ni tampoco de mí quiero dolerme;
Porque en amarle error no he cometido.
¿Qué mucho que lograra someterme,
Débil mujer y enferma del sentido?
¿Ni á qué oponer reparo, y defenderme
De lo bello? ¿Gustar no habré debido
Del habla honesta, de la gracia altiva?
¿Qué criatura mirar al sol esquiva?

XXIV

»Á más, que del destino fui impulsada
Á oir al que de fe tan digno era.
Suma felicidad me fué pintada,
En pago del amor que le tuviera.
Si en esa oferta he sido ¡ay me! burlada;
Si un engaño el consejo que me diera
Antes Merlino, dél podré quejarme:
Mas de amar á Rugier, no ya apartarme.

XXV.

»De Merlín, con Melisa juntamente
Dolerme puedo, con dolor eterno:
Él de mi cepa me mostró la gente,
Á los genios llamando del averno;
Y ella logró engañarme cruelmente
Con su halago; y la causa no discierno;
Á no ser que estuvieran envidiosos
De mis tranquilos días venturosos.»

XXVI.

Así exhala su pena; que no alcanza
Conforto alguno á duelo tan prolijo:
Si bien entre temores, la esperanza
Toma enmedio del pecho asiento fijo;
Y ya alivio la da con la membranza
De lo que á su partir Rugier la dijo;
Ya la hace que el pensar negro supere,
Y de hora en hora su venida espere.

XXVII.

La que tarde se pierde [6] la sostiene,
Hasta un mes más del tiempo prescribido;
Y esa en no tanta angustia la mantiene,
Como había su espíritu temido.
Un día, al fin, que por los sitios viene
Por donde á espera de Rugiero ha ido,
Oyó ¡infelice! nueva que á su pecho
Toda esperanza abandonar le ha hecho.

XXVIII.

Encontró de Gascuña un caballero
Que de las tiendas bélicas venía,
Donde estuvo hasta el día prisionero
En que la gran batalla acontecía.
Después de preguntar del campo entero,
Ella demanda lo que sólo ansía:
De Rugiero, y no dice más palabra,
Y espera que el gascón sus labios abra.

XXIX.

En hablar el gascón no escaso anduvo,
Pues á todos conoce; y de esa suerte,
Le contó que Rugier gran lidia tuvo
Sólo y audaz con Mandricardo fuerte;
Y le mató, y después un mes estuvo,
Con honda herida, próximo á la muerte —
Si él hubiera su historia aquí acabado,
Habría al buen Rugiero disculpado.

XXX.

Pero añadió: que había una doncella
En el Real, que llamábase Marfisa:
Que por demás era gallarda y bella,
Y en armas sin igual de toda guisa;
Que ella amaba á Rugier: Rugiero á ella;
Que siempre en grata unión se los divisa,
Y que en el campo todo se ha corrido
Que amor y eterna fe se han prometido.

XXXI.

Y que no bien Rugier se encuentre sano,
El matrimonio publicar se debe;
De lo que todo Príncipe Pagano
Gozo y satisfacción tendrá no leve;
Que de uno y otro el brío sobrehumano
Conociendo muy bien, juzgan que en breve
Raza producirán de hombres de guerra,
La más brava que vió nunca la tierra.

XXXII.

No creía el Gascón lo que decía,
Sin causa; que en el campo de Agramante
Esa opinión universal había;
Y aun fuera, tal rumor era constante.
Las muestras que se daban de hidalguía,
Para fundar el juicio eran bastante:
Que buena ó mala nueva, cuando nace,
La fama en acrecerla se complace.

XXXIII.

El andar con él siempre : el ser llegada
Con él al campo, cuando el riesgo aflige,
Si tiene aquella idea ya sentada,
Hace después que más y más se fije;
Que al salirse del real arrebatada,
Llevándose á Brunelo, como os dije,
Pues que nadie á buscarla se ha resuelto,
Para ver á Rugier, dicen que ha vuelto.

XXXIV.

Para verle no más, que gravemente
Languidecía el Caballero herido;
Y no sólo una vez, sino frecuente
Iba y se retiraba anochecido,
Dando que hacer al vulgo de la gente,
¿Cómo siendo su orgullo tan subido,
Que todo el mundo vil le pareciera,
Con Rugiero no más tan mansa fuera?

XXXV.

Como esto dió el Gascón por verdadero,
Presa del frenesí que la enajena
Fué Bradamante, y de dolor tan fiero,
Que á punto estuvo de morir de pena:
Y sin decir palabra al Caballero,
Volvió el corcel, de rabia y celos llena,
Y despechada se tornó á su estanza,
Y del seno arrancó toda esperanza.

XXXVI.

Sin desarmarse, boca á bajo se echa
Do solía sus penas ir contando;
Y para no gritar, dando sospecha,
Con los dientes el lienzo está apretando;
Y tan premioso el corazón la estrecha
Lo que el gascón la dijo recordando,
Que no puede sufrir dolor tan fiero,
Y así exclama, con eco lastimero:

XXXVII.

«¡Mísera! ¿Á quién creer; de quién me fío,
Si en todos veo el proceder avieso?
¿Si eres falso también, Rugiero mío;
Tú, en quien confié con tan sobrado exceso?
¿Qué crimen, qué traición, cuál acto impío
Se oyó jamás en trágico suceso,
Que no sea menor (di si te atreves)
Á lo que yo merezco y tú me debes?

XXXVIII.

»¿Por qué cuando tu nombre inmortalice
La fama y tu valor y gentileza;
Por qué, pues, como tú, mortal felice,
No hay otro igual en brío ni en belleza;
Por qué entre tus virtudes no se dice
Que tienes la virtud de la firmeza?
¿Por qué no la de fe, firme, inviolable,
Á la que no hay ninguna comparable?

XXXIX.

»¿Sabes que no es luciente sin aquella,
El valor, con que tantos se presumen,
Cual no es nunca visible cosa bella
Cuando no la ilumina claro lumen?
Fácil te fué engañar á una doncella
De quien eras señor, ídolo y numen,
Á quien sólo tu voz hacer podía
Blanca la oscura noche, y negro el día.

XL.

»¿De qué pecado has de dolerte, digo,
Si así tan sin temor matarme intentas?
¿Qué peso habrá de ser grave contigo,
Si el faltar á tu fe por leve cuentas?
¿Cómo usarás tratar á tu enemigo,
Si á mí, que tanto te amo, así atormentas?
¡Ah! ¡si el cielo retarda mi venganza,
Bien diré que se ha roto su balanza!

XLI.

»Si odiosa ingratitud acá en el suelo
Es la culpa mayor que al hombre agrava,
Y aun por eso, al hermoso ángel del cielo
En el Orco el poder de Dios le clava;
Si al pecado le aguarda gran flagelo
Cuando la enmienda el delinquir no lava,
¡Cuida que áspero azote no descienda
Á ti, ingrato conmigo y sin enmienda!

XLII.

»De robo, que delito es bien menguado,
También te acusa el alma que has vendido:
No porque te hayas de ella apoderado
(De eso quiero que vayas absolvido);
Por ti lo digo; que á mi fe te has dado,
Y después sin motivo te me has ido.
Restitúyete á mí; que en vano aguarda
Su salvación el que lo ajeno guarda.

XLIII.

»Tú, Rugier, me has dejado: yo no espero
Dejarte, y ni aun queriéndolo podría:
Mas, por salir de penas, puedo y quiero
Matar la luz de la existencia mía.
Siento no más que sin tu afecto muero:
Si la suerte me hubiera dado pía
Morir cuando á tu pecho le era grata,
¿Quién tendría una muerte más beata?»

XLIV.

Así exclamando, y á morir dispuesta,
Salta del lecho; y ciega, desalada,
La punta de su acero al pecho asesta:
Mas entonces repara que está armada;
Y ese instante á mejor pensar la apresta,
Que grita en su interior: «Dama ensalzada
Con tan alto nacer, ¿sin ver quién eres,
Cortar tu vida con tal mengua quieres?

XLV.

»¿No sería mejor que al campo fueras
Do siempre hallar se puede muerte honrada?
Allí, si ante su vista sucumbieras,
Acaso del cruel fueras llorada:
Y ¡cuán contenta y plácida murieras,
Si murieras al filo de su espada!
Á él le toca cortar la vida tuya,
Pues que vivas muriendo, es culpa suya.

XLVI.

»Quizá logren tus brazos vencedores
La venganza tomar de esa Marfisa,
Por cuyo deshonesto arte de amores
Te abandona Rugiero de esta guisa.»
Consejos tales tuvo por mejores
Bradamante, y al punto una divisa
En las armas se puso, en que figura
Deseo de morir y honda amargura.

XLVII.

De aquel color la sobreveste era
De la hoja, cual queda, si la azota
El Austro que la esparce por doquiera,
Ó cuando su nutriz savia se agota,
Recamada es de troncos por de fuera
De ciprés, árbol triste, que no brota
Si una vez le hirió el hacha: lo restante
Del traje, cumple á su aflicción constante.

XLVIII.

Tomó el noble corcel que Astolfo usaba,
Y aquella lanza de oro, que, tocando,
Al mejor lidiador le desmontaba.
Por qué se la dió Astolfo, y cómo y cuándo,
Y de quién antes él la recababa,
No creo que ya os deba ir recordando;
Y diré sólo que, al tomarla, ignora
La virtud estupenda que atesora.

XLIX.

Sin escudero, ni otra compañía,
Bajó del monte y púsose en camino,
Hacia París, por la más recta vía,
Adonde estuvo el campo Sarracino;
Que aún la gloriosa nueva no corría
De que hubiera Reinaldo el Paladino,
De Malguigio y de Carlos ayudado,
Del asedio á los moros arrojado.

L.

Dejado había el Quercio, y la frescura
De Cahorsa á la espalda, y al gigante
De do vierte el Dordona linfa pura.
Ya á Clermón descubría y Monferrante,
Cuando venir por la feráz llanura
Vido á una dama, de gentil semblante,
Que llevaba un escudo en los arzones,
Y en compañía suya á tres varones.

LI.

Otras damas venían y escuderos,
Quién detrás, quién delante, en doble hilera.
Y la hija de Amón, de los primeros,
Demandó á uno, quién la dama fuera.
Ese le dijo: «Al Rey de los guerreros
Del Franco pueblo viene mensajera,
Desde el ártico polo, conducida
Por largo mar, de la ínsula Perdida.

LII.

»Unos llámanla así, y otros Islanda;
Y la gran Reina de la isla esa,
De beldad tan suprema y veneranda,
Que otra igual á mujer no fué concesa,
El escudo que veis á Carlos manda;
Si bien con pacto y condición expresa,
Que al mejor Caballero se lo entregue
Que en el mundo, á su juicio, á encontrar llegue.

LIII.

»Ella, que sabe bien cuán verdadero
Es que no hay dama que tan bella sea,
Querría hallar también un Caballero
Á quien nadie igualara en la pelea;
Y es su querer tan firme y tan entero,
Que nada hay que le aparte de la idea
De que al más esforzado y valeroso
Tome por Señor suyo y por esposo.

LIV.

»Juzga que en Francia, en la mansión famosa
De Carlomagno, hallarlo corresponde;
Que allí habrá quien por fuerza prodigiosa
Invicto sea, cual de Brava el Conde.
Los tres que lleva, como escolta honrosa,
Todos son Reyes, y os diré de dónde:
De Escocia y Gotia [1], y de Noruega el uno,
Y son bravos cual pocos ó ninguno.

LV.

»Los tres que de países son distantes,
Menos que otros, de la ínsula Perdida
(Que ese nombre la han dado navegantes
Porque poco esa mar es conocida);
Eran y son de la Princesa amantes,
Que es de ellos á porfía pretendida,
Y por ganar su mano han hecho cosas,
Que mientra alumbre el sol serán famosas.

LVI.

»Mas, ni entre éstos ni entre otros de provecho
Piensa que halló de todos el opimo,
Y les suele decir: lo que habéis hecho
Por esta luenga tierra en poco estimo,
Y si á alguno, por bríos de su pecho,
Como á sol entre estrellas le sublimo,
No por eso creáis que me parezca
Primero en armas, y mi amor merezca.

LVII.

»Á Carlomagno, á quien estimo, honoro
Como al más sabio Rey del Occidente,
He de enviar un egregio escudo de oro,
Á condición que lo dará en presente
Al caballero que, en marcial decoro,
Juzgue el primero entre la heroica gente.
Ya su vasallo sea, ya extranjero,
Al juicio de ese Rey confiarme quiero.

LVIII.

»Cuando el escudo Carlo haya tenido,
Y dado al que, de invicto, excelso porte,
Y de mayor bravura haya creído,
Ya sea de la suya, ó de otra corte,
Si es de vosotros uno el que obtenido
Por su valer le hubiere, y me le aporte,
Él tendrá de mi reino el señorío,
Y mi esposo será, y el dueño mío.

LIX.

»Tales dichos han hecho aquí venir
Á esos Reyes de clima tan repuesto;
Que ganar el escudo, ó bien morir
Á manos de quien venza, se han propuesto.»
Atenta estuvo Bradamante á oir
Lo que cortés el escudero ha expuesto;
El cual picó el caballo, y fué al instante
Á unirse á los demás que iban delante.

LX.

Ella seguirle en su correr mal pudo;
Porque absorbida en reflexión intensa,
De las riendas más bien afloja el nudo;
Y allá en su mente revolviendo piensa
Que ha de causar en Francia aquel escudo
Discordias, lucha, enemistad inmensa,
Si entre sus Paladines ú otros, Carlo
Al que juzgue más digno haya de darlo.

LXI.

Eso la inquieta; pero muy más siente
Su herido corazón que, en torpe guisa,
La abandone Rugiero, y fácilmente
Su amor le quite y se lo dé á Marfisa.
Tan fija en esto está toda su mente,
Que no mira el camino, ni divisa
Pueblo ni caserío en donde hallase
Cómodo albergue en que la noche pase.

LXII.

Cual barca de la orilla ya distante,
Porque onda ó viento sus amarras corta,
Sin remo ni gobierno va flotante
Do la corriente á su placer la porta,
Iba así, sin sentir, la dama amante,
De Rugiero en la imagen toda absorta,
Do quiere Rabicán, del cual se olvida,
Su idea, que tan lejos va perdida.

## LXIII.

Alza por fin los ojos, y ve el día
Irse acabando, y que ya el sol á Ocaso,
Como el mergo en la mar se sumergía,
Abriendo al carro de la noche el paso;
Y hora comprende que pasar tendría
Las negras horas en el campo, al raso,
Y observa que sutil aire se mueve,
Que amenaza traer escarcha ó nieve.

## LXIV.

Pica, agitando á su corcel la brida;
Y no bien ha corrido corto trecho,
Á un pastor ve que de su hatillo cuida
Y recoge, bajando de un repecho.
Á ese pide le enseñe do acogida
Pueda encontrar y hospitalario techo,
Malo ó bueno, pues sea bueno ó malo,
Siempre será mejor que estarse al ralo.

## LXV.

Y el pastor: «No sé (dijo) de ninguno
Que os pueda yo enseñar, menos lejano
De cuatro ó cinco leguas, si no es uno
Que se llama la roca de Tristano:
Mas si alojarse en él pretende alguno,
Ganar debe el derecho lanza en mano,
Y que entienda el que gane en aquel juego,
Que está obligado á defenderle luego.

LXVI.

»Al que primero viene, se le lleva
Á la estancia de honor, si está vacante;
Mas ha de prometer, si gente nueva
Llega, vestir las armas al instante.
Si no viene, varón no hay que se mueva:
Mas si viene, á probar al nuevo andante
Debe salir; y que el de menos brío
Quede al sereno y al nocturno frío.

LXVII.

»Si cuatro ó cinco juntos han llegado,
Se da á todos albergue generoso;
Mas si viene uno luego, este cuitado
Ha de lidiar con todos sin reposo.
Así, pues, al postrero aposentado,
Es á quien cabe esfuerzo más penoso;
Que bien ha menester rejo y ahinco,
Pues luchar debe con los cuatro ó cinco.

LXVIII.

»Suele á veces venir dama ó doncella,
Sola ó con sus sirvientes, á esta Roca:
Y si otra llega luego, á la más bella
Quedarse, á las demás salir las toca.»
Bradamante pregunta dó está aquella,
Y el buen villano, sin abrir la boca,
La señala un castillo con la mano,
Como cinco ó seis millas de lejano.

LXIX.

Aunque es fuerte el corcel, la dama hermosa
No le quiere apretar, ni dar quebranto,
Porque la vía está blanda y fangosa,
De la nueva estación, pluviosa un tanto;
Y no llega hasta haber la noche umbrosa
Cubierto el mundo con su negro manto.
Cerrada halló la puerta, y á su guarda
Le gritó que alojarse dentro aguarda.

LXX.

Díjole aquél, que el sitio han ya obtenido
Grandes y Damas, que antes dél vinieran;
Los que en torno de fuego bien nutrido,
Que les sirvan la cena sólo esperan.
«Pues á menos que la hayan ya comido,
Para ellos no creo que la hicieran
(Dijo la dama): ve, y á esos varones
Avisa; que sé el uso y condiciones.»

LXXI.

Parte el custodio, y lleva la embajada
Á do se están los nobles regodeando:
La cual no ciertamente les agrada,
Que la noche es cruel y está nevando.
Se alzan con todo en guisa destemplada,
Y rehacios las armas van tomando.
Quedan unos, y van otros delante
Do los llama la altiva Bradamante.

LXXII.

Tres son esos; y tal su esfuerzo era,
Que el mundo otros más bravos no tenía:
Eran los que á la dama mensajera
Dejamos escoltando el mismo día;
Cuyo orgullo en Islanda difundiera,
Que el escudo á su casa volvería.
Como habían trotado más ligeros,
Al castillo aportaron los primeros.

LXXIII.

Pocos, como ya os dije, eran mejores,
Mas de esos pocos la guerrera es una;
Que no entiende pasarse los rigores
Del temporal allí, lasa y ayuna.
Ventanas los de dentro y corredores,
Por ver la lid ocupan, á la luna,
Que espacio á veces de los cielos toma,
Y entre las nubes y la lluvia asoma.

LXXIV.

Como se alegra enardecido amante
Á quien Amor al hurto dulce lleve,
Cuando tras larga espera y anhelante,
Siente que ya el llavín lento se mueve,
Así, ansiosa la fuerte Bradamante
De que su aliento con los tres se pruebe,
Se alegra cuando siente el grato ruído
De la puerta y del puente que han tendido.

LXXV.

Y cuando oye sonar ya en la pradera
De los corceles el batiente callo,
Se aparta á tomar campo la guerrera,
Y vuelve á toda brida su caballo;
Y enristra aquella lanza que le diera
Su noble primo; y que jamás da fallo:
Que es fuerza que el qué toca en la pelea,
Al suelo vaya, aunque Mavorte sea.

LXXVI.

Es el Sueco el primero que ha embestido,
Y el primero en caer también al llano,
Y aun el yelmo sacó roto y hendido,
Que no fué el golpe de inexperta mano.
Corrió luego el de Gotia, y despedido
Al aire fué, de su corcel lejano;
Y al que queda, lanzóle con presteza
Y le hundió en un pantano de cabeza.

LXXVII.

Así que ella, en tres botes de su lanza,
Hizo que aquella gente se aventase,
Á la roca se va, donde su estanza
Tener debe: mas antes de que pase,
La hacen jurar salir sin más tardanza,
Siempre que otro á justar fuera llamase;
Si bien el Castellano grande honor
La da, que ha visto su sin par valor.

LXXVIII.

Asimismo la dama, que venida
Allí á la noche, con los Reyes era;
La enviada de la ínsula Perdida
Al monarca francés por mensajera,
Como es cortés de trato y comedida,
Y ya la hizo saludo la guerrera,
Vase á su encuentro, y con afable ruego,
La da la mano y la conduce al fuego.

LXXIX.

Comenzando la dama á desarmarse,
Ya de su frente el yelmo ha separado,
Cuando una red ó cofia, en que arreglarse
Suele el cabello, por demás sobrado,
Salió con él, cayendo á derramarse
Por las espaldas el caudal dorado;
Conque mostróse á todos cual doncella,
Si hermosa en armas, sin morrión, más bella.

LXXX.

Como cuando telón de pronto sube,
Y aparece entre luces mil la escena,
Con moles y arcos que por ciertos tuve,
De oro y estatuas y pinturas llena;
Ó como suele el sol, tras densa nube,
Mostrar su faz expléndida y serena;
Así el yelmo, apartando de su pelo,
Mostró la dama abrirse el mismo cielo.

LXXXI.

Ya los rubios cabellos han crecido,
Que cortó el eremita por su mano,
Pues hoy pueden sufrir nudo ceñido,
Y ya no están cual los halló el hermano.
Á Bradamante al punto ha conocido,
Que otras veces la ha visto, el Castellano
Señor de aquella roca; y más que antes
La abruma de caricias incesantes:

LXXXII.

Siéntanse al fuego; y, con decir honesto,
Pasto á la mente dan, suave á la oreja;
Mientras para animar del cuerpo el resto,
Más preciso alimento se apareja.
La dama al huésped preguntó si es esto
Del hospedaje usanza nueva ó vieja;
Y cuándo origen tuvo, y quién la impuso;
Y él así á complacerla se dispuso:

LXXXIII.

«Cuentan de Fieramonte los anales,
Que su hijo Clodión amor tenía
Á una beldad, de hechizo y gracias, cuales
En esa antigua edad otras no había;
Á la que amaba con extremos tales,
Y tanto la celaba y la seguía,
Que Argos no gasta en Ino [8] más desvelos;
Porque aún más que su amor, eran sus celos.

LXXXIV.

»Él la tenía aquí, pues este Estado
Su padre le donó, y él le guardaba
Con otros diez guerreros á su lado,
De lo mejor que en Francia se contaba.
Estando en él, Tristán, acompañado
De una dama de bella faz, llegaba,
Á quien librado había, no distante,
De los brazos de un bárbaro gigante.

LXXXV.

»Llegó el bravo Tristán cuando su manto
Tiende la noche de vapor y bruma,
Y pidió de hospedaje el uso santo;
Que á su dama el cansancio y pena abruma.
Mas Clodión, amador celoso tanto,
Tras largo vacilar, decidió, en suma,
Que á nadie de este mundo se dé entrada
Mientras que tenga dentro á su adorada.

LXXXVI.

»Después que, con instancia y larga prez,
Lograr no puede albergue el Caballero,
Dice: «Lo que por buenas esta vez
»Me niegas, que lo harás mal grado espero.»
Y á Clodión desafía y á los diez
Que son con él, y, con acento fiero,
Les ofrece, la espada ó lanza en mano,
Probar que es cada cuál torpe y villano.

LXXXVII.

»Y que este pacto han de observar les dijo;
Que, si los vence, ocupará la roca
Él solo, y ellos quedarán, de fijo,
Fuera de hogar, como á vencidos toca.
Por salvar su decoro, sale el hijo
Del Rey de Francia al trance que provoca;
Y Tristán á los once tira al suelo,
Y él va al puente, y los deja al raso cielo.

LXXXVIII.

»Y dentro del castel encuentra á aquella
Que era, ya os dije, á Clodión tan cara,
Y á quien tuvo deleite en hacer bella
Natura, en dar belleza tan avara.
Mientras dentro Tristán habla con ella,
Fuera el amante sufre pena rara;
Y le manda cien ruegos, y le implora,
Que no le tenga así sin la que adora.

LXXXIX.

»Tristán, aunque mujer ninguna precia
Sino á Isota, y ni amar á otra podría,
Porque á toda hermosura menosprecia,
Desque el filtro encantado bebió un día [9],
Para vengar la vil repulsa necia,
Que le dió Clodión, sin cortesía,
Le hace decir que fuera estultez rara
Que de su casa á tal beldad se echara.

XC.

»Y si velar al raso sin esposa
Le duele, dispondrá que con él ande
La joven que salvó, que es fresca, hermosa,
Si, en verdad, de belleza no tan grande:
Y la salida de ella hará forzosa,
Para que le complazca en lo que mande;
Que lo que es de la otra, será justo
Que de los dos la tenga el más robusto.

XCI.

»Clodión, despedido y mal contento,
Pasó la noche toda siempre andando,
Como quien guarda amigo campamento,
Mientras están los suyos reposando;
Y más se duele que del frío y viento,
De que le están su dama arrebatando.
Mas Tristán, generoso, á la mañana
Se la volvió, y calmó su pena insana.

XCII.

»Porque le dijo, y lo probó por cierto,
Que como él la encontró se la volvía;
Y aunque bien merecía todo entuerto
Por lo mal que con él obrado había,
El haberle alojado á cielo abierto
Le bastaba, y el susto que tendría;
Y eso porque en disculpa no ha tenido
Que fué de amor el fallo en que ha caído.

XCIII.

»Que amor hace cortés al que es villano,
No villano al cortés y caballero.
Cuando de este lugar partió Tristano,
No siendo ya á Clodión muy lisonjero,
De la roca el dominio soberano
Á un su amigo lo dió, fuerte guerrero;
Con pacto que él y quien detrás viniese,
Esta ley de alojar siempre siguiese:

XCIV.

»Que al caballero de mayor pujanza,
Y dama más gentil, siempre se admita;
Y si vencido es él, deje la estanza;
Y si lo es ella, vaya en paz bendita.
Desde entonces se sigue tal usanza,
Y no hay quien alterarla se permita.»
Mientras esto decía el Caballero,
La mesa disponía el repostero.

XCV.

En la más noble sala la previno,
Que no había en el mundo otra tan bella.
Después, con hachas encendidas, vino
Por las damas que, atento, llevó á ella.
Observó Bradamante, en su camino,
Y no menos también la otra doncella,
Las paredes cubiertas de pinturas,
La riqueza de entallos y esculturas.

XCVI.

Tanto de aquel ornato es el esmero,
Que, extáticas, se olvidan de la cena;
Y bien la han menester gozar primero,
Que del día fué larga la faena.
Ya se duelen el mestre y cocinero
De que se enfríe confección tan buena;
Y no faltó quièn depresivo encuentre
Dar á los ojos pasto antes que al vientre.

XCVII.

Siéntanse, y antes de que el néctar ande,
De pronto el Castellano se conmueve;
Que es alojar dos damas error grande;
Pues sólo la más bella estarse debe,
Y á la otra es forzoso se la mande
Á sufrir en el campo lluvia y nieve;
Porque juntas entrambas no han venido;
Y la funesta ley las ha cogido.

XCVIII.

Á dos ancianos llama de su gente,
Y á varias dueñas que entendidas son;
Y las hace observar prolijamente,
Para hacer de las dos el parangón.
Parecer fué de todos finalmente,
Que es más bella la hermosa hija de Amón;
Que á la otra en beldad así vencía,
Como venció á los tres en bizarría.

## XCIX.

Á la Islandesa dama, que sin susto
No está, más harto recelosa de esto,
El dueño dijo: «No juzguéis injusto,
Señora, el proceder, ni poco honesto,
Si os obligo á salir contra mi gusto;
Que esa es la ley, y á todos manifiesto
Que esta, aun así en su bélica llaneza,
Os excede en encanto y en belleza.

## C.

Como se ve de pronto nube oscura
Desde el húmido val subir al cielo,
Que la faz, que primero era tan pura,
Cubre del sol con tenebroso velo,
Así á la dama, á la sentencia dura
Que la envía al rigor del aire y hielo,
Mudar se la ve el rostro; y no es ya aquella
Que antes lucía tan jocunda y bella.

## CI.

Y hora se torna pálida y adusta,
Viendo á qué dura pena se la lleve.
Mas Bradamante, con razón robusta,
Porque la dama á compasión la mueve,
Exclamó: «Pues no tengo yo por justa,
Ni creo que sentencia darse debe,
Si primero no se oye lo que alega
El acusado, y lo que afirma ó niega.

## CII.

»Yo que su parte defender espero,
Digo que sea, ó no, más grata ó bella,
No vine aquí como mujer, ni quiero
Ganarme glorias de gentil doncella.
¿Ni quién dirá, no viendo el cuerpo entero,
Si soy, ó si no soy del sexo de ella?
¿Y lo que no se sabe es bien decirse,
Mucho más, cuando á otro ha de afligirse?

## CIII.

»De muchos hombres sé que aventajarme
Pueden por largo pelo, de este modo;
Y que, cual paladín, supe ganarme,
Sabéis, la posesión de este acomodo.
¿Por qué, pues, de mujer queréis tratarme,
Si son mis actos de varón en todo?
Luchar dama con dama la ley pide,
Y aquí con un guerrero se la mide.

## CIV.

»Mas supongo que, así como os agrada,
Yo mujer fuese, y de valer escaso,
¿Si de esta dama la beldad probada
Perder me hiciera el hospedaje, acaso
Me quitaríais la merced ganada
Por mi valor, en el honroso paso?
¿Perder por menos bella justo fuera
Lo que gané por mi virtud guerrera?

CV.

»Y aun cuando vuestra usanza sea tal,
Que á la que es menos bella haga salir,
Yo habría de quedarme á bien ó á mal,
Y al fin mi justo empeño conseguir;
Conque, siendo la lucha desigual
Entre esta y yo, podéis bien inferir
Que nada en ser más bella ganaría,
Y en el un caso y otro perdería.

CVI.

»Si no se pesan pérdida y ganancia,
Todo pacto es falaz, injusto y ciego;
Conque así, por derecho ó tolerancia,
Dad el albergue á su justicia ó ruego;
Y si alguno tuviere la arrogancia
De decir que no es bueno lo que alego,
Estoy pronto á probarle, hierro en mano,
Que él está en lo maligno, y yo en lo sano.»

CVII.

La hija de Amón, á quien al alma toca
Que se cause á tal dama el grave entuerto
De echarla del turbión á la ímpia boca,
Y al rigor de la noche, al descubierto,
Persuadió al Castellano de la roca,
Con su grato decir, de tanto acierto,
Y más aún con su razón postrera,
Á que al medio propuesto se aviniera.

CVIII.

Como en mitad de la estación estiva,
Cuando sedienta asaz está la hierba,
La mustia flor á quien faltando iba
Todo el jugo que en vida la conserva,
Siente la lluvia plácida y se aviva;
Así cuando defensa tan superba
Oyó la mensajera, en dos instantes
Tornóse bella, como estaba de antes.

CIX.

La cena, que aún intacta se encontraba,
Al fin disfrutan, entre juego y chiste,
Sin perturbarles ya la idea prava
De que otro pretensor se la conquiste.
Todos gozan: no así la virgen brava,
Que está, cual suele, dolorida y triste,
Que aquella angustia, aquel dolor injusto
Fijo en su corazón la amarga el gusto.

CX.

Acabada la cena, que bastante
Durara más, si afán no les moviera
De ver la rica estancia, Bradamante
Se levantó, y después la mensajera;
Y á una señal del amo, en el instante
Ardieron hachas mil de blanca cera,
Que inundaron de luz prodigio tanto.
Os dirá lo demás el otro canto.



CVIII.

[illegible]

CIX.

[illegible]

CX.

[illegible]

# ORLANDO FURIOSO.

---

ARGUMENTO DEL CANTO TRIGÉSIMOTERCERO.

Bradamante en la roca de Tristano
Futuras guerras de Franceses mira.
Al ínclito Señor de Montealbano
La lucha de Bayardo le retira
De la lid con el fuerte Sericano.
Volando Astolfo, por el mundo gira:
Á Nubia llega, y las arpías mata
Que hacían á su Rey la vida ingrata.

---

# ORLANDO FURIOSO

CANTO PRIMERO

[illegible]

[illegible]

I

[illegible]

# ORLANDO FURIOSO.

---

## CANTO TRIGÉSIMOTERCERO.

I.

Los antiguos Parrasio, Polignoto,
Timágoras, Protógenes, Timante,
Y Apeles, entre todos el más noto,
Zeuxis, y la demás tropa brillante,
De esos, á quienes, á pesar de Cloto [1],
Vida les da la Fama resonante,
Que durará mientras la luz febea
Brille en los cielos, y se escriba y lea;

II.

Y los que en nuestros días son ahora,
Leonardo, Manteña, Juan Belino,
Los Dosis, y el que esculta cual colora,
Miguel, más que mortal, Ángel divino;
Bastián, Ticiano y Rafael, que honora
Como al uno Venecia, al otro Urbino;
Y los demás á quienes hoy se admira,
Como admiró á los suyos griega Egira;

III.

Los que hoy vemos brillar; los que laureles
Á sus frentes, mil años ha, ganaron;
Lo presente ó pasado, en tablas fieles,
Ó en mármoles y muros retrataron:
Mas no oisteis jamás que sus pinceles
Los futuros sucesos nos pintaron;
Pues mis héroes, con todo, aparecidas
Historias van á ver aún no ocurridas.

IV.

Tales, que no en sus obras llegó á tanto
Pintor antiguo ni pintor moderno;
Que todo arte mortal cede al encanto
Á que obedece hasta el Precito eterno.
La estancia de que hablaba el otro canto,
La hizo hacer por los genios del infierno
Merlín en una noche, socorrido
Por su libro, que en Norcia [2] escrito ha sido.

V.

Tal arte, que produjo antiguamente
Prodigios mil, ya muerto considero;
Mas volvamos do queda nuestra gente,
Á ver riquezas del salón primero.
Dije que hizo encender luz esplendente
El Señor de la roca á un escudero;
Con lo cual, todo en torno relucía
Más que si entrara el resplandor del día.

VI.

Y dijo aquel señor: «Que sepáis quiero
Que de las cosas que aquí véis fingidas,
Pocas se han hecho aún, y que primero
Se han pintado que fueren ocurridas.
Adivinólas el pintor severo:
Él nos traza las guerras sostenidas;
Él los triunfos y pérdidas nos muestra
Que en Italia tendrá la gente nuestra.

VII.

»Guerras que, para ejemplo al Franco insano,
Previendo ante años mil del tiempo el giro,
De Merlín puso el genio sobrehumano,
En los muros que véis y que yo admiro.
Él fué mandado por el rey Britano
Al hijo y sucesor de Marcomiro [3];
Y por qué le mandara, y á qué asunto
Quiso tal obra hacer, os diré al punto.

VIII.

»Faramundo el primero fué que ansioso
Puso en la Galia el pie, pasando el Reno;
Y así que la ocupó, quiso animoso
Poner á la soberbia Italia el freno.
Hízolo, porque vió del poderoso
Romano Imperio enflaquecido el seno;
Y por ende, y el golpe dar seguro,
Fué la alianza á buscar del Anglo Arturo.

IX.

»Arturo, que ningún acto prefijo,
Sin el consejo de Merlín obraba:
De Merlín hablo, del demonio hijo,
Que las cosas futuras penetraba,
Supo por él, y á Faramundo dijo
Cuánto mal á su gente amenazaba,
Si á entrar se decidía aquella tierra
De entre Apenino y Alpe que el mar cierra.

X.

»Merlino le hizo ver que casi cuantos
Rijan, tras él, las armas de la Francia,
En tal lucha hallarán sólo quebrantos
De hambres, pestes, traiciones, inconstancia;
Y entre alegrías breves, largos llantos;
Y con daños sin fin, pobre ganancia
Sacarán de la Italia; y que es delirio
El pensar que en su suelo arraigue el Lirio.

XI.

»Dió Faramundo asenso á la embajada,
Y de la empresa desistió guerrera;
Y Merlín (que esa lucha desdichada
Predice antes de ser, cual si la viera)
Se cree que, á ruegos de aquel Rey, pintada
La expuso aquí, tan propia y verdadera,
Para que á todo Franco manifiesto
Le fuese de esas guerras lo funesto.

XII.

»Y sabiéndolo, entienda: que homenaje
Recibirá de gloria, y prez y honor,
Cuando á defensa de la Italia baje
Á lidiar contra el bárbaro furor:
Mas sólo daño sacará y ultraje
Si desciende á oprimirla cual señor;
Y que tendrá, si lo hace así, de cierto
Tras de esos montes el sepulcro abierto.»

XIII.

Así hablando, á la dama ha conducido
Á explicarla á do empieza la pintura;
Donde Hildeberto emprende, seducido
Por oro de Mauricio [4], la aventura.
«Ve aquí, que del Mons-Jove [5] ha descendido
De Lambro y del Ticino á la llanura;
Y ved (dice) que Autar [6] le ha rechazado,
Vencido, y puesto en fuga, y destrozado.

XIV.

»Á Clodoveo ved, que igual intentó,
Con cien mil hombres, lleva, y baja ardiente;
Y al Duque ved allí de Benevento,
Que con hueste inferior le sale al frente.
Allí finge dejar su campamento,
Y arma celada; y la francesa gente
Corre al vino lombardo; y con gran ruína,
Queda como en el cebo la sardina.

XV.

»Es este Childeberto; y mirad cuánta
Hueste, y cuánto Señor á Italia envía;
Y que, cual Clodoveo, así decanta
Que ha vencido y saqueado á Lombardía;
Mas el calor, la peste cae con tanta
Ira sobre él, que llenan campo y vía
Sus enfermos, que mueren tan sin cuento,
Que no vuelven ni diez de cada ciento.

XVI.

»Ved cómo aquí Pepino y Carlos llevan
Su brazo á Italia, do el volcán se enciende,
Y ambos los goces de la suerte prueban,
Pues esta vez su empresa no la ofende;
Que uno liberta al gran Pastor Esteban,
Y el otro á Adriano y á León defiende:
Doma aquel á Ataulfo: éste aprisiona
Vencido al sucesor de su corona.

XVII.

»Éste que véis es el menor Pepino,
Que parece que cubre con su gente
De el Erídano al lido Palestino.
Con grandes gastos y trabajo ingente,
Á Malanioco [7] casi á juntar vino
Con Rialto, y lidió sobre ese puente:
Mas del mar la violencia le anonada,
Y bajo dél su hueste es sepultada.

## XVIII.

»Ved á Luís de Borgoña, que desciende
Adonde queda al fin vencido, opreso;
Y do le hace jurar el que le prende,
Que no más en la guerra le hará peso;
Y el juramento sacro luego vende;
Y vencido otra vez quedando y preso,
Allí los ojos deja ¡triste prueba!
Y, hecho topo, su gente se lo lleva.

## XIX.

»Á Hugo de Árles mirad con grandes hechos,
De la Italia arrojar los Berengarios,
Que varias veces son rotos desechos,
Si repuestos por Hunos y Bavarios.
Capitula por fin, cuando en estrechos
Lances le ponen los sucesos varios:
Muere, y tampoco su hijo sobrevive,
Y un Berengario el cetro de él recibe.

## XX.

»Ved á otro Carlos (que por dar firmeza
Al Gran Pastor) á Italia lleva el fuego,
En dos batallas de mortal fiereza
Mata á Manfredo, á Conradino luego:
Mas contra el Galo, que con vil torpeza
Oprime al pueblo, el pueblo, de ira ciego,
De Vísperas [8] al toque se amotina,
Y por plazas y calles le asesina.

XXI.

»Después (aunque tras término lejano
De años, de siglos), ved que á Italia pasa
Á dar guerra un caudillo Galicano [9],
De los Viscontis á la ilustre casa;
Y estrecha á Alejandría en cerco insano,
De á pie y jinetes con porción no escasa;
Mas, dejándola el Duque guarnecida,
Lejos sale á emboscar tropa escogida.

XXII.

»Y la gente de Francia, poco experta,
Ciegamente llevada á la celada,
Por el Conde Armaniaco, que no acierta
En traerla á esa empresa desdichada,
Por el Campo una parte queda muerta,
Y otra va á Alejandría aprisionada,
Dejando, más que de agua, el hondo seno
Del Tánaro y del Po, de sangre lleno.

XXIII.

»Ved aún La-Marca, y ved tres Angevinos,
Uno tras otro, hacerse asaz dañosos
Á Brusios, Daunos, Marsos, Salentinos,
Causándoles asaltos temerosos:
Mas no de los franceses, ni latinos,
Los sostienen esfuerzos poderosos;
Pues que Alfonso y Fernando al fin los lanzan,
Cuantas veces á herir á Italia avanzan.

XXIV.

»Ved á Carlos Octavo, que desciende
De los Alpes: la flor lleva afamada
De Francia, y por Italia ya se extiende,
Pasado el Liris, sin sacar la espada.
De Ischia sólo el escollo se defiende
Do la Tifea [10] espalda está abrumada;
Que, de la sangre de Ávalo, el contrasto
Allí encuentra con Íñigo del Vasto.»

XXV.

El Señor de la roca, que venía
Explicando esta historia á Bradamante,
Enseñándole á Ischia, prorrumpía:
«Primero que de aquí pase adelante,
Sabed lo que un pasado me decía,
Á mí, su chozno, cuando aún era infante;
Y lo que á él también su padre dijo,
Y trasmitido ha sido de hijo en hijo.

XXVI.

»De estos todos, un último ascendiente
(Subiendo hasta el que oyó de propia boca
Al autor esta historia tan patente,
Que hacerla tal en maravilla toca),
Fué quien la tradición pasó á la gente,
Que ora lucir la mira en esta roca:
Él oyó, que al mostrar al Rey Merlino
Este castel, le dijo el adivino:

XXVII.

»Que en esta isla, y de la propia raza
De ese bravo adalid, que la defiende
De cuanta adversa furia la amenaza,
De hierro y fuego, que hasta el Faro enciende,
El nacer, á muy pronto, el cielo aplaza
(Y hasta el año y el día á dar se extiende)
De un Caballero, á quien será segundo
El mejor que haya enviado Dios al mundo.

XXVIII.

»No tan bello Niréo: no valiente
Será Aquiles cual él: no tan ligero
Lada el Veloz [11]; no Ulises tan prudente,
Ni Néstor, que viviera un siglo entero;
Ni alzó á César más pródigo y clemente
El clarín de la fama pregonero:
Ninguno de éstos igualar podría
En nada á aquel que en Ischia nacería.

XXIX.

»Si Creta antigua así supo alegrarse,
Porque el nieto naciera allí de Cœlos;
Si de Alcides y Baco, así jactarse
Tebas; si así de sus mellizos Delos [12],
¿Cómo no habrá esta isla de gloriarse,
Y elevar su ventura hasta los cielos,
Cuando aquel gran Marqués [13] en ella nazca,
Á quien dar gracia tanta á Dios le plazca?

XXX.

»Eso Merlino díjole, añadiendo
Que en el tiempo nacer le está guardado
En que el Romano Imperio irá cayendo,
Á fin de que por él sea salvado;
Mas porque de esto luego he de ir diciendo,
No os quiero dar aviso adelantado;
Y lo que el gran valor de Carlos prueba,
X Á referiros la ilación me lleva.

XXXI.

»Bien pronto se arrepiente Ludovigo [14],
Que á los campos de Italia trajo á Carlo.
Por inquietar á su rival antigo,
Le había hecho venir, no por lanzarlo;
Así después se torna en su enemigo:
Se une á Venecia, y llega ya á cercarlo,
Cuando la lanza enristra el Rey valiente,
Y se abre paso entre la adversa gente.

XXXII.

»Mas no la tropa que á guardar se apresta
El nuevo reino consiguió igual suerte.
Fernando [15], con la ayuda que le presta
De Mantua el Duque, retornó tan fuerte,
Que en pocos meses no quedó una testa,
En tierra ó mar, á que no diese muerte;
Mas no el placer gozó de haber vencido,
Por un varón tan solo que ha perdido.

XXXIII.

»Vedle: el Marqués es ese de Pescara,
Alfonso ilustre, que acabó triunfante
Empresas tantas, que su estirpe clara
Por él ha de brillar más que el diamante;
Y hora en la insidia cae que le prepara
De un Etiope [16] la vil mano tremante;
Y el mejor caballero que ha alentado,
Muere de una saeta traspasado.

XXXIV.

»Mira al Doceno Luís, que esa garganta
Pasa, y vanguardia suya es el romano:
Vence al Moro, y la lis de oro levanta
De los Viscontis en el verde llano;
Y hace de Carlos proseguir la planta,
Y los puentes echar al Garellano:
Mas su gente después, rota, dispersa,
En el río caudal muere sumersa.

XXXV.

»Y no golpe en La Apulla menos malo
Recibe el franco ejército vencido;
Pues le destroza el español Gonzalo [17],
Que en sus redes dos veces le ha cogido;
Aunque si aquí la suerte oprime al Galo,
Se ve de la fortuna sonreído
En la rica llanura que el Po riega,
Y entre Apenino y Alpe al Adria llega.»

XXXVI.

Dice así, y á sí propio se reprende,
Que lo que era antes de esto se ha dejado;
Y atrás vuelve, y designa á uno que vende
El fuerte que á su honor le fué confiado:
Señala al Suizo pérfido [18], que prende
Al Señor que á servirle le ha asoldado;
Cuyos dos hechos, sin más lid ni gloria,
Le dan al Rey de Francia la victoria.

XXXVII.

Después á César Borja considera,
Á quien Luís el poder en Roma agranda;
Que rige á nobles de la prez primera,
Y da castigos, y á destierros manda.
Dice de Luís, que de Bolonia fuera
Echa la Sierra, y pone allí la Glanda [19];
Y luego á los alzados genoveses
Sujeta de un asalto á los reveses.

XXXVIII.

Y sigue así: «Mirad de gentes muertas
Llena de Guiáradadada la campaña:
Toda ciudad al Rey abre las puertas,
Y gracias que Venecia se le extraña.
Las iras ved del Papa al fin abiertas,
Pues pasar no le deja de Romaña,
Ni que le tome á Módena permite
Al de Ferrara, y ni un lugar le quite.

XXXIX.

Mas el Rey, al contrario, no hay que ceje:
Á Bolonia recobra, y asegura
Allí á los Bentivoglios, sin que deje
De entrar á Brecia á saco, sin cordura,
Y á Felsina [20] á la vez casi protege,
Y á la hueste papal rompe y apura.
Un ejército y otro luego pasa
Á rehacerse al litoral de Quiasa [21].

XL.

Aquí la Franca gente un campo acrece,
Allí la Hispana, y grande es la pelea [22]:
El aire abrasa, el suelo desparece:
De sangre de uno y otro el suelo humea:
Llanuras, fosos, todo lo enrojece,
Y la victoria vacilante ondea.
Á un Alfonso por fin debe la Francia
Que ceda del Hispano la arrogancia.

XLI.

El vencedor saquea crudamente
Á Rávena; y el Papa, que tal mira,
Se muerde el labio: á la tudesca gente
Hace bajar, y en su tremenda ira,
Al francés embestir (que ni hace frente),
Y allende de los Alpes le retira;
Y esqueje [23], en el jardín planta de El Moro,
Y hace arrancar de allí las lises de oro.

XLII.

Ora vuelve el Francés; y otro trabajo
Sufre del Suízo infiel, que á su partido
Con harto riesgo, Esforcia el joven trajo,
Sin cuidar que á su padre han mal vendido;
Y ved al Franco ejército, que bajo
La rueda de fortuna hubo caído,
Al tener nuevo Rey, cuál se prepara
Á vengar la derrota de Novara [24].

XLIII.

Bajo auspicio mejor aquí retorna,
Y el nuevo Rey Francisco [25] va el primero;
Y á los Suízos de modo tal descorna,
Que en poco estuvo darles fin entero,
Y el título extinguir con que se adorna
Ese tosco y villano pueblo fiero,
Que de Reyes terror llamarse pudo,
Si de la Iglesia Santa firme escudo.

XLIV.

Ved que, magüer la liga, ya se entiende
Con Esforcia, y Milán gana Francisco [26].
Ved á Borbón, que la ciudad defiende,
Y es contra los Tudescos fuerte risco;
Y ved que en tanto que á más obra atiende
El bravo Rey, ignora el levantisco
Proceder de su gente y su crueldad,
Que perder le hace al cabo la ciudad.

XLV.

Mirad á otro Francisco [27], que asemeja,
No en nombre sólo, á su preclaro abuelo:
Él, después que al francés expulso deja,
De la Iglesia amparado, el patrio suelo
Restaura, y si aún retorna, no en la vieja
Usanza de cruzar la Italia á vuelo;
Que el buen Duque de Mantua, en el Ticino
Le sale al paso, y córtale el camino.

XLVI.

»Federicó, que ha poco de la infancia
El fresco albor dejó, gana de Marte
En las lides la prez de la arrogancia,
Y aun más el lauro de presteza y arte.
Salva á Pavía del furor de Francia,
Y del odio del Véneto estandarte.
Mas ved á dos Marqueses [28], de memoria
Al Francés triste, de la Italia gloria.

XLVII.

»Los dos de un mismo tronco son nacidos:
Hijo es aquel del otro Alfonso, el viejo,
Que del Etiope vil á los vendidos
Golpes, el verde suelo hizo bermejo.
¡Cuántas veces los Francos van huídos
De Italia, por su brío y su consejo!
Éste, de rostro bondadoso y fasto,
Se llama Alfonso y señorea al Vasto.

XLVIII.

»Y es el insigne de quien ya os decía,
Cuando la Ischia ínsula os mostrara,
Que era de quien Merlín predicho había,
Cuando tantas desdichas anunciara,
Que diferirse su natal debía
Á cuando más favor necesitara
La conturbada Iglesia, y en más serio
Peligro vieran al Romano Imperio.

XLIX.

»Éste tras el su primo de Pescara,
Con la ayuda de Próspero Colona,
Hace que La Bicoca [29] salga cara
Al Suizo y al Francés, que no perdona.
Ved cuál su Rey de nuevo se prepara
El desdoro á vengar de su corona;
Y baja con un campo á Lombardía,
Y otro á predar á Nápoles envía.

L.

»Mas la que hace de nos, lo que hace el viento
Del seco polvo, que alza en remolino,
Y al cielo le alza, y luego en un momento
Lo vuelve á echar al suelo de dó vino;
Hace que cuando se halla sólo atento
Á asir su presa, y piensa que previno,
Y tiene hombres cien mil, el Rey ignora
Si se aumenta su gente ó se aminora.

LI.

»Por culpa así de avaros ó ladrones,
Y por bondad de aquel que en ellos fía,
Acudió gente escasa á sus pendones,
Cuando sonó un *¡Al arma!* en noche impía;
Y asaltar con astucia los bastiones
Se vió al Hispano; que al llevar por guía
Dos Ávalos, subiera al cielo mismo,
Y embistiera sin miedo hasta al abismo.

LII.

»Ved lo mejor de Francia aquí tendido,
Que, por la honra, del vivir prescinde:
Ved cuánta espada y lanza ha circuído
Á su señor, y al frente le hace linde:
Ved, el caballo bajo dél caído,
Y que el Rey animoso no se rinde;
Aunque el tropel contrario á él sólo corra,
Y no haya vivo ya quien le socorra.

LIII.

»Hasta á pie se defiende, y torvo, gira
En torno el hierro, que de sangre baña:
Pero al número cede heroica ira:
Vedle ya preso aquí: vedle en España [30];
Y al de Pescara insigne dar se mira,
Y al que siempre en los riesgos le acompaña,
Al del Vasto, y son uno en dos personas,
De victoria tan grande las coronas.

LIV.

»Roto en Pavía un campo, el que se afana
Por acercarse á Nápoles, declina;
Y queda cual antorcha á la mañana
Que por falta de aceite no ilumina.
Ve aquí que el Rey, en la prisión Hispana
Deja á sus hijos, y á París camina;
Y ved, cuando en Italia hace la guerra,
Que se la hacen á él allí en su tierra.

LV.

»Los robos, las matanzas ved ferinas
Que á Roma por doquier tienen doliente:
Ved manchar con estupros las divinas
Y las profanas cosas igualmente.
El campo de La Liga tantas ruínas
Ve de cerca, y el llanto y grito siente,
Y no le mueve impulso, sino arredro,
Y prender deja al Sucesor de Pedro.

LVI.

»Y aunque mandar al Rey es bien le cuadre
Á Lutrech, no á ganarle ya el ducado
De Milán, sí á salvar del ímpio ladre
Á la romana Corte y Gran Prelado,
Tanto tarda en llegar, que al Santo Padre
Halla libre en su trono ya sentado.
La Ciudad que á Parténope [31] decanta,
Asedia, y el país todo levanta.

LVII.

»Y á la escuadra imperial, que, cuanto es dable,
Vuela al cercado pueblo á dar ayuda,
Doria le sale al paso [32], y formidable
La arroja al fondo de la mar sañuda.
Mas la fortuna, como siempre, instable,
Á los franceses tan fatal se muda,
Que oprimidos de fiebres, malandancia,
Uno de cada mil no vuelve á Francia.»

LVIII.

Este y otros sucesos se resuelven
En esta estancia, largos de contar;
Que tal color y tal verdad envuelven,
Que es sencillo su asunto penetrar.
Dos y más veces á mirarlos vuelven,
Y de allí no se saben apartar,
Aspirando á llevarse en la memoria
De entre tanto primor, tan grave historia.

LIX.

Las damas y varones que allí unidos
Hablan y admiran la alta fantasía,
Después á reposar son conducidos
Por el Señor, que siempre así cumplía.
Cuando todos estaban ya dormidos,
Bradamante en su lecho padecía:
Á diestra y á siniestra está en un potro,
Y no puede dormir de un lado ni otro.

LX.

Del alba, á los crepúsculos tardíos,
Se aduerme al fin; y ver piensa á Rugiero,
Que le dice: «¿Por qué con desvaríos
Te consumes y mal no verdadero?
Antes verás correr atrás los ríos,
Que te llegue á faltar mi amor primero:
Si no te amase á ti, yo no amaría
De mis ojos la luz, ni el alma mía.»

LXI.

Y piensa que le añade: «Yo he venido
Cual te ofreciera á mi bautizo expreso;
Y si tardar me has visto, es que he sufrido
No de llaga de amor, mas de otra opreso.»
Aquí se le va el sueño, y se le ha ido
De su Rugier, con él, el embeleso;
Y renueva su llanto la doncella:
Y así razona en sus adentros ella:

LXII.

«Un falso sueño es quien me trae la calma,
Y la vigilia ¡ay me! me abre la herida:
El bien fué sueño, y breve fué su palma:
Mas no es sueño esta pena, mi homicida:
¿Por qué no escucha y ve despierta el alma
Lo que ver y escuchar juzga dormida?
¿Qué servicio me hacéis, ojos menguados,
Si abiertos véis el mal, y el bien cerrados?

LXIII.

»El blando sueño prometióme pace,
Y el amargo velar me enciende guerra:
¡Pues bien; el blando sueño fué falace,
Y el amargo velar ese no yerra!
Si daña la verdad, lo falso place,
Ni ver ni oir verdad quiero en la tierra:
Si el dormir trae la dicha, el duelo trunca,
¡Ah, duerma yo, sin despertarme nunca!»

LXIV.

Ya alumbraba del sol la luz brillante,
Que llevarse las nubes parecía,
Y con dulce calor hacer bastante
Mejor que el ya pasado, el nuevo día,
Cuando se armó, y dispuso Bradamante,
Proseguir otra vez su larga vía,
Rindiendo gracias, y el debido honor,
Por sus modos corteses, al Señor.

LXV.

Al paso suyo, halló á la mensajera,
Que también, con sus damas y escuderos,
Salido había de la puente afuera
Do aguardándola están los tres guerreros
Que con la lanza de oro allí tendiera;
Los que, al gozar de vencedor los fueros,
Dejó la insigne dama, en noche aleve,
Al perenne rigor de lluvia y nieve.

LXVI.

Añadid á este mal, que están del todo
Esos y sus caballos sin sustento,
Dando de dientes, y pisando lodo:
Mas lo que causa en ellos más tormento,
Es que, al hacer mención del viaje y modo,
Á la que adoran, refiriendo el cuento,
Dirá la enviada, que su gran jactancia
Hundió la primer lanza vista en Francia.

LXVII.

Y porque Ulania (así debe llamarse,
Si ocasión de decirlo no hé tenido),
La opinión que fatal pudo formarse,
Cambie, y los juzgue con mejor sentido,
Prontos hora á morir ó vindicarse,
Los Reyes, del oprobio recibido,
Así que ven que ya en el campo se halla,
Retan á Bradamante á la batalla.

LXVIII.

Los tres, ni sueñan que es mujer aquella,
Pues ningún acto de mujer tenía:
Mas el reto no admite la doncella,
Que dilatar su marcha no quería;
Pero al fin tanto la impacientan, que ella,
Que negarse sin mengua no podía,
Bajó el asta, y de tres golpes, al suelo
Echó á los tres, y concluyóse el duelo.

LXIX.

Y sin volverse, ya lejana, pudo
Las espaldas mostrarles Bradamante.
Ellos, que, por ganar el áureo escudo,
De una región venían tán distante,
Helado el corazón, el labio mudo,
Se levantan, pintando su semblante
El asombro, el dolor; y en sus enojos,
Ni osan á Ulania levantar los ojos.

LXX.

Y como veces mil por los caminos
Se la habían jactado, presuntuosos,
De no haber justador, ni paladinos,
Sus iguales en bríos poderosos,
La dama, porque fueran más mohinos
Y abajaran sus humos orgullosos,
Les dice que quien tal los atropella
No ha sido un paladín, fué una doncella.

LXXI.

Que eso bastarles debe, y fuera extraño
Hacer ya de sus bríos otra prueba;
Y que el que quiera, por honroso engaño,
En Francia hacer una experiencia nueva,
Quiere añadir al mismo oprobio el daño:
Al oprobio que ayer y hora se lleva;
Á no ser que un morir busque glorioso,
Á las manos de alguno bien famoso.

LXXII.

Cuando consigue Ulania de una vez
Convencerlos de que es mujer aquella
Que les vuelve más negra que la pez
Su fama, que solía ser tan bella;
Y aunque una era bastante, más de diez
Personas les confirman ser doncella,
Casi estuvieron, en dolor tan fiero,
Por volver contra sí su propio acero.

LXXIII.

Y de la pena y del furor movidos,
Se quitan cuantas armas revestían,
Hasta la espada de que van ceñidos,
Y al foso del castillo las envían:
Y pues de una mujer se ven vencidos,
Juran que no ya más las llevarían,
Como para purgar error tamaño,
Hasta después de bien cumplido un año.

LXXIV.

Y que andarán á pie, por cuanta vía,
Llana ó agreste, por la Francia se halla;
Y ni aun cumplido de su pena el día,
Habrán de cabalgar, ni vestir malla,
Si corcel y otras armas su valía
No conquistare en singular batalla.
Y así, sin ellas, por purgar su fallo,
Vanse á pie, cual los otros á caballo.

LXXV.

Bradamante, á la noche, en un castillo
Que en el camino de París se eleva,
De la victoria de tan alto brillo,
De Carlos y Reinaldo oyó la nueva.
Buena mesa, y hogar más que sencillo,
Allí tuvo: mas nada el labio prueba;
Ni descansa, ni duerme, ni se cura
Del cómodo hospedaje y su blandura.—

LXXVI.

Mas quede aquí la triste: hora me guían
Arte y deber á los que, al pacto fieles,
Junto á la fuente solitaria habían
Á dos troncos atado sus corceles.
No era la pugna que cumplir debían,
Por conquistar de Imperio los laureles;
Mas porque á Durindana el más gallardo
Esgrima, y cabalgar deba en Bayardo.

LXXVII.

Sin que trompa ó clarín les invitase
Á comenzar la lid, sin que maestro
Del parar ó asaltar les recordase,
Y en sus pechos ardiese el marcial estro,
La espada por los dos al aire dase,
Y embiste cada cuál ágil y diestro.
Los muchos graves golpes empezaron,
Y las primeras iras despertaron.

LXXVIII.

No hay en el mundo espada tan selecta,
Ni de laya tan fina ni tan dura,
Que resistiera intacta así y perfecta
Como estas dos á tan feroz bravura.
Cada una de entrambas, por electa
Á prueba de agua y fuego, es tan segura,
Que bien pudieran juntas contrastarse,
Con mil golpes y más, y no mellarse.

LXXIX.

Reinaldo, aquí y allí cambiando el paso,
Con gran destreza y suma industria y arte,
Huye de Durindana el gran fracaso,
Pues sabe cómo hiende y cómo parte.
Golpes más fieros tira el Rey Gradaso,
Pero más bien al aire los reparte,
Y si da alguna vez, gasta su saña
En sitio donde nada ó poco daña.

LXXX.

Con más sentido aquél la espada inclina,
Y tres veces al otro aduerme el brazo;
Y cuándo al flanco, y cuándo á do confina
El peto con el yelmo, va el sablazo:
Mas pega en la armadura diamantina,
Sin romper de las mallas ni un pedazo;
Que si la encuentra en resistir tan fuerte,
Es que el encanto la hace de esa suerte.

LXXXI.

Sin descansar gran rato están lidiando,
Y tanto del combate poseídos,
Que á los ojos no más se están mirando,
Puestos en el gran riesgo los sentidos;
Mas el rumor, de pronto resonando,
De otra lidia, los deja suspendidos:
Vuelven la vista, y ven, do el ruído suena,
Á Bayardo en peligro y gran faena.

LXXXII.

Con un monstruo, que es ave á lo que pinta,
Y muy más grande que él, ven á Bayardo.
Tres pies el cuello en derredor prescinta
El pájaro: su pico es rojo y pardo;
Es su cuerpo más negro que la tinta,
Y á modo del murciélago bastardo:
Ojos tiene encendidos cual candelas,
Y las dos alas como grandes velas.

LXXXIII.

Verdadera ave acaso ésta ser debe,
Aunque nunca existido haya otra tal;
Que yo ni vi, ni oí, ni es pintar leve
Sino á Turpín tan hórrido animal;
Y este recuerdo á sospechar me mueve
Que era el ave un espíritu infernal
Que Malguigio, en aquella forma, trajo
Por sacar á Reinaldo del trabajo.

LXXXIV.

Lo creyó también él, y tema fiera
Á Malguigio tomó por la aventura:
Éste, por mor de su afección sincera,
Niega ser el autor, aunque le apura;
Y para que imputársela no quiera,
Por cuantos Santos hay jura y perjura.
En fin, ángel ó diablo, el monstruo agarra
Á Bayardo, y le oprime con su garra.

LXXXV.

Rompe las riendas súbito el caballo,
Que era de grandes fuerzas, y con ira
Se defiende del ave á diente y callo;
Y ésta, veloz, volando se retira,
Y vuelve, y con las garras va á clavallo
Varias veces, y en torno suyo gira.
Bayardo, en sangre, sin poder valerse,
Al bosque echa á correr á guarecerse,

LXXXVI.

Al inmediato bosque, á que le envuelva
El espeso fragor, que va creciendo.
Le sigue encima la plumada belva,
Fijos los ojos por do salta huyendo.
Mas tanto el buen corcel se entra en la selva,
Que llega á un seno de espesura horrendo;
Y el volador aquí pierde la traza,
Y va al aire á buscarse nueva caza.

LXXXVII.

Reinaldo y su rival, que la futura
Ganancia que la lid darles pudiere,
Faltarles ven, acuerdan con cordura,
Que deben suspenderla hasta que fuere
Libre Bayardo de la guerra dura;
Y pactan que el que de ellos le cogiere,
Le traiga á aquella fuente, y que allí sea
El término y final de la pelea.

LXXXVIII.

Parten, y al ir dejando la fontana,
La hollada hierba dirección les presta:
De Bayardo la pista es ya lejana,
Y á Reinaldo seguirla asaz le cuesta.
No á Gradaso, que cerca está su Alfana:
Monta en ella, y cruzando la foresta,
Al Paladín dejóse muy distante,
Triste cual nunca pensativo amante.

LXXXIX.

Pronto perdió la huella por do fuera
Ciego el corcel, en su impetuoso viaje;
Que iba por lo más híspido que viera
De alta maleza y de breñal salvaje,
Porque á la garra atroz le sustrajera,
Que aún teme que del alto á herirle baje.
Reinaldo, viendo que su empresa es vana,
Á esperarlo volvióse á la fontana,

XC.

Por si Gradaso allí conduce el bruto,
Como entre ambos, ha poco, se convino.
Mas viendo que obtenía escaso fruto,
Á pie, doliente, echóse á andar sin tino.
Volvamos hora á aquel, no irresoluto,
Á quien el caso bien diverso avino;
Pues, por su industria no, mas por acaso,
De Bayardo el relincho escuchó al paso.

XCI.

Y en el cóncavo hallóle de un torrente,
Que de pavor temblaba todavía,
Y no osando salir, bien fácilmente
Le echó mano Gradaso en ese día.
Él bien la convención tiene en su mente
Que volver á la fuente le imponía:
Pero no muy dispuesto está á observarla,
Y en su interior así tácito parla:

XCII.

«Dispútelo quien quiera en son de guerra,
Que de tenerlo en paz yo me glorío.
Desde el un cabo al otro de la tierra,
Por él sólo me trajo un desvarío:
Hoy que estás en mi mano, ¡cuánto yerra
Quien piense te he de dar, Bayardo mío!
Si te quiere Reinaldo, de igual laya
Que vine á Francia yo, que al Indo vaya.

XCIII.

»No Sericana le será más dura
Que dos veces á mí la Francia ha sido.»
Dice, y va por la vía más segura
Á Arlés, do está el Pagano guarecido;
Y en el puerto á embarcarse se apresura,
Con Durindana y su corcel querido.
Mas quede eso á otra vez, y con Gradaso,
Reinaldo y Francia; que á otro asunto paso.—

XCIV.

Y voy á Astolfo, que, con silla y freno,
Cual palafrén, al grifo gobernaba;
Que los aires cortando iba sereno,
Más veloz que neblí y águila brava.
De un mar al otro y de Pirene al Reno,
Cuando toda la Galia atrás dejaba,
Al Poniente volvió, y al alto monte
Que cierra á España y Francia el horizonte.

XCV.

Pasó á Navarra y de Aragón la zona,
Causando en quien lo ve gran maravilla;
Y dejando á su izquierda á Tarragona,
Y á la diestra á Vizcaya, entró en Castilla,
Vió á Galicia y de lejos á Lisbona,
Y fué luego hacia Córdoba y Sevilla;
Y no dejó, de mar ó de campaña,
Ciudad sin visitar en toda España.

XCVI.

Á Gades vió, y la meta que allí impuso
Alcides al osado navegante;
Y el África pasando, se propuso
Ir hasta Egipto desde el mar de Atlante;
Y á las Baleares célebres dispuso
Dar la vista; y de Ibiza no distante,
Torció el freno, y á Arcilla dió la cara
Sobre el mar que de España la separa.

XCVII.

Vió á Marruecos y Fez, Orán é Hipona,
Bugía, Argel, ciudades superiores,
Que en riqueza á otras ganan la corona:
Corona de oro y no de hojas y flores [33].
Luego á Biserta y Túnez no perdona;
Y ve á Capsa y Alcerbe, islas menores:
Y Trípoli, Bernice y Tolomasia,
Hasta do el fértil Nilo entra en el Asia.

XCVIII.

Y entre la mar y la híspida melena
Del Atlante, vió tierra antes nombrada.
Volvió luego á los montes de Carena,
Y de Cirene divisó la entrada;
Y pasando los campos de la arena,
Llegó al confín de Nubia en Albayada,
Y el sepulcro de Bato ha distinguido,
Y el gran templo de Amón, ya destruído.

XCIX.

De allí pasa á la nueva Tremisene,
Que sigue de Mahoma ley y estilo.
Luego á otros Etiópes á ver viene,
Que de aquellos separa el vasto Nilo.
De Nubia la ciudad á sus pies tiene,
Que entre Dobada y Coalle sigue el hilo:
Cristianos éstos, esos Sarracines,
Se están siempre batiendo en sus confines.

C.

Senapo, emperador de la Etiopía,
Que una cruz, en lugar de cetro, usaba,
Con gente, villas y oro asaz, regía
Hasta do el Rojo al ancho mar entraba.
Casi era nuestra fe la que seguía,
Y á la eterna salud quizá bastaba.
Esta es la tierra en que, si á errar no llego,
Es ley usar para el bautismo el fuego.

CI.

Desmonta Astolfo en la Nubiense Corte,
Y por Senapo su visita empieza.
Rico y no fuerte es del palacio el porte,
Do mora del Imperio la cabeza.
Las cadenas que al puente son soporte
Rejas, cerrojos, llaves, toda pieza,
En que usamos el hierro sin desdoro,
Ellos todas allí las gastan de oro.

CII.

Y eso que, aunque el mejor de los metales
Tanto abunda, valor tiene evidente.
Columnatas de límpidos cristales
Las estancias adornan ricamente,
Y el azul, jalde y verde, y los corales
Hacen friso y techumbre reluciente,
Con arte repartidos en espacios,
Esmeraldas, rubíes y topacios.

CIII.

Y la perla, el diamante, en cuanto tiene
De alto á bajo labor, no se escatima.
Aquí el bálsamo nace; y si algo obtiene
Es poco, en parangón el de Solima [34].
De aquí es el musco que á nosotros viene:
De aquí el ámbar, que tanto el mundo estima.
De esta región, en fin, las cosas salen,
Que en los países nuestros tanto valen.

CIV.

Y dicen que de Egipto el soberano
Á este Rey da tributo sometido;
Porque el curso del Nilo está en su mano
Á otro suelo torcer favorecido;
Pudiendo así, por hambre, en luto insano
Al Cairo sumergir y su partido.
Al nombre de Senapo allí se inclinan,
Si Preste Juan los nuestros le nominan.

CV.

Éste el más rico fué, de más grandeza
De cuantos Reyes tuvo la Etiopía:
Mas con todo su imperio y su riqueza,
De los ojos la luz perdido había;
Pero aún no es esta su mayor tristeza;
Pues más le da tormento la agonía
De que, siendo señor de tanto Estado,
Vive siempre del hambre atormentado.

CVI.

Si á comer ó á beber al infelice
Necesidad le estrecha repetida,
Se aparece de pronto vengatrice
De arpías la falange enhambrecida;
Y los monstruos, con garra predatrice,
Tiran los vasos, roban la comida;
Y lo que el vientre atroz tragar no pueda,
Sucio y envenenado todo queda.

CVII.

Y esto fué porque, de años aun acerbo,
Viéndose sublimado á tanto honor,
Que, á más de su riqueza, no os reservo
Que era en bríos á todos superior;
Se llegó á hacer, cual Satanás, superbo,
Pues pensó mover guerra á su Hacedor;
Y osada marcha con sus Nubios hace
Al monte de do el río egipcio nace.

## CVIII.

Oído había que en su cima alpestre,
Que sobre nubes al cenit se eleva,
Se hallaba el Paraíso, que terrestre
Decimos, do habitaron Adán y Eva.
Consigo, horrendo ejército pedestre,
Muchos camellos y elefantes lleva;
Con la intención de que si gente hallara,
Á su obediencia y ley la sujetara.

## CIX.

Mas Dios truncó su orgullo delirante,
Y mandó el Ángel á la gente dura,
Que á cien mil dió la muerte en breve instante,
Y sepultóle á él en noche oscura.
Hizo luego á su mesa la rapante
Tropa venir desde su estancia impura,
Que, bebida y manjar, con hambre aciaga,
Roba, y deja fatal lo que no traga.

## CX.

Y en continuo despecho le tenía,
Que uno habíale ya profetizado
Que su mesa turbada no sería
Por la rapiña y el hedor malvado,
Cuando venir volando se vería
Á un Caballero en un corcel alado;
Y como eso á su juicio no se alcanza,
Vive el mísero Rey sin esperanza.

CXI.

Y hora que, con asombro de la gente,
Desde azotea y muro, y alta torre,
Veñ al raudo jinete, prontamente
Uno al Rey con la nueva extraña corre;
Y él trae la profecía hora á su mente,
Y olvidando, del gozo que le acorre,
Su arma fiel, con las manos por delante,
Va tremulando al Paladín volante.

CXII.

En espaciosas ruedas, baja al suelo
Astolfo, en la gran plaza, á do infinitos
Van con el Rey, el cual con vivo anhelo
Se arrodilla, y con términos contritos:
«Nuevo Mesías (dice), Ángel del cielo,
Aunque son tan inmensos mis delitos,
Ve que si toca á nos pecar frecuente,
Dar os toca perdón al penitente.

CXIII.

»Conociendo mis culpas, no te pido
(Que no oso tanto yo) me des la vista.
Sé bien que hacerlo puedes; que el querido
Obrero tú eres del Eterno Artista.
Bastante con no verte he padecido:
Sufra ese mal: de lo que más me atrista
Sálvame solo: aparta el sucio enjambre
De esos monstruos: libértame del hambre.

CXIV.

»Y de mármol un templo te prometo
Edificar en la gran Corte mía,
Con los techos y puertas de oro neto,
Y adornado de rica pedrería,
Que de tu nombre llevará el respeto,
Y el milagro pintado de este día.»
Así dice aquel Rey, ciego del todo,
De besarle los pies buscando modo.

CXV.

«No es un nuevo Mesías, ni Ángel Santo,
Sí, cual tú, pecador quien llega á verte
(Le dice Astolfo); y de milagro tanto
Yo no merezco á fe la insigne suerte:
Mas haré por salvarte del quebranto
De la atroz banda, con su fuga ó muerte.
Si eso ocurre, no yo, te salva el cielo:
Dios, que á este sitio encaminó mi vuelo,

CXVI.

»Hazle á Él ese voto: á Él es debido
Los altares y templo edificarle.»
Dice, y marcha al palacio, precedido
Del Rey y de la corte para honrarle.
Senapo á su faraute ha prevenido
Se adelante el convite á prepararle;
Que espera que esta vez no le sería
Arrebatado lo que tanto ansía.

## CXVII.

En una regia sala prontamente
Se arma la mesa, que oro y plata abruma.
Sentóse, con Astolfo solamente,
El Rey; y cuando la comida, en suma,
Llega, en el aire el estridor se siente
Que mueve en torno la ominosa pluma;
Y ve aquí los demonios familiares,
Que bajan al olor de los manjares.

## CXVIII.

Siete forman el grupo sitibundo;
Su rostro, de mujer, pálido, inerte,
Y á la vez torvo, seco y nauseabundo,
Más horrible de ver es que la muerte:
Grandes sus alas son, de olor inmundo:
Su vientre inmenso, y hiede de igual suerte:
Retuertas uñas tienen, y su fosca
Cola, cual de dragón, detrás se enrosca.

## CXIX.

Por el aire venir se oye el fracaso,
Y ya en vino y manjares hacen presa,
Tirando toda fuente y todo vaso,
Y excrementan de modo hora en la mesa,
Que al punto es menester taparse el naso,
Pues no es dable sufrir la hediondez esa.
Aquí Astolfo su enojo no reprime,
Y contra el grupo vil la espada esgrime.

CXX.

El cuello, á una de la hambrienta tropa
Hiere, y á esta el pecho, y á esa el ala:
Mas como si en montón diera de estopa,
Se embota el golpe, y sin provecho cala:
Ya no quedan en pie plato ni copa;
Y no las puede hacer dejar la sala,
Hasta que la rapiña han consumado,
Y todo infecto y pútrido ha quedado.

CXXI.

Tenido había el Rey harta esperanza
De que el Duque de arpías le librase,
Y hora que el triste ve cuán poco alcanza,
Gime, suspira y pensativo estáse.
Viene á Astolfo del cuerno la membranza
Con el consejo de que en él confiase;
Y entiende que á sacarle del apuro,
Su tan probado medio es lo seguro.

CXXII.

Y antes hace que el Rey y sus Barones,
Por no oir el tronar que tanto aterra,
Se tapen el oído, y no los sones
Sientan, que los lanzaran de la tierra.
La brida toma, y salta á los arzones
De su Hipogrifo, y su gran cuerno aferra;
Y ordena á los activos familiares
Que repongan la mesa y los manjares.

CXXIII.

En otra estancia entonces se apareja
Otra mesa, y en ella otra comida;
Y otra vez, á seguir la usanza vieja,
Ve aquí la horrible escuadra maldecida:
Mas ellas, de expedita y fina oreja,
No sufren la tronada nunca oída;
Y sin tener de los manjares cura,
Huyendo, escapan con mortal pavura.

CXXIV.

Detrás el Paladín, presto espoleando
Su Hipogrifo, abandona el aposento,
Y la ciudad después; y va sulcando,
Estrechando á los monstruos, por el viento:
Él siempre el cuerno fuerte resoplando,
Y ellos yendo hacia el tórrido segmento,
Hasta la gran montaña, do eminente
Tiene (si tiene alguna) el Nilo fuente.

CXXV.

Cuasi del monte inmenso en la raíce,
Un antro profundísimo hay cavado,
Que ciertísima puerta ser se dice,
De quien ir quiere al reino malhadado.
Allí la horrible escuadra predatrice
Como á seguro puerto ha recalado;
Y huyendo del tronar aquel maldito,
Ha bajado hasta el margen del Cocito.

## CXXVI.

Á la boca infernal caliginosa,
Abierta á quien del sol pierde la lumbre,
Suspendió el Duque su trinada odiosa,
Y vedando á Hipogrifo la alta cumbre,
Allí le hizo plegar la pluma airosa....
Mas por seguir en mi habitual costumbre,
Pues ya de versos lleno el papel tengo,
Al otro canto á proseguir me avengo.

---

# ORLANDO FURIOSO

---

ARGUMENTO DEL CANTO TRIGÉSIMOCUARTO.

Baja al infierno Astolfo Paladino,
Y de la ingrata Lidia ve el tormento.
Luego, al salir de allí, toma el camino
Hacia donde la luna ha movimiento;
Que el literato altísimo y divino,
El sublime escritor del Testamento,
Le ayuda y acompaña en la gran prueba
En que al Conde de Brava el juicio lleva.

---

# ORLANDO FURIOSO

---

## CANTO TRIGÉSIMOCUARTO.

### I.

¡Sed malditas, famélicas arpías
Que á Italia, ciega hoy, de errores llena,
Dios, quizá por purgar culpables días,
Á que asaltéis sus mesas la condena.
Párvulos inocentes, madres pías,
De hambre espiran, cuando una sola cena
De estos monstruos, de vientre tan sediento,
Les diera largos meses de sustento.

### II.

Fué bien culpable quien la puerta abriera
Que por tan largo tiempo estuvo clusa,
Y á la infección voraz entrada diera,
Que por toda la Italia fué difusa.
La vida, que tan dulce entonces era,
La santa paz, de modo tal fué exclusa,
Que desde allí pobrezas, guerras, daños
Sufre, y ha de sufrir, por largos años.

III.

Hasta que ella á sus hijos negligentes,
De las crenchas, los saque del Leteo,
Gritándoles : «¿No hay uno en nuestras gentes
Del valor de Calais y de Zeteo[1],
Que os libre de las mesas pestilentes,
Y os dé de libertad el dulce oreo,
Cual ellos dieron á Fineo un día,
Y Astolfo luego al ciego de Etiopía?»

IV.

El Paladín con su tronada obtuvo
Poner en fuga á la ímpia grey volante,
Hasta que al pie de un antro se detuvo,
Do las vió guarecerse en breve instante.
El oído á la entrada puesto tuvo,
Y oyó hacia el fondo un eco resonante
De ayes y gritos y eternal gemido,
Fija señal de que al infierno ha ido.

V.

Pensó entonces el Duque en entrar dentro,
Y ver á los que luz ni gracia asiste;
Y de la tierra penetrando al centro,
Los sacos recorrer del reino triste.
«¿Y qué debo temer (decía) si entro,
Pues que mi cuerno á todo mal resiste?
Á Satán y á Plutón pondré en huída,
Y el Can entrada me dará y salida.»

VI.

Del alado corcel presto desmonta,
Y sujeto lo deja á un fuerte arbusto;
Y entra en la gruta, y el peligro afronta,
Sin olvidar el tronador robusto.
Su planta poco espacio anduvo pronta,
Y ya de un humo denso vióse onusto,
Que al olfato y la vista daño hacía,
Y delante de sí, siempre seguía.

VII.

Y según más se avanza, más se espesa
El sulfúreo vapor; y tanto crece,
Que seguir más allá no es dable empresa,
Y forzoso el volverse le parece;
Cuando (sin saber qué) siente que apriesa
Mueve el aire una cosa, cual se mece
Un cadáver, tal vez para escarmiento,
Muchos dias expuesto al sol y al viento.

VIII.

La bóveda, en que negra pez humea,
Tan pobre está de luz, ó tan sin nada,
Que el Duque no comprende lo que sea
Aquel ruído de cosa tremolada;
Y para averiguar lo que así ondea,
Da unos golpes en ella con la espada:
Luego, que es un espirtu se imagina,
Pues le parece herir sobre neblina.

IX.

Entonce oyó decir con voz doliente:
«Sin hacer daño á otro al fondo cala:
Martirio es para mí ya suficiente
Este vapor que el fuego avérneo exhala.»
Aquí atónito el Duque alza la frente,
Y responde: «Si Dios troncha toda ala
Al humo, porque en ti respiro quepa,
Dame el favor de que tu estado sepa.

X.

»Y si quieres que al mundo de ti lleve
Noticia, di, que complacerte creo.»
Y la sombra: «Á la luz serena y leve
Ir (por fama siquier) tan dulce veo,
Que á la palabra y al aliento debe
En mí animar la fuerza del deseo;
Porque mi nombre y lo que fué te diga,
Aunque el hablar me dé pena y fatiga.»

XI.

Y comenzó: «Soy Lidia, ¡oh varón pío!
Del lidio Rey en sumo honor criada,
Y de Dios, por justicia y poderío,
Eternamente al humo condenada,
Porque he sido al leal amante mío
Ingrata en vida, pérfida y malvada.
Esta gruta, de muchas cual yo llena,
Por un delito igual, nos da igual pena

XII.

»Mas abajo Anaxarte [2] aquí ha venido,
Donde el humo es mayor, más el tormento.
Quedó en piedra allá el cuerpo convertido,
Y el ánima aquí vino á su escarmiento,
Porque al hombre que tanto la ha querido,
Pudo ahorcado mirar sin sentimiento.
La sigue Dafnis, que hora sabe cuánto
Erró en hacer correr á Apolo tanto [3].

XIII.

»Largo fuera de espíritus decirte
De mujeres ingratas que aquí penan,
Si de todas hubiera de instruirte;
Pues tantas son, que espacio inmenso llenan;
Y aún más de los varones referirte
Que al humo por ingratos se condenan,
Y que sufren de este antro en lo más ciego,
Do los ahoga el humo y quema el fuego.

XIV.

»Porque más blandas las mujeres son
En su fácil creer, mayor suplicio
Merece el que las burla; así Jasón [4],
Teseo y el que huyó del mar Fenicio,
Lo saben, y lo sabe el que Absalón [5],
Por Tamar, castigó del maleficio,
Y otros y otras que infames engañaron,
Y ya al marido ó la mujer dejaron.

XV.

»Mas para hablar de mí más que de aquellas,
Oye lo que esta pena me depara.
Fui tan altiva, aunque de formas bellas,
En vida, que no sé quién me igualara;
Ni entre esas prendas te diré cuál de ellas,
Beldad, ú orgullo, en mí más resaltara;
Aunque el orgullo entre nosotras nace
De la beldad, que á toda vista place.

XVI.

»En Tracia entonce un Caballero había,
El más famoso que de acero se arme,
El cual, por nuevas ciertas que tenía,
De belleza sin par llegó á juzgarme;
Tanto, que allá en su mente revolvía,
Su corazón y brazo consagrarme,
Creyendo merecer, por su ardimiento,
Que admitiera su amor y rendimiento.

XVII.

»Vino á Lidia, y con lazos más potentes
Quedó atado en el punto que me viera;
Entró en la corte, y con los más valientes,
Á mi padre sirvió, de tal manera,
Que su valor, sus hechos sorprendentes,
Y la alta fama que á alcanzar viniera,
Gran premio merecieran, si servido
Hubiera á otro Monarca agradecido.

XVIII.

»Por él mi padre conquistaba un día
Panfilia y Caria y reino Siliciano,
Que él la guerra y las huestes dirigía,
Y era todo la obra de su mano;
Y cuando ya juzgó lo merecía,
Caminando resuelto al Soberano,
Me pidió por esposa, en recompensa
Del gran provecho y la conquista inmensa.

XIX.

»El Rey le rechazó, que á grande estado
Á la hija á elevar se preparaba,
No á darla á un Caballero, que dotado
Sólo de esfuerzo y de virtud estaba;
Pues mi avariento padre, dominado
De ese vicio que todo lo socava,
El honor y la gloria tanto admira,
Cuanto el asno el sonido de la lira [6].

XX.

»Alceste, que aquel nombre sin ventura
Llevaba el de que os hablo, cuando vido
Pagar su fe con repulsión tan dura,
Se despidió del Rey; y en su despido,
Que habría de pesarle le asegura
El no haberle mi mano concedido.
Y fuese al rey de Armenia, despechado,
De mi padre enemigo declarado.

XXI.

»Y dél logró, pues tanto le impulsara,
Que á su rival la guerra llevaría,
Y jefe de sus huestes le nombrara,
Atento á su gran fama y valentía.
Él le ofreció que cuanto se ganara
En la empresa, del Rey todo sería,
Optando sólo, al terminarla, al fruto
De tener mi hermosura por tributo.

XXII.

»No te podré decir el grande daño
Que hizo Alceste á mi padre en esa guerra.
Cuatro ejércitos rompe en sólo un año:
Le estrecha, y no le deja ya otra tierra
Sino un castillo, en fortaleza extraño
Por su altura y escarpe, do se encierra
De su familia el Rey, con lo escogido,
Y el tesoro que á prisa ha recogido.

XXIII.

»Nos sitió Alceste en él, y brevemente
Á desesperación tal nos condujo,
Que por mujer, por sierva, fácilmente
Me diera, y medio reino, si á mi influjo
Salir debiera del peligro urgente,
Y la estrechez á que su error le trujo;
Que bien ve que el rendirse es ya aflictivo,
Y le aguarda después morir cautivo.

XXIV.

»Antes que llegue tan fatal momento,
Probar quiere una infame bastardía;
Y á mí, que causa fui de su tormento,
Fuera del fuerte al sitiador me envía;
Y yo á Alceste me voy, con el intento
De que haga presa en la hermosura mía;
Y que tome del reino lo que quiera,
Y el rigor de sus armas lleve fuera.

XXV.

»Cuando Alceste, que voy á verle entiende,
Sale á encontrarme pálido, tremante;
Y cuando, al verle, mi razón comprende
Que el prisionero es él, por su semblante,
Yo de ese amor abuso, que le vende,
Y el intento á que fui mudo al instante;
Pues, según el estado en que le veo,
Así el poder de mi atractivo empleo.

XXVI.

»Y empiezo á maldecir de mi belleza;
Y luego de su amor crudo á dolerme,
Y de que osó á mi padre, con fiereza
Oprimir, y por fuerza á mí obtenerme;
Cuando, si obrara con menor torpeza,
Pudiera suya en pocos días verme;
Y que sé que acceder yo al Rey haría
Á lo que más á todos convendría.

XXVII.

»Que si bien al principio el padre mío
Negarle pudo la demanda honesta,
Porque es su natural agrio y sombrío,
Y nunca es blando en su primer respuesta,
No por eso apartarse debió impío,
Ni así tomar resolución tan presta;
Antes, mejor obrando, cierto estaba
De al fin lograr el premio que anhelaba.

XXVIII.

»Y aunque fuera con él mi padre iroso,
Tal le hubiera movido yo y rogado,
Que habría de mi amante hecho mi esposo:
Ó si aún siguiera terco y obstinado,
Yo obtendría, con arte cauteloso,
Lo que á él mismo causara sumo agrado.
Mas pues él procedió según su antojo,
Ya por siempre á su amor eché el cerrojo.

XXIX.

»Y aunque venía á él, sólo movida
Por la piedad que un padre me inspiraba,
Entendiera, que no mucho servida
Vería la pasión que le inflamaba;
Que la tierra en mi sangre reteñida
Sabría yo dejar, cuando la prava
Codicia torpe de su indigno pecho
Hubiere en mi persona satisfecho.

XXX.

»Con este y otro motejar esquivo
(Mira tú si con él podía tánto),
Le inspiré de atrición ardor tan vivo,
Cual en yermo tener pudiera un Santo.
Cayó á mis pies, y me rogó expresivo
Que con su espada (que sacó entre el manto,
Y quiso con afán que yo empuñase),
De tanta culpa suya me vengase.

XXXI.

»Yo, cuando sumisión tanta averiguo,
Apurar quise la victoria mía,
Y con vigor le prometí, no exiguo,
Que aún mi persona poseer podría,
Si, enmendando el error, su reino antiguo
Á mi padre infeliz restituía;
No mi mano por fuerza reclamando,
Sino humilde sirviendo y esperando.

XXXII.

»Así prometió hacerlo, y á la roca
Me envió, cual vine, en virginal estado;
Que no atrevióse ni á besar mi boca:
¡Tanto mi astuto hablar le ha subyugado!
Mira si adentro el corazón le toca
Amor, y me le entrega bien atado.
Al Rey se fué de Armenia, á quien debido
Por el pacto era el fruto recogido.

XXXIII.

»Y del modo más suave y mejor laya,
Le pide que á mi padre el reino deje,
Y á disfrutar su antiga Armenia vaya.
Furioso el Rey de oirle, que se aleje
(Le dice), que rogarle en vano ensaya;
Y que no aguarde que en la empresa ceje,
Hasta que rinda el fuerte que hora cierra,
Y no nos quede un palmo de la tierra.

XXXIV.

»Y que si Alceste á los halagos cede
De jovenzuela audaz, que sufra el daño;
Y no él, que la prez perder no puede
Y el esfuerzo y sudor de todo un año.
Mi amante insiste en vano: el Rey no accede
Á su demanda y proceder extraño;
Y Alceste más audaz se le dirige,
Y por gusto ó por fuerza se lo exige.

XXXV.

»Y le arrastró la ira de tal suerte,
Que al mal hablar siguió la acometida,
Y contra el Rey la espada sacó fuerte,
Y entre mil que resisten su embestida,
Allí, en medio de todos, le da muerte;
Y á los Armenios derrotó en seguida,
Al frente de Silicios y de Traces,
Que él asoldaba, y de otros sus secuaces.

XXXVI.

»Que el triunfo siguió debo contarte,
Rescatando, á su costa, con gran fruto,
El reino, en sólo un mes, con brío y arte;
Y por revancha del pasado luto,
Á más de los despojos, nos dió parte
De Armenia, y la otra parte con tributo
Grabando, á Capadocia y sus jardines,
Nos dió, y predó la Hircania y sus confines.

XXXVII.

»Mi padre, por blasón, le disponía
Muerte al volver triunfante á nuestra corte:
Mas, por miedo, esperamos; pues tenía
De amigos y parciales gran cohorte.
Fingí amarle, y le fui de día en día
Halagando con serle su consorte:
Y que á nuestros contrarios combatiera
Le impuse yo, porque su prez creciera.

XXXVIII.

»Y cuando solo, ó con escasa gente,
Enviéle fuera á empresas peligrosas,
Para hacerle morir más fácilmente,
Con gran suerte acabó todas las cosas;
Y eso que eran sus lances comúnmente
Con personas horribles y monstruosas:
Con gigantes y hambrientos Lestrigones,
Que infestaban doquier nuestras regiones.

XXXIX.

»No fué por Juno trabajado tanto [7]
Alcides con las obras de Euristeo
En Numidia, y en Lerna, y Erimanto,
Y en los valles de Etolia y el Nemeo,
Y en Tibre y Ebro y tantas partes, cuanto,
Con mi homicida pérfido deseo,
Fué por mí trabajado el fino amante,
Por quitármele al cabo de delante.

XL.

»Y no pudiendo conseguir mi intento,
Otro formé después aún más impío:
Le hice ofender con frenesí violento
Á los suyos de más mérito y brío;
Y él, que nunca sintió mayor contento
Que obedecer á todo gusto mío,
Sin reparar lo que sobre él se viene,
Prontas las manos á servirme tiene.

XLI.

»Cuando segura estoy de que al estado
De mi padre quitó todo enemigo,
Y, por la astucia mía, el desdichado
No conservaba adicto un solo amigo,
Lo que hasta entonce habíale ocultado,
Con semblante faláz, claro le digo,
Y que le odio con rencor tan fuerte,
Que ansiosa estoy hasta de darle muerte.

XLII.

»Mas pensando después que si lo hiciera,
La execración del reino me traería
(Pues que todos bien saben cuánto era
Lo que por mí aquel hombre obrado había)
Me pareció bastante que se fuera
Ya para siempre de la vista mía;
Y así no quise más verle ni oirle,
Ni mensaje ni carta recibirle.

XLIII.

»Ésta mi ingratitud tal golpe ha sido,
Que el mísero doliente desfallece;
Y tras de humilde ruego repetido,
Enfermo más y más, al fin fallece.
Hoy, por castigo á mi maldad debido,
Lloran mis ojos siempre, y se ennegrece
Mi rostro, y será el mal hasta lo eterno;
Porque no hay redención en el infierno.»

XLIV.

Cuando acabó la que así mustia llora,
Iba el Duque á saber de otros amantes:
Mas la humareda espesa, vengadora
De las ingratas almas, por instantes
Se aumentaba ya tanto, que le azora,
Y no le deja que prosiga, antes
Le hace volverse, y que el respiro escaso
Si no quiere perder, apriete el paso.

XLV.

Y él tan ligero hacia la entrada embiste,
Por huir de aquel humo que le azota,
Y de sus pies veloces tal se asiste,
Que parece que escapa, no que trota;
Y tanto avanza por la gruta triste,
Que ya llega á do ve la niebla rota;
Y al fin con grande angustia y afán sumo,
Sale á la luz, y líbrase del humo.

XLVI.

Y para que no vuelva al mundo nunca
De aquella hambrienta escuadra el fiero asomo,
Junta piedras, y muchas plantas trunca,
Que allí ve de café, pimienta, amomo,
Y construye al entrar de la espelunca
Á modo de una espesa barda; y como
Perfecta la acabó, si hambres impías
Sufre el hombre, serán de otras arpías.

XLVII.

El humo denso de la pez oscura,
Mientras estuvo en la tartárea boca,
No manchó sólo de su faz la albura,
Sino que al cuerpo entre las mallas toca;
Así que, en busca de agua, hasta una altura
Sube, donde la halló, que de una roca
Brotaba, haciendo un lago, entre aspereza,
En el cual se lavó de pie á cabeza.

## XLVIII.

Monta el grifo después, y dase al viento
Para alcanzar del monte á la gran cima,
Del cual se dice que el extremo asiento
Al cerco de la luna se aproxima;
Y tanto anhela el ver su pensamiento,
Que al cielo aspira, el mundo en poco estima;
Y aire y más aire cada vez sulcando,
Ya está la inmensa altura dominando.

## XLIX.

Las flores que en su espacio se mecían,
Amorosas del aura á los suspiros,
Rubíes y oro y perlas parecían,
Crisólitos, topacios y zafiros,
Y á la misma esmeralda vencerían
Las verdes hierbas de ondulantes giros;
Ni son menos los árboles preciosos,
Con su flor y sus frutos aromosos.

## L.

Cantan pájaros mil entre las flores,
Blancos, verdes, azules y corales:
Quietos lagos y arroyos saltadores,
Vencen en trasparencia á los cristales:
Soplo de zefirillos gemidores,
Que refrescan el agua, siempre iguales,
Tal ambiente derraman por la umbría,
Que allí no sientes la calor del día.

LI.

Y aquel aire á la flor, fruta y verdura
Bebe la esencia; y es su aroma tanta,
Porque forma de todo una mixtura
Que al ánima y al cuerpo dulce encanta.
Un palacio en mitad de aquella altura,
Que parece de fuego, se levanta,
Despidiendo tal brillo y luz tan viva,
Que no hay mente mortal que lo conciba.

LII.

Astolfo su corcel hacia el palacio,
Que treinta millas en contorno gira,
Lleva al paso, y notando va despacio
El fértil suelo que encantado admira,
Y horrible de acá abajo todo espacio
Juzga en su parangón, y que la ira
De Dios y la natura azotó al mundo:
¡Tanto es plácido aquel, claro y jocundo!

LIII.

Cuando acercóse á su inmediato aspecto,
Aquella mole atónito le deja;
Que es de un solo carbunclo, el más perfecto,
Su pared tersa, lúcida y bermeja.
¡Oh gran fábrica! ¡Oh Dédalo arquitecto!
¿Qué obra en el mundo á esta se asemeja?
Calle el mortal que, al verla, se promete
Que han de admirar sus maravillas siete.

LIV.

En el portal de la feliz morada,
Un grave anciano al Duque va derecho,
Con rojo manto y túnica albicada:
Ésta de nieve, aquél de minios hecho.
Blanco el cabello, blanca y encrespada
Es su gran barba, que le baja al pecho;
Y tan sereno y suave su semblante,
Que parece del cielo un habitante.

LV.

Ese, con leda faz, al Paladino,
Que con acciones le acogió sumisas,
Dijo: «¡Oh varón! que por querer divino
El Paraíso terrenal hoy pisas,
Sin conocer cuál causa á tu camino
Vías y dirección marcó precisas;
Sabe que, no sin especial misterio,
Has venido del ártico hemisferio.

LVI.

»Alto poder de tan lejana esfera
Á tomar mi consejo te ha traído,
Para saber lo que salvar debiera
Á la Iglesia y á Carlos oprimido.
No á tu valor, ni á tu saber quisiera
Que atribuyeses, hijo, haber venido:
Si Dios no te lo hubiera así otorgado,
Vanos fueran tu cuerno y monstruo alado.

LVII.

»Más despacio te iré después diciendo
Lo que á tu empresa necesario toco :
Hora al descanso ven, que harto sufriendo
El ayuno te tiene y el sofoco.»
Y en su hablar el anciano prosiguiendo,
Asombro en el Barón causó no poco,
Cuando en su estilo comprender le hiciera
Que el escritor del Evangelio él era.

LVIII.

Aquel Juan, del Maestro tan querido,
Por quien, entre los once, verdadero
Se tuvo que de muerte era eximido,
Y por el que el Señor dijo severo
Á Pedro : *¿Qué inquietud te ha conmovido*
*Si que él aguarde á mi venida quiero?* [8];
Con que, si no lo dijo, se entendiera
Que morir ese Apóstol no debiera.

LIX.

Y transportado aquí, la compañía
Halló de Enoch que en esta altura estaba,
Y la de Elías; que al postrero día
De su vida, ni aquél ni éste llegaba [9];
Pues, lejos de la hez del mundo impía,
Uno y otro esta dulce paz gozaba,
Hasta que al son del bronce del Querube,
Bajase Dios sobre la blanca nube.

## LX.

Con agrado los Santos le acogieron,
Y estancia al Paladín le dan profusa;
Y al volante corcel pasto ofrecieron
Que de grano especial su aroma acusa.
Del Paraíso al Duque luego dieron
Frutos de tal sabor, que son excusa
De aquella triste culpa originaria
Que nos trajo á mortal vida precaria.

## LXI.

Así que su tributo el venturoso
Duque á naturaleza dado hubo,
De néctar y alimento, y del reposo
Que con tantos halagos aquí tuvo,
Cuando dejó la aurora al grato esposo,
De quien, aun viejo, enamorada estuvo,
Halló Astolfo, al salir del blando lecho,
Al que de Cristo descansó en el pecho.

## LXII.

Quien de la mano le tomó, y hablando
Le fué de cosas que es callar debido;
Y le añadió: «Tú estás, hijo, ignorando
Lo que en tu ausencia en Francia ha sucedido.
Sabe que por soltarse vuestro Orlando
Del servicio que le era cometido,
Castigado es por Dios; quien más se enciende
Contra el que quiere más, cuando le ofende.

LXIII.

»Y á vuestro Orlando, al cual al nacer diera
Suma potencia Dios, brío y fortuna;
Y, sobre el uso humano, concediera
Que no pudiese herirle arma ninguna;
Sólo formóle así, para que fuera
De la divina fe firme coluna;
Como á Sansón, para que al pueblo Hebreo
Defendiese del crudo Filisteo.

LXIV.

»Y vuestro Orlando ha dado á su Señor,
Por beneficio tanto, inicua paga
Que cuando le debía más favor,
Expone el pueblo fiel á suerte aciaga;
Pues tan ciego le pone torpe amor
De pagana mujer, y tal le extraga,
Que á su buen primo, tan piadoso y fuerte,
Intentó varias veces darle muerte.

LXV.

»Y por eso hace Dios que vague loco,
Y muestre el vientre y pechos, sin cuidado;
Quedando al triste de razón tan poco,
Que á sí ni á otros conocer le es dado.
De ese modo en los santos libros toco
Que fué por Dios Nabuco castigado;
Que siete años le tuvo de ira lleno,
Nutriéndose, cual buey, de paja y heno.

LXVI.

»Pero como de Orlando en la caída,
Menor que el de Nabuco, fué el pecado,
Para purgarle, el que de todos cuida,
De tres meses la pena le ha marcado;
Y á darla fin, por tan no usual subida,
Que vengas hasta aquí Dios te ha otorgado,
Para que entiendas cómo el beneficio
Haráse al Conde de volverle el juicio.

LXVII.

»Sabrás, pues, que es preciso nueva gira
Conmigo hacer, y abandonar la tierra.
Iremos á la luna, astro que mira
Más cerca el nuestro, á cuya vista yerra;
Porque la medicina que la ira
Ha de apagar de Orlando, en él se encierra.
Y como sobre nos su argénteo coche
Llegando está, saldremos esta noche.»

LXVIII.

De esto y de mucho más le habló profuso
En aquel día el Escritor superno;
Y cuando vió en la mar al sol recluso,
Y encima de ellos de la luna el cuerno,
Un carro preparóse, cuyo uso
Era correr por el espacio eterno,
Como, trayendo á Elías, corrió el día
Que del judaico monte acá subía.

LXIX.

Á uncir al yugo el Santo adelantóse
Cuatro caballos de ígneo rojo pelo;
Y así que con el Duque acomodóse,
Las riendas toma, y lánzase del suelo.
Rodando el carro por el aire alzóse,
Y llegan pronto al abrasante cielo,
Que hizo el Apóstol, milagrosamente,
Que al pasarlo los dos no fuera ardiente.

LXX.

Cruzan de esa región todos los senos,
Y de allí van al reino de la luna,
Y ven que gran porción de sus terrenos
Como de acero son, sin tacha alguna;
Y le hallan casi igual, ó poco menos,
Y con todo lo que este mundo aduna,
Contando dentro dél y en su contorno
El vasto mar que le circunda en torno.

LXXI.

Aquí maravillado al Duque deja
Ver cuán grande es el reino de que hablamos,
Cuando á una rodajilla se asemeja
Á los que desde el mundo le miramos;
Y que aguzar la vista, arquear la ceja
Le es bien, si quiere el suelo que habitamos
Distinguir de la mar; que mal informa,
Sin luz propia, este cuerpo de su forma.

LXXII.

Otros ríos y lagos y campañas,
Distintos de los nuestros, y heredades
Hay allí, y otros valles y montañas,
Y castillos, y pueblos y ciudades,
Con casas tan magníficas y extrañas,
Cual no vieron jamás nuestras edades;
Y se ven grandes, solitarias selvas,
Do corren ninfas mil cazando belvas.

LXXIII.

No Astolfo examinar todo ha podido;
Que el noble Paladín no vino á esto.
Del amado de Dios fué conducido
Á un valle entre dos altos montes puesto,
Donde admirablemente hay recogido
Lo que extravía nuestro obrar funesto,
Ó lo que al tiempo ó la fortuna enoje;
Que allí lo que perdemos se recoge.

LXXIV.

No digo de riqueza ni alta silla;
En que la instable rueda asaz labora;
Sí de lo que á su vara no se humilla,
Ni nos puede quitar ni dar traidora.
Mucha fama hay allí, que, cual polilla,
El tiempo, á largo andar, acá devora;
Y hay allí votos, preces y dolores,
Que de aquí al cielo enviamos pecadores.

LXXV.

Lloro, suspiros férvidos de amantes;
Las horas que en los vicios se enajenan;
El tiempo inútil de hombres ignorantes;
Locos designios que la mente apenan,
Y los vanos deseos pululantes,
La mayor parte de aquel sitio llenan:
En suma, todo cuanto aquí perdimos,
Lo podremos hallar, si allá subimos.

LXXVI.

Astolfo, en aquel valle registrando,
De cuanto raro vió preguntó al guía.
Vió un montón de vejigas, do sonando
Tumulto, y gritos y clamor se oía;
Y que eran las coronas supo, andando,
De la Siria y la Meda monarquía,
Y de Persia y de Grecia, que antes fueron
Grandes, y hasta sus nombres hoy perdieron.

LXXVII.

En altas pilas, mucha prenda junta
Ve de oro y rica plata, que eran dones
Con que indirecta pretensión se apunta,
Á Reyes y Magnates y Patrones.
Ve, entre guirnaldas, redes, y pregunta;
Y dícenle que son adulaciones.
Ve versos que á Señores se someten,
Y de ronca cigarra el ruído meten.

LXXVIII.

De grillos de oro y cepos esmaltados,
En forma ve los míseros amores:
Garras de águila muestran los cuidados
Del mando que á otro ceden los Señores.
Fuelles, que están de vano viento hinchados,
Son de Príncipes altos los favores,
Con que á sus Ganimedes dan grandeza
Que se va con la flor de su belleza.

LXXIX.

Ve, con grande tesoro, al descubierto,
De castillos y pueblos destrucciones:
Pregunta, y sabe son torpe concierto
Con que encubrir se piensa altas traiciones.
Con faz de virgen, sierpes ve, de incierto
Manejo de rufianes y ladrones;
Y vasijas rompidas de cien modos,
Son de las cortes los servicios todos.

LXXX.

De derramada sopa una gran masa
Ve, y pregunta á San Juan: ¿Qué broza es esta?»
Y él: «La limosna (dícele) no escasa,
Que á después de la muerte fué dispuesta.»
De aquí, á un bosque de flores luego pasa
Que dulce aroma tuvo, y hoy apesta;
Esa es la herencia (y es decirlo osado)
Que al buen Silvestre Constantino ha dado.

LXXXI.

Ve muchos lazos de cazar con liga,
Que son ¡oh hermosas! la belleza vuestra.
Mas no es dable que en verso el todo os diga
De lo que allá en la luna se les muestra;
Ni que hora fácil explicar consiga
Cuanto hay en ella de la tierra nuestra:
Sólo allí la locura no prevale,
Que está acá abajo, y nunca de aquí sale.

LXXXII.

Allí el Duque se halló con ya olvidadas
Prendas prolijas que perdido había,
Que si de otro no fuéranle explicadas,
Él solo discernirlas no podría.
En masas vió después desmesuradas
Lo que á Dios no pedimos ningún día
(Del juicio quiero hablar); porque creemos
Todos que de seguro le tenemos.

LXXXIII.

Era como un licor que espeso ha sido,
Y se exhala veloz, si no es bien cluso,
Que está en unas redomas recogido,
Grandes ó chicas, y aptas á aquel uso.
En la mayor de todas, el sentido
Del buen Señor de Anglante estaba infuso;
Y el inglés Duque la distingue, cuando
En ella escrito ve: *Senso de Orlando.*

LXXXIV.

Y así en todas el nombre se leía
De quien el juicio contenido era.
Gran cantidad del suyo el Duque vía:
Mas lo que causa en él sorpresa entera,
Es que de muchos de quien él creía
No faltarles ni un dracma de sesera,
Que les faltaba asaz vió claramente,
Pues de ella había allí porción ingente.

LXXXV.

Quién por amor la pierde ó por honores;
Quién por sulcar el mar tras de riquezas;
Quién pretendiendo gracias de Señores;
Quién cultivando mágicas simplezas;
Quién por joyas, por obras de pintores;
Ú otros caprichos raros, ó torpezas.
De sectarios, en fin, de Astrología,
Y de poetas mil el juicio había.

LXXXVI.

Recogió Astolfo el suyo, que otorgado
Le fué por el Apóstol de más ciencia;
Y el frasco á la nariz sólo aplicado,
Á su sitio volvió la pura esencia;
Y dicen que Turpín ha confesado,
Que de entonces vivió con gran prudencia;
Si bien, por cometer luego un exceso
Por la segunda vez se le fué el seso.

LXXXVII.

La redoma mayor, do el juicio era
Que tan sabio al de Brava hacer solía,
Toma Astolfo, y no la halla tan ligera
Como al principio imaginado había.
Antes que el Paladín de aquella esfera
Descendiese á otras bajas, el gran guía
Le conduce, por cielo más sombrío,
Á un palacio que se alza junto á un río

LXXXVIII.

Sus estancias de copos están llenas
De lino, de algodón, de seda y lana,
De colores, ya malas y ya buenas.
En la sala primera hay una anciana
De hilarlos ocupada en las faenas,
Cual se ve en el estío á la villana
Sacar, cuando la seda se recoja,
Del capullo los hilos que remoja.

LXXXIX.

Hay uno, cuando el copo está acabado,
Que se lo lleva, y otro que trayendo
Viene el nuevo: otra vieja hay que en lo hilado,
El buen hilo del malo va escogiendo.
Y Juan le dice á Astolfo, que ha exclamado:
«¿Qué labor se hace aquí que yo no entiendo?»
«Esas viejas las Parcas son temidas,
Que hilando siempre están humanas vidas.

XC.

»Mientras dura un vellón, la vida dura,
Y de allí no se pasa ni un momento.
Fijos están en él Muerte y Natura:
Atiende aquélla al último hilamento:
Ésta de ver los bellos hilos cura,
Que se tejen después para ornamento
Del Paraíso, cual los hilos feos
Son ligamento á los precitos reos.»

XCI.

De todos los vellones devanados
Por la rueca y dispuestos á tejerse,
Los letreros en tarjas señalados
De hierro, plata ú oro pueden verse.
Allí un montón hay de ellos hacinados,
Y con ellos, sin nunca detenerse,
Cargado iba y venía un incansable
Viejo, con cuanta carga le era dable.

XCII.

Y era el viejo tan suelto, y ágil tanto,
Que parece á correr sólo nacido.
Él llevaba hasta el borde su gran manto
Lleno de cuantas tarjas ha podido.
De cuál era su oficio el otro canto
Os ha de dar relato bien cumplido,
Si la atención que os pido, como es justo,
Me concedéis, y me escucháis con gusto.

XC.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

XCI.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

XCII.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

# ORLANDO FURIOSO

---

ARGUMENTO DEL CANTO TRIGÉSIMOQUINTO.

Poetas y escritores igualmente
Por el divino Apóstol son loados.
Bradamante desmonta bravamente
Á aquel por quien son tantos desmontados.
Libra á los presos: á Rugier doliente
Le envía su Frontín; y á tres preciados
Echa cabeza á bajo, de camino:
Son Ferraud, Grandonio y Serpentino.

---

# ORLANDO FURIOSO

---

## CANTO TRIGÉSIMOQUINTO.

I.

¿Quién subirá por mí, Señora, al cielo
Á traerme el ingenio que he perdido,
Que, desde que por vos vivo y anhelo,
Es cada vez menor del que he tenido?
Ni de ese mal me quejo, ni me duelo,
Con tal que más no pierda del sentido;
Que dudo, tanto ya se va amenguando,
Que he de volverme cual describo á Orlando.

II.

Para rehacer mi ingenio, bien diviso
Que yo no he menester seguir su rastro
Á la luna en el alto Paraíso;
Que no creo que el mío toque á un astro.
Por vuestros ojos y celeste riso,
Por vuestro seno y pomas de alabastro,
Está vagando, y devolverle os toca;
Y si queréis, lo cogerá mi boca.

III.

Por las salas andaba el Paladino
Mirando todas las futuras vidas,
Y cuando, al giro del fatal molino,
Algunas fueron á su vista urdidas,
Un tusón vió, que más que el oro fino
Brillaba, y tal, que joyas muy pulidas,
Si en hilos se tirasen con gran arte,
No dieran de su luz mínima parte.

IV.

Mucho el tusón bellísimo le place,
Que con los otros parangón no tiene;
Y gran deseo de saber le nace
De quién sea, y de cuándo vida obtiene.
Y el Santo, sin reparo, entender le hace
Que veinte años primero al mundo viene,
Que con la *M* y con la *D* anotado
Sea, desde que el Verbo fué encarnado.

V.

Y como de esplendor y de belleza
No tendrá aquel vellón su semejante,
Así será del tiempo la grandeza
En que venga tesoro tan brillante;
Porque cuanta virtud, naturaleza,
Ó el propio estudio, con acción constante,
Hacen insigne á un hombre, todo junto
Lo ha de tener, en el más alto punto.

VI.

«Del río rey junto á la altiva orilla
(Le dice), pobre aldea triste hoy posa,
Que orna delante el Po, cual la mancilla
Por detrás gran palude nebulosa,
Á la que, andando el tiempo, se la humilla
Cuanta ciudad ostente Italia hermosa:
No por sus muros ó sus techos regios:
Son cultura y saber sus privilegios.

VII.

»Exultación tan pronta y tan abierta,
No procede de acaso ó de ventura:
Del cielo mismo protección es cierta,
Para que nazca allí su alta criatura;
Que donde el fruto ha de venir, se ingerta
Y hace crecer la rama la cultura;
Y el artífice el oro puro afina,
Do engastar rica piedra determina.

VIII.

»No en el mundo tan bella y pura veste
Otra alma tuvo cual la que hoy designo,
Y rara vez de la mansión celeste
Desciende al mundo espíritu más digno;
Pues para hacer á Hipólito de Este,
La mente se esforzó de Dios benigno;
Que ese en quien quiso Dios tanto extremarse,
Hipólito de Este ha de llamarse.

IX.

»Los méritos, que en muchos esparcidos,
Adorno sumo á cada cuál sería,
En el ornato sólo están reunidos
Del que ahora te ensalza la voz mía;
Y es tanto su saber, y tan subidos
Sus dones de virtud, que quedaría
De referirlos todos tan lejano,
Que Orlando el seso aguardaría en vano.»

X.

Así el divino imitador de Cristo
Decía á Astolfo; y cuando las moradas
Todas del gran palacio hubieron visto,
Do las humanas vidas son hiladas,
Fuéronse al río que, de arena misto,
Lleva sus ondas turbias y embrozadas.
Allí vieron que el viejo aquel venía,
Que las tarjas con nombres conducía.

XI.

Recordaréis que al fin del otro canto
Os dejé, de aquel viejo refiriendo:
Viejo de rostro sólo, si ágil tanto,
Que al ciervo más veloz vence corriendo.
De escritos nombres rellenaba el manto,
Sin acabar jamás, yendo y viniendo;
Y en el río, que Lete [1] se llamaba,
La rica carga, sin reparo, echaba.

XII.

Dígolo, porque aquel pródigo anciano
En las túrbidas aguas sacudía
El manto, lleno por su propia mano,
Con los escritos nombres que traía;
De los que, sin servir ya al uso humano,
Infinita porción se sumergía;
Pues de cien mil que envuelven las arenas,
Un nombre, uno no más se salva apenas.

XIII.

Del río, á lo ancho y largo, van volando
Cuervos, cornejas, buitres no comidos,
Y otras infaustas aves, que, gritando,
Hacen salvajes y discordes ruídos;
Y á la presa se arrojan todos, cuando
Ven caer los tesoros malvertidos;
Y con pico ó garrón, cada avechucho,
Coge y levanta alguno; mas no mucho:

XIV.

Pues al querer tender el ala al viento,
Su fuerza, que al gran peso está indecisa,
Caer le deja al fin; y el río asiento
Da á los ilustres nombres bien aprisa.
Sólo dos cisnes hay entre aves ciento,
Blancas, Señor, cual es vuestra divisa,
Que alegres van, llevándose en la boca,
Con alto esfuerzo, el nombre que les toca.

XV.

Así, contra los ímpetus malignos
De aquel viejo que al río darlos quiere,
Salvan los blancos cisnes á los dignos,
Y el montón de los otros allí muere.
Nadando van los ánsares benignos,
Ó por el viento, que sus plumas hiere,
Hasta que, al pie del río malhadado,
Ven un templo que se alza en un collado.

XVI.

Á la inmortalidad está esa altura
Consagrada, y real ninfa hay en la loma,
Que baja á la Letea lavadura,
Y á los cisnes del pico el nombre toma,
Y le fija en redor de una escultura
Que del templo en mitad gallarda asoma;
Y le consagra allí de modo y arte,
Que eternamente su fulgor reparte.

XVII.

De ese viejo, y la causa que ha tenido
Para ahogar tantos nombres sin provecho;
De los cisnes, del templo allí erigido,
Y de la ninfa que el servicio ha hecho;
De aquel misterio, en fin, y su sentido,
Por saber está el Príncipe deshecho;
Y así al hombre de Dios *¿Qué cosa es ésta?*
Le pregunta, y el Santo le contesta:

XVIII.

«Sabe que no se mueve abajo fronda,
Sin que de aquí se ordene, do se enlaza
Toda acción cuyo efecto corresponda
Á tierra y cielo, aunque en diversa traza.
Ese viejo de vista ardiente y honda,
Tan ligero, que nada le embaraza,
Hace el oficio mismo aquí, á destajo,
Que el tiempo con vosotros hace abajo.

XIX.

»Cuando hilada es del todo una madeja,
Tienen su fin las vidas terrenales.
La fama allá: la nota aquí se deja;
Y serían entrambas inmortales,
Sino que el taita aquí de la faz vieja,
Y el tiempo allá, las dan saltos fatales;
Que aquél las echa al río maldecido,
Y ese las hunde en el eterno olvido.

XX.

»Y como aquí los buitres y alcotanes,
Y cuervos, y otros pájaros odiosos,
En levantar emplean sus afanes
Los nombres que ellos juzgan más valiosos,
Lo hacen allá bufones y rufianes,
Traidores, zalameros y chismosos,
Que, en las cortes, de gracias viven llenos,
Que no alcanzan los justos y los buenos.

XXI.

»Y los llaman de corte hombres gentiles,
Porque imitan al cerdo ó al macaco,
Y al cortar al Señor hebras seniles,
Ó la Parca, ó tal vez Venus ó Baco,
Éstos, de quien te digo, histriones viles,
Atentos sólo á bien colmar el saco,
Le dan á aquél memoria, á fe no larga,
Y sueltan luego la enfadosa carga.

XXII.

»Mas, cual los blancos cisnes que, cantando,
Llevar las tarjas con amor contemplo,
Los vates á los héroes ir llevando
Veo, de eterna gloria al arduo templo.
¡Oh Príncipes discretos que, imitando
Con gran saber del César el ejemplo,
Las letras protegéis y á los poetas,
No del Lete temáis las ondas quietas!

XXIII.

»Los vates son como los cisnes raros:
Los que de nombre tal no son indignos;
Ya porque Dios, de espíritus preclaros
No muestra en muchos los brillantes signos,
Ya por culpa de Príncipes avaros,
Que dejan mendigar á los más dignos,
Y oprimen la virtud, y al vicio halagan,
Y así del genio la centella apagan.

## XXIV.

»Á esos ignaros, Dios dejó cautivos,
Y el senso les cegó de esa manera;
Porque al plectro de Apolo siendo esquivos,
En ellos con la vida todo muera;
Mientras que en el sepulcro estarán vivos,
Y aunque acaso algún vicio en ellos fuera,
Los que amiga se hubieren hecho á Cirra [3],
Que exhalarán olor de nardo y mirra.

## XXV.

»No tan piadoso Eneas; no fué Aquiles
Tan bravo; no fué Páris tan apuesto;
No tan grandes, en fin, miles y miles
De quien puede el valor ser antepuesto;
Sino que los palacios y pensiles,
Y los egregios dones, los han puesto
En la cima de glorias y de honores
Por la pluma de orlados escritores.

## XXVI.

»No fué tan santo ni benigno Augusto
Como la trompa de Marón pregona:
Por los pulidos versos su alto gusto
Las crudas proscripciones le perdona.
Nadie sabría si Nerón fué injusto,
Ni se viera tan negra su persona,
Si supiera, aun cercado de enemigos,
Ganarse á los ingenios por amigos.

XXVII.

»Homero á Agamenón hizo glorioso,
Y á los Troyanos, pérfidos, inertes;
Y á Penélope casta, y que gustoso
Le fuera sólo el hijo de Laertes [4];
Y lo que grato hoy ves, vieras penoso,
Si mudara de aquellos hoy las suertes,
Y á los Atridas por vencidos diera,
É hiciese á Penelope una ramera.

XXVIII.

»Por el contrario, ved cuál se reputa
Á Elisa, que al pudor dió siempre abrigo;
Que hoy se la juzga torpe prostituta,
Sólo porque Marón no fué su amigo.
Y no te maraville si, en mi ruta,
Tan largamente de esto hablando sigo:
Yo á escritores amor tengo profundo;
Que escritor fui también en vuestro mundo.

XXIX.

»Yo sobre todos el fulgor conquisto
Que ha de vencer al tiempo y á la muerte;
Pues bien le toca á mi cantado Cristo [5]
Donar tal premio al que logró tal suerte.
Y compadezco á los que, al tiempo he visto
Venir, en que la envidia acre se advierte,
Que con baba de hiel, ira violenta,
Día y noche picando os atormenta.

## XXX.

»Y así os diré, volviendo á lo primero,
Que son los vates pocos entre miles;
Pues donde no hallan pasto lisonjero,
Hasta las belvas dejan sus cubiles.»
Así diciendo el narrador austero,
Relucieron sus ojos, no seniles;
Y vuelto luego al Duque, más amable,
El mirar fiero convirtió en afable.—

## XXXI.

Mas quede con el viejo, caro al cielo,
Astolfo aquí; que dar yo quiero un salto,
Como quien desde el éter baja al suelo,
Que en mis alas no puedo estar tan alto;
Y torno á aquella á quien el fuerte anhelo
De amor quema, y los celos dan asalto.
Yo la dejé cuando, con breve guerra,
Á tres valientes Reyes echó á tierra.

## XXXII.

Y ya tarde, á un castillo se acercaba
Que en el camino de París se eleva:
Donde, de que Agramante en fuga estaba,
Y se acogía á Arlés, tuvo la prueba.
Juzgando que con él Rugier se hallaba,
Así que del sol vino la luz nueva,
Hacia Provenza, do también oía
Que avanzaba el Francés, tomó la vía.

XXXIII.

Yendo allá, pues, por la más recta estrada,
Encontró en el camino á una doncella,
Que aunque triste y de lágrimas bañada,
Mostraba airoso el talle, la faz bella:
Era la firme y tierna enamorada
Del valeroso Brandimarte: aquella
Dama afligida que á su caro ausente
Preso del Rey de Argél dejó en el puente.

XXXIV.

Buscando hora venía á un Caballero,
Que, acostumbrado á combatir cual foca,
En tierra y agua al par, fuese tan fiero,
Que pudiese al de Argel ganar la roca.
La mal contenta amante de Rugiero,
Cuando con esta dolorida toca,
La saluda cortés, y la demanda
Por qué así triste entre peligros anda.

XXXV.

Flor-de-lís se figura, al contemplarle,
Que es el guerrero que en su mente idea:
Y del extraño puente empezó á hablarle,
Y del Rey que en su guarda allí pelea:
El cual logró á su amado aprisionarle,
No porque más valiente ó fuerte sea,
Sino que el miedo de pasar, no enjuto,
El puente estrecho, ayuda al Rey astuto.

XXXVI.

«Si eres cortés y bravo de tal arte
(La decía) cual muestras á la vista,
Rescátame, Señor, mi Brandimarte:
Véngame de quien tanto así me atrista.
Ó me aconseja al menos en qué parte
Pueda hallar á quien fuerte le resista;
Y tanto en duras lides sobresalga,
Que río y puente al vil poco le valga.

XXXVII.

«Á más de que harás tú lo que conviene
Á varón noble y caballero andante,
Tal beneficio de tu esfuerzo obtiene
El más leal y más rendido amante.
De las virtudes que además él tiene,
No á referir mi voz fuera bastante;
Quien no las ha escuchado, ó no las vido,
Cortos debe tener vista y oído.»

XXXVIII.

La dama generosa, á quien agrada
Toda empresa que al lauro la convida
De ser con laude justa celebrada,
Se muestra á andar al puente apercibida;
Y hora más, que está ciega y despechada,
Va con gusto, aunque en él pierda la vida;
Que la aborrece ya, desque ha creído
De su Rugiero el corazón perdido.

XXXIX.

«Por cuanto valgo, enamorada hermosa,
Yo me ofrezco (repuso Bradamante)
Á acometer la empresa peligrosa,
Por tu causa, y por otra á mí tocante;
Y es que de tu Señor me dices cosa
Que es difícil hallar en raro amante:
Ser fiel en el amor; que uno, te juro,
Uno no pensé hallar sin ser perjuro.»

XL.

Diciendo así, con un suspiro ardiente,
Ella acabó, que le arrancó del pecho;
Y añadió: «Vamos, pues:» y al sol siguiente
Llegaron al difícil puente estrecho.
Y vistos del vigía permanente,
Que para dar aviso está en acecho,
Resuena el cuerno; y Rodomonte impío
Se arma, y, como acostumbra, baja al río.

XLI.

Y á Bradamante insulta con voz fiera,
Y de matarla al punto intención hace;
Pues no con adquirir de la guerrera
Las armas y el corcel se satisface.
Ella, que sabe ya la verdadera
Historia de Isabel, que por él yace
Muerta, cual Flor-de-lís le ha referido,
Así responde al Sarraceno ardido:

XLII.

«¿Por qué quieres, bestial, que el inocente
Pague la penitencia de tu fallo?
Con tu vida purgarla es conveniente.
Tú la mataste: ¿quién podrá ignorallo?
No los despojos, pues, de tanta gente
Que con arte arrojaste del caballo:
De aquella Santa la oblación cumplida
Hoy tu sangre va á ser, por mí vertida.

XLIII.

»Y aun ha de serle el don más grande y pleno;
Porque igual es al suyo el sexo mío;
Y á otra cosa no vine á tu terreno
Sino á vengarla, y por venganza ansío.
Mas que hagamos primero un pacto es bueno,
Antes que de los dos se mida el brío.
Tú harás de mí, si á derribarme vienes,
Lo que de otros hacer por uso tienes.

XLIV.

»Y si te venzo, como espero y creo,
El caballo y las armas tú me cedes.
Del templo ellas serán sólo trofeo;
Las otras quitarás de sus paredes,
Y abrirás tus prisiones.»—«Tu deseo
(Él la responde) es justo, y no te excedes;
Mas darte aquí los que rindió mi sable,
Por más que lo quisiera, no me es dable.

XLV.

»Á mi reino africano helos enviado;
Pero te ofrezco, con lealtad sincera,
Que si ocurre, por caso no esperado,
Que tú me lances de la silla fuera,
Todos volverán libres al estado
De su arrogante condición primera,
En el espacio que empleado se haya
En que un nuncio veloz por ellos vaya.

XLVI.

»Mas si caer debajo á ti te toca,
Como será y conviene á mi bravura,
Que tu inocente cólera provoca,
No perderás caballo ni armadura:
En tu rostro, en tus ojos, en tu boca,
Que sólo amor respiran y dulzura,
Tendré la prez de mi victoria, y baste
Que á amarme te prepares, cual me odiaste.

XLVII.

»Y sabe que soy yo de tanto niervo,
Que lamentar no debes tu derrota.»
Y sonriendo, aunque con labio acerbo,
En que más ira que desdén se nota,
No responde la dama á aquel superbo,
Sino que con la espuela al bruto azota;
Y el puente mide, y con la lanza de oro
En ristre, corre al insolente Moro.

XLVIII.

Rodomonte al encuentro se apareja:
Echa al galope, y ruído tanto mete,
Pisando el puente, que á atronar la oreja
Basta de quien pasare á millas siete.
La lanza de oro hace su prueba añeja;
Y al que antes fuera tan sin par jinete,
Al aire Bradamante, sin trabajo
Le levantó, y le echó cabeza abajo.

XLIX.

Apenas al pasar halló cimiento
En que hollar el corcel de la guerrera,
Y del riesgo terrible fué el momento,
Que en poco estuvo de que al río fuera.
Mas Rabicano, á quien el fuego y viento
Concibieron, tan diestro y ágil era,
Que por el borde extremo se hizo estrada;
Y aun la hiciera en el filo de una espada.

L.

Vuélvese ella, y al frente del vencido
Con risueño mirar y aspecto ufano,
Le dice: «Pues ya ves quién ha caído,
Y á quién toca debajo estar liviano.»
El que una dama así le haya tendido,
Mudo de admiración dejó al Pagano;
Y sin poder decir mucho ni poco,
Quedó cual hombre atontecido ó loco.

LI.

Levantóse del suelo, y ciego y mudo,
Á tres ó cuatro pasos que hubo dado,
Desarmóse, y las armas y el escudo
Tiró contra una roca despechado;
Y á pie y solo, alejóse cuanto pudo:
No sin dejar primero á uno encargado
De partir á librar de sus prisiones
Á los que envió á las áfricas regiones.

LII.

Partió, y de entonces dél no se ha sabido,
Sino que fué á albergarse á cueva oscura.
La dama había en esto suspendido
Sus armas en la egregia sepultura,
Haciendo descolgar las que ha sabido
(Porque todas tenían su escritura)
Que eran de los Barones del Rey Carlo,
Y dejó el resto, y prohibió el tocarlo.)

LIII.

Unas del hijo son de Monodante,
Otras de Sansoneto y de Oliviero,
Que, por buscar al Príncipe de Anglante,
Tomaron al azar aquel sendero,
Y poco había que á región distante
Mandólos ir el Argelino fiero.
Las armas de estos, de tan alta fama,
Son las que recogió la insigne dama

LIV.

Que en los muros dejó los que allí fueran
Conquistados despojos de Paganos;
Y entre ellos hay las armas que vistieran
Al valeroso rey de Circasianos.
De Blanca-frente [6] en busca, bien lucieran
Sus ímpetus por montes y por llanos,
Hasta venir donde el corcel ajeno
Perdió y la adarga, con su arnés más bueno.

LV.

Y más ligero á pie tomó el camino
Maldiciendo, aunque libre, el arduo puente;
Porque á los de su ley el Argelino,
Ya vencidos, dejaba ir sueltamente.
Llevar después al campo Sarracino
No quiere más su avergonzada frente,
Que adonde tanto se jactó, bochorno
Le causa hacer tan mísero retorno.

LVI.

Y además siente su razón esclava
De la que fija en su ánima tenía,
Y como por fortuna le llegaba
(Sin saberos decir por quién venía),
Nueva de que á su patria regresaba
Su dulce bien, y amor le percudía,
Á seguirla se puso en el instante.
Mas volver me conviene á Bradamante.—

LVII.

Cuando en breve cartel hizo patente
Cómo estaba ya libre el paso horrendo,
Á Flor-de-lís, que allí, baja la frente
Y triste el corazón, está gimiendo;
La preguntó afectuosa y mansamente
Á dó quiere su marcha ir dirigiendo.
Y ella dijo: «Tomar quiero la vía
Que á Arlés y al campo Sarraceno guía:

LVIII.

Do pueda hallar mi afán lo que desea:
Nave que me transporte al otro lido;
Porque no he de parar hasta que vea
Al que es mi caro amante y fiel marido.
Quiero intentar, porque en prisión no sea,
Modos varios, á fin que si fallido
Fuere el que ya pactó la bondad tuya,
Otro alcance que al mismo sustituya.»

LIX.

«Yo me ofrezco (la dice Bradamante)
Á acompañarte por estrada y río,
Hasta que al mismo Arlés tengas delante;
Do ruego vayas por afecto mío
Á aquel Rugier que está cabe Agramante,
Y de quien todo el orbe ensalza el brío:
Al que darás este corcel preciado,
Del que al fiero Argelino he derribado.

LX.

»Y quiero que á la vez le digas esto:
*Un caballero, que á saber convida*
*Y á hacer á todo el mundo manifiesto*
*Que á la fe le has faltado prometida;*
*Porque te encuentres á la lid dispuesto,*
*Te manda este corcel de que soy cuida;*
*Y te encarga apercibas cota y malla,*
*Pues que te reta á singular batalla.*

LXI.

»Eso dile y no más; y si le afana
Saber quién soy, dirásle que lo ignoras.»
Y ella le respondió: «Cual soberana
De mi vida dispón á todas horas.
¿Cuando tanto te debo, esa liviana
Comisión no he de hacer con que me honoras?»
Gracias da Bradamante; y de camino
Le entrega de las riendas á Frontino.

LXII.

Á lo largo del río van viajeras
Ambas hermosas, con ardor creciente,
Hasta que ven á Arlés y las riberas
Do retumba del mar la voz potente.
De la bella ciudad en las afueras
Bradamante se para fieramente,
Para dejar espacio en que á Rugiero
Dé Flor-de-lís el corredor ligero.

LXIII.

La cual avanza, y entra en el rastrillo,
Pasando el puente, y en la puerta ruega
Á un garzón que le sea lazarillo;
Y así que á la mansión de Rugier llega,
Cumpliendo su embajada, al jovencillo
Le hace el relato y á Frontín le entrega;
Y sin que dél respuesta alguna espere,
Se vuelve á la que tanto agradar quiere [7].

LXIV.

Queda Rugiero en confusión muy grande,
Y no le es dable hallar cabo ni guía,
Por do pueda rastrear quien tal le mande,
El ultraje, y al par la cortesía:
Ni cómo imaginar que le demande
Alguien por desleal; y su hidalguía,
Que no baja á sospechas, sólo idea
Que nadie más que Bradamante sea.

LXV.

Primero el nombre del de Argel muy presto
Su memoria asaltó: mas no imagina
Por qué el corcel le envía y le dice esto;
Y la razón de tal obrar no atina.
Fuera de aquel feroz, en todo el resto
De los hombres, no cuenta odio ni inquina.
En tanto la doncella de Dordona [8]
Llama á la lid, y el cuerno no perdona [9].

LXVI.

Adviérten á Marsilio y á Agramante
Que afuera un campeador pide batalla;
Y Serpentín, que está de ellos delante,
Les demanda vestir coraza y malla,
Y rendir les promete al arrogante,
Y el pueblo todo acude á la muralla;
Pues ni chico quedó, ni quedó viejo
Que no fuera á juzgar de ambos el rejo.

LXVII.

Con rica veste y bello arnés de guerra,
Serpentín de la Estrella aquí aparece,
Y al encuentro primero viene á tierra,
Y escapa su corcel, que ave parece.
Detrás corre la dama, que le aferra,
Y de la brida al Moro se le ofrece,
Diciendo: «Monta, y dile á tu Señor
Que un jinete me envíe algo mejor.»

LXVIII.

El Africano Rey que, con gran corte,
En el muro á la tela está vecino,
Se maravilla del hidalgo porte
Que la doncella usó con Serpentino;
Y el pueblo aplaude y la marcial cohorte,
Porque á guardarle por rehén no vino.
Serpentín, cual la joven se lo manda,
Por otro lidiador al Rey demanda.

LXIX.

Grandonio de Volterna, furibundo,
Y el más soberbio peleador de España,
Logró, con ruego asaz, ser el segundo,
Y salió, así diciendo con gran saña:
«Que tu alarde cortés aplauda el mundo
No me importa : si mides la campaña,
De mi Señor te llevaré al presidio,
Ó morirás si, como suelo, hoy lidio.»

LXX.

Y ella responde : «No tu villanía
Me hará menos cortés de lo que anhelo;
Y así te deja ir mi cortesía
(Antes que tu espinazo ablande el suelo),
Á decirle á tu Rey, de parte mía,
Que por gente cual tú no me desvelo,
Pues vine sólo á ver si hallo enemigo
Digno de que en batalla entre conmigo.»

LXXI.

Ese decir mordaz, acre y acerbo,
Tartamudo le vuelve de coraje;
Con que, ardiendo en furor, sin decir verbo,
Responde, lanza en ristre, al duro ultraje.
Bradamante, á su vez, contra el superbo
Hace que Rabicano el aire raje:
Y no bien con el asta áurea le toca,
Echa al aire los pies, y cae de boca.

LXXII.

El corcel del contrario la guerrera
Recoge, y dice: «Bien te lo predije;
Y el mensaje llevar mejor te fuera,
Que á este trance venir que hora te aflige.
Di, pues, al Rey que en otra grey más fiera
Por qué campeón más digno no me elige,
En vez de molestarme de este modo,
Con quienes inexpertos son del todo.»

LXXIII.

Quién sea el que combate de aquel arte,
Los de los muros á juzgar no atinan;
Y á los de mayor fama, hijos de Marte,
Uno tras otro en alta voz nominan.
Muchos dicen que el bravo es Brandimarte,
Y los más, que es Reinaldo se imaginan;
Y hasta dirían que era el mismo Orlando,
Si no supieran su destino infando.

LXXIV.

El tercer lance el hijo de Lanfusa
Reclamó, y dijo: «Yo vencer no espero:
Mas, porque á la caída sea excusa
De los demás la mía, pelear quiero.»
Y la armadura que en tal lidia se usa
Se revistió, y en un caballo overo,
De ciento que en sus cuadras mantenía,
El más ágil, montó con bizarría.

LXXV.

Á encontrar á la dama va derecho:
Mas antes la saluda, y á él ella,
Diciéndole: «Saber quién sois mi pecho
Anhela, antes de entrar en la querella.»
Y así que Ferraud la ha satisfecho
(Que nunca niega el nombre), la doncella
Prosiguió: «No os rehuso, aunque querría
Que otro viniese á la contienda mía.»

LXXVI.

Y «¿Quién es?» Ferraud dijo á la hermosa;
Y ella: «Rugiero,» respondió muy presto;
Y tiñó de un color como de rosa
La bellísima faz, al decir esto;
Y rápida añadió: «Su pretenciosa
Fama juzgar de cerca me he propuesto,
Y á otro asunto no vine; y más no ansío,
Que de aquel Paladín probar el brío.»

LXXVII.

Á estas palabras, que pronuncia breve
(Las que alguno tal vez tome á malicia),
Responde Ferraud: «Antes se pruebe
Quién de los dos más fuerte es en milicia.
Si á mí ocurrir lo que á otros muchos debe,
Á enmendar vendrá luego mi impericia
Ese bravo galán, á quien desea
Tanto tu ardor probar en la pelea.»

LXXVIII.

Mientras estaba hablando, Bradamante
La visera aún tenía levantada:
Ferraud, viendo su gentil semblante,
Siente su alma por él ya conquistada;
Y entre sí dice triste y casi amante:
Éste es un ser de la eternal morada,
Y antes que de su lanza sea herido,
Ya me tienen sus ojos abatido.»

LXXIX.

Y toman campo, y sin mayor faena,
Ferraud, cual los otros es lanzado;
Y Bradamante su corcel refrena,
Y le dice: «Á cumplir ve mi mandado.»
Y el caído se va, con harta pena,
Á buscar á Rugiero, que halló al lado
Del Rey, y le anunció con cortesía
Que el caballero aquél le desafía.

LXXX.

Rugiero, que quién sea el tal no sabe
Que con marcado empeño le convida,
Casi cierto de que él la lucha acabe,
Se alegra fácil, y de armarse cuida;
Y ni el ver que, al sufrir choque tan grave,
Los demás han caído, le intimida.
Cómo se armó, lo que dijera, y cuanto
Luego ocurrió, dirálo el otro canto.

FIN DEL TOMO III.

13. 1. 26.

# NOTAS

## CORRESPONDIENTES Á LOS CANTOS XXV AL XXXV.

---

## CANTO VIGÉSIMOQUINTO.

1 Ricardeto, hermano menor de Reinaldo y de Bradamante, á la que supone Ariosto que se parecía extraordinariamente.

2 Alude á un cañón del duque de Ferrara, denominado *Gran Diávolo,* de grandes dimensiones y alcance.

3 Alude á una pesada historia que cuenta el Berni en su *Orlando enamorado.*

4 Á esta hermosa princesa la supone el poeta hija de Marsilio, también supuesto rey de España; lo cual hace más disculpables que si fuera cristiana, las libidinosas inclinaciones de la joven. De todos modos, es una lástima que sea tan verde un episodio tan interesante y tan poéticamente pintado. El traductor le ha suavizado aquel color cuanto era dable; como se observará

que ha hecho también con otros de no menos subidas tintas; si bien procurando no disminuir su interés, ni su belleza. Los tiempos de Ariosto, si hemos de creer á sus más acreditados historiadores, eran de una inmoralidad escandalosa. Acaso en los nuestros no haya menos; pero á escenas, tal vez menos morales aún, se acostumbra á taparles la desnudez, siquiera con camisa de encaje.

5 Parientes de la familia de Claramonte.

6 La madre de Ferragud.

7 De ésta, que aquí se llama la mejor sangre de Francia, son Orlando y Reinaldo, hijo éste y sobrino aquél de Amón, duque de Dordona, todos de la casa de Clairmont.

8 Lete, según la mitología, el río del olvido.

9 El Fénix, divisa de Marfisa.

## CANTO VIGÉSIMOSEXTO.

1 El quinto cielo es el que corresponde á Marte, según la división que hacían los astrónomos antiguos en ocho partes de todo el espacio celeste, asignando cada una á un planeta, en este orden: la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno, y considerando el octavo cielo como de las estrellas fijas del firmamento.

2 En esta bestia se personifica la avaricia.

3 Hay que tener presente que estos exagerados elogios los prodigaba Ariosto á Francisco I al principio de su reinado, cuando su juventud y carácter valeroso y caballeresco tanto prometían.

4 Los suizos.

5 La ciudadela de Milán.

6 Annibal, cartaginés.

7 Tifeo, que tenía por pies una cola de serpiente.

8 El Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba.

9 La Reina de las Amazonas, que fué al sitio de Troya á socorrer á Príamo.

10 Según la mitología, el águila de Júpiter arrebató al joven Ganimedes para trasladarlo al cielo.

11 Esta historia se cuenta en el *Orlando* de Berni.

12. Maudes de Agramonte, como llama á este primo de Reinaldo la historia caballeresca, estu-

dió en Toledo la ciencia de la Nigromancia, que dice se enseñaba allí, y en Sevilla y Salamanca.

SÉTIMO

## CANTO VIGÉSIMO~~SEXTO~~.

1 Santos Patronos de París.

2 Las alas que le forjó su padre Dédalo para salir del Laberinto de Creta.

3 No son defendibles estas bufonadas; pero algo pueden disculparse por el mal gusto de la época, que introducía los graciosos en medio de las más graves situaciones trágicas; y no somos por cierto los españoles los que más nos hemos abstenido de tales chocarrerías.

4 Le suponen Rey Moro de León en España.

5 Río del Ponto en el territorio de las Amazonas.

6 El traductor ha pasado al canto siguiente las diez y siete octavas que desde aquí siguen en el original.

## CANTO VIGÉSIMOCTAVO.

1 En la octava segunda de este canto nos aconseja el Ariosto que le suprimamos en estos versos:

*Lasciate questo canto che senza esso*
*Può star l'istoria, è non sarà menchiara....*

y el traductor, que ha cumplido sus setenta y dos años, ha resuelto seguir ese prudente consejo; porque el cuento, que ocupa una gran parte de dicho canto, es ya de un verde tan subido, que ofende la decencia. No queriendo, sin embargo, suprimirle del todo, le ha añadido las octavas que apartó del anterior, que era ya por demás largo.

2 El veneciano Valerio, enemigo de las mujeres, contra las que escribió más novelas, que no han llegado á nosotros, era compañero y amigo de Ariosto, aunque le supone vivir en tiempo de Carlomagno.

## CANTO VIGÉSIMONONO.

1 El nombre de Castidad, que le considera el poeta casi desconocido en sus tiempos.

2 Este precioso episodio ha sido censurado amargamente por los críticos; porque dicen que pone á Dios ridículamente en escena en las octavas XXVIII y XXIX, revolviendo cristianismo y mitología en embrollada confusión, y pagando un tributo cortesanesco á la Princesa hermana del duque de Ferrara, y otro más lamentable todavía al mal gusto de su época. El traductor, que reconoce la justicia del primero de esos cargos, como se ve en su traducción, algo libre, no puede reconocer la del segundo, en un pasaje de invención tan poética y bella, y se atreve á aña-

dir hasta oportuna, que no menos ha hecho el mismo Virgilio delante de Augusto.

3 El tercer cielo es el de Venus. Aquí es ya el poeta el que habla, y está en su derecho adoptando la invención que han seguido los demás vates, de que descienden de ese cielo las almas de los que han de ser amantes en el mundo.

4 Breus, apellidado Sin Piedad, es un personaje de la tabla redonda, puesto en escena en un poema heroico del siglo XIV.

5 Esta Mole Adriana, que fué el sepulcro de ese Emperador en Roma, es hoy el que se convirtió después en Castillo del Santo Ángel.

6 Angélica montaba la yegua que tomó, cuando se acogió desnuda á la morada de los yangüeses, sin pedírsela á ellos, y obligada por la necesidad, como se expresa en el canto undécimo, octava XII.

## CANTO TRIGÉSIMO.

1 Fácilmente se entiende que son nombres antiguos de Aljeciras y de Gibraltar.

2 Como estaba en pelo, llama burlescamente enjalma al mismo jinete, en sentido burlesco.

3 Estos hechos los cuenta el Berni en su poema.

4 Alude á las batallas dadas en Tesalia : una vez entre César y Pompeyo, y otra contra Bruto y Casio por Antonio y Octavio, bajo la misma insignia del águila, que era la de las legiones romanas.

5 No debe olvidarse que este caballo es el de Orlando, con cuya invicta carga nunca estaba expuesto á estos percances.

6 El dorado lirio son las lises de la bandera francesa, ó más bien la bandera católica de Carlomagno.

7 La esposa de Reinaldo era Clarice. Sus amores se cuentan en el poema *El Reinaldo*, del Tasso. En este hace una triste figura respecto de su marido, tan enamorado de Angélica.

## CANTO TRIGÉSIMOPRIMERO.

1 Hace alusión al torneo á que asistió Guidón en Damasco con los bastardos de Oliveros.

2 Se refiere á una narración del Boyardo en su poema reformado por Berni.

3 Mandricardo.

4 Cuando el sol se pone, parece que entra en la tierra; que es la que aquí se llama *antigua nu-*

*triz*, porque produce los granos y frutos de que se mantiene el hombre.

5 Constelaciones y estrellas que se presentan cuando el sol se pone, cuyo mayor lampo las tiene antes oscurecidas.

6 Porque van á marchar de noche y preparar una sorpresa.

7 El Galesio es un río cerca de Tarento, ciudad fundada por el lacedemonio Falanto.

8 Á este territorio de Trípoli, en África, da nombre un breve río que le riega y se llama el Cinipsio.

9 Brandimarte.

10 Faetonte.

11 Oliviero.

12 Alude al combate de los Titanes contra Júpiter.

13 Saltado al alto.

## CANTO TRIGÉSIMOSEGUNDO.

1 Nombres que da la mitología á los caballos del sol.

2 Josué.

3 Dice la mitología que duró tres noches la noche en que Hércules fué engendrado.

4 La aurora.

5 Una falsa tradición supone que la víbora, para evitar la atracción del canto de la Maga, que necesita su veneno para preparar sus drogas, se echa al suelo y, para no oir, aprieta contra la tierra una de sus orejas, y se tapa la otra con la punta de la cola.

6 La esperanza.

7 Dinamarca.

8 Io, convertida en vaca, fué dada á guardar á Argos, que tenía cien ojos, para salvarla de los celos de Juno, según la mitología.

9 En un romance titulado *Tristán*, se cuenta que la madre de la princesa Isota había preparado un filtro encantado para que su hija y su prometido Marco, rey de Cornualla, se amasen constantemente. El caballero Tristán, que iba con su comitiva á llevarla á su esposo, bebió del filtro al mismo tiempo que Isota, y ya no pudieron jamás dejar de amarse.

## CANTO TRIGÉSIMOTERCERO.

1 Era ésta la única Parca, según la mitología primitiva.

2 Gruta donde cuentan se reunían las brujas en el territorio de Norcia, en la Umbría.

3 Rey de Franconia, padre de Faramundo.

4 Este Emperador de Oriente dió á Hildeberto una suma considerable para hacer la guerra á los Lombardos.

5 El Monte Jura.

6 Rey de los Longobardos.

7 Alude al puente de madera que hizo construir en Malamoco, y que fué destruído por una tempestad.

8 Las famosas Vísperas Sicilianas, en que los franceses, que oprimían á Palermo, fueron degollados.

9 Juan de Armañac, que en 1391 hizo una expedición á Italia á la cabeza de quince mil aventureros para auxiliar á los Florentinos contra Galeazo Visconti. Sitiando á Alejandría, cayó en una emboscada de los Lombardos, y en ella

perdió la vida, y sus soldados fueron dispersos, y perecieron diseminados por el país.

10 Carlos VIII, rey de Francia, que llegó á apoderarse del reino de Nápoles, no pudo tomar la isla de Ischia, cuya montaña central, la Epomea, tenía debajo, según la fábula, á Tifeo, uno de los Titanes.

11 Correo de Alejandro Magno, coronado por su ligereza en los juegos olímpicos.

12 Apolo y Diana.

13 El marqués Alfonso de Pescara.

14 Luís el Moro, enemigo de Alfonso de Aragón, rey de Nápoles.

15 Este Fernando es el hijo del marqués Alfonso de Pescara.

16 Este esclavo trató con Pescara el introducir los soldados españoles en la fortaleza de Castelnovo; mas por un doble trato con el enemigo, al cual le descubrió todo, se comprometió á matar al Marqués; y, en efecto, le asesinó alevosamente de un flechazo.

17 El Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, que vuelve á destrozar á los franceses en la batalla de Ceriñola.

18 Saliendo de Novara Luís el Moro, disfrazado fué entregado á los franceses por un suizo del cantón de Uri, y encerrado en el castillo de Loches.

19 Da á entender que pone en Bolonia las armas del Papa Julio II, que denomina *La Glanda*, que quiere decir bellota, porque la divisa de su apellido era la encina (de la Róvere), y quita La Sierra, que era la empresa del escudo de los Bentivoglios.

20 Nombre primitivo de Bolonia.

21 Nombre de una ciudad antigua cerca de Rávena, ya completamente destruída.

22 La batalla de Rávena, que juzga se debe á Alfonso de Este.

23 Pone á Maximiliano hijo de Luís el Moro.

24 Batalla de la Riolta, junto á Novara, ganada por Maximiliano, auxiliado por tropas suízas y recursos de León X.

25 Francisco I de Francia, que vence á los suízos en Mariñan.

26 Milán abre sus puertas después de la derrota de Mariñan; y Esforcia, encerrado en el castillo, cede sus derechos á Francisco I, y se

retira á vivir á Francia, con una pensión de treinta mil ducados anuales.

27 Francisco Esforcia, no menos valeroso que su abuelo el Moro.

28 Estos dos Marqueses son : el de Pescara y el del Vasto, su sobrino, que le sucedió como general de Carlos V.

29 Castillo junto á Pavía, donde sufren grandes pérdidas los franceses.

30 Francisco I, vencido en la batalla de Pavía, es llevado prisionero á Madrid.

31 Nápoles.

32 Doria, entonces al servicio de Francia, derrotó la escuadra Imperial en Capo d'Orzo, en la costa de Amalfi.

33 Por la aridez de la tierra y el ardor del clima africano.

34 Jerusalén.

## CANTO TRIGÉSIMOCUARTO.

1 Dos gemelos, según la mitología, hijos de Bóreas y de Oritia, que se embarcaron con Jasón, y fueron á libertar de los ataques de las Ar-

pías á su cuñado el rey Fineo. Ellos, que tenían alas, las persiguieron por los aires hasta las islas Estrófadas.

2 Joven de Salamina que rechazó con menosprecio el amor de Iphis, el cual, según las *Metamorfosis* de Ovidio, se ahorcó á su puerta, sin que ella manifestase la menor pena.

3 Dafnis, por huir de Apolo, fué convertida en laurel, según la fábula.

4 Jasón abandonó á Medea; Teseo á Ariadna, y Eneas á Dido, surcando el mar de Cartago ó fenicio.

5 Amón, hermano de Tamar (hijos ambos de David), hizo á esta incestuosa violencia, que vengó su otro hermano Absalón, dándole muerte.

6 *Asinus ad liram*, es un antiguo proverbio citado por Erasmo en *Los Adagios*.

7 Los trabajos de Hércules, que, según la fábula, fueron doce.

8 Estas palabras son del Evangelio de San Juan (21, 22 y 23).

9 Enoch y Elías, en vida, fueron arrebatados al cielo.

10 La donación de Roma que hizo al Papa Silvestre el Emperador Constantino.

## CANTO TRIGÉSIMOQUINTO.

1 La M vale mil, la D quinientos, y, por consiguiente, veinte años antes, será el año de 1480. Da á entender el poeta que el Cardenal Hipólito de Este nacerá dicho año en una (aldea pobre en tiempo de Carlomagno) que yace á la orilla del Po (hoy Ferrara): y sigue, en las demás octavas primeras, celebrando los méritos que, con el tiempo, la han de hacer grande.

2 El río Lete le figura Ariosto en la luna; otros poetas le suponen en el purgatorio ó el infierno.

3 Por Cirra entiende aquí el poeta la poesía, á imitación de Dante; pues que cerca de esa ciudad (en la Fócide, y golfo de Corinto) está el monte Parnaso.

4 Su marido Ulises, hijo de Laertes.

5 Porque el que habla, que es San Juan, se considera el más insigne de los literatos, como lo es, en efecto, por haber sido *el Cantor de Cristo*, escribiendo el Evangelio de su nombre.

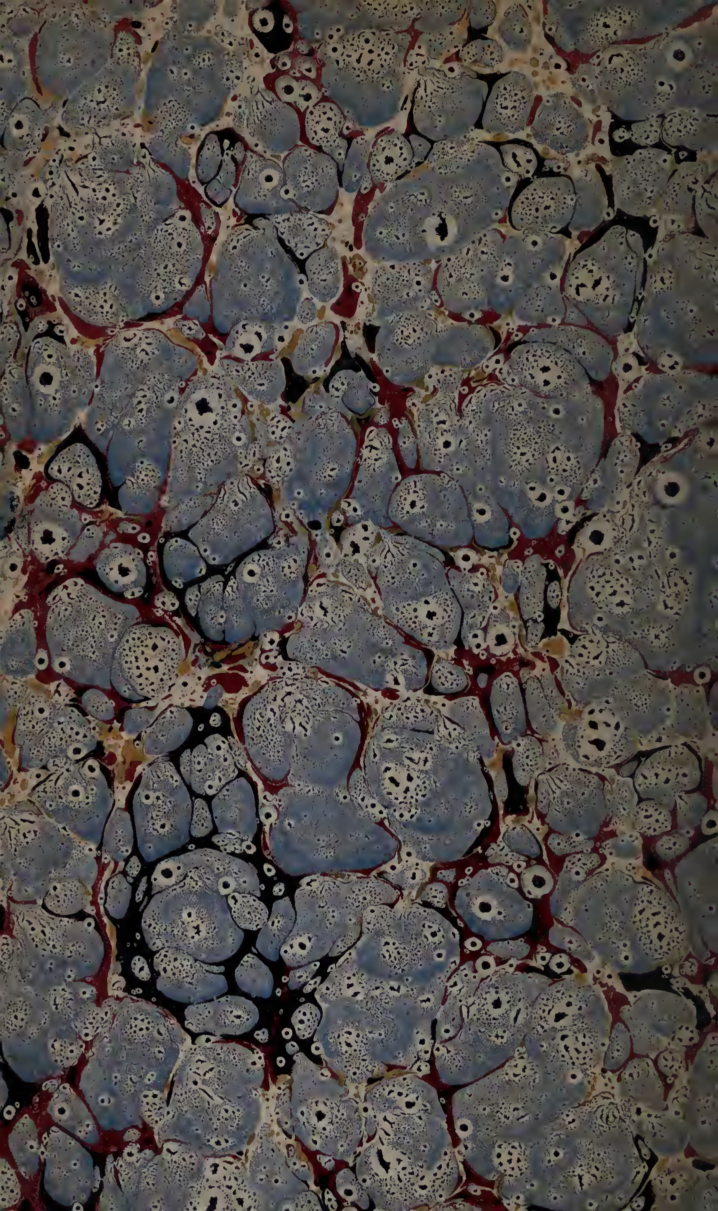
6 Nombre primero del caballo, que tomó luego el de Frontino.

7 Se vuelve adonde había dejado á Bradamante, á quien tanto deseaba servir por agradecimiento.

8 Bradamante.

9 Alude al cuerno ó bocina que llevaban los caballeros para hacer señal á los castillos ó llamar al combate.

---




LI
A7126nz
.Sp
556834
Ariosto, Lodovico
Orlando furioso; trad. J. de la Pezuela
y Ceballos.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED